

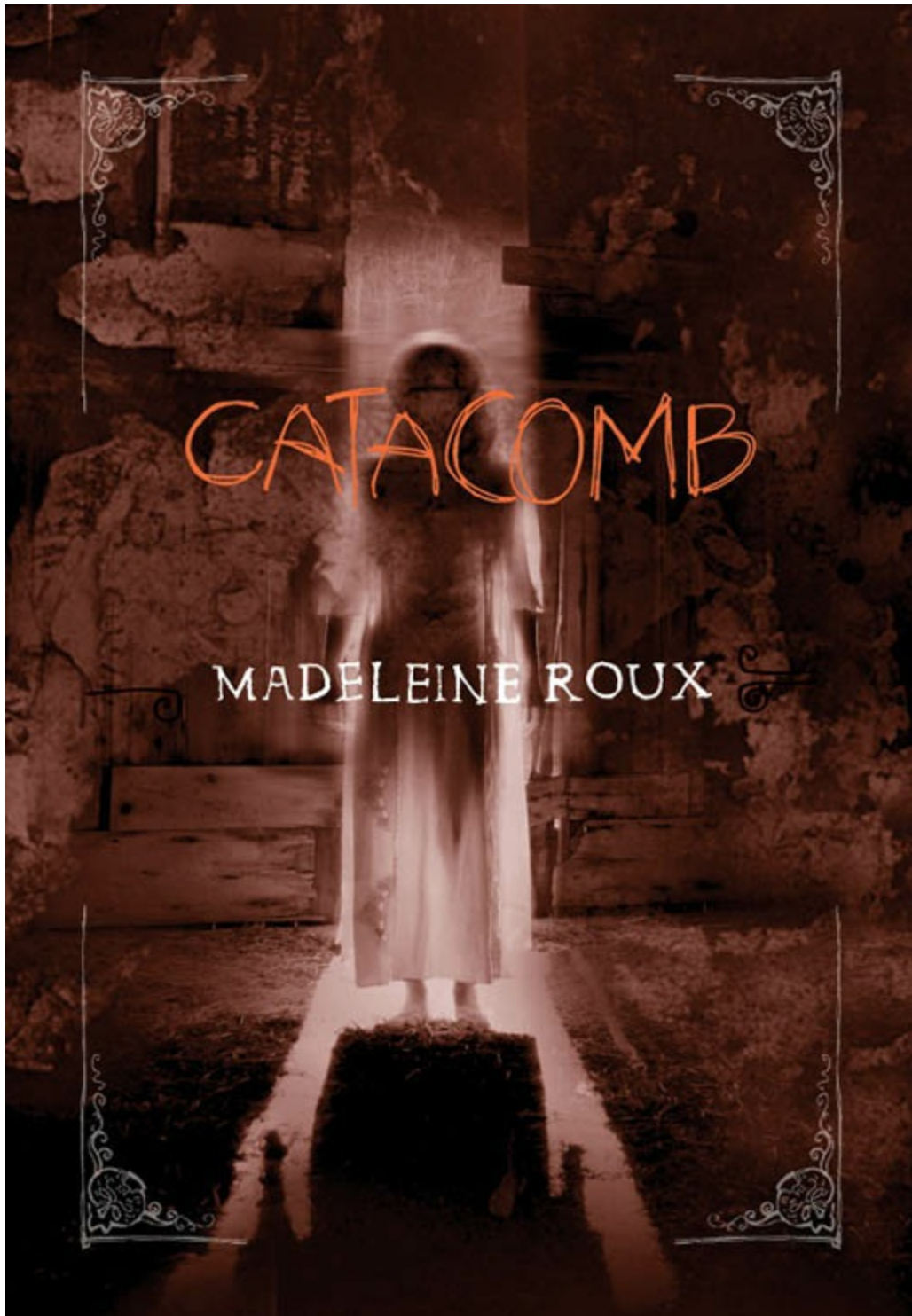
Lo perderás todo en...

CATACOMB

AUTORA BEST-SELLER DE *THE NEW YORK TIMES*

MADELEINE ROUX





A veces es mejor que el pasado
permanezca enterrado.



V&R
EDITORAS

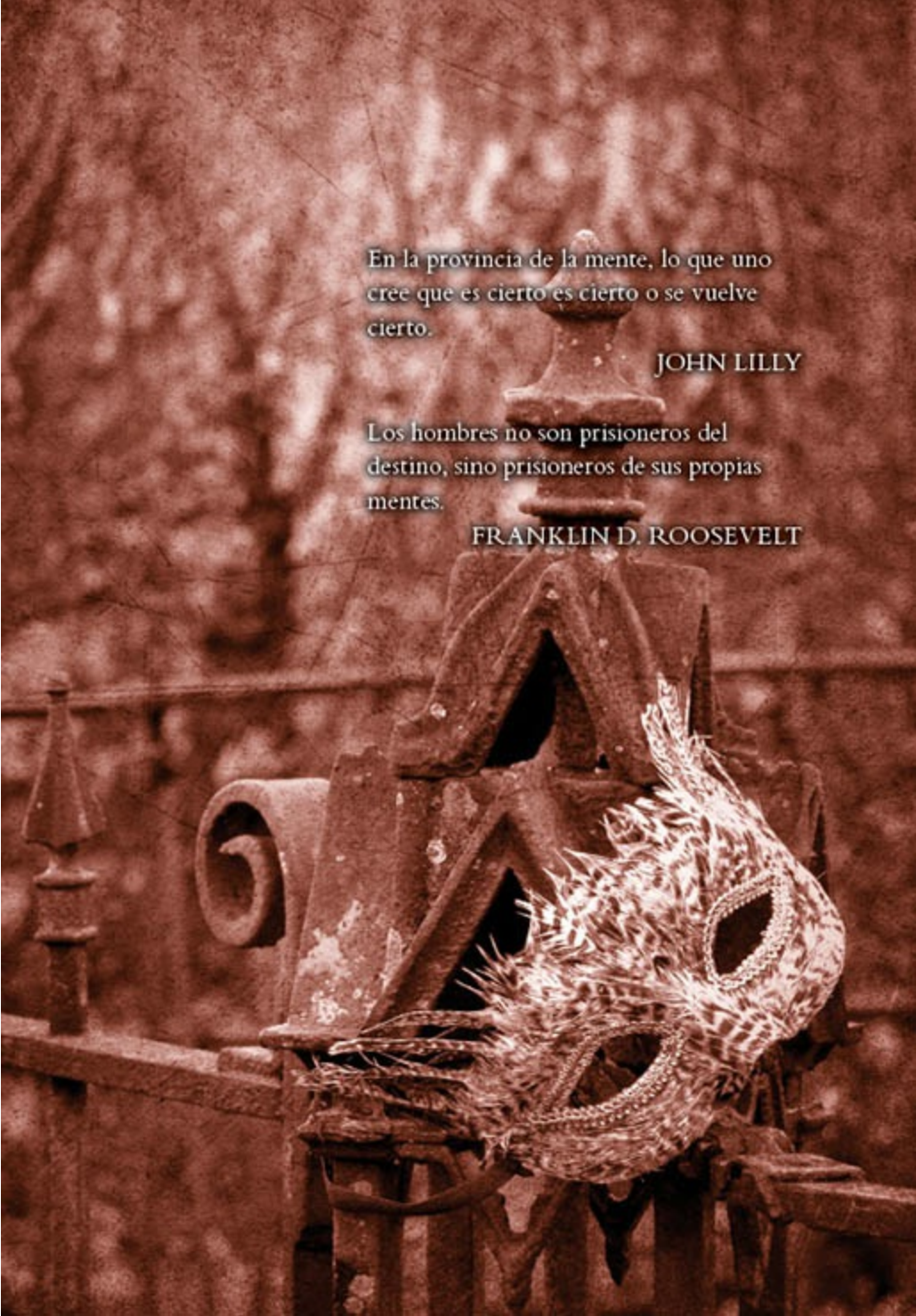
El esperado desenlace de la saga Asylum

La escuela secundaria por fin se terminó. Y ahora, Dan, Abby y Jordan están felices de poder compartir un último viaje juntos, antes de que comience el *resto de sus vidas*. Pero parece que el pasado está empeñado en seguirlos adonde sea que vayan.

Primero, se dan cuenta de que los están persiguiendo y tomándoles fotografías. Luego, llegan los mensajes de texto de alguien que *no* esperaban. De alguien que está *muerto*. Y después, el pasado de Dan parece estar a la vuelta de la esquina. Tal vez, esta sea su oportunidad de saber de dónde viene y por qué la muerte parece acompañarlo a todas partes.

En la última entrega de la saga best-seller de *The New York Times*, Madeleine Roux nos invita a un viaje escalofriante, en donde todo parece estar en juego.

¿Quién es quién? ¿Cuál es el destino final? Para saber la respuesta, antes deberán conocer cuál es el límite entre el pasado y el presente, entre la cordura y la locura, entre el bien y el mal.



En la provincia de la mente, lo que uno
cree que es cierto es cierto o se vuelve
cierto.

JOHN LILLY

Los hombres no son prisioneros del
destino, sino prisioneros de sus propias
mentes.

FRANKLIN D. ROOSEVELT





Prólogo

*E*stas eran las reglas como se establecieron originalmente:

Primera: el Artista debe escoger un Objeto muypreciado para el difunto.

Segunda: el Artista no debe sentir culpa ni remordimiento por tomarlo.

Tercera, y la más importante: el Objeto no debe tener poder hasta no ser bautizado con sangre; y cuanto más inocente sea la sangre utilizada, más poderoso será el resultado.

Capítulo 1

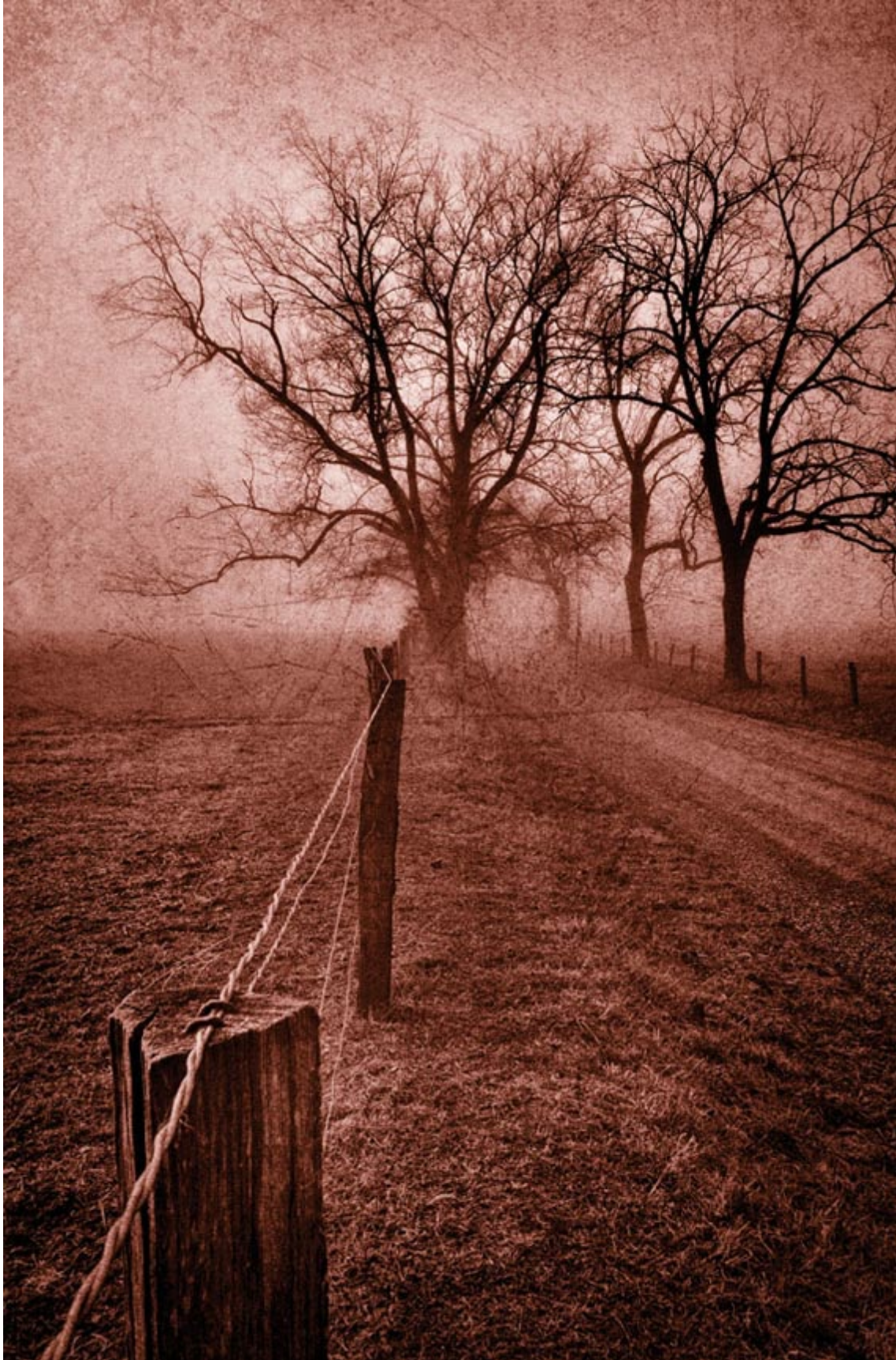
*A*l principio, la idea de un viaje en auto a través del país le había resultado difícil de digerir. Dormir en una tienda ya era suficientemente horrible, pero pensar en dejar su computadora, sus libros, *sus momentos a solas*, durante dos semanas completas, le preocupaba casi hasta provocarle náuseas. Pero ese era el trato que Jordan les había ofrecido cuando les escribió para contarles sus grandes noticias: iba a mudarse a Nueva Orleans para vivir con su tío.

Es la oportunidad perfecta para pasar tiempo juntos, decía el e-mail. Pueden ayudarme con la mudanza, nerds, y puede ser nuestra gran despedida antes de irnos a la universidad.

Dan no podía oponerse a ese razonamiento, ni a cualquier excusa para pasar más tiempo con Abby. Ella había ido a visitarlo a Pittsburg unos meses atrás y habían hablado on-line casi todas las semanas. Pero dos semanas lejos de sus padres y sin supervisión... No quería hacerse ilusiones, pero tal vez su relación al fin podría florecer, o al menos sobrevivir, si lograban pasar más tiempo juntos.

Jordan lo llamó “El Gran Éxodo del Último Año”. Y ahora, un día después de haber dejado a los horribles padres de Jordan en Virginia, el viaje finalmente comenzaba a estar a la altura de ese nombre.

–Son increíbles –decía Jordan, mientras miraba las fotos que Abby había tomado y que luego había guardado en su laptop–. Deberías echarles un vistazo, Dan, de verdad.







–Sé que fotografiar aspectos de la cultura estadounidense en blanco y negro es un poco trillado, pero últimamente me he obsesionado con Diane Arbus y Ansel Adams. Me enfoqué en ellos para mi proyecto final en la escuela y al señor Blaise de verdad le encantó.

Dan se inclinó entre los asientos para ver las fotos con Jordan.

–Definitivamente valió la pena habernos detenido tantas veces –dijo. Las fotos eran increíbles. Paisajes abiertos y edificios abandonados: a través de los ojos de Abby se veían desolados, pero al mismo tiempo hermosos–. Entonces, ¿Blaise finalmente te puso un diez?

–Sí. Basta de estúpidos nuevos para mí –Abby sonrió satisfecha. Jordan levantó una mano y ella le chocó los cinco sin quitar la vista de la carretera–. De hecho, el señor Blaise creció en Alabama. Él fue quien me recomendó lugares para fotografiar.

Ya se habían detenido algunas, más bien *muchas*, veces para que Abby tomara fotos, pero a Dan no le molestaba pasar más tiempo en la carretera. Podía viajar en ese auto con sus amigos por siempre, aunque sus turnos al volante se volvieran un poco aburridos.

–Sé que es un trastorno hacer que nos alejemos tanto del camino, pero no tienes mucha prisa por llegar, ¿no, Jordan?

–Ya te has disculpado como un millón de veces. No te preocupes. Si fuera una molestia, te lo diría.

–Sí –respondió Abby, riendo–. Estoy segura de que lo harías.

Para ser honesto, Dan tampoco tenía prisa por llegar.

Habían pasado nueve meses desde que el manicomio Brookline se había reducido a cenizas frente a sus ojos. Apenas habían logrado escapar vivos, y solo gracias a la ayuda de un chico llamado Micah, que había muerto intentando darles tiempo para que pudieran escapar de quienes los perseguían. La vida de Micah había sido corta y difícil, y había crecido en Luisiana, un dato que Dan jamás había compartido con Abby ni con Jordan. Y ahora, justo cuando parecía que los fantasmas del pasado finalmente habían decidido dejarlos en paz, Dan y sus amigos se dirigían a la ciudad más embrujada de Estados Unidos. Sentía como si estuvieran tentando a la suerte, cuando menos.

–¿Estás bien ahí atrás? –preguntó Abby, mientras conducía tranquilamente por la autopista 59.

–Sí, todo bien, Abs –respondió Dan. No estaba seguro de que fuera verdad, pero antes de que Abby pudiera cuestionar su respuesta, sonó el celular de Jordan con una canción de Beyoncé, tan fuerte que los hizo saltar a los tres.

Dan sabía lo que eso significaba.

–¿Sigues hablando con Cal?

–Ocasionalmente –respondió Jordan y leyó rápido el mensaje–. Esa es la razón por la que mi mamá no quiere pagarme los estudios. No sé qué haría sin el tío Steve.

–Podrías dejar de hablar con Cal –sugirió Dan.

–¿Y permitir que mis padres *ganen*? No lo creo –se dio vuelta por encima del compartimento que estaba entre los dos asientos para mirar a Dan, con los pies descalzos apoyados sobre el tablero. La luz del sol de la tarde se reflejaba en el flamante piercing negro que había insistido en hacerse en Louisville–. Cal dice que la fisioterapia es una verdadera mierda a veces, pero que siente que su vida es un paraíso después de lo que pasó en el Colegio Preparatorio New Hampshire. ¡Ey! Acabo de darme cuenta de que en lo del tío Steve voy a poder hablar por Skype con él sin que la melodramática de mi madre rompa en llanto.

Dan cambió de posición nuevamente, aún más nervioso ante la sola mención del Colegio Preparatorio New Hampshire. Si se permitía pensar demasiado en eso, podía sentir el calor de las llamas que habían envuelto a Brookline y todo lo que había en su interior. Quería creer que el efecto que el antiguo manicomio tenía en él había terminado ese día, que el mal había muerto con el director Crawford y la profesora Reyes, pero sus últimos momentos en la universidad le habían dado razones para dudar.

Había tenido otra visión. Había visto al fantasma de Micah que lo saludaba, despidiéndose de él con la mano.

No había tenido más visiones desde entonces y estaba agradecido por ello. Sintió que era una señal: era hora de dejar ir todo el asunto y seguir adelante. Ya no le interesaban ni siquiera los expedientes y periódicos que había rescatado.

Bueno, excepto por un pequeño detalle.

Antes del viaje, Abby y Jordan lo habían amenazado con registrar su bolso para asegurarse de que no llevara ninguna porquería de Brookline. Lo habían dicho en broma, como dando por sentado que Dan jamás les haría eso.

Pero al final, no lo habían inspeccionado y, por lo tanto, no encontraron el expediente que había llevado. El que estaba doblado en dos al final de la pila de documentos que habían rescatado de entre las cosas de la profesora Reyes. El que decía *POSIBLES FAMILIARES / VÍNCULOS*, en cuyo interior Dan había encontrado una pila de papeles unidos con un clip y asociados por un mismo nombre, que había hecho que se le cerrara la garganta.

MARCUS DANIEL CRAWFORD.

Nueve meses antes, esa pila de papeles le había parecido un regalo, la recompensa tras una larga y difícil búsqueda de respuestas acerca de su misterioso pasado. Un

escueto árbol genealógico le había confirmado lo que ya sospechaba: Marcus era su padre y también era sobrino del director por parte de su hermano menor, Bill. Pero había además una única línea que unía a Marcus con una mujer llamada Evelyn. ¿Esa era su madre? Parecía tan incompleto. Intentó, sin éxito, encontrar on-line a cualquier Evelyn Crawford que pudiera ser la correcta, pero al no saber su apellido de soltera no tenía herramientas para continuar la búsqueda.

Había otras cosas en la pila: una vieja postal, un mapa, hasta una denuncia policial que detallaba una ocasión en que su padre había sido arrestado por allanamiento de morada; pero lo que resultaba exasperante era que no había nada que pudiera ayudarlo a identificar a su padre entre los numerosos Marcus Daniel Crawford que había encontrado on-line, y ningún otro dato acerca de su madre.

De todas formas, incluso cuando había comenzado a sentir que los papeles eran más una maldición que un regalo, mantuvo la carpeta escondida. Y cuando empacó para ese viaje, la idea de que Paul y Sandy pudieran revisar su habitación y encontrarla había sido suficiente para hacer que la llevara consigo, para tenerla cerca.

Como si fuera a propósito, sonó el celular de Dan, no con un tema de Beyoncé, sino con el suave tintineo que le indicaba que Sandy le había enviado un mensaje. Lo leyó, sonriendo a la luz de la pantalla.

¿Cómo están los intrépidos viajeros? Por favor, ¡dime que están comiendo algo más que papas fritas y Skittles! Llámanos la próxima vez que se detengan.

Dan le respondió asegurándole que estaban haciendo todo lo posible por comer alimentos reales y saludables.

—¿Cómo está Sandy? —preguntó Jordan, estirando el cuello para mirar nuevamente a Dan.

—Está bien. Solo quiere cerciorarse de que no nos estamos llenando de porquerías todo el camino hasta Luisiana —respondió Dan. Levantó la mirada y vio a Jordan tragar con cierta dificultad: el interior de sus labios tenía un culposo tono naranja Skittles.

—Es un viaje en auto. ¿Qué cree que vamos a hacer? —preguntó Jordan—. ¿Hervir quinua sobre el radiador?

—No es una mala idea —bromeó Abby—. No vamos a detenernos en McDonald's esta noche.

—Pero...

—No. Me fijé si había algo para comer en la ruta además de comida chatarra. Resulta que podemos evitar el tránsito de Montgomery y detenernos en una preciosa cafetería familiar sobre la carretera 271.

—Las cafeterías venden hamburguesas —señaló Jordan, con aires de sabio—. Así que

no hay mucha diferencia en realidad.

–Oye, solo estoy ofreciendo más opciones. Lo que te metas en el estómago no es de mi incumbencia –respondió Abby.

–Gracias a Dios –masculló Jordan entre dientes–. La quinua es para las cabras.

–Estoy con Abby en esto –afirmó Dan–. Me vendría bien una ensalada o simplemente, ya saben, cualquier tipo de verdura. Estoy comenzando a researme con tantas papas fritas.

Pudo adivinar la sonrisa satisfecha en la voz de Abby, que se sentó más erguida en el asiento del conductor y dijo:

–Está decidido, entonces. La cafetería que encontré se llama Mutton Chop y la misma familia ha sido dueña del lugar por generaciones. Podemos ver un poco de historia local para mi proyecto de fotografía y conseguir una comida decente.

–Igual voy a pedir una hamburguesa –murmuró Jordan. Se puso de frente al parabrisas y comenzó a escribir un mensaje de texto a la velocidad de la luz–. Pronto tendré que hacer la dieta exclusiva de gumbo y paella de Luisiana. Tengo que conseguir mis hamburguesas mientras pueda.

Capítulo 2

El estruendo de un neumático al reventarse despertó a Dan de una siesta, y lo primero que pensó fue en lo agradecido que estaba de no ser él quien conducía.

–¿Qué fue eso?! –exclamó Jordan, sobresaltado también, y se sujetó del borde de la puerta cuando el auto viró bruscamente, antes de disminuir la velocidad.

–Creo que se nos pinchó un neumático –dijo Abby suspirando. No parecía estar asustada en lo más mínimo. Sostuvo firme el volante mientras retomaba el control del auto. Lo condujo cuidadosamente fuera de la carretera y aparcó el Neon en la orilla, antes de apagar el motor–. Y esta es la razón por la que siempre hay que tener uno de repuesto.

–¿Qué demonios vamos a hacer? –preguntó Jordan y se pegó a la ventanilla para intentar ver cuál era el que se había pinchado.

–Paul me enseñó a cambiar neumáticos, pero dudo de que logre hacerlo ahora –dijo Dan. Al menos tenían señal en los celulares, así que podrían llamar al auxilio mecánico.

–Bueno, por suerte para ustedes, muchachos, *yo* practiqué justo antes del viaje –declaró Abby. Palmeó el volante y, con un saltito presumido, abrió la puerta y rodeó el auto hacia la cajuela.

–Va a ser imposible aguantarla después de esto –advirtió Jordan.

–Solo alégrate de que sepa cómo hacerlo –dijo Dan–. Está comenzando a oscurecer.

–Eso, eh, no era a lo que me refería.

–¿Jordan? ¡Jordan! ¿Dónde está el neumático de repuesto? Estoy segura de que lo revisé antes de salir de Nueva York... –sus gritos les llegaban amortiguados a través de las ventanillas, pero aun así eran penetrantes y se volvían cada vez más agudos.

–A *eso* me refería –Jordan inhaló profundamente, cobrando ánimo, y luego se bajó del auto con cuidado–. Bueno, eh, antes de que te explique todo, tienes que prometerme que no me asesinarás.

–No hay trato –respondió Abby. Dan también bajó al aire fresco de la noche y observó cómo los dos se ponían en guardia con la misma pose de brazos cruzados–. ¿Dónde está el neumático de repuesto, Jordan?

–Es una historia divertida: ¿recuerdas que mi papá por poco no nos estaba empujando hacia la puerta y que yo dije: “Oh, realmente no necesito llevar mi bolsa de dormir tauntaun?”. ¿Y que después, al final, me di cuenta de que sí, realmente necesitaba traerla? Me estoy mudando, Abby. Casi que para siempre. No podía dejar

atrás mi bolsa de dormir.

Dan resopló de risa cubriéndose la nariz y la boca con la muñeca para disimularlo, mientras observaba cómo el rostro de Abby palidecía de furia.

–¿Quitaste el neumático de repuesto para hacer lugar para tus estúpidos recuerdos de *Star Trek*?

–Oye, espera, espera. Yo *no* haría eso. Por otro lado, los recuerdos de *Star Wars*...

–¡Lo que sea! –Abby se apretó el tabique de la nariz y fue a inspeccionar el neumático pinchado. Se inclinó mientras murmuraba para sí misma–: Genial. Tendremos que caminar hasta el pueblo para conseguir un neumático de repuesto, entonces.

–¿Está muy lejos? –preguntó Dan mientras tomaba su celular para abrir el GPS–. ¿No podemos llamar una grúa?

–Es demasiado caro –respondió Abby–. Ya tengo que pagar un neumático nuevo y estamos a menos de un kilómetro del pueblo. Falta poco. No sería nada del otro mundo si este sabelotodo no hubiese empacado como si tuviera doce años.

–No vale la pena discutir ahora –dijo Dan, apoyando su mano suavemente sobre el hombro de su amiga–. También entiendo el punto de vista de Jordan. Es cierto que se está mudando. Si quiere que Nueva Orleans se sienta como su hogar, tiene que llevar las cosas que le importan.

–Gracias, Dan. Al menos dos de nosotros entendemos el valor de una bolsa de dormir tauntaun.

–*Deja de decir eso.*

–¿Qué cosa? –preguntó Jordan con una sonrisa de satisfacción–. ¿*Bolsa de dormir tauntaun?*

–Cierra. La. Boca. Cada vez que lo dices, me dan más ganas de golpearte –exclamó Abby, sacudiendo la cabeza, pero con una sonrisa–. Más vale que esa cosa al menos sea muy abrigada. Quizás te la pida prestada esta noche, como venganza.

Nadie se había molestado en reemplazar las luces de neón quemadas del anuncio de la cafetería Mutton Chop. Las pocas que quedaban le informaban a Dan que iban a comer en el O CH P. El pequeño estacionamiento de grava estaba lleno, sobre todo de camiones oxidados. El humo que salía de una chimenea en la parte de atrás llenaba el aire con el salado aroma de una parrilla de cantina.

Había un taller mecánico pegado al local, lo cual no ayudaba a que la cafetería resultara especialmente apetecible, pensó Dan, pero era una verdadera suerte para ellos. La comida podía esperar. Abby los guio hacia la puerta del taller, pero el interior estaba oscuro. Había un trozo de papel en la ventana que decía: MECÁNICO AL LADO.

A través de una ventana abierta de la cafetería, podían oír el tintineo de vasos, música country proveniente de una rocola y risas. Un letrero torcido junto a la puerta de mosquitero le dio a Dan la impresión de ser una advertencia: “¡El Mutton Chop, donde todos conocen tu rostro!”.

–¿Donde todos conocen tu rostro? ¿No se supone que la frase es “Donde todos conocen tu *nombre*”? –preguntó Jordan con un bufido–. Ni siquiera pudieron plagiarlo bien.

–No seas snob, Jordan –dijo Abby y les abrió la puerta de mosquitero a los chicos para que entraran.

–¿Y tú quién te crees? ¿Santa Abby, patrona de los pueblerinos? –la cafetería quedó en silencio en el momento exacto en el que Jordan terminó de hablar. Unas veinticinco personas se dieron vuelta al mismo tiempo para observarlos. Dan no divisó muchas sonrisas entre la multitud–. De los que no hay ninguno en este tan encantador establecimiento –completó Jordan, aclarándose la garganta.

–Por favor, cállate –susurró Abby, y se volvió para hablar con un hombre que se les había acercado y esperaba para saludarlos. Afortunadamente, los demás comensales habían vuelto a sus asuntos.

–¿Qué tal, señor? Nos preguntábamos si nos podría indicar dónde está el mecánico. Se nos pinchó un neumático y tenemos que comprar uno de repuesto.

El muchacho parecía bastante agradable. Debía tener escasos veinte años, era regordete y lucía una barba corta y descuidada. Llevaba unos overoles manchados con grasa que decían *JAKE LEE*.

–Tiene suerte, señorita. Yo soy el mecánico y soy muy bueno, aunque solo sea un pueblerino –dijo, mirando fijo a Jordan–. Así que necesitan un neumático de repuesto, ¿eh? ¿Qué auto tienen?

Abby continuó conversando con el hombre mientras lo seguían de regreso hacia el oscuro taller. Le contó que tenían un Neon 2007 y le aseguró que contaban con todas las herramientas necesarias para hacer el cambio y que solo les faltaba el neumático.

El hombre fue a la parte de atrás del taller y, en un abrir y cerrar de ojos, regresó con un neumático y lo dejó caer en el suelo frente a ellos con un ruido seco.

–Se está haciendo tarde y no me gusta la idea de dejarlos volver allá solos. ¿Están seguros de que saben lo que hacen? –preguntó. Luego, se quitó la gorra de béisbol y se pasó la mano por su escaso cabello. Se quedó mirando fijamente a Abby, que intentaba levantar el neumático para ponerlo de lado.

–¿Podría llevarnos hasta el auto? Se lo agradecería mucho. Pensábamos detenernos a comer en la cafetería, pero sería mejor si pudiéramos traer el auto hasta aquí antes de que se haga de noche.

Jake Lee asintió, y luego se volvió y comenzó a caminar hacia su enorme camioneta.

–Es probable que vayamos muy apretados. La camioneta está pensada para transportar cosas, no personas.

–Está bien –respondió Abby–. Gracias por ayudarnos.

Dan no entendía cómo Abby podía mantenerse tan alegre mientras intentaba colocar el neumático en la parte de atrás de la camioneta. Fue corriendo a ayudarla y Jordan lo siguió.

–No hay problema –dijo Jake.

Dan esperaba que solo se tratara de hospitalidad sureña, pero no podía evitar que Jake y su interés por ayudar le provocaran escalofríos. No obstante, ya se estaba haciendo de noche y regresar al auto caminando con el pesado neumático les tomaría demasiado tiempo.

Mientras se apiñaban en la cabina de la camioneta, Jordan comenzó a gimotear al sentir que su olfato se inundaba repentinamente con el olor de unos dieciséis aromatizadores que colgaban del espejo retrovisor.



–Quizás me gustaría más caminar –susurró–. ¿Qué olor creen que intenta tapar?

–Preferiría no pensar en eso –le respondió Dan, susurrando también.

Jake Lee tarareaba suavemente mientras conducía por el mismo camino por el que habían llegado, en dirección al auto. Cuando comenzó a sonar extraño, encendió la radio. De los pequeños parlantes salió *bluegrass* a todo volumen, tan fuerte y furioso que de inmediato le provocó dolor de cabeza a Dan.

Abby seguía sonriendo y bajó de la camioneta de un salto cuando llegaron al auto. Sin que nadie se lo pidiera, Jake Lee abrió la parte de atrás de la camioneta y sacó el neumático de repuesto, sudando y resoplando, y lo dejó sobre la grava.

–Oigan –dijo mientras regresaba arrastrando los pies a la cabina y tomaba una enorme linterna–. Tomen esto. Pueden devolvérmela cuando vayan a la cafetería.

–Es muy amable de su parte –respondió Abby mientras extraía un pequeño juego de herramientas y un gato hidráulico del maletero. Dan la escuchó suspirar al ver la bolsa de dormir enrollada donde debería haber estado el neumático de repuesto. La chica se puso manos a la obra, y él se ubicó junto a ella sosteniendo firmemente la linterna para ayudarla. Echó un vistazo a Jake Lee, que se había detenido para mirarlos de camino a su camioneta. Más que mirarlos, en realidad, los estaba estudiando, con la cabeza inclinada hacia un lado, como si hubiese descubierto un extraño insecto y tratara de decidir qué hacer con él. Dan intentó saludarlo con la mano en un gesto amistoso para captar su atención, pero el mecánico simplemente frunció el ceño y negó con la cabeza antes de subir a su camioneta y alejarse hacia la noche.

Capítulo 3

Cambiar el neumático estaba tomando más tiempo del que Dan había previsto. Los brazos se le estaban acalambrando por sostener la linterna.

–Si fuera heterosexual –dijo Jordan–, esto me parecería súper sexy –se quitó los lentes gruesos y modernos, y se pasó el brazo por la nariz y la frente.

–Entonces, me alegro de que no seas heterosexual, y no es la primera vez –aclaró Dan–. Jordan, al menos podrías intentar ayudar.

–Solo estorbaría –respondió.

Abby soltó un pequeño gruñido por el esfuerzo que le implicó extraer otra de las tuercas.

–Menos mal que el auto solo pesa unos siete kilos como máximo –agregó Jordan.

Abby, que ahora estaba pegada contra el auto verde eléctrico descolorido, le respondió con una patada rápida y a ciegas.

–¡Al menos uno de nosotros sabe cambiar un maldito neumático! –exclamó. Tenía los antebrazos y el rostro manchados con líneas de grasa y tierra, que parecían pintura de guerra.

–¡Gracias, señor Valdez! –dijo Dan y se inclinó para ver en qué estaba trabajando Abby. Finalmente había logrado alinear y colocar el neumático de repuesto. Solo faltaba ajustar las tuercas.

–Gracias, *señora* Valdez –replicó Abby–. Fue ella quien insistió en que aprendiera a hacer esto antes de siquiera considerar hacer un viaje en auto.

–Oye –dijo Dan, extendiendo la mano para que le pasara la llave inglesa–. Déjame terminar con eso.

–¿Estás seguro? –preguntó ella. De un soplido, se quitó un mechón de cabello violeta del rostro. Se había teñido algunas mechas al principio del verano, y ahora su cabello naturalmente negro estaba invadiendo el violeta desde la raíz.

–Creo que puedo arreglármelas –respondió Dan–. ¿Ajusto hacia la derecha, aflojo hacia la izquierda? Además, se me están durmiendo los brazos. Toma, sostén la linterna.

Intercambiaron lugares, Dan se arrodilló junto al auto y Abby sostuvo la linterna de manera tal que iluminara la rueda. Ajustar las tuercas resultó ser más difícil de lo que creía y tuvo que tomar la llave inglesa con ambas manos para reunir la fuerza suficiente. Por último, bajó el gato para estabilizar el auto.

–Guau, Jordan tiene razón –dijo Abby–. Esto es bastante sexy.

Dan se sonrojó y se pasó la mano por el cabello tímidamente.

–Creo que estamos listos para irnos. Metamos estas cosas en el maletero y vayamos a la cafetería, ¿sí? Me muero de hambre.

–Si insistes –dijo Jordan con un suspiro, mientras ayudaba a Dan a guardar la linterna y el juego de herramientas–. A esta altura preferiría ir a McDonald’s. Ese mecánico parecía demasiado deseoso de ayudar.

–A mí me pareció amable –comentó Abby mientras subía nuevamente al asiento del conductor.

–Puaj. Ten cuidado –respondió Jordan estremeciéndose–. Si fuera tú, no lo diría frente a él.

Cuando regresaron a la cafetería, volvió a hacerse un completo silencio y la atmósfera se tornó casi helada. No vieron a Jake Lee por ninguna parte, y el taller seguía a oscuras, así que Dan conservó la linterna.

El servicio en el Mutton Chop era lento, aunque no para las otras mesas, aparentemente. Dan veía pasar platos de comida, pero lo único que había llegado a su mesa era una taza de café para Abby, que le había llevado un hombre con una etiqueta en la ropa que decía *Fats Buckhill*. A él ni siquiera le habían llevado su agua. Abby tamborileaba sus dedos llenos de anillos sobre la mesa y sonreía amigablemente cada vez que el señor Fats, que era el dueño, camarero y parecía un extra en una película de terror, pasaba renqueando; pero él solo respondía:

–Enseguida estoy con ustedes.

A decir verdad, para ser las nueve de la noche, la cafetería estaba sorprendentemente concurrida. Dan podría haber jurado que todos los lugareños los estaban observando fijamente, pero cada vez que se daba vuelta, ellos giraban sus cabezas, interesadísimos de pronto en su comida.

–Así es como empieza –siseó Jordan, inclinándose hacia Dan. Abby lo ignoró–. Primero ese mecánico. Siempre hay un pueblerino hosco que te advierte o que tiene una risa como de burro rebuznando y entonces todo el mundo en el cine se pone a gritar: “¡Salgan! ¡Lárguense de ahí! ¿Qué demonios están pensando?”.

Dan rio por la nariz. Abby le dio un codazo en las costillas, pero hasta ella estaba sonriendo con el chiste de Jordan.

–Ustedes ríanse –continuó Jordan, casi escondido detrás del gran menú laminado–. ¿A quién creen que van a matar primero y arrojar el cuerpo a los cerdos? Obviamente a mí. Por supuesto que van a liquidar primero al chico gay. Es como el ABC de los homicidios para los pueblerinos.

–Eso es prejuicioso –respondió Abby, sorbiendo un café que parecía combustible

para reactores. Era uno de sus pocos vicios: Dan ya había perdido la cuenta de cuántas tazas bebió durante el viaje. Pero si la ayudaba a mantenerse despierta mientras conducía, pues bien por ella. Todavía les quedaban algunas horas de viaje hasta el siguiente camping—. No conoces a estas personas, Jordan, e incluso si son un poco menos... cosmopolitas, eso no tiene nada de malo. Tu estilo de vida no es mejor ni peor.

—Estás equivocada —anunció Jordan, bajando la voz cuando vio que el dueño se dirigía hacia su mesa—. Mi estilo de vida es objetivamente mejor porque incluye Wi-Fi y Netflix.

—Entonces, ¿cómo estamos por aquí? —preguntó Fats Buckhill y se inclinó hasta la mesa. Sus viejas rodillas crujieron de forma inquietante y ruidosa, como ramas que se rompían. Tenía ojos amables, bastante separados entre sí, cejas pobladas y una barba entrecana prolija y bien afeitada. Uno de sus ojos se veía ligeramente lechoso y el otro, azul cristalino.

—Muy bien, señor Buckhill —respondió Abby educadamente—. Yo voy a comer la ensalada Cobb y estos dos... —su voz se fue apagando mientras observaba a los chicos con impaciencia.

—Una hamburguesa —dijo Jordan con tono cortante. Tenía la mano frente a su boca, probablemente para intentar esconder su nuevo piercing para que los lugareños no lo juzgaran—. Con tocino. Toneladas de tocino, no se contenga. Y un *milkshake* si tiene. De chocolate.

Fats rio al oír eso, dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Me caes bien, hijo. Tienes gustos tradicionales.

Dan sintió que Abby lo codeaba preventivamente, pero eso no impidió que sonriera con incredulidad.

—Oh, sí —dijo, con la mayor sinceridad que pudo exhibir—, Jordan es de lo más tradicional.

Eso hizo que se ganara patadas tanto de Abby como de Jordan por debajo de la mesa.

—Para mí el cerdo desmenuzado con ensalada de papa —pidió Dan, prometiéndose darle el gusto a Abby y dejar de hacerse el gracioso—. Y una Coca. Y quizás una porción de pastel para después.

—Otra decisión sensata —respondió Fats. Se puso de pie y sus rodillas volvieron a crujir. Tomó los menús y los acomodó como si fueran un mazo de naipes.

—Si no es demasiada molestia —agregó Abby y se aclaró la garganta con determinación—, ¿le importaría sentarse a conversar un rato? Estoy trabajando en un proyecto de fotografía y no estaría completo sin la opinión de las personas que viven y

aman estos lugares.

Obviamente, Abby estaba suavizando la situación, pero funcionó. El ojo sano de Fats comenzó a brillar.

–Pero claro. Con mucho gusto. Déjame pasarle estos pedidos a Fats Junior y volveré enseguida para ayudarte.

El viejo se alejó arrastrando los pies, pero quizás con un poco más de ímpetu en su caminar. El silencio del restaurante se volvió menos pronunciado, como si alguien les hubiese dado una señal secreta a los demás comensales de que estaba todo bien con los adolescentes.

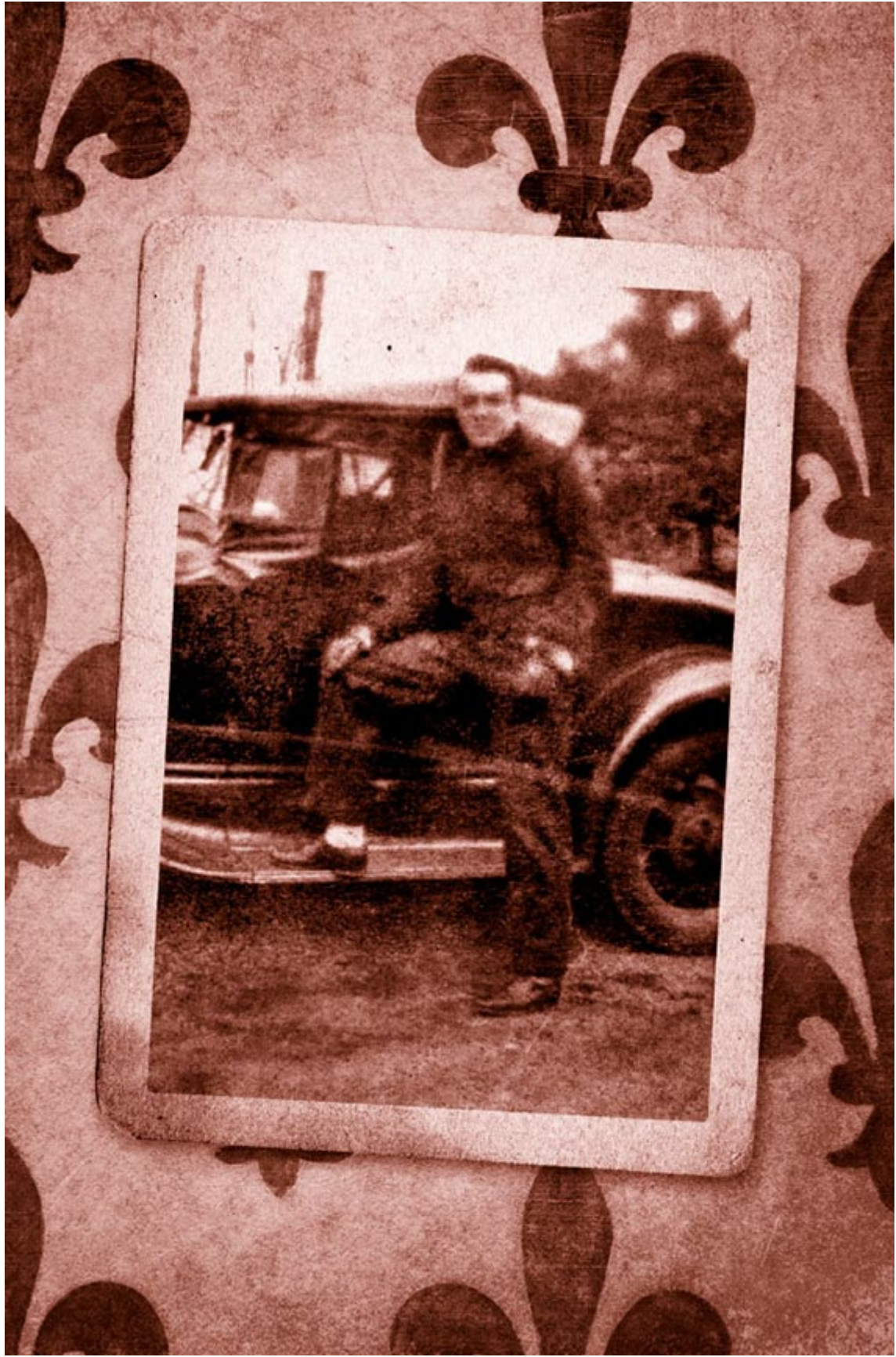
–¿Viste lo feliz que se puso? –murmuró Jordan, sin sacarle los ojos de encima a Fats–. El viejo está entusiasmado porque me voy a comer todo ese tocino. Quiere engordarme antes de la masacre.

Abby puso los ojos en blanco y bebió un gran sorbo de su café.

–Bueno, después del año que pasamos, entiendo por qué estás nervioso, pero nos hemos ganado un poco de paz y tranquilidad, Jordan –dijo ella–. Un poco de normalidad.

–No digas cosas así. ¡No lo hagas! Es la mejor forma de atraer la mala suerte.

Dan ya había decidido mantenerse fuera de la discusión cuando sintió que su celular vibraba dentro de su bolsillo. Probablemente se tratara de Sandy que estaría preocupada porque todavía no la había llamado. Revisó sus mensajes y descubrió que la alerta no provenía de allí, sino de la aplicación de Facebook. No se le ocurría quién podría mandarle un mensaje por allí. No había nadie de su escuela con quien planeara mantenerse en contacto. ¿Podría tratarse de alguno de sus compañeros de primer año de la universidad de Chicago que quisiera saludarlo?



Abrió la aplicación con el pulgar mientras escuchaba a medias a sus amigos discutiendo. Fats regresó y se apoyó contra el borde del box.

Dan abrió la bandeja de entrada de los mensajes y sintió que la mano se le congelaba, entumecida, apretando el teléfono como una tenaza.

Eso no estaba bien.

No era correcto.

Ni posible.

–Jimmy Orsini operaba a lo largo de esta carretera en la época de la Ley Seca, ¿no? –estaba diciendo Abby y hasta sacó una fotografía para mostrarle al dueño del restaurante. Pero, para el caso, podría haber estado hablando en otro idioma–. Mi profesor, el señor Blaise, creció en esta zona y me contó lo interesante que es la tumba de Orsini. Me gustaría ir a verla para fotografiarla. Eso es lo mío actualmente. La fotografía, quiero decir, no las tumbas.

La respuesta de Fats también le sonó distante y Dan se dio cuenta de que era porque la sangre estaba corriendo con tanta fuerza por sus oídos que se le estaba haciendo difícil oír.

–No le recomendaría fotografiar eso, señorita. Nunca se sabe qué podría despertar. Malas energías y ese tipo de cosas. Hay una historia de fantasmas muy estremecedora acerca de Orsini y su banda. En efecto, la tumba está en Alabama, pero los agentes de Pinkerton los persiguieron a lo largo de toda esta carretera; finalmente, los atraparon en Nueva Orleans. A Orsini lo mataron en un tiroteo durante un intento de fuga.

Sí. Historias de fantasmas. *Fantasmas*. Esa palabra por fin penetró su cerebro. Dan se quedó mirando el mensaje y su remitente y movió los labios mientras lo leía, sin emitir sonido.

MICAH BONHEUR
DANIEL DANIEL
ESTÁSAHÍ NOS
VERE MOS MUY PRONTO.

Capítulo 4

La comida llegó mientras todavía estaba mirando su teléfono, pero ya no tenía apetito. *Una broma, pensó. Voy a matar al responsable.* Comenzaron a sudarle las palmas de las manos y entonces guardó el teléfono en su bolsillo. Ojos que no ven, corazón que no siente.

–¿Estás bien?

Jordan lo observó, entrecerrando los ojos, mientras sorbía su *milkshake*. Dan se encogió de hombros y empujó el tenedor sin ganas a través de su ensalada de papas. No podía explicarle lo del mensaje de Micah, menos allí, mientras Abby seguía conversando con Fats. Y ahora estaba tomando notas, garabateando nombres y lugares entre bocados mientras el hombre acercaba una silla para sentarse junto al box, ya que al parecer se sentía suficientemente a gusto como para quedarse un buen rato.

–Creo que la comida no me está sentando bien –susurró finalmente Dan. Solo su olor ya le estaba dando náuseas; la ansiedad hacía que el estómago se le llenara de ácido.

¿Quién podría ser tan cruel como para jugarle una broma así? Ni Abby ni Jordan serían capaces de hacerlo y, hasta donde él sabía, su perverso ex compañero de dormitorio, Félix, seguía encerrado. Dan no creía que la institución en la que estaba le permitiera tener acceso a Internet y mucho menos a las redes sociales. La única otra persona viva que conocía tanto a Dan como a Micah era Cal, un amigo de Micah de la universidad de New Hampshire que se había comportado como un completo imbécil con Dan y sus amigos durante el otoño, por decirlo suavemente. Pero según Jordan, Cal había hecho un giro de 180 grados desde entonces. Dan le dio vueltas al asunto, pero no pudo encontrar una respuesta.

–No te culpo –dijo Jordan–. Esa ensalada de papas se ve un poco rancia. ¿Quieres compartir mis papas fritas?

–Oh, eh, claro, sí –no podía volver a pasar por esto, no podía mentirles a sus amigos. De todas formas, siempre parecían descubrir la verdad. Les contaría más tarde, cuando estuvieran solos. Se obligó a sonreír y tomó una de las papas fritas de Jordan. Después revolvió su mochila en busca de sus medicamentos y se tomó una de las pequeñas píldoras azules con un poco de refresco. Su trastorno siempre se agravaba cuando estaba nervioso.

–Los viajes en auto también me dan náuseas –agregó Jordan. Entonces, de pronto, pareció darse cuenta de que la expresión de su amigo no tenía nada que ver con la comida o con el viaje en auto–. Dan, ¿qué sucede? Es otra cosa, ¿no es así?

¿No era siempre otra cosa?

Dan intentó pensar en una respuesta, mientras su pulso se aceleraba.

—Traje uno de los expedientes —echó un vistazo a Abby y bajó la voz—. Ya sabes, ¿los expedientes? Sé que revisamos la mayor parte de ellos en la universidad, pero tenía que asegurarme de que había visto todo. Por mi historia familiar, ¿sabes?

Jordan se puso un poco verde. Apoyó su *milkshake* sobre la mesa. Sus grandes ojos oscuros se agrandaron detrás de su flequillo rizado.

—Oh.

—Sí. Hay información sobre mi papá, quizás sobre mi mamá también, pero no puedo estar seguro. Ya lo revisé entero y no encontré nada concreto en realidad, solo más callejones sin salida.

—¿Por qué estaban mezclados sus expedientes con las cosas de la profesora? —susurró Jordan.

Dan tragó saliva. En realidad, no había sido su intención hablar sobre eso allí, en ese momento, pero ahora que había empezado, era como si esa confesión hubiese estado tras una represa en su cerebro, esperando la oportunidad de salir a la luz.

—¿Recuerdas que la profesora Reyes dijo que había cosas que yo podía ver que otros no?

—No lo sé... ¿quizás? Estaban pasando muchas cosas esa noche.

—Bueno, yo... ¿Sabes qué? No tiene importancia.

—Oye, o sea, si necesitas hablar al respecto —comenzó a decir Jordan, pero repentinamente Dan no estaba listo para eso. No era el momento, mientras Abby tenía una conversación agradable por un lado y todavía les faltaban varias horas de viaje antes de pasar otra noche en una tienda.

—Deberíamos ponernos en marcha —soltó abruptamente. Miró hacia afuera y se encontró con la clase de oscuridad que es tan densa que resulta agobiante, incluso a través de un vidrio—. Es tarde y queríamos comenzar temprano mañana, ¿no?

Dan lo dijo bastante fuerte como para que Abby lo oyese. Ella se aclaró la garganta y le lanzó una mirada asesina.

Por suerte, Jordan estaba suficientemente cansado como para bostezar, o era suficientemente leal como para simularlo.

—Yo también estoy exhausto y todavía tenemos que armar las tiendas.

Como eran dos contra una, Abby se dio por vencida, pero no sin antes agradecerle a Fats por su tiempo y toda la información que le había brindado. Miró a los chicos con el ceño fruncido, como si se hubiesen unido en un complot contra ella. Lo que, técnicamente, era verdad.

Dan le ofreció una sonrisa a modo de disculpa.

–Oh, señor Buckhill –dijo antes de que el hombre regresara a la cocina–. ¿Podría darle esta linterna a Jake Lee? Intentamos encontrarlo en el taller, pero el letrero decía que estaría aquí.

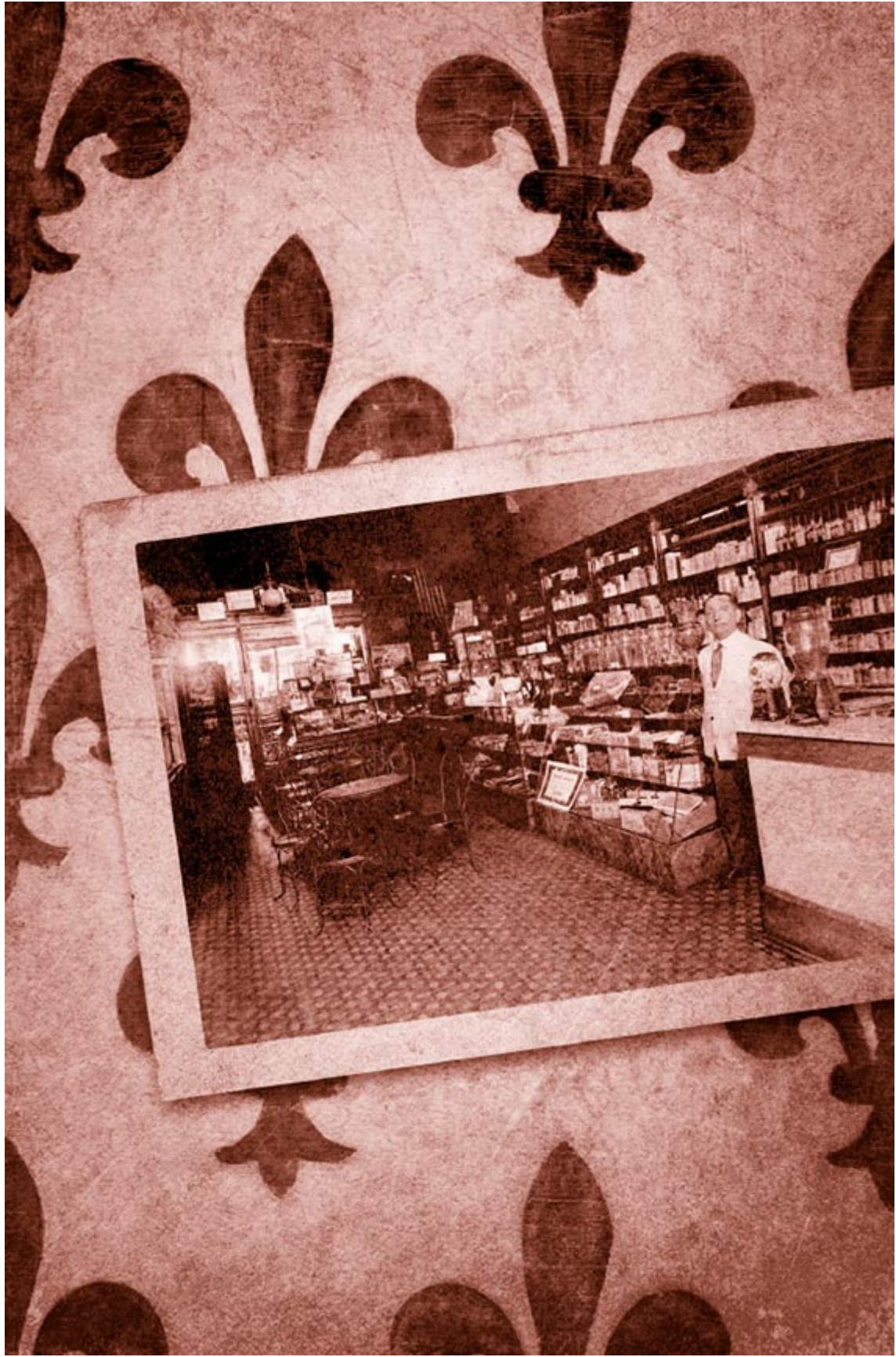
Fats sonrió.

–Bien, lo haría si supiera quién es Jake Lee.

–Jake Lee... ¿el mecánico? –aclaró Dan, pero el estómago ya se le estaba contrayendo de temor. De pronto, comprendió todo con espeluznante claridad: Jake nunca les había pedido que le pagaran por el neumático.

–Ese hombre de allí, Greg Mackey, si necesitan un mecánico, él es el indicado.

Dan, Abby y Jordan se miraron en silencio. Juntaron sus mochilas rápidamente y dejaron la linterna y una propina generosa sobre la mesa antes de salir corriendo hacia el auto y la noche.



Capítulo 5

—¿Cuál es nuestra próxima parada mañana? ¿Tienes más excursiones planeadas, Abs? —preguntó Jordan. Estaban intentando mantener los ánimos relajados, pero los tres se encontraban completamente espantados. Los faros delanteros del Neon iluminaban apenas algo más que la carretera, ocasionales carteles y destellos de los árboles que pasaban a los lados—. No sé cuánto más de Tennessee pueda soportar.

—Alabama —lo corrigió Abby.

—*Tennebamatucky*, lo que sea. Todos me parecen iguales a esta altura.

—Todavía estamos en las afueras de Montgomery, Jordan, usa tu GPS —espetó Abby. Luego respiró profundamente—. Supongo que el paisaje *fue* bastante similar todo el día, pero eso es lo que busco en mi proyecto —explicó—. Apuesto a que cuando ponga mis fotos junto a otras de hace treinta, cuarenta, o incluso cien años, no va a haber mucha diferencia. Creo que es fascinante. El tiempo pasa pero en algunos lugares nada cambia en realidad. Es un pensamiento agradable, ¿no creen? Que algunas cosas son verdaderamente permanentes. Confiables...

Su voz se fue apagando y adquirió un tono un poco triste.

—Seguro —respondió Jordan—. Lo entiendo. No quiere decir que no me dé sueño, pero sé a qué te refieres.

—Más vale que te mantengas despierto —le advirtió Dan—. Tienes que ayudar a armar la tienda cuando lleguemos.

—No puedo esperar a llegar a Mobile mañana —continuó Abby, disminuyendo la velocidad a medida que comenzaron a aparecer letreros que anunciaban el camping Woods—. Se supone que el cementerio Magnolia es una mina de oro, hay tantos mausoleos increíbles allí. El señor Blaise me dijo que no podía perdermelo. Les prometo que no nos detendremos mucho tiempo. Sé que todos estamos ansiosos por llegar a Nueva Orleans después de... —Abby se estremeció—. Uff, necesito tomar un baño.

Dan estaba sentado en silencio en el asiento de atrás, deseando saber qué decir para hacer que todo estuviera bien otra vez. Pero en lo único que podía pensar era en el mensaje de Micah.

Mientras tomaban las cosas del auto, Dan podía sentir la mirada de Jordan perforándole la nuca. Les debía una explicación a ambos, lo sabía, pero ¿por dónde empezar? No quería asustarlos más esa noche, en especial justo antes de que se fueran a dormir en una tienda.

Ni siquiera estaba seguro de si sus amigos creerían lo que tenía para decirles. Nunca había sido honesto por completo con ellos acerca de su habilidad para *ver* cosas.

Hubo un momento el año anterior en que el estrés había hecho que los tres vieran y oyeran cosas que no estaban realmente allí, pero eso no se comparaba con lo que Dan consideraba su poder. No solo había visto ecos del pasado como visiones, Dan los había *vivido*, incluso había interactuado con ellos.

Y si no se sinceraba con sus amigos durante este viaje, quizás nunca tendría otra oportunidad de hacerlo.

Bajo el resplandor de los reflectores del estacionamiento, se pusieron a trabajar en el armado de la tienda, una tarea que Abby había delegado con mucha destreza.

Dan clavó las estacas en el suelo húmedo con un poco más de fuerza de la estrictamente necesaria, pero golpear algo lo hacía sentir bien. En poco más de media hora, la tienda estaba tan lista como era posible.

–¿Estás bien? –preguntó Abby, mientras observaba a Dan desenrollar su bolsa de dormir–. Antes, estabas martillando con mucho ímpetu.

–Estoy bien –respondió, sin hacer caso a la pregunta.

–Está claro que no.

Dan no sabía qué decir y vaciló durante demasiado tiempo.

–Bien, ¿sabes qué? No me cuentes.

Abby se metió en su bolsa de dormir sin cambiarse. La noche anterior había usado uno de los baños portátiles del camping para ponerse el pijama, pero esa noche, Dan sospechaba que se escudaba en su enojo para disimular su miedo.

–Sé que estás molesta, Abby –dijo Dan, mientras encendía una de las lámparas de queroseno y se sentaba de piernas cruzadas sobre su bolsa de dormir. Una suave ráfaga de viento agitó la tela de la tienda, y oyeron a otros campistas riendo a la distancia; uno de ellos le aulló con fuerza a la luna.

–Ni siquiera hay luna llena –refunfuñó Abby. Se puso de lado, dándole la espalda a Dan.

Jordan lo miró como animándolo a hablar, aunque evidentemente solo sabía una pequeña parte de lo que lo estaba alentando a decir.

–Solo déjame explicarte, ¿sí? –Dan suspiró y cerró los ojos, intentando encontrar la mejor manera de decirlo–. Tienes razón. No estoy bien. Hay... Escucha, quiero que este viaje sea divertido, ¿está bien? De verdad, y no lo arruinaría sin un motivo. Todo ha sido increíble hasta ahora. Estar con ustedes dos es... Bueno, nunca me había divertido tanto. No quería mencionar nada que pudiera estropear nuestro ánimo.

–Entonces no lo hagas –respondió Abby con tono seco.

–Solo escúchalo –dijo Jordan.

Con un gran suspiro de fastidio, Abby se dio vuelta. Solo sus ojos y su cabello sobresalían de la bolsa de dormir verde bosque.

–De acuerdo. Te escucho. Explicame.

Dan giró para alcanzar su mochila y sacó la carpeta delgada y descolorida que contenía básicamente todo lo que sabía acerca de sus padres.

–Bueno, la primera parte es que encontré algo –comenzó, y sacó la pila de papeles con dedos temblorosos. Se la entregó a Jordan, y Abby se escurrió fuera de su bolsa de dormir lo suficiente como para leer por encima de su hombro–. Todo eso estaba en los archivos de la profesora Reyes. Revisé todo minuciosamente, por supuesto, pero no hay mucha información.

Abby se quitó el cabello negro en capas del rostro y entrecerró los ojos para leer la denuncia policial acerca del papá de Dan. Se quedó helada.

–¿Este es... este es tu padre? Dios, Dan, no tenía idea.

–Jordan tampoco lo sabía hasta que le mencioné algo al respecto durante la cena –murmuró. Abby le había quitado los papeles y comenzó a leer todo detenidamente. Jordan no intentó detenerla.

Luego tomó la postal. Dan había memorizado su breve contenido hacía meses. La foto en tono sepia mostraba un imponente edificio de ladrillos que no hubiera estado fuera de lugar en el campus de la universidad de New Hampshire. Lo único que quedaba de la dirección era “HIGH STREET” y parte de una ciudad que podía ser *ingt n* o *lington*, y había un mensaje escrito en lápiz que estaba casi todo borrado también.

*amo much
arriesgado, pero siempre hay*



Los dedos de Dan apretaron la postal como tenazas al sacársela cuidadosamente de las manos a Abby. Quería creer que esa era la letra de su madre y que quizás esa postal era para él, que sus padres habían *tenido* que marcharse. Que él no había sido un accidente o lo último en su lista de prioridades.

Una sensación de frío y opresión se instaló en su pecho. Nueve meses después de haber encontrado todo eso, Dan todavía quería saber más. Observó el frente de la postal otra vez, deslizando sus dedos suavemente por encima de la imagen. Alguien había escrito algo sobre la foto, pero eran solo garabatos inentendibles.

Abby continuó con el mapa que estaba manchado y muy arrugado; era un mapa desplegable de las carreteras de Estados Unidos, impreso en 1990. Alguien había dibujado con un bolígrafo una delgada línea negra que iba desde Nueva Orleans hasta Alabama, después a Missouri, luego hasta Chicago y finalmente a Pittsburgh.

El lugar marcado con un punto donde terminaba la línea lo inquietaba. Era su pueblo. Su ciudad. El año, 1990, no estaba tan alejado de la fecha de su nacimiento en 1996. En la historia que había creado a partir de la evidencia, sus padres eran delincuentes fugitivos. Por eso lo habían abandonado. Dan se puso tenso, cerró los ojos y deseó nunca haber encontrado esa carpeta.

–Dan...

El tono de voz de Abby indicaba que había descubierto algo, pero en ese momento a Dan no le importaba si ella había encontrado algo que él no había notado, solo quería quedarse en silencio y olvidar, encontrar una manera de liberarse de su frustración antes de que saboteara el viaje.

–¿Qué? –se obligó a preguntar.

–Hay algo en la parte de atrás de este mapa –dijo ella.

–Lo sé.

Dan los observó mientras ambos leían el mensaje, escrito a mano con marcador negro y subrayado dos veces.

ENCUÉNTRALOS

–¿Crees que la profesora Reyes escribió esto? Todavía no entiendo qué quería con tus padres –dijo Jordan, frunciendo el ceño mientras estudiaba el mapa.

–No era necesariamente a ellos a quienes buscaba. Solo quería a un pariente vivo del director –respondió Dan–. Supongo que fue más fácil encontrarme a mí. Rayos, prácticamente le caí del cielo el verano pasado.

Vio que sus amigos intercambiaban una mirada, y les respondió antes de que lo bombardearan con preguntas.

–Esa es la segunda parte. Sé que hemos bromeado al respecto en el pasado, acerca de que mi vínculo con el director superaba los límites de la relación habitual entre un

tío abuelo y un sobrino nieto. Pero lo que nunca les dije es que la profesora Reyes me estaba buscando porque creía que yo podía ver cosas del pasado; cosas relacionadas con el director.

Silencio.

Entonces, Jordan por fin preguntó:

—¿Y puedes?

—A veces, sí —no había forma de adornarlo—. No sé qué lo provoca; no es algo que pueda controlar. El verano pasado tenía como sueños despierto, como si estuviese viendo cosas del pasado a través de los ojos del director. En ese momento, creí que era, de alguna forma, parte de mi trastorno. Pero en Halloween vi cosas que era imposible que el director hubiese visto.

Abby comenzó a tamborilear los dedos sobre el árbol genealógico y se veía como si estuviera pensando con mucho cuidado qué responder. Cuando finalmente habló, su reacción no fue la que Dan esperaba.

—¿Fue por eso que solicitaste el ingreso al CPNH? ¿Para averiguar sobre tu familia? Yo no soy quién para lanzar la primera piedra, yo fui para buscar a mi tía; pero ya que estamos siendo honestos, debo decir que desde que nos contaste que el director y tú eran parientes, me he preguntado si no fuiste a *buscarlo* el verano pasado; si estas visiones de las que hablas no eran parte de un plan para traerlo de vuelta.

—¿Qué? ¡No! Les juro que no sabía nada acerca del director o de mis padres cuando llegué al CPNH —insistió Dan—. No sé si fue una coincidencia o el destino lo que me llevó a Brookline el verano pasado, pero estuve allí y yo solo... nunca más quiero volver a ocultarles nada, porque tengo miedo, ¿ok? Así que hay algo más que necesito decirles. La tercera y última parte.

Sacó su celular y buscó rápidamente el mensaje. Se estremeció cuando descubrió que seguía en su bandeja de entrada. Parte de él estaba seguro de que habría desaparecido la próxima vez que lo buscara.

—Tomen —dijo—. Miren esto.

—Mierda —susurró Jordan y casi dejó caer el celular de Dan cuando vio el mensaje—. Esto no está bien.

—También creo que vi a Micah, justo antes de marcharnos de la universidad. Fue tan rápido que esperaba que hubiese sido mi imaginación jugándome una mala pasada. Esperaba que todo esto se hubiese terminado.

Abby se inclinó hacia adelante para aprovechar la luz de la lámpara. Tomó el celular que tenía Jordan y soltó un grito ahogado.

—Pero ¿cómo es posible? Creí que Facebook bloqueaba las cuentas de... las personas

que han fallecido.

Dan se dio cuenta de que había estado a punto de decir “de los muertos”, pero que había sentido que iba a sonar demasiado insensible. Insensible o no, era la verdad.

Abby se sentó con las rodillas abrazadas contra el pecho.

–¿Estás diciendo que esto tiene algo que ver con tus visiones? Pero entonces ¿cómo es que nosotros también podemos verlo?

–Exacto. Tiene que ser una broma, ¿no? –preguntó Dan y quizás puso demasiado énfasis en ese desesperado *no*.

–Claro que podría serlo –respondió Abby con seriedad. No podía apartar la mirada del teléfono–. Una broma enfermiza.

–Es la nube o lo que sea –agregó Jordan, asintiendo–. Hoy en día se puede *hackear* cualquier cosa.

–Por Dios, Dan, esto es mucho para soportar –Abby dejó el teléfono y finalmente lo miró a los ojos–. Una parte de mí no puede creer que esto esté sucediendo.

Dan sonrió con inseguridad.

–Lo mismo de siempre, supongo.

–No debería ser así –respondió Jordan, dándole una palmada en la espalda–. Creo que deberías responder el mensaje y pedirle a quien te lo haya enviado que se detenga. ¡O repórtalo! Tiene que haber alguna forma de resolver esto.

Jordan ni siquiera había mencionado el resto de lo que había dicho su amigo, y Dan sabía que esa era su forma de decirle que estaba todo bien. Ya estaba concentrado en encontrar soluciones, como el eterno matemático que era.

–Jordan tiene razón –dijo Abby, sonriendo con la misma inseguridad que Dan–. Repórtalo. Apuesto a que entonces dejarán de llegarte mensajes.

–Sí, claro –coincidió Dan–. Simplemente lo reportaré –tomó su celular y lo guardó en la mochila antes de estirarse para apagar la luz–. Entonces, dejarán de llegarme mensajes.

Capítulo 6

La monotonía del paisaje rural de Alabama le resultaba casi agradable después de la conmoción de la noche anterior. Dan se quedó mirando por la ventanilla los prados verdes y amarillos que iban apareciendo a su alrededor, interrumpidos ocasionalmente por franjas de bosque. El horizonte estaba salpicado aquí y allá de diminutas granjas, tan pequeñas que parecían casitas de juguete, tan distantes que no parecían casas de verdad.

Ninguno de los tres tenía mucho para decir esa mañana. Dan abrió una conexión de Wi-Fi en su celular, y Abby apoyó la computadora de Jordan sobre su falda, tarareando al compás de la música electrónica de su amigo mientras revisaba el trayecto para ver dónde sería su próxima parada. El sonido que hacía al tipear era reconfortante, sonaba casi como gotas de lluvia golpeando una ventana; Dan se acurrucó contra la puerta del auto, preparándose para tomar una siesta, a pesar de que no hacía ni dos horas que se había levantado. Dormir en el suelo dos noches seguidas tenía algunos efectos negativos en su espalda.

Estaba a punto de quedarse dormido cuando la voz de Abby lo interrumpió desde el asiento de adelante.

–Miren esto –exclamó, señalando la pantalla de la computadora–. Creo que encontré algo.

–No estoy exactamente en condiciones de mirar en este momento –dijo Jordan–. ¿Me lo puedes describir?

Abby acomodó la laptop para que Dan pudiera ver.

–¿Te resulta familiar? –preguntó evidentemente satisfecha consigo misma. Tenía una buena razón para estarlo, pensó Dan, mientras parpadeaba sorprendido al observar la imagen de la pantalla. Era el edificio de la postal, que le resultaba tan familiar, solo que en color.

–Eso es... ¿Cómo hiciste eso?

–No fue tan difícil, en realidad –explicó, mientras se acomodaba un mechón de cabello detrás de la oreja–. Era obvio que el edificio de la foto era un hospital o una escuela, y supuse que debía ser al menos un poco famoso como para estar en una postal. La letra que está en la dirección parece más una *l* que una *h*, así que pensé que la ciudad debía ser Arlington y no Washington. Al principio creí que podía tratarse de un viejo hospital en Arlington, Virginia. Pero como no obtuve resultados con esa búsqueda, probé con “Escuela Arlington” y esta

foto estaba en la primera página de resultados. Está ubicada en Bessemer. En las afueras de Birmingham.

–Espera... ¿quieres decir que esa escuela está en Alabama?

–Dan sintió que un escalofrío le recorría el brazo. Apenas podía creerlo. Se desplazó por la pantalla hacia la leyenda que estaba debajo de la fotografía. *Escuela Arlington. Construida en 1908, abandonada durante la década del ochenta.*

–Y no es muy lejos –anunció Abby–. Tendríamos que retroceder un poco, pero solo unas dos horas aproximadamente.

–¿Están absolutamente seguros de que es una buena idea? –preguntó Jordan–. Es decir, no te ofendas, Dan, pero no tenemos muy buenos antecedentes cuando se trata de investigar el pasado. Y, a mí por lo menos, me resulta un poco escalofriante esta coincidencia.

Dan intentó disimular su urgencia al decir:

–Bueno, a mí me gustaría regresar para ver este lugar, claro. Pero solo si ustedes están de acuerdo...

Jordan lo observó por el espejo retrovisor y luego miró a Abby, a quien solo le faltaba hacerle ojitos suplicando.



–Bueno, parece que el tío Steve no está demasiado preocupado acerca de cuándo llegaremos –dijo Jordan–. Rayos, la única persona que me extraña es mi Líder de Hermandad, Elanora, que me pregunta a cada rato cuándo volveré a los *raids*... Bueno, está bien.

–Genial, gracias –respondió Dan totalmente despabilado. Esto era un golpe de suerte. Era una pista. Había aceptado la idea de que no encontraría nueva información sobre su padre y ahora esto–. Debe haber significado algo para mis padres, ¿verdad? Si no fuera así, ¿por qué tendrían una postal de una vieja escuela? Quiero ver ese lugar con mis propios ojos.

–Oh-oh, parece que hay un pequeño inconveniente –anunció Abby, haciendo una mueca mientras se frotaba la nuca y seguía leyendo–. El edificio comenzó a ser demolido en el verano. Puede que no quede mucho para ver.

–Entonces supongo que será mejor que Jordan acelere.

La escuela abandonada parecía observarlos. Tenía una cerca de alambre que no servía para impedir la entrada de los vándalos que habían saqueado el lugar. Las ventanas rotas estaban manchadas con excremento de pájaro y grafitis. Era difícil imaginar que ese lugar alguna vez había estado lleno de estudiantes.

Una ancha escalinata de ladrillo llevaba a la entrada principal y una gran cantidad de muebles destrozados y basura formaban una catarata desde allí hasta el suelo. Los tres se apoyaron contra el auto y se quedaron mirando el edificio.

Dan levantó la postal para comparar la escuela en su mejor momento con su ruinoso estado actual.

–Entiendo por qué van a demolerla –dijo Abby en voz baja–. Solo me alegro de que hayamos llegado cuando todavía nos quedan varias horas de luz.

–No parece que sea seguro entrar –opinó Jordan mientras analizaba diferentes maneras de acercarse a las puertas. Cualquier camino que tomaran, implicaba entrar ilegalmente–. Ni siquiera estoy seguro de por dónde empezar.

Pero ya estaba en “modo resolución de problemas”. Comenzó a alejarse lentamente del auto por la acera.

–Quizás haya un cuidador con quien podamos hablar. Realmente preferiría no ir a explorar y que terminemos acuchillados por vagabundos.

Por la colina, de pie sobre un sendero cubierto de hierba crecida, había un hombre alto, vestido con una gruesa chaqueta de lona resistente y pantalones de jean.

–Como él –señaló Dan, dirigiéndose hacia un hueco en la cerca.

–¿Como quién? –preguntó Jordan.

–¡Oiga! –gritó Dan. El hombre pareció no oírlo y comenzó a caminar a través del

patio de la escuela lleno de basura y luego desapareció en una esquina—. Oiga, ¿usted cuida este lugar?

Dan corrió para alcanzarlo, tropezando con piedras y pilas de sillas y escritorios rotos que formaban una peligrosa carrera de obstáculos llena de clavos, la cual llevaba hacia una puerta clausurada con tablas de madera. Dan divisó nuevamente al hombre, que esta vez dobló por el extremo izquierdo de la escuela. Como no estaba corriendo, Dan lo alcanzó fácilmente y chocó contra él al dar la vuelta a la esquina a toda velocidad.

O *habría chocado* contra el extraño si no se hubiese deslizado a través de él. Dan se paralizó y sintió una oleada de temor que lo recorrió como un escalofrío de la cabeza a los pies. La sensación de frío persistió mientras el hombre retrocedía y volvía a atravesar la forma física de Dan. De frente a la visión, Dan observó su rostro y vio rastros de su propia nariz, boca, mentón... ¿Era posible? ¿Realmente estaba viendo a...?

—¿Papá?

En verdad no quería que ese fuera su padre. En todas sus otras visiones solo había visto personas que estaban muertas.

No era que hubiese tenido la esperanza de encontrar a Marcus vivo, pero confirmarlo de esa manera lo paralizó de miedo. Aun así, siguió al espectro, que lo condujo hacia una puerta de servicio en la parte de atrás del edificio. Su padre pasó a través de ella, pero Dan tuvo que inclinarse y abrirse paso entre unos pocos tablones mal clavados que cubrían la puerta.

Se le enganchó la camiseta en uno de los bordes dentados de los tablones, pero no le prestó atención, apresurado por seguir a su padre al interior de la escuela. La ropa de Marcus se veía anticuada, o al menos gastada, y Dan se preguntó *cuándo* lo estaba viendo, a qué época de la vida de su padre correspondía esa visión. El interior de la escuela se veía más desastroso que el exterior, pero al parecer, también había estado así en la época de Marcus, quien iba esquivando cuidadosamente trozos de pared que se habían desplomado y bloqueaban ciertos pasillos. Condujo a Dan hacia el ruinoso vestíbulo, donde una paloma voló en picada sobre la cabeza del chico y lo hizo gritar sobresaltado.

—¿Estás bien? ¡Dan! ¿Adónde fuiste? —los gritos de Abby resonaron por las entrañas derruidas de la escuela.

—¡Estoy bien! Saldré en un minuto —respondió. Al menos eso esperaba. El moho y el excremento de ave se mezclaban para formar un olor penetrante. Dan tomó el cuello de su camiseta y se tapó la nariz para combatir las náuseas.

La pintura de las paredes y el techo estaba inflada y se había descascarado formando

largos rollos. El padre de Dan se inclinó para pasar por una puerta con el marco combado, hacia lo que parecía ser un salón de clases. Una vez adentro, abrió la puerta de un armario cubierto de grafitis.

–No podemos quedarnos –dijo Marcus. Hablaba solo–. Déjalo. Este lugar es un desastre y no tenemos tiempo de empacar todo. ¿Realmente quieres que nos encuentren aquí, Evie? Vamos.

Sobresaltado, Marcus miró por encima de su hombro, directamente hacia el rostro Dan.

Y entonces desapareció.

Capítulo 7

Dan se quedó mirando el húmedo y oscuro interior del armario. Alguien había quitado los estantes que ahora estaban dispersos por el salón, y lo había transformado en una especie de cueva para vagabundos. Había algunos cojines y mantas andrajosas en el suelo, carcomidas por roedores e insectos. Dan se tapó la nariz con los dedos y se arrodilló para revisar los restos de un campamento que estaba desintegrándose. Era imposible saber cuándo había sido ocupado por última vez.

Empujó los cojines y las mantas con la punta del pie. Algo se movió entre las telas, deformándolas antes de rasgarlas. Una rata flaca salió corriendo hacia él, chillando, y luego escapó. Dan se apoyó contra las paredes destripadas, con una mano en el pecho, intentando recobrar el aliento tras la repentina conmoción. El agujero que había hecho la rata dejaba entrever algo amarillo descolorido. Dan apartó cuidadosamente las mantas y encontró una especie de nido con trozos de papel amontonados. La mayoría estaban tan roídos y manchados que era imposible saber qué habían sido, pero las mitades de algunas hojas tenían texto que todavía podía leerse.

Dan recogió lo que pudo, estremeciéndose por el olor repugnante a humedad y las matas de pelo y el excremento adheridos a las hojas. Revolvió el armario en busca de más pistas, pero no había nada. Detrás de él podía oír las voces y pisadas de sus amigos, que resonaban por los pasillos de la escuela.

Al llegar al vestíbulo, encontró a Abby documentando las ruinas con su cámara. Jordan estaba frotándose los brazos mientras observaba el techo roto y precariamente abierto.

—Ahí estás —exclamó, respirando por la boca—. ¿Adónde rayos te habías metido?

—Vi algo —respondió Dan—. Puede que haya sido... No estoy seguro. Pero encontré algunas cosas viejas en un armario. Las tomé para revisarlas después.

—Dan —dijo Abby, observándolo por encima del ojo de la cámara—. ¿Qué fue lo que viste?

—Una de esas visiones —confesó—. Creo que puede haber sido mi papá. Con suerte, algo de esto puede haberles pertenecido a ellos —con una mueca, levantó las viejas páginas manchadas.

—Encantador —dijo Jordan entre dientes, mientras se tapaba la nariz y lo observaba con el ceño fruncido, como si estuviese loco.

—Podríamos intentar secarlas con mi secador de pelo —sugirió Abby, como si nada.

Se dirigió hacia una pila de pupitres que se estaban pudriendo, concentrada nuevamente en su cámara. Tomó fotos del techo, los salones de clase, Jordan. La cámara emitía un suave sonido con cada una. Tomó tantas fotografías que a Dan le tomó unos minutos notarlos. Había otro *clic-clic-clic*, más suave y más rápido, que provenía de afuera, de los arbustos que estaban junto a la puerta por la que habían entrado.

Abby no era la única que estaba tomando fotos.

—¿Qué demonios —susurró Dan y corrió hacia la entrada.

Había una delgada sombra agazapada contra los arbustos, tomándoles fotos. Cuando Dan se acercó a la puerta, el tipo se colgó la cámara del hombro con una correa, y corrió hasta perderse de vista. Dan lo siguió, maldiciendo los tablones clavados a baja altura que cubrían la entrada de servicio.

El tipo era rápido, mucho más rápido que Dan, y saltó con agilidad por encima de la avalancha de basura que había en el jardín delantero. Se deslizó por el terraplén y llegó hasta una motocicleta negra aparcada al otro lado de la calle donde estaba el auto de Abby. Sin aliento, Dan bajó la colina dando tumbos y vio al extraño subirse a la motocicleta, acelerar y realizar un círculo con gran habilidad antes de alejarse a toda velocidad. Tenía una insignia roja en la espalda de su chaqueta, pero Dan estaba demasiado lejos como para leerla y tampoco había alcanzado a ver la placa.

Jadeando, observó cómo se alejaba.

—¿Qué fue eso? —preguntó Jordan, también sin aliento, mientras corría hacia él—. ¿Nos vio la policía?

—No creo que fuera un policía —respondió Dan—. Alguien estaba fotografiándonos. *Observándonos.*

Capítulo 8

Dan estaba cansado de perder el apetito justo antes de cada comida.

–¿De verdad piensas que esa persona estaba tomando fotografías de nosotros? –preguntó Abby, inclinándose hacia él con los codos apoyados sobre la mesa–. ¿Por qué lo haría?

Después de dos horas en la carretera, habían llegado a la región de Montgomery para almorzar. Se detuvieron en otra cafetería para estirar las piernas y usar el baño, pero ninguno de los tres quería quedarse quieto por mucho tiempo.

–No tengo idea –respondió Dan. Durante todo el camino hasta allí, había intentado encontrarle sentido a la visión de la escuela y al extraño que los había fotografiado. Al menos Abby y Jordan habían oído la motocicleta, así que Dan sabía que no *todo* era resultado de su imaginación. Y una nota positiva era que Facebook había respondido con un “Lo estamos investigando” bastante indiferente a su denuncia por el incidente de los mensajes de Micah.

–Oye, a ti te encanta tomar fotos de porquerías viejas, Abby. Quizás a este loco le gusta fotografiar a personas que toman fotos de porquerías viejas –bromeó Jordan, pero se veía pálido, nervioso.

A Dan tampoco le gustaba la situación.

–Bueno, quienquiera que fuese, seguramente todavía sigue en Birmingham –señaló Abby–, pero deberíamos mantenernos atentos de todas maneras.

–Estoy de acuerdo –respondió Dan. Solo había podido ordenar un refresco y lo estaba bebiendo despacio mientras picaba el pan de cortesía. No le gustaba tomar sus medicamentos con el estómago vacío.

–Una vez que pasemos Mobile, estaremos cerca del cementerio Magnolia –dijo Abby, cambiando de tema en un intento fallido de relajar los ánimos–. Si todavía están de acuerdo con detenernos, me muero por ver ese lugar.

–Qué frase tan apropiada –dijo Jordan irónicamente.

–Bueno, me *entusiasma* verlo –respondió Abby y le sacó la lengua–. El señor Blaise no dejaba de hablar de él. Creo que hizo algunos dibujos del cementerio en carboncillo cuando tenía nuestra edad.

Su camarera, Randy, apareció en ese momento con una goma de mascar en la boca y trayendo la cuenta. Tenía el cabello de un color rojo brillante, con una permanente que la hacía verse como la hermana de Ronald McDonald.

–¿Dijiste Magnolia? Realmente deberían verlo si no están muy apresurados. Supongo

que no es muy normal recomendar a turistas que visiten un cementerio, pero este es especial.

–¡Sí! ¿Lo conoces? –preguntó Abby, dirigiendo toda su atención a Randy–. He estado investigando a unos contrabandistas de ron de la época de la Ley Seca y su historia es tan, tan genial. Estoy intentando encontrar la forma de agregarlos al proyecto de fotografía en el que estoy trabajando.

Dan se dio vuelta para observar el auto por la ventana. Había puesto las hojas que encontró en la escuela sobre el techo del Neon para que se secan al sol.

–Si quieren, pueden darme dinero para pagar la cuenta y saldré en un momento –dijo Abby, de modo cortante, volviéndose para terminar su conversación con Randy. Dan odiaba discutir, aunque no fuera grave, pero estaba realmente ansioso por ver qué había en esos papeles.

–Entonces, ¿en serio crees que viste a tu padre? –preguntó Jordan mientras caminaban hacia el auto–. O sea, a tu *verdadero* padre. Espera, ¿está bien decir eso? ¿O es raro decir *verdadero*? Sandy y Paul son geniales. Sabes que creo que son totalmente maravillosos.

–No me ofendí –le aseguró Dan sinceramente. Él tampoco sabía cuál era la palabra correcta–. Creo que podría haber sido él. Es decir, se parecía a mí. Su voz no sonaba mucho como la mía, pero eso no es tan extraño. Lo escuché hablar con alguien, “Evie” dijo, pero ella no se me apareció.

Jordan asintió, mordisqueando pensativamente el sorbete flexible de su vaso para llevar. Sus ojos se oscurecieron tras los lentes de marco grueso.

–Si realmente lo viste, ¿qué supones que estaba haciendo en esa vieja escuela?

–¿Escondiéndose, tal vez? –sugirió Dan–. Parecía que tenía prisa, como si alguien lo estuviese persiguiendo, quizás. Tengo la esperanza de que en el apuro por marcharse, él y mi madre hayan olvidado algo.

–Solo hay una forma de descubrirlo.

Las páginas se arrugaron y resquebrajaron en sus manos.

Abby y Jordan permanecieron en silencio, pero Dan podía sentir el peso de la expectativa de ambos cerniéndose sobre él, como un bloque de concreto. No querían que las hojas malolientes y enmohecidas permanecieran en el auto más de lo necesario, así que los tres estaban de pie formando un semicírculo en el estacionamiento.

–Bueno –dijo Dan, respirando profundamente–. Aquí vamos. ¿Qué tienen para mí, mamá y papá?

Respirando por la boca, acercó la página superior a su rostro y observó las letras

desvaídas con los ojos entrecerrados. Era una carta dirigida a *Evie y Marc*.

–Espero que estén a salvo –leyó Dan en voz alta, descifrando la letra lo mejor que podía–. Tener un apartado de correos es una buena idea; sin embargo, también puede ser rastreado. Solo manténganse escondidos hasta que pase todo este asunto de Trax Corp. Me están presionando mucho para que revele mis fuentes, pero esos idiotas saben que no voy a ceder. Algunos de ellos han estado husmeando en la oficina. Rufianes. Lo del maltrato animal fue un gran hallazgo, pero lo del contrabando es aún mayor. Intentaré mantener a esa sanguijuela de Tilton alejado de ustedes. Pero no se queden mucho tiempo en un mismo lugar, ¿está bien? En unos meses, Trax tendrá mucho más de qué preocuparse que de un par de intrusos y podrán regresar a la ciudad. Todo está bien en el *Whistle*. Ya me conocen, puedo hacerme cargo de todo –Dan bajó las páginas y dejó que Abby las tomara para inspeccionarlas.

»La firma dice “Maisie”.

–Parece que tus padres eran informantes o algo así –dijo Abby, mientras releía la página. Luego pasó a la segunda hoja que Dan había rescatado–. Es otra carta de esta Maisie. Parece que lo que fuera que encontraron tus padres hizo que Trax Corp. cerrara.

Dan se acercó para leer por encima del hombro de Abby.

–Y había una orden de arresto en su contra –agregó Dan, señalando la hoja–. Incluso es anterior a la denuncia policial que tengo. Supongo que el allanamiento de morada no fue un incidente aislado.

–Pero tus padres deben haber tenido razón –señaló Jordan, mientras buscaba algo en su teléfono–. Es decir, Trax Corp. cerró, ¿no? Así que debe haber estado haciendo algo ilegal.

Dan asintió, pero su mente estaba en otro lugar, imaginando el miedo que debieron sentir sus padres al tener que trasladarse de un lugar a otro, mientras intentaban evitar que los arrestaran. Probablemente, se estaban escondiendo en la escuela para evitar ir a moteles o lugares donde pudieran reconocerlos. No podía creer que sus propios padres habían sido *fugitivos*. Claro que, después de haber pasado su infancia saltando de familia adoptiva temporal en familia adoptiva temporal, de alguna manera, ese descubrimiento le pareció apropiado. Por más que amaba y apreciaba a Sandy y a Paul, nunca pudo cerrar la brecha evidente, pero de la cual nunca hablaban, entre la bondad clásica de ellos y las inclinaciones más oscuras de Dan.

–Debe haber más información on-line acerca de esa empresa –dijo Dan, pensativo–. Si la cerraron, puede que haya artículos al respecto. Aunque fue durante los años ochenta, si no era una empresa grande, puede que no encontremos mucho.

–Quizás no –coincidió Jordan, encorvado sobre su celular–. Pero parece que el *Whistle* definitivamente era un periódico. Pequeño, pero tiene una entrada en

Wikipedia. Maisie Moore fue la jefa de redacción hasta 1995. No dice nada de tus padres, pero el periódico tenía su sede en Metairie. Eso es cerca de Nueva Orleans. Quizás Maisie todavía vive por esa zona.

–Eso es maravilloso –dijo Abby y le devolvió las cartas con cuidado a Dan, consciente de su fragilidad–. Ella conocía a tus padres, Dan. Podemos buscarla cuando llegemos a Nueva Orleans.

–No me hagas ilusionar.

Pero ya estaba ilusionado. ¿Y si Maisie Moore tenía datos de contacto de sus padres en sus archivos? Después de tantos años sin saber nada de ellos, ¿sería posible encontrarlos tan fácilmente?

Capítulo 9

—¿Realmente estás de acuerdo?

—En serio, Abby, está bien. Sé cuánto deseas ver este cementerio. No te lo voy a echar a perder.

Y, de todos modos, ya estaban estacionados en una estrecha calle cercana al cementerio. Dan casi no podía recordar el viaje. Estaba haciendo todo por inercia, pero hasta las tareas más simples, como abrocharse el cinturón, le habían significado un enorme esfuerzo. Cuando hicieron una parada rápida para cargar gasolina, Jordan había insistido en pagar la cuenta, ya que él no había podido encontrar su dinero.

Abby le abrió la puerta y Dan bajó atropelladamente del auto, parpadeando al mirar el cielo cubierto, como si acabara de despertar después de una larga noche sin dormir bien. Una alta y delgada cerca de hierro forjado protegía el inmenso cementerio. Jordan y Dan siguieron a Abby por la acera hacia la entrada y luego pasaron por debajo de un letrero inclinado de metal trabajado que decía *Cementerio Magnolia*.

Jordan se estremeció.

—Odio los cementerios. Nunca siento que esté bien estar en uno. A menos que seas literalmente una persona muerta o que vengas para traer flores, creo que uno debería mantenerse alejado de estos lugares.

—Sí, es probable que Abby nos deba una ronda de *milkshakes* después de esto.

Sin embargo, había estado en lo cierto acerca de la arquitectura: había sepulturas que podían albergar a una persona o a una pequeña familia de mascotas, diseminadas a cada paso. Los tres salieron del sendero principal y caminaron sin prisa por el césped corto. Dan tuvo cuidado de no pasar ni cerca de las lápidas planas hundidas en el suelo.

—¿Estás segura de que solo estamos echando un vistazo? Pareces tener un objetivo muy claro —le gritó Jordan a Abby, quien caminaba más adelante con pasos largos y seguros.

—Randy me dio algunas indicaciones.

—¿Quién? —gritó Jordan.

—Randy. Randy, ¿nuestra camarera? Cierto que no estaban prestando atención. Me contó acerca de algunas tumbas para ver. Anoté sus indicaciones. Solo síganme.

Ninguno de los dos se opuso.

—Entonces, este proyecto tuyo —dijo Dan, entablando una conversación como para llenar el aire pesado y vacío del cementerio—. ¿Se lo vas a mostrar a tus nuevos

profesores o qué?

Abby se encogió de hombros, mordisqueándose el labio inferior mientras se abrían camino entre las lápidas.

—En realidad, es... Lo he pensado. Mucho. Quizás demasiado —con un suspiro, se detuvo para tomar algunas fotos de los árboles que se cernían sobre ellos—. Me han presionado tanto para que elija una universidad y haga lo correcto, lo que se *espera* de mí, que ya ni sé qué es lo que quiero.

—Tu papá fue bastante duro contigo con respecto a las solicitudes de ingreso, ¿no? —preguntó Dan.

—Creo que *salvaje* es una palabra más adecuada —Abby rio con amargura—. Esto es lo que me gusta —dijo, señalando la cámara y luego el aire libre—. No sé si gastar una barbaridad de dinero para obtener un título de licenciada en Bellas Artes es la mejor opción. A muchos artistas les va bien sin tener un título. Y, de todos modos, ya sé que voy a ser pobre después de graduarme, así que ¿para qué empobrecerme aún más? No necesito un título para poder enseñar arte, yo quiero *vivirlo*.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—Digo que, al menos, quiero tomarme un año sabático —puede que al comienzo sonara vacilante, pero ahora hablaba con convicción—. Al principio, mis padres se negaban a ayudarme si no iba a la universidad, pero finalmente dijeron que si podía mostrarles cómo usaría ese año sabático, lo considerarían. Y, quién sabe, quizás si este proyecto es suficientemente bueno, podría lograr que lo expusieran en alguna galería de mi ciudad o algo así.

Dan asintió sin decir nada. Después de todo lo que habían pasado juntos, Abby no se había sentido suficientemente cómoda como para contarle algo tan importante como eso.

—De todas maneras, ¿qué importa si mis padres no me apoyan? Los padres de Jordan no lo hacen y ha sobrevivido.

—Y *prosperado* —agregó Jordan, pero a Dan le sonó sarcástico.

Intentó no quedarse atrás, mientras veía pasar los nombres de los muertos. Un viento agudo sopló por el cementerio, atravesándolo como un cuchillo. Sonó como un alarido. Jordan tenía razón, no estaba bien que estuvieran allí. Por más que hubiese montones de ramos de flores coloridas sobre las tumbas y los escalones de los imponentes mausoleos, bastaba solo un ramillete pudriéndose a sus pies para recordarle los miles de muertos que había debajo y alrededor de ellos.

—Por Dios, no hay como los espíritus del sur —susurró Jordan—. Si vas a un cementerio en mi ciudad, es escalofriante, supongo, pero no así. Aquí los muertos parecen más *enfadados*.

Dan asintió.

–Realmente espero no tener ninguna visión en este lugar.

–Uff –exclamó Jordan y se puso pálido–. Ni siquiera se me había ocurrido eso.

Abby los condujo hacia un rincón apartado del cementerio, donde las tumbas eran mucho más modestas. La mayoría eran solo rocas incrustadas en la tierra con iniciales y años burdamente grabados. Pero, tras ese puñado de lápidas, se alzaba un mausoleo: una monstruosidad escalonada de piedra caliza que parecía dominar el resto de las tumbas. Tenía un rostro esculpido, grotesco y exagerado, que parecía estar gruñendo, como si adentro hubiese un demonio atrapado que había presionado y presionado la piedra hasta estirarla y amoldarla a su rostro. Como si se tratara de una máscara de marfil.

Un solo árbol, medio marchito, crecía justo en la esquina del terreno vallado y parecía competir con el monumento en una carrera hacia el cielo nublado. Se cernía sobre ellos, curiosamente inmóvil a pesar del viento.

–¡Lo encontramos! –exclamó Abby entusiasmada, mientras sostenía su cámara y comenzaba a tomar fotos.

JAMES CONLEN ORSINI 1894-1935

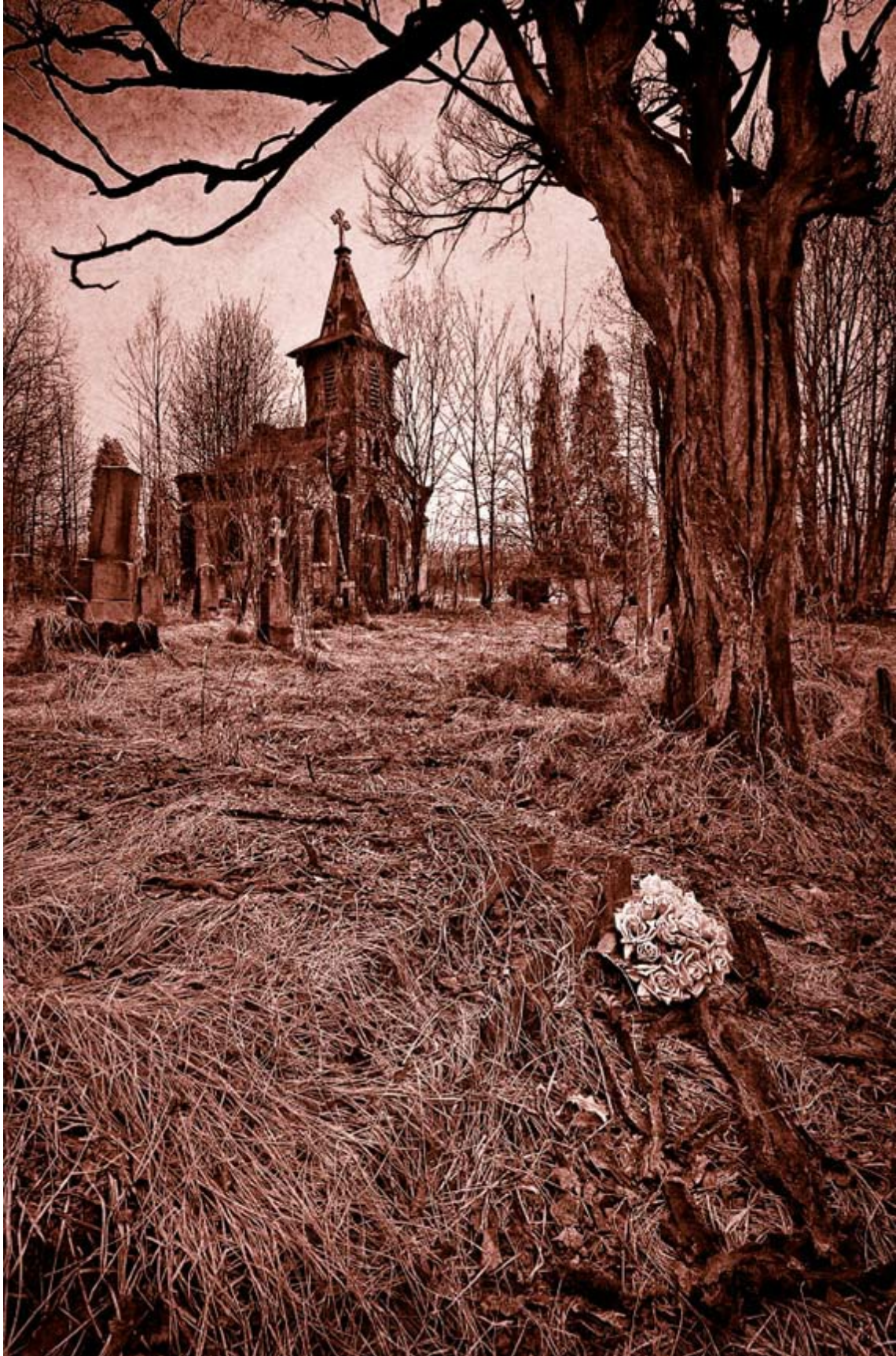
Está pagada la deuda de la ambición¹.

Je ne te quitterai point que je ne t'aie vu pendu².

–No me separaré de ti hasta verte ahorcado –leyó Jordan. Abby y Dan se volvieron al mismo tiempo para mirarlo–. ¿Qué? Tomé clases de francés durante tres años, más vale que las aproveche.

–Este tipo parece de lo más simpático –dijo Dan entre dientes.

–No te sorprendas tanto –le respondió Abby en tono burlón desde atrás de su cámara. Dan oyó el suave *clic* del disparador mientras ella hablaba–. Era un criminal, un mafioso; no era exactamente el tipo de persona que muere en forma pacífica mientras duerme. Lo mataron en un tiroteo después de que un grupo de sus amigos lo ayudaran a escapar de la cárcel para evitar que lo ejecutaran.



–¿Estás segura de que quieres fotografiar su tumba? ¿No tienes miedo de atrapar su espíritu o algo así? –preguntó Jordan, mientras empujaba nerviosamente con la lengua el *piercing* que tenía en el labio.

–Deja de jugar con esa cosa, se te va a infectar.

–Tú te vas a infectar.

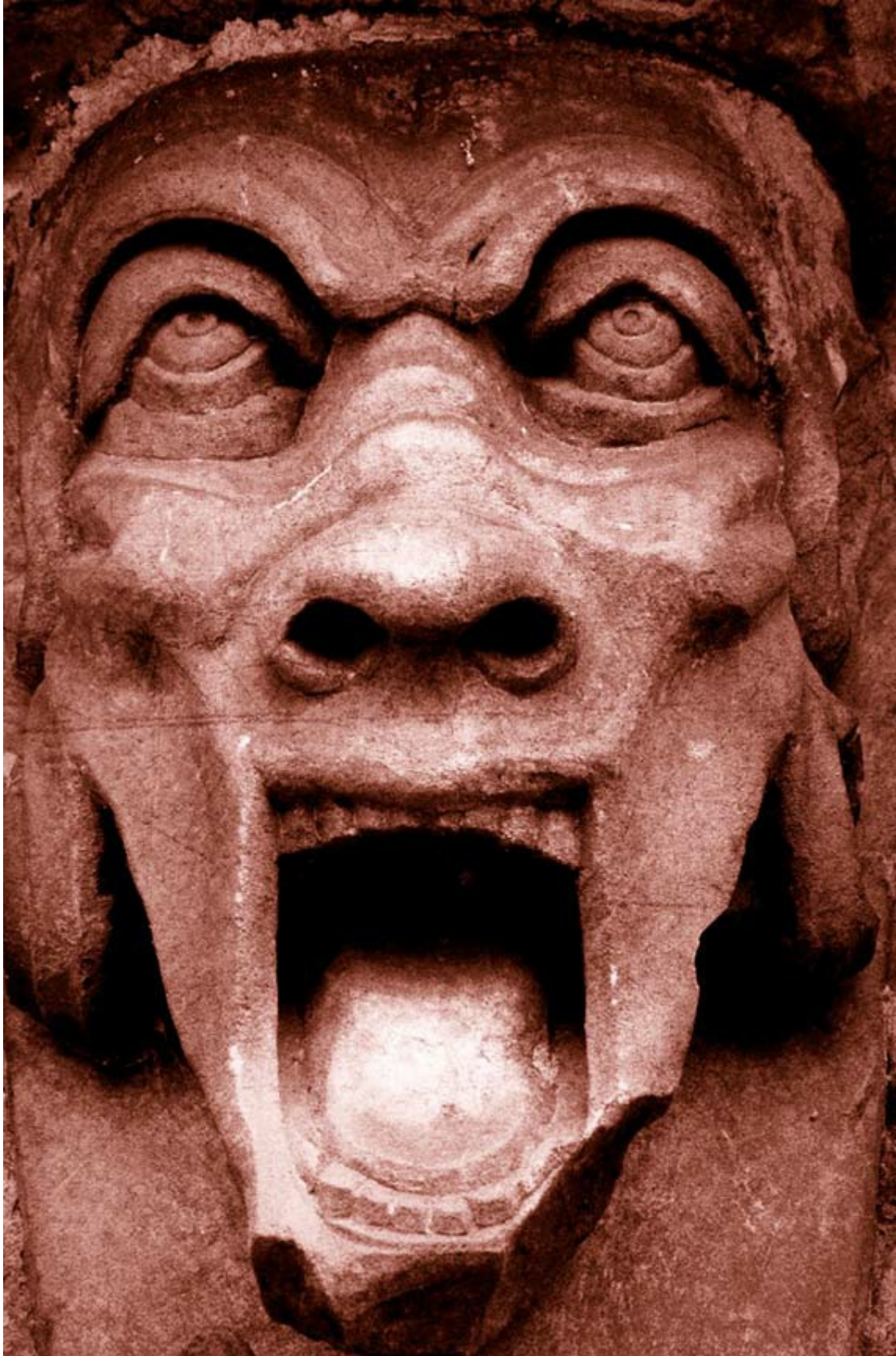
–Qué original, Jordan.

Dan no podía continuar mirando el horrible rostro esculpido en el mausoleo. Rodeó lentamente el sepulcro, pateando el césped descuidado. A los encargados del mantenimiento parecía no importarles demasiado ese rincón del cementerio y habían dejado que se acumularan las hojas secas y las malas hierbas. Nadie había ido a dejar flores el último tiempo. Dan continuó rodeando el mausoleo y se detuvo de manera abrupta justo antes de caer de cabeza en un hoyo.

Alguien había derribado una de las lápidas, la había apartado y había cavado un agujero desprolijamente frente a ella. No parecía contener nada excepto algunos gusanos y tierra.

–Oigan, chicos –los llamó Dan, mientras se asomaba al borde del pozo para observarlo más de cerca. Iba a invitarlos a ver la extraña fosa, pero se detuvo al notar algo blanco en la tierra. Se arrodilló y apartó cuidadosamente tierra suelta y piedritas, dejando al descubierto lo que creyó, en un primer momento, que era la mandíbula de un perro o un animal pequeño. Sus dedos vacilaron sobre la superficie descolorida y, de pronto, lo invadió un deseo de *levantarlo, sostenerlo y nunca soltarlo*. Dan se tambaleó, recuperó el equilibrio y retrocedió. Se quedó mirando el pequeño y extraño hueso curvo. Se le revolvió el estómago al darse cuenta de que no pertenecía a un perro, sino a un niño.

Abby apareció tomando fotos mientras caminaba.



–Puaj, qué asco –exclamó Jordan al ver la fosa abierta–. No me digas que ahí adentro hay un cuerpo.

–Nop, solo hay un hueso –dijo Dan–. De un *niño*. Y parece que alguien talló cosas en él.

–Oh, Dios –murmuró Abby, pero levantó la cámara y le tomó una fotografía, luego se detuvo y una luz extraña y distante invadió sus ojos–. No debería haber hecho eso –dijo, sosteniendo la cámara a la altura de su cintura–. No sé por qué lo hice, pero no debería haberlo hecho. Voy a borrarla.

–¿A alguien más le produce una sensación extraña? –preguntó Dan.

–Es la mandíbula de un niño, ¡claro que me provoca una sensación extraña!

Jordan se negó a mirar dentro del pozo y comenzó a caminar de regreso en dirección al auto. La tenue luz del sol se desplazó por encima del árbol y el mausoleo de Orsini, dejando a Dan y Abby bajo una sombra fresca.

–Deberíamos tapanlo –susurró Abby.

Se miraron un largo rato y ninguno de los dos se acercó al hueso. Finalmente, Dan cedió. Se aproximó arrastrando los pies y lo cubrió con tierra, empujándola con su zapato. Le echó un último vistazo y notó que alguien había atado una cuerda a un extremo del hueso. No quería saber para qué.

Dan oyó el suave chasquido de una cámara y frunció el ceño.

–Creí que no ibas a fotografiarlo –dijo y terminó de cubrirlo.

–No lo estoy fotografiando –respondió Abby. Y era verdad.



Dan se volvió y rastreó el sonido hasta descubrir que provenía de un grupo de arbustos en flor que estaba en la dirección de la que habían venido. No vaciló y salió corriendo hacia la figura que estaba de rodillas junto al arbusto.

La persona estaba nuevamente vestida de negro de la cabeza a los pies, era delgada y tenía un físico atlético. De cerca, Dan no podía distinguir si se trataba de un hombre o una mujer.

No importaba. Esta vez iba a atrapar al maldito. Corrió a toda velocidad, apenas esquivando las lápidas, y sintió que los pulmones le ardían al tratar de seguirle el ritmo al extraño.

El sendero que llevaba de vuelta a la entrada le resultaba ligeramente familiar, pero el tipo era rápido... demasiado rápido. Dan continuó corriendo con la esperanza de, como mínimo, ver la placa o poder observar mejor la motocicleta. Se trataba de la misma persona que había estado en la escuela. De eso, al menos, estaba seguro.

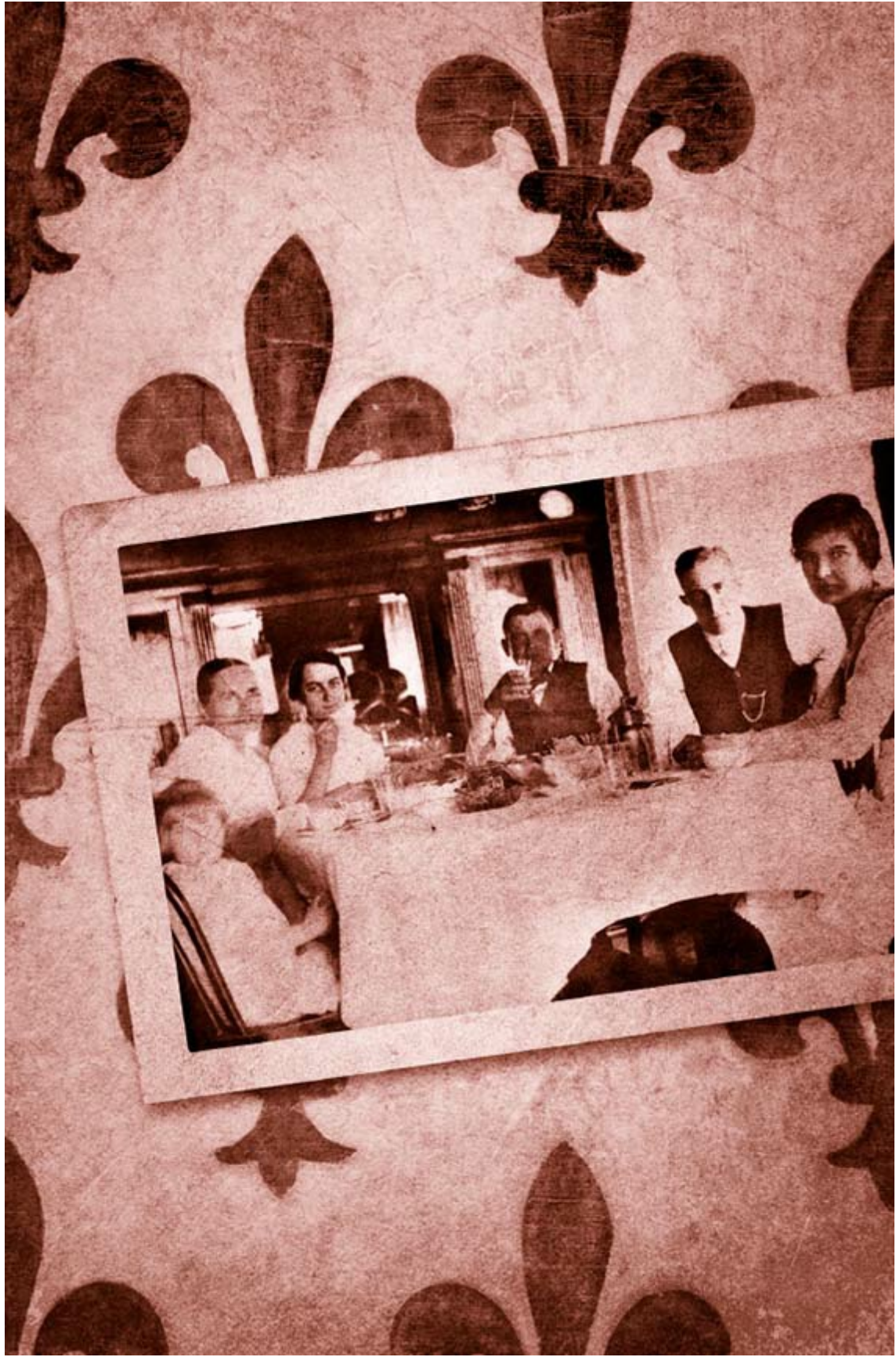
No pudo seguirle el ritmo, pero continuó corriendo pesadamente a través del cementerio. Podía oír a Abby que lo llamaba mientras el tipo se alejaba cada vez más, hasta desaparecer tras los árboles y setos que estaban a los costados de la verja de entrada.

–Maldición –exclamó furioso, patinando sobre el sendero pedregoso que llevaba a la calle. Respiró a grandes bocanadas y miró hacia la derecha y hacia la izquierda. La motocicleta estaba aparcada cerca del auto de Abby. Dan logró trotar unos pasos más, pero el tipo ya estaba acelerando y virando bruscamente hacia la calle.

Dan siguió el resto del camino inclinado hacia adelante, con las manos sobre las rodillas, observando de cerca la huella que había dejado un grueso neumático.

–¿Lo viste? –Abby lo había alcanzado y Jordan llegó poco después. Dan los escuchó correr a su encuentro.

–No –respondió entre dientes–. Llevaba puesto ese maldito casco –levantó la cabeza y tragó saliva con un nudo en la garganta–. Pero creo que está bastante claro. Alguien nos está siguiendo.



Notas

1. Shakespeare, W. (1599?). *Julio César*. Acto 3, escena 1.
2. Molière. (1666). *El médico a palos*. Acto 3, escena 9.

Capítulo 10

El dolor era sordo e irritante, como un murmullo, una voz que provenía de otra habitación. Casi quería más dolor, que la voz fuese más fuerte. Si al menos pudiese darse cuenta qué le dolía, quizás podría solucionarlo.

Dan se retorció y se sacudió, pero estaba atrapado. No podía volver a pasar por esto: no podía estar tan vulnerable, aprisionado y superado en inteligencia. Primero había sido el Escultor –no, Félix– y luego la profesora Reyes. Tenía que escapar esta vez.

Su primer deseo se cumplió. El dolor le recorrió la mano, el brazo y el hombro como un rugido; tan agudo y terrible que hizo que le ardieran los ojos.

Entonces los abrió, se despertó y se levantó de golpe de su asiento, con un grito ahogado.

–¿Está todo bien? Te quedaste dormido –le dijo Abby y lo miró desde el asiento del conductor.

Dan se esforzó por entender lo que estaba sucediendo. Claro. *El cementerio, luego una cena rápida en el auto.* Ahora estaban conduciendo de noche y los últimos vestigios de confort urbano habían desaparecido. Estaban tan al sur que no le hubiera sorprendido bajar la ventanilla y sentir olor a sal en el aire.

–¿Dan?

–Solo tuve un sueño raro –respondió, pasándose la mano por la barba que le crecía en parches. Ni siquiera llegaba a ser una barba de candado–. ¿Dónde estamos? Creí que estábamos a solo unas horas de Nueva Orleans.

–Bueno, todavía nos faltan algunas horas hasta Nueva Orleans, pero hay un temita. Existe una biblioteca que me gustaría mucho visitar. Es la última parada que quiero hacer antes de ir a lo del tío Steve, lo juro –levantó las cejas y le ofreció una media sonrisa esperanzada, que Dan sabía que era su forma de preguntarle si estaba de acuerdo.

–¿Qué dijo Jordan?

Fue entonces que Dan notó que su amigo estaba roncando suavemente en el asiento trasero, y oyó la música que provenía de los auriculares que tenía colgados alrededor del cuello.

–No podría preguntarle –respondió Abby rápidamente, bajando la voz–, porque sé que le hace mucha ilusión ver a su tío e instalarse, y todos ya tenemos muchas ganas de volver a dormir en camas, pero tienen una caja entera de pertenencias de Jimmy Orsini. Es increíble que esas cosas se hayan conservado.

–¿Otra vez ese tipo? –Dan tomó un refresco tibio que había en el portavasos junto a su rodilla y bebió un trago–. ¿Realmente crees que contar la historia jamás contada de un mafioso te va a ayudar a arreglar las cosas con tus padres?

Vio que Abby se ponía tensa al escucharlo describir –o *intentar* describir– su arte de manera tan desdeñosa. Pero luego dejó de apretar tan fuerte el volante y respiró profundamente.

–Ya no se trata solo de eso. Estoy verdaderamente interesada en el tema. Es decir, estas comunidades locales y personas como Orsini: toda la gente que conocimos tenía alguna historia espeluznante o algo que contar sobre él, pero ¿de dónde proviene todo eso? No es como Bonnie y Clyde o Al Capone, de quienes hay mucha información on-line. Es como si fuese una auténtica leyenda urbana o algo así. ¿Cómo suceden este tipo de cosas?

–Es una buena pregunta –dijo Dan y bostezó–. Sí, es posible que valga la pena investigarlo.

–Está bien, Dan, no tienes que fingir que te interesa. Solo déjame hacer esta última parada y después voy a tratar de no hablar más del tema.

–Sí me interesa, Abby, en especial si vas a tomarte un año sabático para trabajar en esto. Es importante para ti. Quiero decir, muy pronto esto va a convertirse en toda tu vida, ¿no?

Abby asintió, sonriendo con satisfacción.

–Uno de estos días te voy a enseñar todo al respecto.

–Oye, yo no te obligo a leer Goethe, ¿no? Puede gustarme algo acerca de ti, aunque no lo entienda.

Dan se hundió más en su asiento y se quedó observando la carretera con la mirada perdida. Esbozó una sonrisa y se alegró porque, al menos, Abby y Jordan estaban ahí para hacerlo sentir mejor. Le resultaba imposible imaginar la posibilidad de que tuviera que soportar tantas sorpresas solo. A veces, estaba absolutamente convencido de que estaban destinados a ser un trío que, de alguna forma, encontraría la manera de permanecer unido el año siguiente, incluso cuando la vida los llevara hacia nuevos caminos y nuevas metas.

–¿Dónde queda esta biblioteca, entonces? –preguntó Dan.

–Está en una ciudad llamada Shreveport. Hoy ya está cerrada, así que tendremos que acampar otra vez y visitarla mañana a primera hora.

Inmediatamente, Dan deseó no haber preguntado. Ya había escuchado antes acerca de Shreveport. Era la ciudad donde vivió Micah antes de ir a New Hampshire. Y nunca había podido regresar.

A Jordan lo había desconcertado despertar en Shreveport en lugar de Nueva Orleans, pero se había recuperado bastante rápido.

La ciudad era hermosa, daba al río Rojo y desbordaba de cultura, lo cual era un cambio bienvenido después de las llanuras que habían visto desde la carretera. La biblioteca estaba en un vecindario a unos kilómetros de la ciudad propiamente dicha, y el camino hacia allí pasaba por una mansión histórica tras otra.

Abby consultó el celular que tenía sobre la falda y luego se lo entregó a Dan.

–¿Te importaría hacer de copiloto? La dirección ya está en el GPS.

–A cuatrocientos metros –dijo Dan, imitando la voz robótica del GPS–, gire a la izquierda en la calle Shady Oak. Su destino estará a la derecha.

Abby rio y disminuyó la velocidad en una calle llena de restaurantes y tiendas antiguas, antes de seguir las instrucciones que le había dado Dan.

–Esa pastelería de la esquina se ve adorable. Y, ¡oh, mira! Tienen una heladería.

–Son las nueve de la mañana.

–Nunca es demasiado temprano para tomar un helado –respondió Abby con una sonrisa pícara.

Giraron para entrar a un estacionamiento del tamaño de un post-it y se detuvieron frente a un edificio bajo de ladrillo. Solo había otro auto allí, una camioneta Chevrolet roja en buen estado.

–Jordan –dijo Dan y se dio vuelta para darle un golpecito a su amigo en la pierna–. Estamos en la biblioteca más pequeña que hayamos visto. Tienes que entrar para hacerme compañía.

–Mmm. ¿No puedo quedarme aquí a dormir?

–No –respondieron al unísono Abby y Dan con tono estricto.

Un tentador aroma a pan horneado provenía de la pastelería cercana. Eso fue suficiente para espabilar a Jordan, a quien le prometieron una rosquilla si conseguía permanecer despierto mientras durara la visita a la biblioteca. Dan y Jordan caminaron al mismo ritmo y dejaron que Abby se adelantara, casi a las corridas, sosteniendo firmemente un latte de Starbucks que habían comprado más temprano.

El celular de Jordan vibró mientras cruzaban las puertas de la biblioteca y entraban a una atmósfera cargada de polvo y olor a papel viejo y mojado.

–Me lleva el diablo –susurró Jordan–. ¿Esa mujer de verdad me contestó?

–¿Quién? –preguntó Dan distraídamente. Miró a su alrededor a las docenas de vitrinas; en la mayoría se exhibían armas y uniformes de la Guerra Civil. Al menos diecisiete banderas confederadas diferentes ondeaban colgadas de las vigas transversales del techo. Una joven alegre, con una camisa de franela y una falda de jean, saludó a Abby y enseguida se pusieron a conversar. Tenía un encantador acento

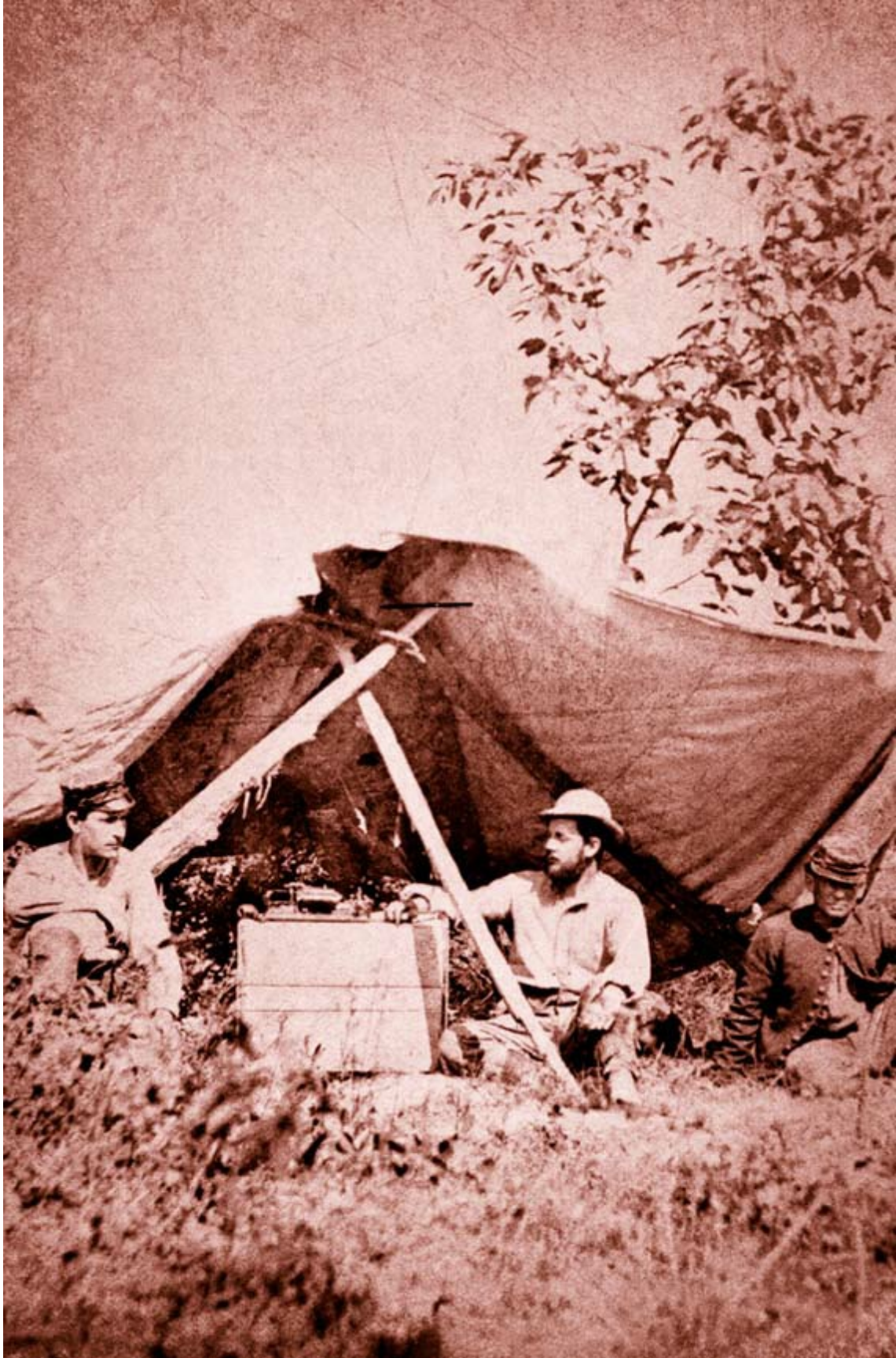
sureño que la hacía sonar como una cantante de música country.

–La periodista, la que escribió acerca de tus padres. La busqué en Google. Ya no trabaja para el *Whistle*, pero continúa apareciendo en los periódicos. Conseguí su nueva dirección de e-mail del *Metairie Daily* y le dije que habíamos encontrado unas viejas cartas que ella escribió –Jordan hizo una pausa para leer el mensaje que estaba en su teléfono–. Dice que quiere verlas, pero solo si nos encontramos con ella en persona.

–Es un comienzo –dijo Dan, sin demostrar entusiasmo, pero las palmas de las manos comenzaron a sudarle. No podía negarlo: quería conocerla lo antes posible–. Deberíamos organizar un encuentro con ella cuando lleguemos a Nueva Orleans.

–Entendido, le preguntaré sus horarios.

–¿Estarán bien si voy unos minutos al sector de los archivos? –preguntó Abby, mientras esperaba con la empleada de la biblioteca junto a la recepción–. Prometo no quedarme todo el día.



–Nos portaremos bien –prometió Jordan.

Abby sonrió satisfecha y siguió a la chica por el pasillo y a través de unas puertas de vaivén. Había dos pasajes abovedados que conducían en direcciones opuestas desde la recepción. Dan caminó sin prisa hacia el que estaba a la derecha, con las manos en los bolsillos. Su mente estaba muy lejos de las estanterías llenas de libros con olor a humedad.

En un rincón había una gaveta con algunos títeres desparramados, rodeados de pequeñas estanterías para niños con títulos apropiadamente coloridos.

Dan se dirigió hacia la mugrienta ventana que daba al estacionamiento. No había ningún indicio de una motocicleta, solo se veía un conjunto de tiendas silenciosas y una de las empleadas de la pastelería que estaba tomando un descanso para fumar en las escaleras traseras.

–Cielos, la gente del sur está demasiado perturbada –murmuró Jordan. Dan encontró a su amigo a unas estanterías de distancia, examinando con detenimiento una vitrina con libros antiguos y álbumes de fotos abiertos—. O sea, ¿eso te parece divertido? *Parranderos salen a las calles de Nueva Orleans...* Lo siento, pero yo no saldría de parranda vestido así. Ese no es un atuendo adecuado para salir de parranda.

Dan observó la fotografía en cuestión y su descripción mientras reía en voz baja. Se trataba de una fila de hombres que llevaban sudaderas con capucha y burdas máscaras de animales y que, efectivamente, se veían más como parte de una película de terror que

de una fiesta. No podía ver nada detrás de los ojos de sus máscaras de conejo, gato, cerdo y zorro, y las miradas vacías de los animales parecieron seguirlo cuando se alejó de la vitrina.

–¿Qué haces? –preguntó Dan al ver a Jordan y se aseguró de que nadie los estuviera observando. Su amigo había tirado con cuidado del cerrojo de latón de la vitrina, y como no estaba con llave, la abrió.

–No hay nadie aquí y, además, quiero ver si hay fotos de la zona donde está la casa del tío Steve. Vive justo ahí en la ciudad. De seguro le divertiría.



Al menos Jordan tuvo el sentido común de tomar el antiguo libro con cuidado, lo sacó y lo apoyó sobre la vitrina siguiente. Pasó cada página con delicadeza, revelando más fotos de los “parranderos” con máscaras de animales. Dan observó las descripciones mientras iban pasando: *Festival de jazz en la calle Bourbon atrae a una multitud sin precedentes; Encalla embarcación fluvial, cinco muertos; Jimmy “polainas” Orsini será colgado el 3 de marzo...*

–Ey, espera –Dan apoyó su mano sobre la de Jordan y lo obligó a retroceder una página–. Abby va a querer ver esto.

–Buen ojo –dijo Jordan y tras dudar solo un instante, arrancó el recorte de periódico y volvió a abrir el libro en la página que mostraba originalmente–. Nadie va a echarlo de menos.

Dan esperaba que tuviera razón. Las fotos enmarcadas colgadas en las paredes los observaban igual que las máscaras con ojos huecos. Los soldados de la Guerra Civil los contemplaban con la mirada vacía, como si haber tenido que permanecer tanto tiempo sentados para las fotos hubiera hecho que se convirtieran en seres de piedra.

Dan levantó el libro para colocarlo nuevamente en su vitrina y, al hacerlo, algunas páginas sueltas cayeron al suelo. Maldijo y se arrodilló para levantarlas. Solo eran más fotos y algunos trozos de papel de periódico. Uno de ellos estaba doblado muy apretado en forma de cuadrado. Se puso de pie y le entregó las páginas sueltas a Jordan para que las volviera a guardar en el libro, pero le ganó la curiosidad. Abrió el cuadrado y encontró otro titular que a Abby podía interesarle.





Dos testigos muertos y otro desaparecido en el juicio contra Orsini

El titular era lo único que podía leerse del artículo, el resto estaba tapado por lo que parecía ser un poema escrito a mano.

Dan lo leyó en voz alta, entrecerrando los ojos para tratar de descifrar la enrevesada letra.

No seas demasiado feliz ni demasiado arrogante

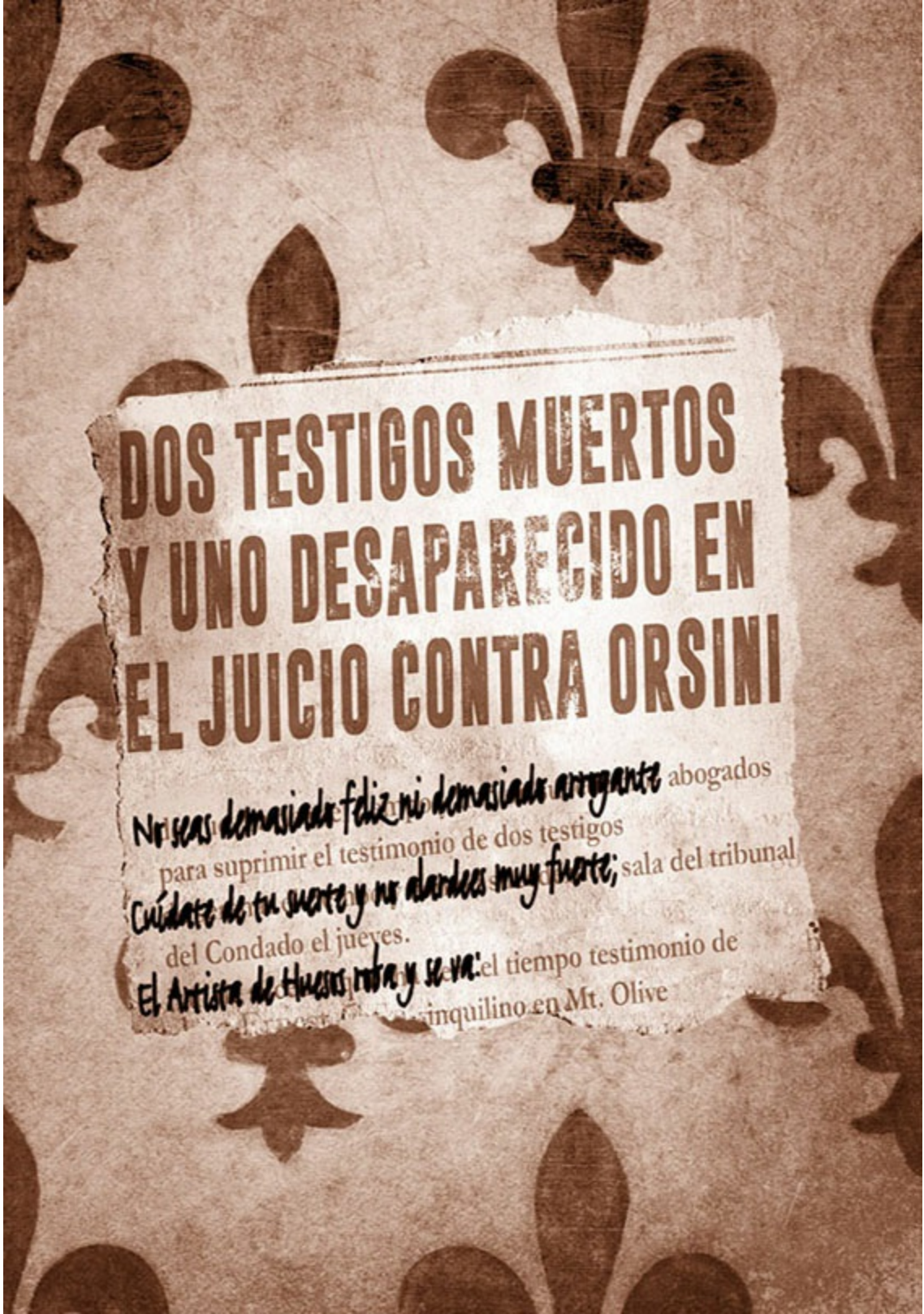
Cuídate de tu suerte y no alardees muy fuerte;

el Artista de Huesos roba y se va:

La parte inferior de la página estaba rasgada y el resto del poema se había perdido.

–¿Ves que tengo razón acerca de la gente del sur? –susurró Jordan, mientras negaba con la cabeza–. ¿Qué les pasa a estas personas?

–Me voy a llevar esto también para Abby –dijo Dan–. Quizás ella sepa interpretarlo.



DOS TESTIGOS MUERTOS Y UNO DESAPARECIDO EN EL JUICIO CONTRA ORSINI

No seas demasiado feliz ni demasiado arrogante abogados
para suprimir el testimonio de dos testigos
Cuidate de tu suerte y no alardees muy fuerte; sala del tribunal
del Condado el jueves.
El Artista de Huesos roba y se va: el tiempo testimonio de
inquilino en Mt. Olive

Capítulo 1-1

—No sé si estoy orgullosa o decepcionada de que hayan robado estas cosas para mí —Abby se mecía aferrada a la botella de vino blanco que les había comprado un tipo al que Jordan

había convencido afuera de un mini-mercado. Había desplegado los recortes sobre el suelo de la tienda frente a ella, así como también las notas que había tomado mientras examinaba la colección de posesiones de Orsini.

—Siempre puedes devolverlas por correo si te da un repentino ataque de culpa —señaló Jordan. Le sacó la botella a Abby y bebió a grandes tragos—. ¿Ven? Así es como me imaginaba este viaje. Divirtiéndonos, ¿saben?

—¿Robando bibliotecas y bebiendo alcohol obtenido de forma ilícita? —preguntó Dan. No quería beber por miedo a ponerse demasiado sentimental y no poder reprimir sus deseos de contactar a Maisie Moore. Ya podrían haber estado en Nueva Orleans, pero Abby y Jordan quisieron quedarse en Shreveport a pasar el día y acampar una noche más.

Al tío Steve le había parecido bien. Pero Paul y Sandy estaban preocupados de que Dan siguiera en la carretera. Al menos Abby estaba contenta.

—¡Sí! Sí. Este viaje se va a poner bueno, ya verán —se jactó Jordan y le sonrió satisfecho por encima de la brillante boca de la botella.

—Perdón por todas las paradas y las noches en los campings —dijo Abby—. Son unos santos por tolerarlo. Creo que todo será más emocionante en *N'Awlins*. O, bueno, emocionante en el buen sentido de la palabra.

—Si es que llegamos —no pudo evitar decir Dan. Se volvió hacia Jordan—. ¿Vas a terminar eso antes de desmayarte?

Jordan abrazó la botella con fuerza contra su pecho.

—Por supuesto —respondió arrastrando las palabras—. Pagué treinta dólares por este vino de mierda. Voy a sacarle todo el jugo que pueda.

Sí, treinta dólares, pero quince habían sido el soborno para convencer al camionero de que lo comprara.

—Solo tómatelo con calma. Mañana te toca conducir primero.

Refunfuñando, Jordan volvió a ponerle el corcho a la botella y la dejó cerca de la pequeña hielera que estaba en un rincón.

—¡Al diablo contigo y tu lógica!

—Buenas noches, Jordan —dijo Dan, se puso de lado y se metió hasta la mitad de su

bolsa de dormir.

Los grillos y las ranas cantaban a coro una melodía constante y subyacente, que sonaba tan cerca que resultaba desconcertante. Dan estaba acostumbrado a oír la misma música nocturna en su casa en Pittsburg, pero por lo general contaba con la ventaja de tener una ventana y paredes que lo separaban de los insectos y alimañas.

No se había dado cuenta de lo cansado que estaba hasta que se despertó nuevamente, sobresaltado por el sonido de su celular. Dan lo buscó a tientas, aunque le resultaba difícil oírlo con los ronquidos de Jordan y el ruido de los grillos.

Cuando lo encontró, se frotó los ojos a la luz de la pantalla, que lo espabiló un poco más. Sentía la piel tirante y le picaba, en especial alrededor de los ojos, lo que le indicaba que todavía le hacían falta al menos algunas horas más de sueño para sentirse realmente descansado. Pero ya estaba despierto, así que desbloqueó el teléfono. Se quedó mirando la notificación. Facebook. Se le hizo un nudo en el estómago. Eran las dos de la mañana. Nadie le enviaría un mensaje a esa hora, lo sabía, y sabía lo que iba a encontrar al abrir la aplicación. Pero lo hizo de todas formas.

Micah le había escrito otra vez, este mensaje era más directo que los anteriores:

DE SPIER TALO
S OBSERVADO RES T E ENCONTRA
RÁN

¿Los observadores?

No tuvo tiempo de pensar. De pronto, vio pequeños puntos de luz que rebotaban sobre la tensa pared de la tienda. Apagó su celular para que no emitiera ni el más mínimo resplandor. Alguien se acercaba. Dan identificó el rebote de linternas que se movían al ritmo de pasos.

Le tapó la boca a Jordan con la mano para silenciar sus ronquidos y pudo oír el sonido de dos pares de zapatos que se deslizaban sobre el césped. Los círculos amarillos de luz se iban haciendo más grandes a medida que se acercaban. Se esforzó por escuchar sus voces mientras el corazón le latía con fuerza en la garganta.

Despierta. Los observadores te encontrarán.

¿Cómo podía haberlo sabido quien se estuviera haciendo pasar por Micah?

—No deberíamos estar aquí —dijo una de las voces. Era suave, casi dulce, quizás se trataba de una chica.

—Tengo que verlo —respondió otra voz. Esta era grave y definitivamente masculina—. Él podría ser mi única oportunidad.

¿Podía estar refiriéndose a Dan? ¿O a Jordan? Sintió que su amigo se retorció intentando quitarse de encima la mano de Dan, pero no podía permitir que sus

ronquidos le impidieran escuchar lo que decían las voces.

–No puedes agarrar desprevenida a la gente de esta manera. No está bien.

La voz masculina suspiró, y Dan vio que las luces de las linternas se detenían y luego retrocedían. Las voces se escuchaban cada vez menos y se confundían con el sonido de la hierba mientras los extraños se alejaban.

–Tienes razón. Hay una mejor forma de hacerlo.

Entonces, no iban a emboscarlos y asesinarlos en medio de la noche: eso era un punto a favor. Pero Dan no estaba satisfecho con eso. Quería saber quiénes los estaban siguiendo. Salió con cuidado de su bolsa de dormir y de la tienda y se guardó el celular en el bolsillo para usarlo como linterna. Tenía que apresurarse, pero en silencio. Lo último que quería era alertarlos sobre su presencia.

¿Y si tenían armas? ¿Y si lo secuestraban? Jordan y Abby despertarían y creerían que Dan los había abandonado en medio de la noche.

Mis padres fueron valientes. Yo también puedo serlo.

Siguió las luces de las linternas que rebotaban en el suelo. El camping estaba prácticamente vacío, era solo un terreno al borde de un denso bosque, con barriles para arrojar la basura y faroles que señalaban los límites del estacionamiento de tierra. Dan los siguió, inclinado, y luego corrió a esconderse detrás de uno de los grandes contenedores de basura.

Las linternas iluminaban poco, pero en el estacionamiento alumbraron el capó de un auto rojo de gran cilindrada, un Mustang o un Charger, o uno de esos. Abby era la que sabía de autos, quizás podría descifrar qué modelo era si se lo describía. Las puertas se cerraron y el auto partió con las luces apagadas. No había mucha luz de luna, pero Dan pudo ver que se trataba definitivamente de un auto antiguo.

Las palmas de las manos le sudaban por el miedo. Lo estaban siguiendo. Cazando. Se preguntó si una de esas dos personas era el motociclista y por qué habían ido a buscarlos en medio de la noche solo para marcharse después sin conseguir nada.

Dan suspiró y pateó el suelo, mientras se ponía de pie para emprender el regreso a la tienda.

Abby y Jordan lo esperaban afuera, observándolo con mirada somnolienta.

–¿Qué está sucediendo? ¿Por qué me estabas aplastando la cabeza mientras dormía?
–preguntó Jordan, bostezando contra la cara interna de su codo.

–Tuvimos visitas –dijo Dan, tratando de que no le temblara la voz–. Eran dos. Me desperté por otro mensaje de Micah. Dijo algo acerca de que los observadores me encontrarían, e inmediatamente escuché que alguien se aproximaba a la tienda.

Abby se sujetó del brazo de Jordan.

–¿Qué?

–Lo sé –dijo Dan, echando un vistazo hacia atrás en dirección al estacionamiento–. A mí tampoco me gusta. Pero, no sé. No parecían hostiles. Y se fueron enseguida, simplemente regresaron a su auto y se marcharon.

–Se acabó, nos vamos ya mismo a lo del tío Steve –determinó Jordan, con la voz ronca–. No me importa si tengo que sobrepasar todos los límites de velocidad. Estoy harto de la comida chatarra, estoy harto de dormir en el suelo y definitivamente estoy harto de que *nos sigan*.

Alzó las manos y volvió a la tienda dando fuertes pisotones para recoger su bolsa de dormir, sumamente alterado.

Pero Abby permaneció afuera, tirando con nervios del borde de su camiseta.

–Dan...

–Jordan tiene razón. Vamos a estar más seguros en la casa de su tío. No me gusta estar tan al descubierto y son solo cinco horas en auto hasta Nueva Orleans.

Abby asintió mientras le tocaba el hombro suavemente.

–¿Crees que este asunto de Micah es, no sé, *real*? El momento en que recibiste el mensaje parece demasiado extraño para que se trate de alguien gastándonos una broma. Y si de verdad tuviste una visión en la Escuela Arlington...

Esa idea, inverosímil y desagradable, se le había cruzado por la cabeza.

–No tengo idea. Solo me gustaría saber cómo detenerlo.

La luz de la luna se hizo más tenue, de blanca pasó a plateada y luego a gris cuando las nubes comenzaron a amontonarse en el cielo. Abby le dio un suave apretón al hombro de Dan pero, en la oscuridad, él casi no pudo verla cuando entró a la tienda para buscar sus cosas.

Volvió a mirar su teléfono y mientras lo hacía, apareció otra notificación encima de la hora, el clima, la fecha...

Mordiéndose con fuerza el labio inferior, Dan leyó el nuevo mensaje.

REGRE
SAREG RES A O TE ENCONT
RARÁN EN S U TERRITOR IO

Capítulo 12

—¿Su territorio? ¿Qué demonios significa eso? —Jordan viró peligrosamente, mientras puntualizaba sus preguntas golpeando el volante con su puño.

Dan observó cómo los campos y árboles de Luisiana del norte iban dando lugar a la flora alta y delgada del pantano, con árboles curiosamente flacos y anémicos. Largas lenguas de agua aparecieron junto a la carretera que, a veces, pasaban por debajo, cuando el pavimento se

convertía con fluidez en puentes y luego otra vez en pavimento.

Pero seguía siendo llano. Y asquerosamente húmedo.

La cara se le pegó a la ventanilla cuando intentó moverla, y cuando suspiró el vidrio se empañó con una tibia neblina.

—No lo sé, Jordan. Le he dado mil vueltas en mi cabeza pero no consigo llegar a ninguna conclusión.

—El tío Steve formó parte de la Fuerzas Especiales. Él sabrá qué hacer —dijo Jordan, pero Dan no entendía cómo eso podría solucionar nada.

—Se ven bastantes autos antiguos —indicó Abby desde el asiento trasero. Había decidido señalar cada auto clásico que los pasara o que estuviera detrás de ellos. Después de aproximadamente una docena de avisos, Dan le recordó que no estaba para nada seguro de qué marca o modelo estaban buscando. Abby ni se inmutó—. Pero no veo muchas motocicletas negras.

—¿Puedo subir el aire acondicionado? —preguntó Dan en tono de queja.

El celular de Jordan sonó con un alegre tintineo.

—¿Puedes fijarte de qué se trata? —preguntó, haciéndole una seña con la cabeza a Dan—. Puse un aviso en los e-mails por si Maisie Moore me responde.

—Probablemente sea la Líder de tu clan otra vez —murmuró Dan, pero tomó el teléfono de todas formas.

—Líder de *Hermanidad*, ¿y qué si lo es? Estoy como a diez Ultimates de hacer ciento ochentas completos, y ese imbécil de Raptus no se va a morir solo...

—Santo cielo —exclamó Dan y se sentó más derecho, haciendo que Jordan se callara—. Respondió. Espera, déjame ver qué dice.

Abby se acercó para leer por encima de su hombro y su largo cabello negro le rozó el brazo.

—Gracias por tu rápida respuesta. Supongo que entenderás que por la naturaleza personal de esas cartas prefiero que hablemos al respecto cara a cara —leyó Dan—.

Cada tanto pienso en Evie y Marcus y se me estruja el corazón. Fueron dos de los mejores con quienes trabajé, verdaderos periodistas, verdaderos investigadores, de los que ya no se encuentran en esta época. Pero esa es una discusión para tener en otro momento –respiró profundamente–. ¿Dijiste que conoces a su hijo? Eso es asombroso. Me encantaría conocerlo. Estoy libre la mayoría de los días de esta semana a la hora del almuerzo –hizo una pausa–. ¿Le contaste de mí? –preguntó Dan.

–¿Por qué no? Creí que era una buena manera de hacerla hablar.

–Parece que funcionó –señaló Abby, riendo.

–De verdad *los conocía*. Es decir, suena a que eran más que compañeros de trabajo. Me pregunto si sabe... Ahhh. Me estoy adelantando –dijo Dan mientras contemplaba el e-mail.

–Alguien suena entusiasmado –exclamó Abby. Le golpeó suavemente la oreja a Dan y rio cuando él alejó la cabeza encogiéndose.

–Supongo que lo estoy. Solo me gustaría saber qué les pasó, por qué... –se aclaró la garganta y dejó el teléfono de Jordan en el portavasos para que se cargara–. Adónde fueron.

Tenía el presentimiento de que donde habían ido no era un lugar, sino una condición de ser. Ver a su padre en la escuela prácticamente le había confirmado la suerte que habían corrido.

–Intenta no desilusionarte si no sabe demasiado –dijo Abby en voz baja–. Parece que hace mucho tiempo que no trabajan juntos. Existe la posibilidad de que les haya perdido el rastro por completo.

Dan asintió. Realmente quería seguir el consejo de Abby, pero al mismo tiempo se sentía cada vez más ilusionado.

–De todas maneras, no vine solo para conocer a Maisie Moore. Estamos aquí por Jordan, para divertirnos en una ciudad nueva. Tendré mucho para mantenerme ocupado –respondió, con una sonrisa forzada. Una alerta de su teléfono le recordó que era hora de tomar sus medicamentos. Sacó de su mochila el envase naranja y junto a él notó la carpeta que decía *MARCUS DANIEL CRAWFORD*.

Se había hecho ilusiones, luego esas ilusiones se habían hecho añicos y luego se había vuelto a ilusionar. Esperaba que esta Maisie no fuera otro callejón sin salida.

–¿Estás seguro de que eso no es el océano? –Dan apretó la nariz contra el vidrio para observar la infinita extensión de agua azul. Si miraba hacia abajo se mareaba. La superficie cristalina del lago estaba justo ahí, a solo una caída vertical de distancia del puente.

–Sip. Estoy seguro –respondió Jordan–. Es un lago. Quería traerlos por este camino

aunque significara media hora más de viaje. Es mucho más impactante tomar el puente del lago Pontchartrain.

Dan no había visto nada igual en toda su vida: la carretera cruzaba el lago, formando una curva blanca y fluida que se elevaba cada vez más, rodeada por agua de color azul oscuro, que se extendía hasta el horizonte. Le parecía que estaba en un mundo diferente, como si toda la civilización hubiese desaparecido bajo el agua devastadora.

–Mi mamá lo odia –agregó Jordan–. Le da claustrofobia.

–La entiendo –Abby no sonaba entusiasmada. Por el espejo retrovisor podían ver que se había puesto un poco verde–. ¿Qué pasa si hay un accidente? ¿O si se te rompe el auto?

–¿En serio quieres saber? –preguntó Jordan.

–No.

Treinta kilómetros visibles de aislamiento absoluto. Por primera vez en varios días, Dan sintió que se relajaba. Nadie podía alcanzarlos allí. ¿Quién querría hacerlo? Podían simplemente conducir y conducir, rodeados por la nada misma.

Pero el puente no duraba para siempre y pronto vieron aparecer irregulares franjas verdes de tierra, que se extendían hacia ellos como dedos desde el otro margen del lago. La orilla estaba atestada de barcos, grandes y pequeños, y había muelles desvencijados, algunos casi destruidos, que se elevaban desde el agua turbia.

A la izquierda, se veían algunos edificios altos que se asomaban entre la húmeda neblina, y el resto de la ciudad estaba delineada debajo de ellos. Era una ciudad baja, pero aun así impresionante, y por todas partes Dan notaba las mismas peculiaridades sureñas que había visto desde que habían llegado a Kentucky: la antigua arquitectura de ladrillo interrumpida ocasionalmente por algún que otro edificio moderno.

Y como su destino, lo hizo suspirar aliviado. Jordan tenía razón, si seguían comiendo comida chatarra y durmiendo en el suelo, se volverían locos.

Se detuvieron en las afueras de la ciudad para desayunar, porque Jordan los convenció de que las salchichas envueltas en masa que él llamaba *kolaches* eran apropiadas a cualquier hora del día. Al menos eran rápidas. Entonces regresaron a la carretera en dirección a la ciudad de Nueva Orleans propiamente dicha.

Dan había visto muchas fotos de los barrios antiguos de la ciudad, pero nada podría haberlo preparado para la *sensación* que le causó el lugar. Un tranvía pasó tintineando; había turistas aferrados a postes y ventanas mientras observaban fascinados los balcones llenos de plantas y cercados por filigrana de hierro blanca. Era lo más parecido a Europa que había en Estados Unidos, decidió Dan, que volvió a tener la misma sensación que cuando cruzaron el puente del lago Pontchartrain: que estaban en un mundo diferente, un lugar al que quizás no pertenecía, pero quería hacerlo.

Hasta las calles eran extrañas, empedradas y llenas de baches. Algunas de las señales estaban tan torcidas como los turistas que se tambaleaban encorvados por las aceras. Todavía no eran ni las diez de la mañana, pero eso no parecía ser un inconveniente. Quizás esas personas todavía no habían regresado a sus casas desde la noche anterior. Dan escudriñó los callejones y las calles y escuchó música que comenzaba a filtrarse por las fachadas de las tiendas, canciones tan buenas como las que sonaban en la radio.

–Oh por Dios –exclamó Abby desde el asiento trasero. Dan vio que había bajado la ventanilla y estaba ocupada tomando fotos desde el auto–. Ya estoy enamorada de este lugar.

La música se fue apagando a medida que Jordan los fue conduciendo por calles angostas y averiadas, abarrotadas de peatones que se tomaban su tiempo para salir del camino. La mayoría de las calles eran tan estrechas que solo un auto y una bicicleta podían circular al mismo tiempo. Avanzaban lentamente, lo que le daba tiempo suficiente a Dan para contemplar los pasajes abovedados y la mampostería, las macetas y estatuas de yeso blanco dispuestas en casi todas las columnas y postes.

–Parece Disney –susurró Dan.

–Pero con más borrachos –agregó Jordan.

El tío Steve vivía en el Barrio Francés. Dan siempre había creído que era la parte más linda de la ciudad, pero su edificio, que no tenía estacionamiento más que en la calle –algo que puso a Abby comprensiblemente nerviosa por la posibilidad de que le rayaran el auto–, se veía mucho menos lujoso y turístico que otros que habían visto en el camino. El edificio de apartamentos de ladrillo tenía dos plantas y estaba junto a una tabaquería y a algo llamado El Escondite de Hernando que, a juzgar por la decoración ordinaria de la vidriera, seguro se trataba de una tienda de películas para adultos.

Jordan aparcó el Neon con cuidado, colocándolo en un lugar precariamente pequeño, a solo unos metros de la puerta del edificio. *Es como Disney pero más sombrío*, pensó Dan mientras se bajaba del auto y se colgaba la mochila del hombro. Se debatía entre dos impulsos: salir en cualquier dirección y ver qué encontraba, o correr al apartamento de Steve a escribirle un e-mail a Maisie Moore para organizar una reunión de inmediato.

La humedad lo dejó sin aliento y se secó el sudor de la frente mientras esperaba a Abby y Jordan en la acera. Giró con lentitud y observó el edificio de enfrente: era bajo, negro y de ladrillo, y un lado de la entrada estaba cubierto con grafiti blanco. Todas las ventanas y las puertas parecían tapiadas. Esto no era la calle Bourbon, por aquí no pasaban los desfiles del carnaval de Mardi Gras. Dan se quedó mirando el grafiti: una calavera blanca con la boca muy abierta. Alguien había escrito *Ne parlent pas mal, les artistes d'os viennent* entre las mandíbulas.

Dan se bajó de la acera para examinarlo más de cerca.

–¿Vienes? –preguntó Jordan.

Al volverse, Dan encontró a sus amigos esperándolo en los escalones de cemento que llevaban a la puerta del edificio del tío Steve. Tendría que pedirle a Jordan que le tradujera lo que decía el grafiti más tarde. Asintió y, al avanzar, tropezó con el borde de la acera, apenas recuperándose antes de caer de cara contra ella.

Jordan rio por lo bajo al verlo trastabillar.

–Es guapo, tiene gracia, él es Mister Estados Unidos...

–Sí, sí –dijo Dan, sonrojándose. Nunca se sentía bien cuando hacía el ridículo frente a Abby–. Dame un respiro. Fue un viaje largo.

–Muy cierto –coincidió Jordan. Le dio un golpecito simpático en el hombro y lo empujó hacia la puerta–. Pero ya estamos aquí y puedo instalarme –el mentón le tembló un poco al contemplar la casa–. Caray, bienvenido a casa.

Capítulo 13

—¡Aola, hola!

Dan apenas había cruzado la puerta cuando lo atraparon en un abrazo que le aplastó hasta los huesos. El tío Steve les cayó encima como un gigante con aroma a pachuli. Era alto y fornido, y tenía el aspecto de alguien que había sido un atleta pero que ahora se dedicaba a la buena comida y al alcohol barato. ¿Este era el tío de Jordan que había pertenecido a las Fuerzas Especiales? Era difícil de asimilar. Tenía los ojos brillantes y el cabello gris peinado descuidadamente hacia atrás y con entradas. Jordan se parecía mucho a él. Tenían los mismos ojos grandes y redondos, y la misma sonrisa de labios finos. La misma nariz también, aunque parecía que la del tío Steve se había roto y no se la habían vuelto a colocar bien en su lugar.

—Los tres mosqueteros han llegado —exclamó Steve y miró su reloj—. Algunas horas antes de lo previsto, pero no me quejo.

Jordan se quedó de pie sosteniendo sus maletas. No sabía muy bien qué hacer. Esta era su nueva casa, pero probablemente todavía no sintiera que fuese su hogar. Por más de una razón.

Dan alcanzó a ver algunas cajas para reciclaje en el vestíbulo, llenas hasta el borde de botellas de mezcla de margarita y latas de cerveza. Lo único que faltaba era una tabla de surf y quizás una pipa de agua para fumar marihuana.

—No se fijen en el desorden. Ayer tuve una pequeña reunión con amigos, ya saben cómo es.

—Totalmente —dijo Jordan mientras asentía con lentitud—. Me alegra verte.

—¡Sí! Ha pasado demasiado tiempo, amigo, demasiado tiempo —el tío Steve se empujó el cabello hacia atrás exactamente de la misma manera que lo hacía Jordan, y les hizo señas para que entraran a la casa—. Bueno, vengan. Quítense los zapatos, ¿sí? Les haré el gran tour y luego... ¿Desayunaron? Ah, ¿kolaches? Buen chico. Ok, entonces quizás podemos ayudar a Jordan a desempacar.

—¿Podría tomar una ducha antes? —preguntó Abby tímidamente—. Fue un viaje largo.

—¡Por supuesto! Claro, claro, lo siento —respondió Steve, riendo por lo bajo y los guio a través de un comedor formal que no se veía muy formal en ese momento. Había una mesa plegable cubierta con un mantel arrugado y velas votivas por todas partes. A Dan le dio la impresión de que Steve no pasaba mucho tiempo en ese sector del apartamento.

Pero los pisos eran de madera y había pesados candelabros colgados en la mayoría

de las habitaciones. En la biblioteca que estaba junto a la cocina, Steve les mostró el lugar donde tocaba música, que consistía en un grupo de flautas y tambores sudamericanos sobre una alfombra de pelo largo deshilachada.

–Algunos amigos vienen a tocar los viernes por la noche –les explicó Steve con las manos en la cadera. Evidentemente era algo de lo que estaba orgulloso–. No los mantendremos despiertos hasta tarde. Si quieren, pueden quedarse a escuchar, carajo. Perdón, *rayos*.

–Está bien, puedes decir malas palabras. Mamá y papá no están aquí para enojarse –respondió Jordan, sonriendo–. Por suerte, porque probablemente intentarían hacerle un cambio de look extremo a este lugar, con cosas compradas en grandes tiendas de decoración.

–No es mi estilo, amigo, no es mi estilo –Steve los condujo hacia la cocina. Sus sandalias gastadas golpeaban los pisos de madera mientras caminaba, y sus pantalones holgados de algodón se arrugaban encima de sus pies–. Mientras estén aquí, tomen lo que quieran del refrigerador. Las cosas de, eh, adultos también, solo no se vuelvan locos –dijo y les guiñó un ojo–. ¿Tenemos a algún vegetariano entre nosotros?

–No, pero comer verduras suena maravilloso luego de cuatro días de comida chatarra –respondió Abby, los ojos le brillaron.

–Genial, genial –dijo Steve. Dan no podía ubicar su acento. Sonaba como de la costa este pero con un toque nasal criollo. Steve arrastró los pies hasta el refrigerador y se inclinó para inspeccionar su contenido–. Coliflor, algunos pimientos y una o dos cebollas. De todas maneras, vamos a tener que ir de compras pronto, así que agregaré más verduras a la lista.

Abby le agradeció y luego Jordan tomó algunos refrescos y se excusó en nombre de los tres. Dan y Abby lo siguieron por una escalera angosta hacia un primer piso oscuro y fresco. Había muchas maletas y cajas para desempacar, pero Jordan quería relajarse un poco antes.

El tío Steve había colgado fotos enmarcadas en la pared de la escalera. Dan se detuvo frente a una de ellas. Mostraba a tres hombres en una calle, o al menos afuera. Llevaban máscaras simples, con agujeros para los ojos demasiado grandes y picos largos y curvos. Dan se estremeció, detestaba la forma en que los grandes ojos negros hacían que quienes llevaban las máscaras parecieran no tener vida, casi como si no hubiese nada detrás de los rostros de yeso pintado. Esperaba que no hubiera ninguna de esas malditas fotos en su habitación o no podría dormir.

–Nos toca el dormitorio que está al final del pasillo, Dan. Y a Abby, el escritorio. Me imagino que están desesperados por tener acceso a Internet, así que voy a instalar mi computadora y le pediré la clave de Wi-Fi a Steve –Jordan se detuvo en el pasillo y

encendió uno de los viejos candelabros—. Puedes ser la primera en usar el baño, Abby. El agua tarda un poco en calentarse, así que dale tiempo.

Jordan llevó a Dan a la habitación que compartían, que era pequeña pero estaba bastante arreglada. Tenía dos futones prehistóricos, uno en cada extremo del dormitorio, y ambos estaban armados con sábanas de franela y algodón que no combinaban entre sí.

—Este lugar es el epítome del “apartamento de soltero”, pero apuesto a que ustedes dos se van a llevar de maravillas —dijo Dan. Dejó su mochila sobre uno de los futones y cuando se sentó, uno de los resortes se le clavó en el trasero.

—¡Hola! —exclamó Abby mientras entraba con su cámara en la mano. Echó un vistazo a Jordan, que estaba instalando su laptop sobre una mesa junto a la ventana—. ¿Les importa si dejo las fotos cargando mientras me doy una ducha? Me estoy quedando sin memoria después de la visita al cementerio.

—Ajá, está claro que ustedes dos solo me quieren por mi laptop —dijo Jordan. Dejó que Abby lo despeinara cariñosamente y luego le cedió su silla—. Toda tuya. Y luego, tuya —agregó, mirando a Dan—. Estás disimulándolo bien al no decir nada, pero sé que te mueres por escribirle a esa Maisie.

—¿Así de obvio es?

—Sí —Jordan le arrojó a Dan uno de los refrescos y luego abrió el suyo—. Cielos, Abby, ¿cuántas fotos tomaste?

—¿Algunas? —respondió avergonzada y le sonrió mostrando los dientes antes de salir zumbando por la puerta—. ¡Gracias!

—Esa chica...

Jordan bebió un par de sorbos de su refresco y luego lo dejó sobre el escritorio junto a la computadora. Se dejó caer sobre el futón y suspiró mientras se acomodaba sobre la pila de mantas y cojines.



–Oh, colchón, cómo te extrañaba.

En lugar de quedarse viendo a su amigo rebotar lánguidamente a un lado y al otro sobre el futón, Dan se puso de pie y fue hasta el escritorio mientras bebía un par de tragos del refresco de zarzaparrilla que le había dado Jordan. Se sentó en la silla plegable que estaba frente a la computadora y observó las imágenes en miniatura que aparecían cada pocos segundos, como vista previa de los archivos que se transferían a una carpeta nueva.

–Guau, sí, realmente tomó muchas, ¿no? –Dan pasó el mouse por encima de algunas de las miniaturas. Observó las fotos del cementerio y se estremeció al notar la del hueso de la mandíbula del niño. Entonces, no la había borrado después de todo—. Genial, la mujer de la biblioteca la dejó tomar fotos de las cosas del mafioso que estaban en los archivos.

–¿Qué había? ¿Cigarros? ¿Un bombín?

Dan se inclinó hacia adelante para acercarse más a la computadora y entrecerró los ojos. Las fotografías mostraban una vieja caja de cartón, que estaba empezando a desarmarse y que había sido colocada dentro de otra caja de madera más resistente.

–Algunas postales, una lata, cigarrillos quizás... un viejo encendedor, un ejemplar de *Julio César*. Extraño. Espera... ¿esos son huesos?

–¿Qué? ¡Genial! –Jordan se levantó de un salto y se apoyó sobre el respaldo de la silla para echar un vistazo—. Oh, amigo, creo que tienes razón, esos son huesos. ¿Dedos, tal vez? Probablemente sean falsos.

–¿Falsos? Jordan, el tipo era un mafioso. En su época, hasta los esqueletos para uso médico eran reales.

Dan oyó el chirrido de la ducha que se cerraba.

–Rayos.

–Sí, rayos –repitió Dan—. Me pregunto por qué Abby no mencionó nada acerca de esto.



Capítulo 14

Dan quería vivir para siempre en la burbuja acogedora de sensaciones que le provocaban el café con leche que tenía en la mano y la inverosímil cantidad de buñuelos que tenía en el estómago. Se lamió el azúcar que le había quedado en los dedos y vio al tío Steve convencer a Abby de comer otra rosquilla. Ella no se resistió mucho. Ninguno lo había hecho.

Café Du Monde no se parecía en nada a lo que Dan había imaginado. Por alguna razón, ese nombre evocaba imágenes de escritores y poetas, hombres con el cabello entrecano, fumando un cigarrillo tras otro y leyendo libros viejos o escribiendo a mano sus obras maestras. En cambio, el café rebozaba de actividad, y su interior verde y blanco se desdibujaba por el constante ir y venir de los turistas, que se quedaban cinco minutos para tener el recuerdo de haber estado allí antes de marcharse a los empujones con tres o cuatro buñuelos más de peso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jordan. Su camiseta negra y holgada estaba espolvoreada con azúcar pero, debido a su infinita genialidad, parecía intencional, o al menos artístico.

Dan se sentía pegajoso y desaliñado; miró a su alrededor en busca de un lugar para lavarse.

—El mercado, definitivamente. Está justo ahí —respondió Steve, señalando una de las paredes del café y lo que estaba detrás, presumiblemente—. Cualquier cosa que quieran, pueden encontrarla ahí. Comida, ropa, souvenirs.

Desocuparon la mesa y, de inmediato, un camarero con delantal y sombrero de papel se apresuró a limpiarla para los próximos clientes. Había una fila que se extendía desde la parte de atrás de la cafetería, llena de adictos a la cafeína que esperaban ansiosos su bebida para llevar. Tío y sobrino comenzaron a hacer planes para el otoño. Jordan iba a asistir a Tulane, una universidad privada de allí, en Nueva Orleans, y Steve se lo pagaría, algo que a Jordan claramente le daba vergüenza. Su tío estaba renunciando a mucho para ayudarlo a pagar sus estudios y tener un lugar para vivir, y Dan no podía dejar de admirarlo por eso.

Dan se estiró la camiseta, intentando despegarla de su pecho sudado. En Pennsylvania hacía calor, pero no había esa humedad implacable que se posaba sobre la ciudad como una neblina caldosa. Todo el mundo se movía despacio allí, como si estuvieran caminando por una atmósfera líquida de verdad. Al menos *todos* estaban sudados y asquerosos, así que no sintió que llamara tanto la atención cuando se le

humedeció el nacimiento del cabello.

El sol estaba descendiendo y se encontraba detrás de un grupo de nubes brumosas. Siguiendo a Steve, Dan se dejó llevar por la oleada de gente que se dirigía hacia el mercado al aire libre. Divisó una larga fila de puestos instalados en una calle que era tan ancha que podría haber sido una plaza. Había patrullas de policía y barricadas de madera que evitaban que los automóviles circularan por la calle donde estaba el mercado.

Los cuatro caminaron a la sombra de las tiendas mientras los vendedores a cada lado los asediaban. Pasaron por puestos de comida fresca y cocida, emparedados, ostras, langostas... Dan no entendía cómo era posible que tuviera hambre otra vez después de haber devorado tantas masas, pero los aromas eran realmente embriagadores.



Abby tomó fotos de algunos de los puestos más extraños. Uno que vendía partes de caimán embalsamadas le llamó particularmente la atención. El que estaba al lado vendía una amplia selección de máscaras del festival Mardi Gras, desde unas porquerías de plástico que valían dos dólares hasta obras maestras hechas a mano y adornadas con cuentas, cristales y plumas de avestruz.

–Oye, Steve –dijo Dan, señalando las máscaras con la cabeza–. Hay una foto en la pared de la escalera de tu casa, de unas personas con máscaras extrañas. Y he visto máscaras así antes, en una biblioteca en Shreveport. ¿Son algo típico de aquí?

–Ah, esas viejas cosas espeluznantes –el tío Steve rio y se alisó el cabello gris con la mano–. Solían ser una tradición de Mardi Gras. No se usaban mucho las máscaras más ornamentadas de estilo veneciano que se ven ahora. Esas fotos las encontré en un mercado de pulgas hace unos años y me pareció que iban con la casa.

Eso definitivamente hacía que las máscaras parecieran menos espeluznantes, pensó Dan, mientras le daba un golpecito al mentón de uno de los rostros sonrientes y brillantes que colgaban en el puesto.

Abby bajó su cámara y dejó que colgara de su correa. Se abrió paso hasta Dan; sus brazos desnudos y morenos brillaban por el extremo calor.

–¿Qué tenemos con las máscaras? –preguntó.

–Lo sé. Máscaras, capas y cascos de motocicleta. Quizás deberíamos comprarnos unas y ver qué nos estamos perdiendo –respondió Dan–. Vi algunas de tus fotos mientras se cargaban. Se ven bien.

–Gracias –Abby le sonrió satisfecha, con una pequeña mancha de azúcar glass en el mentón. Dan estaba por limpiársela cuando sintió vibrar su celular dentro del bolsillo.



Por favor, que sea un mensaje de texto de Sandy, suplicó en silencio.

Sacó el celular. Ya sentía que se le estaba haciendo un nudo en el estómago.

No otra vez.

Abby interpretó su expresión.

–Es él, ¿no es así?

–Sí –respondió Dan–. Pero, básicamente, está en blanco. Son solo unos puntos suspensivos.

–¿Puedes bloquearlo? Esto se está poniendo ridículo.

Dan estaba de acuerdo, pero también era cierto que quien se estuviese haciendo pasar por Micah le había advertido acerca de los visitantes en el campamento la noche anterior. Levantó la mirada y se preguntó si este mensaje no sería otra advertencia. Escudriñó los bordes de la plaza en busca de motocicletas, alguien que les estuviera tomando fotografías, cualquier cosa sospechosa o fuera de lugar. Pero prácticamente todo en Nueva Orleans podía describirse de esa manera, decidió, al ver a dos mujeres con poca ropa frotándose borrachas una contra otra afuera de un bar deportivo.

Pero, un momento...

Sus ojos se fijaron detrás de ellas y allí, sentados sobre el capó de un antiguo auto de gran cilindrada rojo, estaban un chico y una chica.

Eran ellos, tenían que ser ellos. Sin pensarlo dos veces, Dan salió corriendo. Y esta vez, no se iba a detener hasta obtener algunas respuestas.

Capítulo 15

—¿Por qué nos están siguiendo? —gritó Dan mientras corría, y asustó a las chicas borrachas que estaban bailando y a un grupo de palomas que se encontraban en su camino. Saltó la barricada de madera que protegía la plaza del tránsito y corrió a toda velocidad hacia el auto rojo.

»¿Por qué? —gritó otra vez.

El chico y la chica ya estaban esforzándose por entrar en el auto. Dan los alcanzó, sudando copiosamente y sin aliento, justo cuando el chico cerraba de golpe la puerta del lado del conductor. Pero tenía la ventanilla baja y Dan se sujetó del borde. Un joven con cabello oscuro, que parecía tener unos veintitantos años, lo miró fijo, con ojos centelleantes.

—¿Quién eres? —Dan se aferró a la ventanilla incluso mientras el chico encendía el motor—. ¿Por qué nos estás tomando fotos a mí y a mis amigos? ¿Qué demonios quieres?

—¿Quieres saber quién soy? Toma —el chico quiso darle una tarjeta—. Ven a vernos más tarde. A las ocho en punto. No quiero hablar aquí, por más de una razón.

Cuando vio que Dan no quitaba las manos de la ventanilla, le arrojó la tarjeta, que lo golpeó en el cuello y luego cayó al suelo. Eso lo distrajo lo suficiente como para que el chico retrocediera hacia un callejón y subiera la ventanilla con una expresión seria en su rostro. Con la adrenalina que todavía le recorría el cuerpo, Dan se inclinó para recoger la tarjeta y salió corriendo tras el auto. Inmediatamente, chocó contra un hombre que intentaba sacar una trompeta de su estuche para tocar música en la calle. Dan se disculpó e intentó continuar, pero el auto había encontrado un espacio para pasar entre los peatones y se había alejado a gran velocidad.

Maldijo en voz baja.

Cerca. Tan cerca.

Observó la tarjeta: tenía letras negras impresas sobre un fondo color hueso.

Berkley e Hijas:

Proveedores de lo antiguo, lo viejo y lo absurdo desde 1898.

Nueva Orleans

No tenía dirección. Ni número de teléfono. Solo un nombre y una hora.

Eso tendría que ser suficiente.

Capítulo 16

El ruido que hacía la gente al sorber y tragar sonaba casi tan fuerte como la música, y se volvía más desagradable a cada segundo. Dan miró su bandeja de ostras y luego la apartó, incapaz de sentir ningún tipo de entusiasmo por comer mariscos crudos y fríos.

Jordan tomó lo que Dan no iba a comer, puso salsa de tomate dentro de las ostras arrugadas con una cuchara y lo devoró todo.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Dan por tercera vez.

Sus amigos parecían resueltos a ignorarlo.

—¿Qué hemos aprendido de este tipo de cosas? —preguntó Jordan bajando la voz para que el tío Steve no lo oyera. Había pocas probabilidades de que eso sucediera, ya que Steve estaba haciendo todo lo posible por coquetear con su camarera. En ese momento, estaba en el bar “pidiendo un trago” a pesar de que había servicio de mesa—. Generalmente es una trampa. Y alguien termina herido o muerto. No es la mejor forma de pasar nuestra primera noche en *N'Awlins*.

Dan suspiró mientras contemplaba la tarjeta de Berkley e Hijas, que estaba sobre el mantel a cuadros rojo y blanco. La luz era tan tenue que apenas se veía. Se preguntó si el lugar no estaría así de oscuro para que la gente no pudiera ver realmente lo que estaba comiendo.

—Miren, sea quien sea que esté enviando mensajes desde la cuenta de Micah me contacta cada vez que aparece esta gente —explicó Dan, mirando a Jordan a los ojos—. O ellos son los que están enviando los mensajes, o hay otra conexión y quiero saber cuál es, ¿ustedes no?

—¿Crees que habrá una explicación razonable? —preguntó Abby, interviniendo desde el otro lado de la mesa. Bebió un sorbo de su té dulce y se limpió el mentón, deshaciéndose finalmente de la mancha de azúcar que Dan había notado antes—. ¿Crees que te dejará tranquilo? ¿O solo empeorará las cosas?

Dan se quedó perplejo, no sabía cómo responder. Al ponerlo de esa manera...

—Bueno, no lo sé. Pero realmente no creo que esto implique un gran riesgo. Esos chicos no parecían tan siniestros de cerca. Quizás haya una explicación lógica.

Eso sí que sería un cambio de rutina.

Jordan se mordió el interior de la mejilla e intercambió una mirada con Abby antes de acomodarse los lentes y decir:

—Félix tampoco parecía tan siniestro al principio. Ni ninguno de los estudiantes

involucrados con los *Scarlets*. Solo porque alguien *parece* bueno de cerca no significa que sea inocente.

–Esa es una filosofía de vida espantosa –dijo Dan.

–No vas a olvidar este tema, ¿no? –suspirando, Jordan se comió otra ostra y apartó su canasta vacía–. ¿Al menos me dejarías preguntarle al tío Steve acerca de este lugar? Me sentiría mejor si él supiera al respecto.

Ese era un trato que Dan podía aceptar fácilmente.

–Por supuesto.

Esperaron hasta que Steve regresara a la mesa por su cuenta –en su favor, había logrado obtener un trago nuevo– y entonces Jordan le mostró la tarjeta.

–Seguro, conozco el lugar –dijo el tío Steve inmediatamente–. Una pequeña tienda de antigüedades que está a solo unas cuerdas de casa. Hacen unos recitales de poesía increíbles allí, una vez por mes. Los dueños son una familia agradable, creo. Generalmente, uno de los hijos está detrás del mostrador.

Dan se aclaró suavemente la garganta e intentó no parecer demasiado presumido.

–Tú ganas –dijo Jordan y levantó las manos–. El tío Steve le dio su visto bueno. Esperemos que este chico *agradable* que está detrás del mostrador esté dispuesto a hablar.

–Siento que los *adultos* deberían tener chaperones aquí –susurró Jordan y acercó a Dan y a Abby hacia él mientras recorrían las calles de Nueva Orleans esa noche.

–¿Y nosotros? –preguntó Abby.

–Al menos estamos sobrios.

Dan rio pero su risa se extinguió rápidamente. El barrio suburbano de clase media donde vivía con sus padres le resultaba totalmente seguro, incluso pintoresco, de noche. Pero aquí había sombras que se movían entre la escasa luz de los faroles y, de vez en cuando, un grito o una risa escapaban de una puerta o una ventana abiertas. Podía sentir el olor del lago, pero la humedad contaminaba el aire fresco y cada vez que pasaba por un restaurante, el penetrante aroma de las especias que se cocían y chisporroteaban invadía todo lo demás. Algunos grupos de personas pasaron junto a ellos, rozándolos; la mayoría estaban tan alborotados y tambaleaban tanto que no sabían contra qué o contra quién estaban chocando.

–Me siento como si estuviéramos de vuelta en el campus de una universidad –dijo Abby–. Me alegro de que este sitio quede cerca de la casa de tu tío.

–¿Qué piensas, Abs? ¿Quieres quedarte aquí conmigo durante tu gran año sabático? –preguntó Jordan, sonriendo–. Apuesto a que Steve te dejaría quedarte en el escritorio el tiempo que quisieras.

–Este lugar es... definitivamente... *artístico* –no sonaba demasiado interesada–. Pero si no me quedo en Nueva York, estaba pensando en ir a Los Ángeles para un verdadero cambio de rutina.

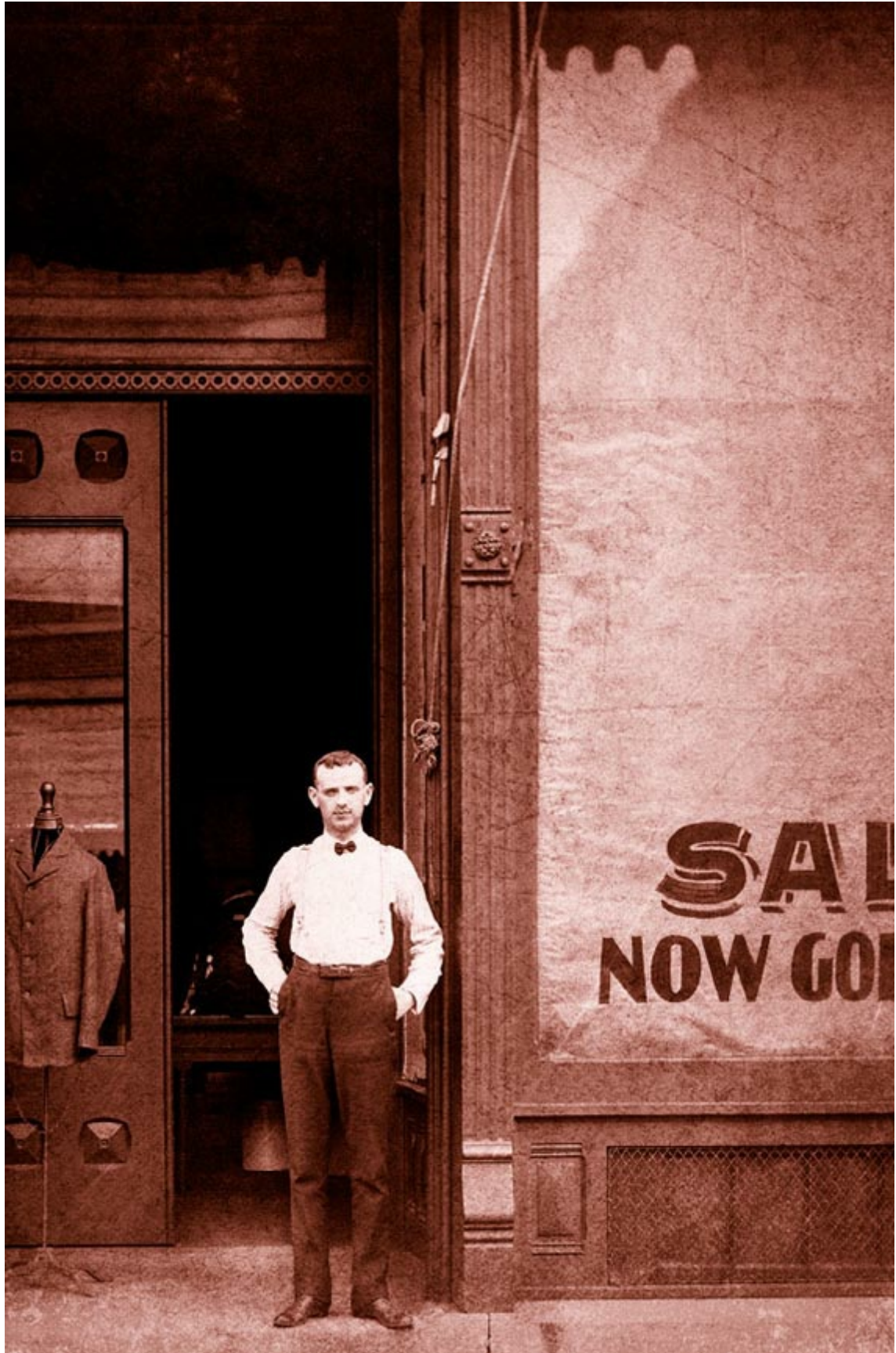
Más lejos de Chicago, imposible. Dan se preguntó si podría convencerla de ir con él, pero decidió que sería mejor hablarlo en otro momento.

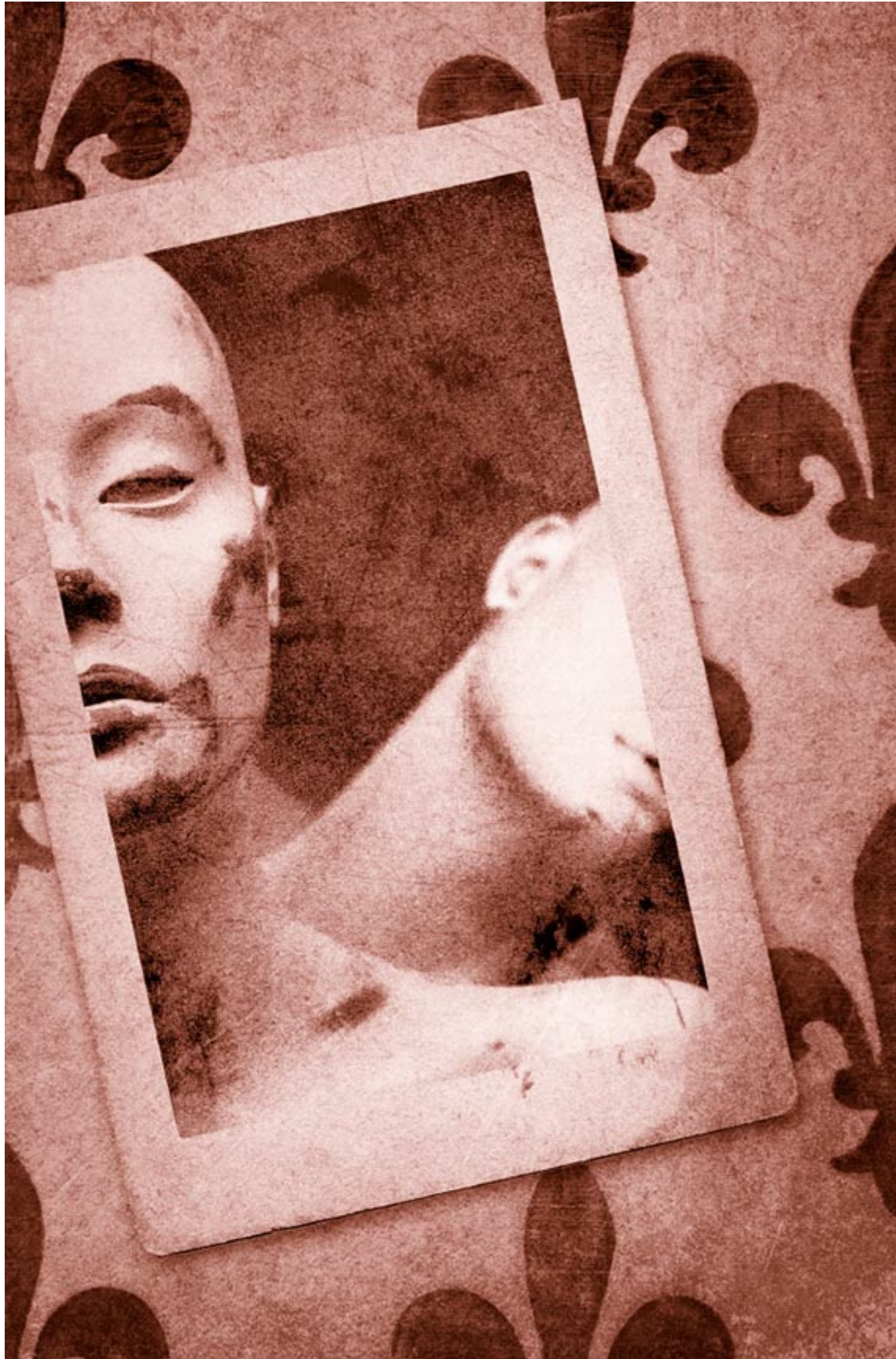
Mientras dejaban atrás el Barrio Francés, pasaron por tiendas de tatuajes que estaban abiertas hasta tarde y un puñado de bares ruidosos, cuyos clientes salían tambaleándose a las calles. Luego, siguiendo las indicaciones del teléfono de Jordan, doblaron en una calle más tranquila que corría en dirección al río, y el ruido cedió paso a una silenciosa calma nocturna. Dan respiró más tranquilo.

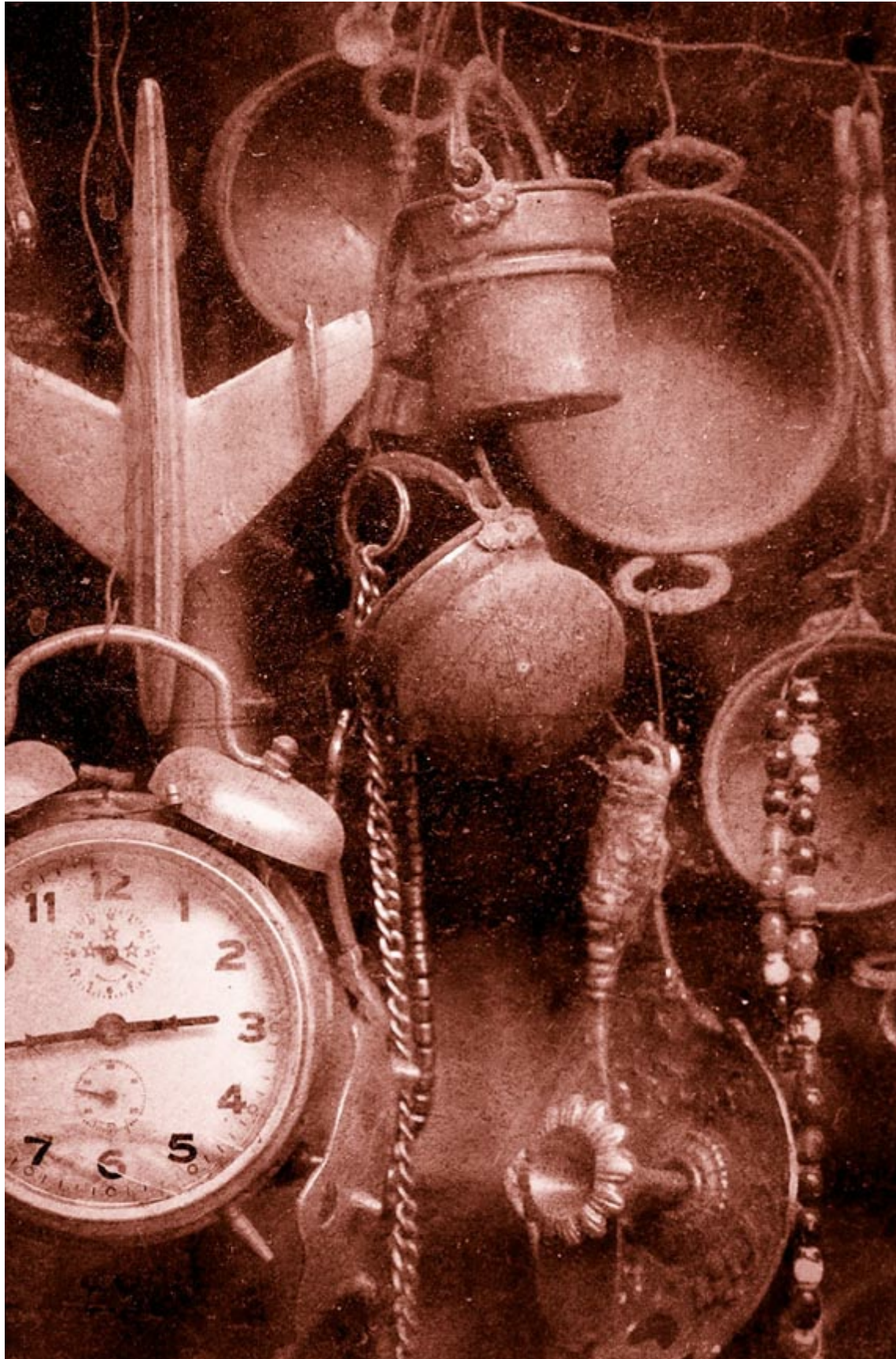
Después de una librería que estaba empezando a cerrar y una gran tienda de velas, finalmente se encontraron frente a un amplio escaparate con el nombre del lugar escrito sobre el vidrio mugriento. No era una tienda atractiva. Dan casi no podía distinguir las letras doradas descoloridas que decían BERKLEY E HIJAS sobre el vidrio, detrás del cual había unas cortinas rojas polvorientas.

–Encantador –murmuró Jordan y le hizo señas a Dan para que se fijara si la puerta estaba abierta.

Al empujarla tintineó una campana. El interior de la tienda estaba casi a oscuras. Había unas cuantas velas en el suelo, pero Dan tuvo que detenerse con la mano en la puerta para intentar orientarse. Notó que las velas rojas emanaban un intenso aroma a clavo de olor. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y vio una pequeña mesa redonda a solo unos metros de la puerta.







Había cuatro personas sentadas, tomadas de las manos, y una pequeña bandeja llena de chucherías en el centro de la mesa.

–Creo que se trata de una sesión de espiritismo –susurró Jordan–. Se parece a cuando mis amigos intentaban asustarse unos a otros con tablas ouija, cuando éramos chicos.

Dan apartó la mirada de la extraña escena, al notar un movimiento en un rincón. Allí estaba el chico del auto, observándolos desde atrás de un alto mostrador de madera. Les hizo señas con la mano para que se acercaran y Dan comenzó a caminar lentamente hacia él. Ese lugar no se parecía al establecimiento familiar que había descrito el tío Steve, pero Dan estaba decidido a resolver ese asunto.

Arrastraron los pies hasta el mostrador y pasaron al otro lado, donde Dan descubrió una cortina que separaba el frente de la tienda de un depósito más grande y mejor iluminado. No sabía si eso formaba parte de la tienda durante el día, pero estaba lleno de cosas, desde el suelo hasta el techo. Había estanterías en la parte de atrás y vitrinas cerca del frente.

Joyas, pilas de postales y fotografías, lentes antiguos, incluso diminutos y delicados cráneos de animales dispuestos en las vitrinas, en apariencia, sin ton ni son. Era como un enorme gabinete de curiosidades que Dan ciertamente se sentía tentado de explorar.

–Viniste –dijo el chico de cabello oscuro mientras los observaba desde donde las vitrinas se convertían en estanterías–. Eso significa que Sabrina me debe diez dólares –dio un paso al frente y extendió la mano para saludarlo–. Soy Oliver Berkley. Bienvenidos a mi humilde tienda.

–No pareces una “hija” –soltó Jordan con tono áspero, apoyado contra una de las vitrinas.

Oliver rio suavemente y le hizo una seña a Jordan con una mano para que se separara de la vitrina, mientras se metía la otra en el bolsillo trasero de sus jeans gastados. Era alto y delgado y tenía una apariencia clásica, casi angelical, con las mejillas rosadas y el cabello castaño despeinado, más largo arriba y corto a los lados. Podría haber parecido un adolescente si no hubiese sido por la pequeña cicatriz brillante que le surcaba diagonalmente la curva del labio superior. Había algo acerca de esa cicatriz que revelaba su verdadera edad.

–Había muchas hijas cuando la tienda se inauguró, pero eso fue hace varias generaciones –luego su tono se volvió más serio–. Ahora solo quedo yo.

Se abrió otra puerta que estaba más lejos, a la derecha de Oliver, y Dan reconoció a la chica que había estado en el auto con él más temprano.

–Ella es Sabrina, mi novia –dijo Oliver a modo de presentación; era una chica menuda y de piel oscura, con la cabeza rapada y ojos color avellana, redondos y

brillantes. Dos diminutos piercings plateados le atravesaban el orificio nasal derecho.

–Realmente vinieron –afirmó la chica, con una sonrisa de satisfacción, y se acercó adonde estaba Oliver junto a las estanterías. Llevaba puestos shorts de jean negros con *leggings* color violeta y una camiseta rosa sin mangas llena de tajos–. ¿Este chico ya te explicó cómo sabía que los estábamos siguiendo?

–No soy *este chico* –respondió Dan, irritado–. Mi nombre es Dan Crawford. Ellos son mis amigos, Jordan y Abby. En realidad, creo que *ustedes* nos deben a *nosotros* una explicación antes de que digamos nada más. ¿Por qué nos estaban siguiendo? ¿Y por qué demonios nos estaban tomando fotos?

Sorprendido, Oliver abrió más grandes sus ojos grises y arqueó sus pobladas cejas.

–Oye, espera. Vas demasiado rápido. Nosotros no les tomamos ninguna foto. Solo le estaba haciendo un favor a mi amigo. Me dijo que eran buenos para investigar y esas cosas. Dijo que podían ayudar.

–¿Ayudar con qué? –intervino Abby mientras se aproximaba. Comenzó a caminar de un lado al otro mientras hablaba rápido y gesticulaba, quitándose el cabello de la cara cuando este tenía la osadía de molestarla–. ¿De qué amigo estás hablando? Nunca los he visto antes. ¿Cómo podríamos tener amigos en común?

Dan la tomó del brazo y lo apretó suavemente. Se volvió hacia Oliver y Sabrina.

–Ella tiene razón.

–Déjenme empezar desde el principio –respondió Oliver, mientras acercaba un taburete de metal y se sentaba. Sacó un cigarrillo del bolsillo de sus jeans pero no lo encendió; en cambio, comenzó a jugar con él distraídamente, haciéndolo girar entre sus dedos–. Durante los últimos años, las cosas no han estado muy bien por aquí. Mi papá murió. Tuve que hacerme cargo de la tienda y enseguida, pum: robos, grafitis, lo que se les

ocurra. Creí que finalmente había pasado todo, ¿no? Y luego, hace unos meses, alguien removió la tumba de mi padre. La saquearon

–explicó al ver las miradas vacías de los tres–. Y la de mi abuelo también. Sentí que era personal, ¿saben? Como que yo era el blanco de todo esto. Al final pensé: ey, quizás es por algunos problemas en los que me metí con mi amigo Micah...

Dan se quedó helado y tanto Abby como Jordan lanzaron un grito ahogado. Oliver y Sabrina se quedaron mirándolos, evidentemente esperando que les explicaran cuál era el problema.

–Micah me comentó que había estado en un reformatorio durante un tiempo –dijo Dan, con serenidad.

–Entonces lo conocen. Bien. Por un minuto creí que me estaba volviendo loco – Oliver respiró aliviado mientras se inclinaba hacia atrás sobre el taburete–. Dijo que

podían ayudar, que habían descubierto algunos secretos muy escondidos en la universidad a la que asiste. Información que podría ayudarme.

Dan sintió que un pequeño dedo puntiagudo se le clavaba en las costillas y se volvió para ver a Abby, que lo miraba suplicante. Él asintió.

–¿Podría, eh, ver los mensajes que te envió Micah? –preguntó Dan, esperando sonar curioso de una forma poco sospechosa–. Solo para asegurarme de que en realidad se conocen.

–Sí, claro –asintió Oliver y tomó un iPhone viejo de su bolsillo. Buscó los mensajes y le entregó el teléfono a Dan–. ¿Ves? “Dan y sus amigos Abby y Jordan”. Los menciona a los tres. No estábamos tratando de asustarlos ni nada parecido. Es solo que realmente necesito ayuda y Micah... Bueno, yo sabía que él podría ayudarme.

Dan echó un vistazo a los mensajes. A diferencia de los que él había recibido de “Micah”, esos parecían estar compuestos por frases completas y coherentes. Y tampoco eran advertencias esporádicas. Había mensajes de ayer, de anteayer, del día anterior a ese... No importaba cuánto calor hiciera afuera, Dan estaba helado hasta los huesos.

–Oliver –Dan percibió que Jordan y Abby se quedaban inmóviles y tensos a su lado, cuando se aclaró la garganta mientras le devolvía el teléfono y decía en voz baja–: Desearía no tener que ser quien te lo diga, pero no es posible que Micah te haya enviado esos mensajes. Micah se ha ido. Nosotros fuimos testigos de su muerte.

Capítulo 17

Por un largo rato nadie se movió ni habló. Entonces Oliver los sobresaltó a todos cuando comenzó a reírse y hasta resopló antes de frotarse la nariz. Se puso el cigarrillo detrás de la oreja y miró su teléfono, mientras seguía riendo.

–Eso... No, eso no está bien. No es posible. Está justo aquí.

Dan se removió, incómodo.

–Esos son mensajes de texto. Quien tenga su teléfono puede enviarlos. Tú no... no tienes Facebook, ¿no?

Algo que resultaba casi tan extraño como los mensajes, de cierta forma, pero Dan lo dejó pasar. Esta tienda con tableros de ouija y diminutos cráneos de pájaros no era exactamente *normal* ni *actual*.

–No, no tengo –respondió Oliver lentamente.

–Si tuvieras –interrumpió Jordan–, hubieras visto la conmemoración que se hizo del perfil de Micah. Eso es lo que pasa cuando... ya sabes.

–Pero, cómo, y quiero decir... maldición. No es posible. Eso... simplemente no puede ser verdad –las manos de Oliver comenzaron a temblar mientras sostenía el teléfono hasta que las escondió en sus bolsillos–. No Micah. Él no, amigo. Era un luchador.

–Lo siento –respondió Dan–. Es cierto.

–Dijiste que ustedes lo vieron –agregó Sabrina, abrazando a su novio con un brazo–. ¿Cómo murió?

A Dan le dio la impresión de que Sabrina nunca había conocido a Micah. La manera en que preguntó, con un tono tan cruel y sin indicios de ninguna emoción, lo hizo pensar que no era posible que lo hubiera conocido.

–No fue agradable –murmuró Dan–. Preferiría no entrar en detalles.

A Oliver le tembló el mentón, pero Sabrina lo sostuvo. Él se deslizó hacia abajo, apoyado contra las estanterías, pero ella lo levantó.

–Mira, no estás loco –dijo Dan. *Al menos no más loco que yo*–. Yo también he estado recibiendo mensajes de él. Los míos son muy desarticulados y no tienen mucho sentido. Creo, especialmente ahora que he visto los tuyos, que alguien nos está jugando una broma muy pesada.

–¿Cómo lo conocieron? –preguntó Sabrina. Oliver parecía no estar en condiciones de hablar en ese momento.

–Nosotros tres nos conocimos en un curso de verano en la universidad de Micah –

explicó Abby con delicadeza—. Y después regresamos para un fin de semana dirigido a potenciales estudiantes y entonces lo conocimos. Era el anfitrión de Dan. Creo, bueno... estaba involucrado con gente mala, dejémoslo ahí.

Dan asintió sutilmente. No creía que fuera prudente hablar en detalle de los *Scarlets*. No tenían la seguridad de poder confiar en ellos dos, aunque Oliver pareciera verdaderamente destrozado por la noticia.

—No tenía mucha familia, ni siquiera cuando yo lo conocí —soltó Oliver, tragando ruidosamente—. Pobre chico. Y yo que creía que le estaba yendo mejor lejos de aquí.

Hizo una pausa con la mirada perdida en algún punto por encima del hombro de Jordan. Tenía los ojos vidriosos, listos para derramar lágrimas.

—Dijiste que tú y Micah se habían metido en problemas cuando él todavía estaba aquí —dijo Jordan—. ¿Qué quisiste decir?

Oliver suspiró.

—De nada sirve guardar el secreto ahora, supongo. Antes del reformatorio, antes de que Micah tuviera que mudarse a lo de su abuela en Shreveport, hacíamos algunos trabajos para un desgraciado que se hacía llamar el Artífice. Todo era muy secreto, nunca nos conocimos. Micah encontró su anuncio en Craigslist. Yo no tenía idea de qué demonios era eso, pero Micah sabía de computadoras y esas cosas. Dijo que podíamos ganar mucho dinero.

Oliver se limpió la nariz con la manga y Sabrina lo relevó; le frotó el hombro mientras continuaba donde él se había quedado.

—Lo que tienen que entender es que, después del huracán Katrina, la situación aquí era desesperante. Mi familia tuvo suerte, en realidad, pero esta tienda quedó bajo el agua. La familia de Ollie iba a quedar en bancarrota.

—Saqueé tumbas para ese hijo de puta —soltó Oliver de pronto apretando la mandíbula—. Micah conocía la jerga de ese tipo de anuncios, pero yo no lo entendí, en realidad, hasta que nos dieron la orden de ponernos en marcha. “Limpieza de jardines”. No era ninguna limpieza de jardines —rio irónicamente—. Pero, sí, estaba desesperado. Micah dijo que no sería nada grave: teníamos que tomar las cosas de valor, dejarlas en algún lugar y buscar un cheque la semana siguiente. Créanme, era mucho dinero, o no me hubiera rebajado a ese nivel.

—Si te sirve de algo —aclaró Dan—, Micah tampoco parecía estar orgulloso de su vida aquí, cuando lo conocí.

Oliver descartó la compasión de Dan con un gesto de la mano.

—Robar algunos collares no estuvo bien, es cierto, pero luego nos pidieron que nos lleváramos huesos. Fue entonces... fue entonces que quise renunciar. Pero Micah,

déjenme decirles, cuando a ese chico se le metía algo en la cabeza simplemente no se detenía. Era bueno para ese trabajo. Decía que estábamos “subiendo de categoría”. Para lo que le sirvió subir tanto de categoría al final.

Oliver hizo una pausa, negó con la cabeza y apoyó las palmas de las manos sobre sus rodillas, inclinándose hacia adelante.

–No pude hacerlo. No pude llevarme los huesos de una persona. Tomé las joyas, pero no lo otro. El Artífice me estafó con el cheque y nunca más supe de él... hasta lo de las tumbas. Así es. No solo se llevaron las cosas de valor de mi papá. Se llevaron sus huesos, Dan. Y los de mi abuelo también. Es ese Artífice, estoy seguro. La gente así es perversa y no existe dinero suficiente para que me meta en algo que es simplemente *perverso*.

Dan se quedó mirando a Oliver y Sabrina sin saber qué decir ante semejante historia. Fue Abby quien finalmente rompió el silencio, gesticulando hacia un lado y el otro entre ambos chicos, como si estuviese negociando un tratado de paz.

–Quizás, al menos ahora, los mensajes se detengan. Dijiste que te pedían que buscaras específicamente a Dan. Bueno, tal vez el propósito de todo esto era justamente este encuentro. Quizás alguien solo quería que tú te enteraras de lo que le había pasado a tu amigo y que Dan supiera todo el trasfondo, para entender cómo era que Micah se había convertido en la persona que conocimos. Ahora ya se conocieron y todo es cósmicamente gratificante, ¿no?

Su tono parecía querer decir: *Ya está todo solucionado, caso cerrado, podemos volver a disfrutar de nuestro viaje.*

–Dices “alguien” –respondió Oliver–. Pero desde mi punto de vista, es bastante obvio que los mensajes son de Micah. Él era quien necesitaba que nos conociéramos, no “alguien”.

–Tienes que estar bromeando –soltó Jordan.

Dan no dijo nada, aunque parte de él quería creer lo que decía Oliver. Todas las piezas encajaban.

–Muy bien, no me crean –soltó Oliver finalmente–. Pero pienso que todavía no sabemos toda la historia. Quizás si nos conociéramos mejor. Quizás si te llevara a recorrer la ciudad y te ayudara a sentirte bienvenido aquí.

–Para eso tenemos a mi tío –respondió Jordan con tono cortante.

–Mira –dijo Dan–, siento mucho lo de tu tienda y concuerdo en que es enfermizo que saquearan las tumbas de tu familia, pero lamento decir que esos no son exactamente nuestros problemas. Quizás es mejor pensarlo como dijo Abby. Micah está en paz ahora. Eso es lo importante.

Extendió la mano y esperó que Oliver la tomara. El otro chico se encogió de

hombros y aceptó el gesto de buena voluntad. Buena voluntad y buenas noches.

–Realmente espero que te devuelvan tus... *cosas* –agregó Dan–. Pero tienes una tienda genial. La situación va a mejorar. Anota mi número, ¿sí? Por si este asunto de Micah, ya sabes, no se detiene.

–Sí –dijo Sabrina y puso los ojos en blanco con desdén–. Nos vemos.

Dan lo entendió como una indicación de que era hora de marcharse. Junto a Abby y Jordan se dirigió a la parte delantera de la tienda, donde los envolvió nuevamente la oscuridad, el olor de las velas y los susurros de la sesión de espiritismo. Dan se estremeció y Jordan le pisó los talones, casi tumbándolo en su apuro por salir de la tienda.

–*Roger Berkley, ¿puedes oírnos? Óyenos, Roger, y responde...*

El trío rodeó la mesa y a las personas que estaban allí. Dan cometió el error de echar un último vistazo en esa dirección. Una mujer pelirroja lo estaba observando. Tenía los ojos cerrados, pero a la luz de las velas, sus párpados parecían blancos y resplandecientes, como agujeros vacíos.



Entonces abrió los ojos de golpe, muy grandes, y lo miró fijo.

–Me encontraron –susurró con intensidad y se le pusieron los ojos en blanco–. Oh. También te encontrarán a ti.

Dan se tomó del hombro de Jordan para no perder el equilibrio, se volvió y salió tambaleándose de la tienda.

La campana que estaba sobre la puerta tintineó dulcemente y el aroma empalagoso de las velas desapareció, reemplazado por el aire húmedo de Luisiana.

Dan intentó volver a echar un vistazo al interior de la tienda, pero las cortinas se lo impidieron. Se humedeció los labios y siguió a sus amigos, que ya habían comenzado a caminar rápidamente por la acera.

–Santos lugares espeluznantes, Batman –susurró Jordan con un escalofrío exagerado. Se volvió para mirar a Dan y su piercing brilló a la luz de los faroles–. ¿Puedes creer a esos dos bichos raros? ¿Y esa historia?

–¿Escucharon eso? –respondió Dan.

–Siento pena por ellos –Abby negó con la cabeza, esperó a que Dan los alcanzara y lo tomó con delicadeza de la mano–. Que no supieran lo que le había sucedido a Micah y que tú tuvieras que decírselo. Dan, lo siento tanto. Debe haber sido horrible.

–No, en la tienda... –se detuvo y notó que le faltaba el aire. Le dolían los pulmones–. ¿Escucharon lo que me dijo esa mujer?

–No, Dan, no creo que haya dicho nada –Abby le soltó la mano y le lanzó una mirada a Jordan que se estaba volviendo cada vez más familiar e irritante.

–No estoy oyendo cosas –dijo Dan y no le importó sonar a la defensiva–. Me habló. Vi que sus ojos se abrieron y luego dijo: “Me encontraron, también te encontrarán a ti”.

Jordan se estremeció.

–Cielos. Razón más que suficiente para largarnos de allí y no regresar jamás –se acercó y lo rodeó con un brazo por la cintura, intentando persuadirlo de regresar a lo del tío Steve–. Mírale el lado bueno: que una chica se haya comportado de forma espeluznante durante una sesión de espiritismo es mucho mejor que ser apuñalado, prendido fuego o perseguido. Por una vez, encontramos a quienes nos estaban siguiendo y ¡no intentaron asesinarnos! La esperanza es lo último que se pierde.

Dan asintió, pero el nudo que tenía en el estómago solo se hizo más fuerte. No podía quitarse de la cabeza la voz de esa mujer.

También te encontrarán a ti.

Dejó que lo condujeran de vuelta a la casa en silencio. No tuvo valor para señalar que Jordan solo tenía razón a medias: habían encontrado a Oliver y a Sabrina, sí, pero ninguno de ellos era el fotógrafo misterioso. Había alguien más que los estaba

siguiendo. Y Dan todavía tenía una pista que investigar.

Capítulo 18

—¿Qué pasa, hermano? Estoy agotado.

Y realmente lo estaba. Dan no podía recordar la última vez que se había sentido tan cansado. Dormir en una cama de verdad había resaltado todos los nudos y malestares causados por dormir tantas noches seguidas en una tienda. Ahora que tenía un auténtico colchón bajo su espalda, sucumbiría ante él, dormiría mucho, profundamente y sin soñar.

Jordan estaba sentado en el extremo del futón de Dan, pero era como si fuera muy liviano y casi no hundía el edredón.

—¿Qué pasa? —repitió Dan somnoliento.

Jordan estaba mirándose las manos, entonces giró levemente la cabeza y lo miró mientras mordisqueaba su piercing, una costumbre que tenía cuando estaba nervioso y que Dan había notado que había empeorado durante los últimos días. El chico no dijo nada, solo lo observó, sin pestañear, mientras el pequeño punto negro que estaba sobre su labio daba vueltas y vueltas.

—Jordan, tú...

Dan se calló repentinamente y se hundió contra su cojín cuando el piercing comenzó a retorcerse y a salir del labio de Jordan y se fue convirtiendo en un largo gusano negro, que emergía de su boca como fango baboso. Si tapaba su cabeza con las mantas, todo desaparecería, pero sus manos se negaban a obedecerle. Jordan cerró los ojos y bostezó, su cabeza se inclinó hacia atrás y su lengua se disolvió hasta transformarse en cien gusanos negros que comenzaron a caer sobre la cama. Cuando Jordan abrió los ojos otra vez, no había nada allí, solo dos agujeros negros brillantes que comenzaron a fluir como oscuros ríos sobre sus mejillas, como si su cráneo estuviese lleno de un aceite espeso y viviente.

La pálida mandíbula de Jordan se aflojó como si se hubiese soltado, y fue entonces cuando Dan recuperó suficiente control de sus facultades como para cubrirse la cabeza con las mantas y gritar.

El sonido lo despertó de la pesadilla pero se encontró con otra. Jordan seguía allí, sentado sobre el extremo de su futón. Dan tragó y, temblando, se deslizó sobre el edredón, se inclinó hacia adelante y le clavó el dedo en el brazo.

Su amigo se balanceó, despertó y murmuró algo incoherente antes de echar un vistazo a su alrededor y encontrar a Dan allí, que lo miraba con los ojos muy abiertos, temblando.

–¿Qué demonios? –exclamó Jordan con la voz ronca.

–Lo mismo digo –lo observó con miedo de que esta escena también resultara ser una alucinación–. ¿Estás...? ¿Por qué estás sentado ahí?

–No lo sé –entrecerrando los ojos, Jordan se miró las manos y luego el futón vacío que había abandonado–. Debo haber caminado dormido. En la cama, mi cuerpo probablemente sintió algo como: ¿colchón?, ¿comodidad?, ¿qué es esta brujería? – Jordan rio por lo bajo y luego inclinó la cabeza para mirar a Dan–. ¿Estás bien?

–Sí. Solo tuve una pesadilla. Eso es todo.

–Lamento haberte despertado –se estiró, se puso de pie y regresó a su futón arrastrando los pies. Evidentemente, ninguno de los dos quería reconocer que esto ya les había pasado antes, a los dos. En ambos casos, las inexplicables vigiliadas nocturnas las habían llevado a cabo personas que luego habían perdido la razón. Eso parecía un mal presagio.

–No más locuras nocturnas estilo Houdini –agregó Jordan mientras se metía a la cama–. Lo prometo.

Pero dormir era lo último en lo que Dan podía pensar en ese momento. Se dio vuelta y esperó hasta estar razonablemente seguro de que Jordan estaba dormido, entonces prendió su teléfono. Hizo una mueca al ver la hora. Si no podía volver a dormirse, le esperaba un largo día.

En fin.

Se deslizó con sigilo desde el futón hasta el escritorio. Más allá de la pesadilla, era curiosamente agradable estar despierto mientras todos dormían. Había extrañado mucho sus momentos a solas durante esos últimos días que habían estado viajando. Nunca se sentía totalmente recargado sin ellos.

Silenció la computadora y abrió los e-mails que Jordan había intercambiado con Maisie Moore. Leyó el último mensaje que ella había enviado y copió la dirección en su teléfono. Tras cerrar el e-mail y la computadora, volvió al futón y le escribió desde su teléfono, preguntándole cuándo tenía tiempo para encontrarse a almorzar. Podría pensar que era extraño que le mandara un e-mail a las tres de la mañana, pero a esa altura ya no le importaba lo que a otras personas les podía parecer extraño.

Antes de que hubiera tenido tiempo de dejar el celular e intentar dormirse, recibió una alerta de que tenía un nuevo mensaje de correo.

Era de Maisie Moore.

¿Qué tal mañana a las doce del mediodía? O, más bien sería hoy supongo. Aquí están las indicaciones para llegar a una tienda de emparedados que conozco. Debería ser fácil de encontrar. Me alegró recibir tu mensaje. Yo tampoco he podido dormir últimamente. No desde que tu amigo mencionó a Evie y Marc.

Nos vemos pronto.

Jordan y Abby lo acompañaron hasta la tienda. Se quedaron afuera mientras Dan observaba el letrero y rebotaba nervioso en puntas de pie.

–¿Estás seguro de que no quieres que entremos contigo? –preguntó Abby. Le frotó el brazo, pero eso no lo reconfortó mucho.

–Parece bastante personal, Abs –dijo Jordan. Esa mañana, Dan cumplió con la formalidad de pedirle a su amigo la dirección de Maisie y fingió enviarle un mensaje. Se suponía que durante ese viaje iban a dejar de tener secretos entre ellos, pero parecía que algunas costumbres eran difíciles de abandonar–. Dan, no hay problema si no quieres que vayamos contigo.

–Gracias, Jordan. Y sí, creo que prefiero hablar con ella a solas. Después les contaré lo que me diga –respondió, inclinándose hacia la puerta–. Lo prometo.

Eran casi las doce y la ciudad era un horno, con sectores donde una neblina caliente se elevaba desde la acera. Los peatones se refugiaban bajo los toldos de las tiendas, pero no había forma de escapar de la humedad que invadía el aire. Sus amigos se quedaron allí un momento, y luego Jordan tomó a Abby de la muñeca para alejarla.

–Estamos a plena luz del día, Abs, va a estar bien. Y además, no nos iremos muy lejos. Puede llamarnos si pasa algo.

–Exacto –afirmó Dan, saludándolos con la mano–. No tardaré mucho.

En realidad no estaba muy seguro acerca de eso. Si Maisie había conocido bien a sus padres, entonces iba a querer interrogarla durante horas. Dan entró en la pequeña tienda, pintada con colores alegres, se acercó al amplio mostrador de fiambres y pidió medio emparedado y un refresco. Había solo otras dos personas que estaban allí para almorzar, una pareja muy acurrucada en una esquina. Dan tomó su comida y se sentó en la mesa más alejada de la pareja. Se obligó a comer y resistió la tentación de revisar su teléfono cada diez segundos. ¿Se le habría hecho tarde o simplemente iba a dejarlo plantado?

Finalmente, la campana que estaba encima de la puerta tintineó y una mujer bajita con el cabello rizado entró afanosamente. Llevaba un blazer azul y una falda haciendo juego. Tenía un par de zapatos de tacón alto metidos en la cartera, que había reemplazado con calzado deportivo blanco. De inmediato, centró su atención en Dan, que se puso pálido al ver que ella lo reconocía.

–¿Dan? –preguntó. Se aproximó con cautela y extendió su mano para saludarlo–. ¿O es Daniel?

–Prefiero Dan. Es un placer conocerla.

–Sí. Guau. Tú... Dios mío. Definitivamente hay un parecido. Un segundo, cariño,

déjame pedir un café –le estrechó la mano con firmeza y luego se dirigió al mostrador dando saltitos. Regresó un instante más tarde con una taza humeante de café negro–. Lamento llegar tarde. No vengo mucho a la ciudad.

–Pero no le queda muy lejos, ¿no? –preguntó, olvidándose de su emparedado–. ¿Metairie no está justo al lado de Nueva Orleans?

–Sí, pero eso no importa –se encogió de hombros y colgó su cartera de la silla que estaba junto a ella–. Después de que el *Whistle* se fue a pique, simplemente no pude quedarme por aquí. Finalmente me acomodé en el *Metairie Daily* porque me permiten trabajar desde mi casa. No me gusta salir si puedo evitarlo, y este lugar... Bueno, su accidente me dejó hecha polvo. Después de eso, esta ciudad dejó de gustarme.

–¿Accidente? –Dan formó temblorosos puños con sus manos–. ¿Qué accidente?

–Oh, cariño –dijo y sus hombros se encorvaron. No parecía ser del tipo maternal, con su manicura impecable y su cartera ostentosa, pero estiró la mano por encima de la mesa para darle unas palmaditas suaves en la muñeca–. Tus padres. Así es como... así es como fallecieron. Fue un accidente automovilístico. Tan, tan trágico. Creí que todo estaba mejorando para ellos y entonces pasó eso. Fue horrible.

Dan asintió, aturdido.

–Ya veo.

–Eran personas maravillosas, cielo. Es una verdadera lástima que no hayas podido conocerlos –suspiró y bebió un sorbo de café mientras retiraba su mano–. ¿Te importaría mostrarme esas cartas que encontraste? No sé si quiero esos recuerdos, pero te tomaste tanto trabajo para contactarme que al menos podría echarles un vistazo.

Dan no sentía las manos. Sacó las cartas de su mochila y las empujó por la mesa hacia ella. Abby había insistido en ponerlas dentro de una bolsa *Ziplock* para atenuar el olor.

–Estaban en una escuela abandonada en Alabama.

–Arlington –dijo ella mientras pasaba la mano por encima del plástico–. Era una pocilga, pero estaban desesperados. Trax Corp. tenía más que un ejército de abogados despiadados y suficiente dinero como para contratar gente para encontrarlos. Como había una orden de arresto en su contra, también había cazadores de recompensas buscándolos.

Dan intentó recuperarse de la conmoción de saber, a ciencia cierta, que sus padres habían muerto. Ahora no quedaba nada más por hacer, excepto descubrir quiénes habían sido y por qué no lo habían querido. Por qué no había estado en el auto con ellos.

–Encontré una denuncia policial de una vez que arrestaron a mi papá. ¿De qué se

trataba todo eso? ¿Qué hacía Trax Corp.?

–Era una empresa farmacéutica. Cuando tus padres comenzaron a investigarla fue porque había rumores de maltrato animal, que ya era bastante malo –Maisie bajó la voz. Metió la mano en su bolsa y sacó una pila de papeles tan grande que se necesitaba una enorme bandita elástica rosa para mantenerlos unidos–. Pero eso era solo la punta del iceberg. Trax Corp. vendía medicamentos que no habían superado los ensayos clínicos y, por supuesto, lo hacía en negro, como una especie de red de contrabando moderna. Tus padres lo descubrieron. Fue entonces que comenzaron los problemas –bebió otro largo trago de café–. Durante mi último año en el *Whistle*, hice algunas de las cosas más cuestionables, desde el punto de vista ético, que haya hecho en mi vida. Es verdad, a tu padre finalmente lo atraparon, esa debe ser la denuncia policial que encontraste. Yo sabía que él no había hecho nada malo, pero también sabía que Trax Corp. tenía todas las municiones. Así que ayudé a reunir el dinero para pagar la fianza y para que se reuniera con Evie, sabiendo perfectamente que planeaban huir otra vez. Seis meses después, Trax Corp. fue clausurada debido a las investigaciones y una semana más tarde, tus padres habían muerto.

Maisie le entregó la pila de papeles sonriendo a medias.

–Saqué copias de todo lo que había acerca de esa investigación. Sé que puede sonar extraño. Honestamente, no sabía si te lo daría, pero te pareces tanto a Marc. Quizás también heredaste su curiosidad.

–Lamentablemente, sí –murmuró Dan–. ¿Y mi mamá? No pude encontrar ningún rastro de ella. No hay información acerca de Evelyn Crawford on-line, al menos de ninguna que pudiera ser mi madre.

–Evelyn Ash –lo corrigió Maisie–. Evie y Marc nunca se casaron. Eran un poco rebeldes. Adelantados para su época.

–¿Qué más? –preguntó Dan–. ¿Cómo eran? Es decir, antes de todo este asunto de Trax Corp. Solo quiero *conocerlos*.

–Eran listos. Tu mamá era divertida. Tan, tan divertida. Detestaba que le editara sus artículos porque siempre le quitaba las partes sarcásticas. Pero era mejor investigadora que escritora. Nunca dejaba de expresar su opinión, de ninguna manera. Estoy segura de que estarían orgullosos. Pareces un chico muy agradable.

Entonces sonó el teléfono que estaba dentro de su bolsa. Maisie se sobresaltó. Luego se estiró para tomarlo y un extremo de su boca se crispó.

–Yo... debería irme.

–¿Está segura? Siento que tengo un millón de preguntas –Dan se puso de pie con ella y observó cómo tomaba su bolsa y se alejaba rápidamente de la mesa. No entendía a

qué se debía su repentina prisa.

–Maldición. No debería haber venido. Rayos, soy una idiota

–guardó el celular y retrocedió hacia la puerta, dejando su café sobre la mesa–. Llévate eso –siseó, señalando con la cabeza la pila de papeles que estaba sobre la mesa–. Llévatelo, léelo si quieres, pero no le digas a nadie que yo te lo di.

–Señorita Moore, si solo...

La campana tintineó y la puerta se cerró detrás de la mujer. Dan echó un vistazo hacia la mesa. Recogió los papeles y los metió dentro de su mochila antes de salir corriendo tras ella. Como era la hora del almuerzo, la acera estaba llena de gente que lo empujaba a un lado y al otro, mientras Dan miraba a ambos lados de la calle.

Oyó el chirrido de neumáticos y luego un grito, seguido de un golpe seco y hueco, muy fuerte. Dan se abrió paso entre la muchedumbre al ver que toda la gente que estaba en la acera se había detenido repentinamente. Sabía que era ella. Lo sabía, pero de todas formas tenía que verlo. ¿Por qué había corrido? ¿Qué la había asustado de esa manera?

Dan llegó hasta el borde de la acera y se detuvo. Se quedó inmóvil mientras los transeúntes curiosos se amontonaban a su alrededor para observar boquiabiertos a la mujer tendida sin vida debajo de un taxi.

El conductor había desaparecido.

Y la bolsa de Maisie también.

Solo un tonto creería que se trataba de una casualidad.

Capítulo 19

—¿Está muerta?

Dan metió a Abby de un tirón en la cafetería más cercana y Jordan los siguió. Había tazas de café y platos de sopa abandonados en todas las mesas. Todas las tiendas de la calle estaban vacías. Todo el mundo seguía intentando ver la espantosa tragedia que había tenido lugar en la calle. Se oyó el quejido de una sirena que se acercaba cada vez más.

—¡Simplemente corrió hacia la calle! —Dan se dejó caer en un box y apartó las tazas de té que había allí—. Recibió un mensaje de texto y de repente salió corriendo. Algo la asustó.

—Esa pobre mujer —Abby negó con la cabeza. Cruzó los brazos sobre la mesa, se inclinó hacia adelante y bajó la voz hasta que no fue más que un susurro—. ¿Quién crees que fue?

—Yo hubiera dicho que fue Trax Corp. pero sabemos que fue clausurada hace casi veinte años. No lo sé. Me dio muchas cosas para revisar, quizás haya algo ahí —respondió. Sacó los papeles para que sus amigos los vieran, mientras echaba un vistazo al barista para asegurarse de que no los observaban. Los empleados estaban muy ocupados trepando al mostrador para ver el caos de afuera.

—¿Trajiste tu computadora? —preguntó Dan mientras quitaba la bandita elástica que sostenía los papeles.

—Por supuesto que no. ¿Estás loco?

Dan jugueteó con la bandita elástica un momento y luego volvió a sujetar los papeles.

—Tienes razón. Deberíamos salir de aquí. Esta locura solo va a empeorar cuando llegue la policía.

Se escabulleron entre los mirones, mientras los susurros crecían a su alrededor como una marea silenciosa. Había llegado una ambulancia y los paramédicos estaban quitando del medio a supuestos ayudantes para llegar hasta el cuerpo. Estaban desplegando una camilla sobre el empedrado, cuando Dan dobló la esquina. No importaba qué tan rápido pudieran llevar a Maisie al hospital; él había visto el cuerpo y estaba seguro de que no era posible salvarla.

—Sé que no es necesario decirlo —susurró Abby mientras caminaban a toda velocidad de regreso al edificio de Steve—, pero es posible que esto sea una señal de que no deberías continuar investigando este asunto de Trax Corp.

—Estoy con Abby en esto. Yo tengo que vivir en esta ciudad de locos ahora, Dan. No

quiero que las cosas se pongan raras aquí.

–Ya es raro –dijo Dan entre dientes–. Y, además, tengo estos archivos que me dio. ¿Qué quieren que haga, que los tire?

–¡Quizás sí! –gritó Jordan y se detuvo al pie de la escalinata del edificio mientras Dan la subía de prisa–. Piénsalo. Todo esto hizo que tus padres huyeran. Eran fugitivos, Dan. Sé que eran tus padres, pero ¿alguna vez se te ocurrió pensar que tal vez no eran buenas personas?

Dan se detuvo de golpe en la puerta y se dio vuelta para enfrentar a sus amigos, que lo observaban desde el primer escalón.

–¡Sí! De hecho, sí se me *ocurrió* pensarlo. Teniendo en cuenta que me abandonaron, ¡esa idea se me ha cruzado por la cabeza una y otra vez!

–Bueno, por si no te diste cuenta, Dan, no eres el único a quien sus padres lo abandonaron. Pero no nos ves a ninguno de los dos pataleando y poniendo en peligro las vidas de todos. Ese eres tú y tu espeluznante *linaje* Crawford, como siempre.

Dan entró dando pisotones y ni siquiera se tomó la molestia de cerrar la puerta. Lo que más le molestaba era que Jordan, en algún punto, tenía razón.

–¿No necesitas mi computadora? –le gritó Jordan mientras lo observaba quitarse los zapatos y cruzar el vestíbulo.

–¡Usaré la de Steve! –respondió Dan, gritando también, mientras escapaba de ellos, desesperado por estar solo.

Capítulo 20

El escritorio del tío Steve estaba vacío. Era obvio que no pasaba mucho tiempo allí, pero la computadora prehistórica funcionaba suficientemente bien como para navegar en Internet. Dan se desplomó sobre la silla y estampó la pila de papeles sobre el escritorio que estaba junto a él. La furia lo había abandonado. Ahora solo quería tranquilidad.

Como siempre, Jordan no estaba equivocado. Hasta ahora, Dan tenía pocas pruebas de que sus padres *sí* fueran personas decentes.

Quizás las pruebas estaban escondidas en alguna parte de la investigación de Maisie. La mayoría de los artículos era bastante insustancial, pero Dan los devoró como si estuviera poseído. Intentó hacer pilas organizadas de historias relacionadas. En alguna parte había una pista, Dan podía sentirlo. Pero encontrarla resultaba un desafío.

Por lo que había podido descifrar, parecía que la investigación de Trax Corp., que como Maisie le había dicho durante el almuerzo no implicaba un gran riesgo, había dejado al descubierto discrepancias que la empresa había ocultado con éxito hasta ese momento. Dan volvió a abrir los artículos en orden, comenzando por el principio.

Ejecutivo de Trax Corp. no logra hacer cuadrar las cuentas

Trax Corp. espera mejorar su imagen con obras benéficas y solidarias

¿Qué oculta Trax Corp. en Troy?

Dan releyó el último artículo. Una ojeada rápida no era suficiente. Sus padres habían arriesgado todo por esa investigación, tanto que los había llevado a una vida huyendo de las autoridades.

Por un largo rato, cerró los ojos para dejar que esos pensamientos se aquietaran. Se sumergió nuevamente en el artículo e intentó mantener la calma y ser lo más objetivo posible. *Fuentes* habían llevado a Maisie a pensar que Trax Corp. estaba traficando medicinas experimentales no probadas a centros de tratamiento y hospitales de todo el país. Esto era inquietante, concluía Maisie, no solo porque esos medicamentos no estaban regulados ni habían sido aprobados por la Administración de Alimentos y Medicamentos, sino porque al no existir documentación adecuada, no había forma de saber durante cuánto tiempo la empresa había obtenido ganancias no consignadas en los balances con esa operación.

Aunque ninguno de los manifiestos de carga registra los medicamentos de contrabando, Trax Corp. tiene vínculos estrechos con AGI y el Cambridge Group. Al contactarlos, tanto AGI como el Cambridge Group se negaron a hacer comentarios.

Dan abrió una ventana en el buscador y escribió AGI, que resultó ser una empresa que ahora estaba en bancarrota pero que servía como centro de distribución y logística para hospitales con sede en Kentucky.

Descubrió que el Cambridge Group seguía funcionando y, finalmente había encontrado la pista que buscaba, pensó al leer la declaración de objetivos de la empresa.

Orgullosos de ofrecer nuestros servicios a hospitales y centros médicos de Nueva Inglaterra desde 1962.



Dan se fue quedando sin aliento a medida que iba descubriendo la historia del Cambridge Group. Y no parecía interesarles esconderla: con solo una búsqueda superficial de sus premios y galardones, encontró un listado confiable de los hospitales específicos que habían utilizado sus servicios de distribución y les habían comprado desde batas y bacinillas, hasta insumos como yodo, penicilina, litio.

*Hospital Estatal de Worcester, Hospital Estatal de Danvers, Hospital Estatal Metropolitano...
Y Brookline.*

Dan se quedó mirando fijo esa palabra y se sintió exactamente como si le hubiesen dado una fuerte bofetada. Fue trazando en su mente el mapa de los hospitales que estaban en la lista: Missouri, Chicago y después, hacia el este, New Hampshire y Brookline. Reconoció que podía tratarse de una coincidencia, o podía ser el único otro lazo, además del sanguíneo, que lo conectaba a sus padres.

Se sobresaltó cuando su celular sonó ruidosamente al otro lado de la habitación.

Dan cerró los artículos y las pestañas del buscador y se frotó los ojos cansados por la falta de sueño y por observar la pantalla.

Su alivio porque el mensaje no era de Micah no duró mucho.

Gracias por darme tu número. Soy Oliver. ¿Crees q podríamos vernos esta tarde? Encontré algo q tal vez quieras ver.

Dan suspiró. Aplastó la cara contra sus manos y respiró hasta que pudo reunir la energía para responder. Quizás había sido un error darle su número a Oliver. Pero no iba a volver a caer en otra espeluznante sesión de espiritismo sin una buena razón.

¿Qué encontraste?, le respondió. Se supone que estoy aquí para pasarla bien, no para jugar al detective.

Aquí va una foto. ¿Algún parentesco?

La foto tardó un minuto en cargarse, pero al verla, Dan sintió que el alma se le iba a los pies. Sabía quiénes eran. No era necesario que Oliver le enviara otro mensaje, pero lo hizo.

Haciendo limpieza. La encontré en el viejo escritorio de papá. Podría equivocarme, pero se parece a ti.

Se veía más joven y más feliz que la sombra del hombre que Dan había visto en la Escuela Arlington. Pero definitivamente se trataba de la misma persona. Era como si Dan estuviese viendo su propio rostro, pero más maduro, con una prolija barba de candado oscura y un atisbo de hoyuelos bajo unos pómulos marcados. La mujer junto a él estaba mirando hacia atrás por encima de su hombro, ligeramente fuera de cuadro, y su cabello rojo oscuro le caía sobre un hombro. Bueno, ahora sabía de dónde había sacado su mentón puntiagudo.

¿Por qué la tenía tu papá?, respondió Dan, temblando. ¿Por qué tenía una foto de mis padres?

Capítulo 2-1

Dan logró salir del escritorio sin que Jordan y Abby se dieran cuenta.

Mientras se deslizaba con sigilo por el pasillo y bajaba la escalera, oyó música que salía por debajo de la puerta del cuarto de invitados. Sus amigos probablemente estaban ahí, quejándose de él.

Bueno, genial.

Dan siguió las indicaciones de su teléfono y se dirigió al sudeste por Decatur, hacia el corazón del Barrio Francés. Pasó por hilera tras hilera de edificios bajos de dos plantas, con comercios en la planta baja y viviendas arriba. Los colores iban alternando entre café, café más oscuro y luego durazno, café, café, durazno.

El cielo estaba muy nublado y parecía más tarde de lo que en realidad era. La humedad solo había aumentado, y las primeras gotas de lluvia oscurecían las aceras y hacían que los transeúntes se apiñaran bajo paraguas gastados.

Tuvo que caminar más de lo que había creído y no pudo evitar echar un vistazo por encima de su hombro, mientras avanzaba con rapidez por las calles; quizás era el miedo persistente por haber sido seguido y fotografiado, pero no podía dejar de sentir que lo estaban observando.

Había una fila que llegaba hasta afuera de la pequeña cafetería, donde Oliver le había dicho que se encontraran. Era un lugar llamado Spitfire, que tenía un letrero pequeño y sencillo colgado encima de una puerta de color negro verdoso. Al intentar asomarse al interior, Dan casi chocó de frente con Oliver y Sabrina.

–Hola –lo saludó Oliver y le entregó una taza para llevar–. No hay mucho lugar para sentarse adentro. Podemos ir a la plaza y buscar un asiento.

Dan no discutió y se quedó mirando sin disimular la carpeta que Oliver llevaba bajo el brazo. La foto de sus padres estaba ahí adentro, y no le importaba si lo hacían correr una maratón por toda la ciudad, iba a conseguirla.

El café era más el estilo de Abby, pero bebió la fuerte infusión igualmente y notó que le habían agregado una gran cantidad de azúcar y crema.

–No está mal –dijo Dan–. Gracias.

–No me pareció que fueras el tipo de persona que toma el café solo –aclaró Sabrina con una sonrisa de superioridad. Se veía cansada. Pensándolo bien, Oliver también. Por lo visto, ninguno de ellos había podido dormir bien la noche anterior.

–Entonces, ¿qué crees que hacía tu papá con una foto de mis padres? ¿Y por qué la encontraste recién ahora? –preguntó Dan. No pudo disimular su tono acusatorio.

Caminaron deprisa por la calle St. Peter y la circulación peatonal se iba haciendo cada vez más densa hasta que chocaron con una oleada constante de turistas, que se dirigían a la famosa plaza Jackson. La silueta alta y majestuosa de las tres torres de la catedral de Saint Louis se elevaba hacia las nubes cargadas de lluvia.

–Directo al grano, ya veo –dijo Oliver.

–¿Puedes culparme?

–Para nada, amigo. Lo entiendo. A mí también me conmocionó. No sabía si estaba viendo bien, pero Sabrina tiene buen ojo para los rostros. Dijo que era imposible que no estuvieras emparentado de alguna manera con esas personas –hizo una pausa, inclinó la cabeza por encima de su taza de café y respiró el amargo vapor–. Supongo que esto quiere decir que Micah no es lo único que tenemos en común.

–Eso no responde mi pregunta. ¿Por qué la tenía tu papá?

–No, supongo que no, pero no tengo una buena respuesta para darte –dijo Oliver y se encogió de hombros–. No todavía. Pero tres cabezas piensan mejor que una, ¿no? O cinco cabezas. ¿Adónde se metieron tus amigos? No es que me importe. Creo que no les caigo muy bien.

–Necesitábamos un poco de espacio –respondió Dan–. Quiero decir, preferiría no involucrarlos en esto. Tengo la habilidad de meter a las personas en problemas.

–Oh, qué suerte la nuestra –dijo Sabrina con un bufido.

–No, no es así –Dan se apresuró a asegurarle. Bebió su café demasiado rápido y se quemó la lengua. Maldiciendo, siguió a Oliver y Sabrina a un asiento en la sombra, se sentó y contempló con los ojos entrecerrados el alboroto de la plaza. Algunos artistas ya habían instalado quioscos y puestos para tratar de convencer a los turistas que andaban por allí de comprar sus mercancías.

»Ni siquiera estaré aquí mucho tiempo –agregó–. Sé que ellos quieren pasar un buen rato antes de que nos marchemos y dejemos a Jordan aquí. No sería justo involucrarlos en mis problemas.

–¿Y *por qué* están aquí? –preguntó Sabrina. Estaba sentada al final del banco y se dio vuelta para mirar a Dan por encima del hombro de Oliver.

–Hicimos un viaje en auto –respondió con cuidado. Todavía no les había contado que los había escuchado en Shreveport. Quería esperar a ver si ellos lo mencionaban por su cuenta–. Vinimos a ayudar a Jordan a mudarse con su tío y despedirnos antes de irnos a la universidad en el otoño. Bueno, antes de que Jordan y yo nos vayamos a la universidad.

Aparentemente satisfecha con su respuesta, Sabrina se recostó contra el respaldo del asiento y, pensativa, se frotó con una mano la superficie de su cabeza rapada.

–No te haré esperar más –anunció Oliver. Apoyó su café sobre el banco y abrió la

carpeta. Le entregó la foto a Dan, luego tomó su café con ambas manos, y haciendo rebotar sus rodillas estudió la reacción del chico.

–No sabía si alguna vez vería algo como esto –admitió Dan. Pasó el pulgar suavemente por el rostro de su madre. Se veía hermosa, pálida y casi frágil, pero tenía una mirada de acero–. Pero me alegro de tenerla. Gracias.

–Mi papá a veces les hacía favores a ciertos compradores y amigos –explicó Oliver. Apoyó el tobillo sobre la rodilla de la otra pierna y se rascó el rostro, que mostraba una barba de un par de días–. Cuando tienes una tienda como la nuestra, ves pasar todo tipo de personas.

Dan asintió, sin quitar la mirada de la foto de sus padres. Apenas escuchaba lo que Oliver le estaba diciendo.

–Cuando murió mi padre hace algunos años, guardé la mayoría de sus cosas así como estaban. Ni siquiera toqué las cajas guardadas en el depósito que pertenecían a clientes y amigos. Finalmente, hace unos meses, me armé de valor y comencé a revisarlas por si contenían algo de valor o alguna pertenencia de mi padre –dijo y señaló la foto con la cabeza–. Eso estaba dentro de una de las cajas. Pero había otras cosas también. No sé si pertenecían a tus padres o no. Ninguna de las cajas estaba muy bien etiquetada. ¿Pasaron tiempo en Nueva Orleans?

Oliver entrecerró los ojos y Dan se alejó un poco de él. Pensó en lo que Maisie le había dicho, acerca del accidente fatal que había hecho que ya no le gustara la ciudad.

–Sí, así es. ¿Crees que mis padres conocían a tu papá?

–Parecería que sí –respondió Sabrina–. De todas maneras, no hay forma de saber si las cosas que están en esa caja que encontró Ollie eran de ellos.

Dan acercó la foto a su cuerpo, como protegiéndola.

–Quizás podría echarles un vistazo. Todavía hay mucho que no entiendo acerca de mis padres, pero tal vez algo me llame la atención.

Sabrina bufó sobre su café. Por primera vez, Dan vio que su expresión se suavizaba. Codeó a Oliver y le dijo:

–¿Por qué no trajiste directamente la caja?

–Andamos apretados de dinero estos días –aclaró Oliver mientras se sonrojaba y bajaba la cabeza–. Quería hacer tasar todo lo que había en las cajas del depósito. Seguramente suena codicioso.

Dan se encogió de hombros.

–En realidad no me conoces, lo entiendo. De todas formas, me gustaría ver las cosas, aunque no me dejes quedarme con ninguna de ellas. O podría pagarte.

–Eso no me parece correcto –respondió Oliver apesadumbrado–. Si yo estuviera en

tu lugar, sentiría que tengo derecho a tener esa caja. Si fueran las cosas de mi papá, pensaría que son mías y sí importaría.

Bueno, eso era amable de su parte. Sin embargo, no era como si Oliver hubiese traído la caja. Si realmente había cosas de valor ahí, lo mejor sería estar en buenos términos con él y así aumentar las posibilidades de obtener la caja más adelante.

–¿Puedo preguntarte cómo murió tu papá?

–En un accidente automovilístico –dijo Sabrina, respondiendo en lugar de Oliver, que estaba visiblemente incómodo–. Un conductor ebrio lo sacó del camino y lo hizo caer al río hace algunos años. Tenemos un verdadero problema de idioteces en estado de ebriedad en esta ciudad.

–Lo siento. Es... extraño. Así murieron mis padres también –murmuró Dan–. Creí que saber cómo habían muerto haría que las cosas fueran más fáciles, pero no fue así. Para nada.

–¡Dan!

Se volvió, sobresaltado, y derramó café sobre un costado de su pantalón. Abby y Jordan se acercaban trotando desde la esquina. Dan reconoció ese tono particular de rabia escarlata en las mejillas de Abby.

–Te atraparon –oyó que susurraba Sabrina.

–Hola –Dan se puso de pie y se limpió el jean sin mucha convicción. Sin saber qué más decir, soltó un avergonzado–: Lo siento.

–¿Hay alguna razón en particular por la que decidiste salir a hurtadillas? –Jordan les lanzó una mirada fría a Oliver y a Sabrina. Tenía los lentes empañados por correr con esa humedad.

–No hace falta que nos mires mal –Sabrina se puso de pie y apoyó su mano sobre el hombro de Oliver–. Si estuviésemos tramando alguna travesura, no hubiésemos invitado a tu amigo a una enorme plaza pública.

–¿Cómo me encontraron? –Dan apoyó su café sobre el banco. Era demasiado fuerte, tenía demasiada cafeína y le había provocado acidez estomacal.

–Olvidaste ponerte tu capa de invisibilidad –murmuró Jordan.

–¿Qué?

–Te seguimos –explicó Abby con impaciencia–. La casa de Steve tiene como un millón de años. Todo cruje.

Dan no había notado eso, pero también era cierto que había estado bastante concentrado en obtener la foto de sus padres. La foto que ahora Jordan veía que Dan sostenía con fuerza.

–¿Qué es eso?

Su amigo estiró la mano para tomarla y Dan tuvo un extraño y ardiente ataque de

celos. Sentía un ruido sordo en los oídos, como el de un distante cable con corriente que zumbaba y zumbaba. Pero dejó que Jordan tomara la foto y la sensación se sosegó. Era solo una fotografía.

–Oh, cielos –Jordan observó la imagen y a Dan y, un segundo después, Abby se le unió–. Tu papá era mega sexy.

–¿Gracias? –Dan se removió, incómodo–. Oliver la encontró en la tienda de su padre, en unas cajas en el depósito. Creo que es posible que mis padres hayan conocido a los suyos –no sabía si podía compartir esa información, pero después de la pelea que habían tenido más temprano, sintió la necesidad de mostrar un poco de lealtad hacia sus amigos.

A Oliver no pareció importarle. Se metió en la conversación mientras se frotaba nuevamente la mandíbula oscurecida por una barba incipiente.

–Mucha gente ha guardado cosas en la tienda. Todavía no sabemos bien cuál es la conexión, pero pensé que Dan debería verla.

–Tu mamá –estaba diciendo Abby en voz baja, con el ceño fruncido–. Se ve... se ve...

–Feliz –completó Dan–. Lo sé. Parece que eran muy amigos de quien haya tomado esta foto.

–Mmm. Quizás el papá de Oliver sea ese *quien*. Tal vez era la clase de pervertido que se hacía amigo de las personas para poder fotografiarlas sin que se dieran cuenta. Quizás sea algo hereditario –dijo Jordan con tono mordaz.

Dan lo ignoró.

–¿Podemos ver el resto del contenido de la caja? Como dije, estaría dispuesto a pagarte por lo que haya ahí.

Oliver comenzó a responder, pero Sabrina le susurró algo rápido al oído y él asintió.

–Te daré la caja. No es necesario que me pagues –Oliver se inclinó hacia atrás y cruzó los brazos. No era necesariamente un tipo intimidante, pero era suficientemente alto como para mirar a Dan desde arriba–. Pero quiero algo a cambio.

–Ja. Los pervertidos siempre quieren algo a cambio –murmuró Jordan con desagrado.

–Dan –dijo Abby en tono de advertencia.

Esperaba que la mirada que le lanzó a Abby fuera disculpa suficiente. En verdad se sentía mal por involucrarlos en esto, por hacer que todo el viaje girara en torno a él, como siempre. Pero no podía evitarlo. Había una parte de él que *necesitaba* recorrer ese camino hasta que todo tuviera sentido. ¿Por qué su papá había parecido tan asustado en Arlington y por qué eso lo hacía sentir mal y esperanzado al mismo tiempo? ¿Como si, tal vez, sus padres no hubiesen tenido otra alternativa cuando lo abandonaron?

¿Como si tal vez hubiese algún fragmento de información que pudiera finalmente satisfacer su curiosidad?

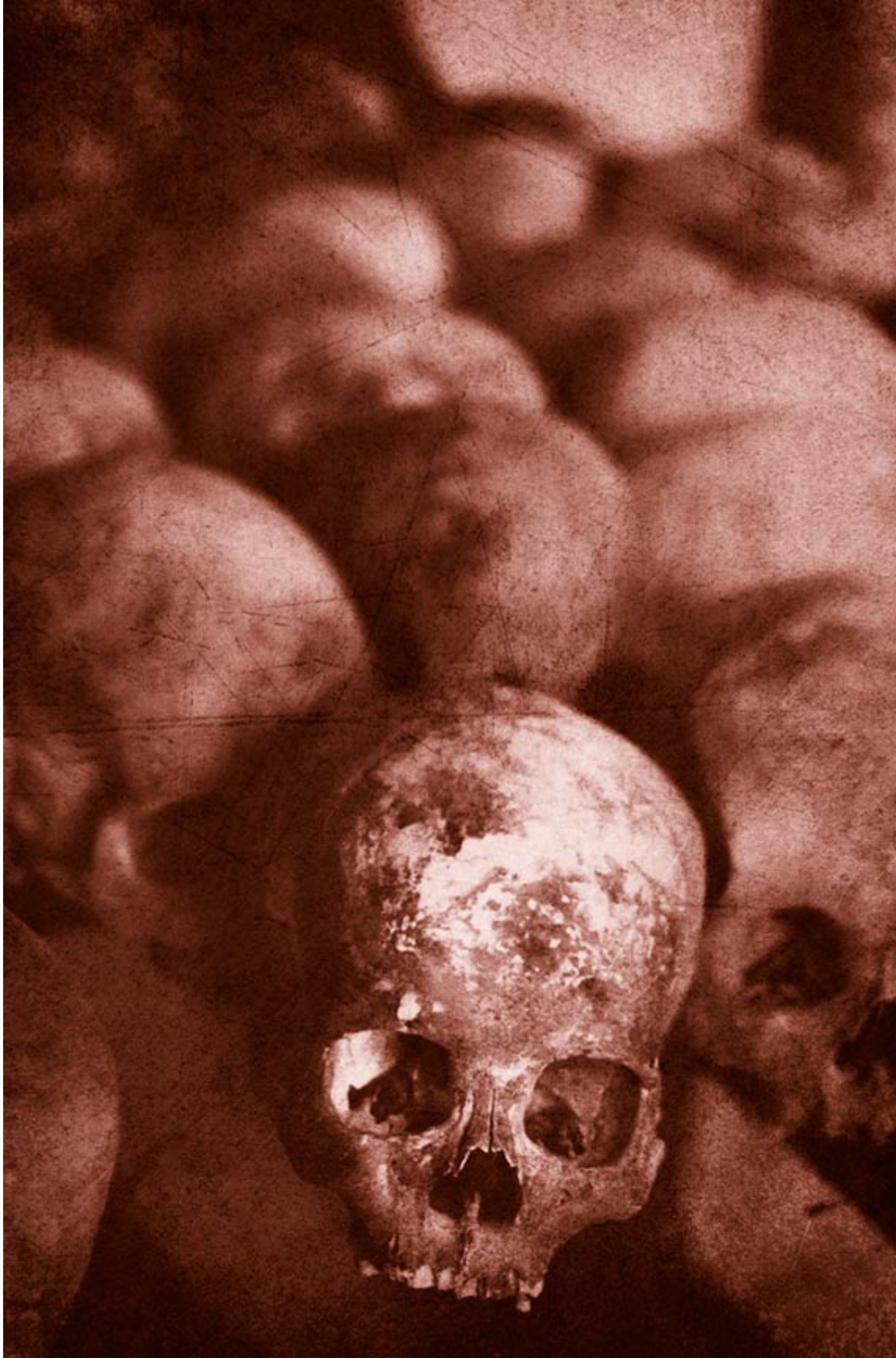
–Quiero esa caja –dijo nuevamente, con firmeza–. ¿Qué quieres por ella?

–Tu ayuda –respondió Oliver. Sacó su teléfono del bolsillo y buscó algo, luego estiró el brazo para dárselo a Dan–. Estos me llegaron anoche. Tres horas ininterrumpidas de mensajes. No como los anteriores. Ahora son como los tuyos. No sé qué quiere decir esto, pero él era mi amigo, maldición. Necesito averiguarlo.

Dan tomó el celular y se puso muy tenso. Podía sentir a cada lado de su cuello la respiración de Abby y Jordan, que se habían acercado para ver el mensaje. Era una única línea repetida cientos de veces.

Micah podía haber dejado descansar a Dan por una noche, pero Oliver no había tenido tanta suerte.

TIEN EN MI S HUES OS
TI ENE NMIS H U ESOS
TIENEN MIS HUESOS



Capítulo 22

—¿Y qué se supone que hagamos con esta apasionante información? —preguntó Jordan, apartando la mirada del teléfono y los mensajes—. ¿De quién está hablando? ¿Quiénes son los que *tienen*?

—Se los dije —respondió Oliver mientras le quitaba el celular de un tirón a Dan—. Las personas para las que Micah y yo trabajábamos son perversas. Cuando te involucras con ellos, es hasta la muerte. Y parece que después también.

Se sentó nuevamente, considerando sus propias palabras mientras se mordía el labio inferior.

—¿Y crees que estos mensajes realmente vienen del fantasma de Micah, o su espíritu o lo que sea?

Oliver asintió.

Jordan había comenzado a caminar de un lado al otro. Luego tomó el café sin terminar de Dan y empezó a beberlo.

—Vimos morir a Micah. En New Hampshire. Las fechorías que hayan cometido aquí cuando eran chicos no tienen nada que ver con eso.

—Quizás no —razonó Abby—, pero generalmente, los restos de las personas que mueren son entregados a sus familias para ser enterrados. Si Micah no tenía familiares allí, quizás terminó de regreso en Shreveport. O... bueno, en algún lugar que no le agrada. Como persona muerta. Dios mío, no puedo creer que haya dicho eso en voz alta.

Eso hizo reír por lo bajo a Sabrina.

—Yo también me inclino a pensar que son idioteces —dijo, girando la cadera a un lado—. Pero no puedo negar los sesenta y tres mensajes de un chico muerto que están en el teléfono de Ollie.

—¿Hay alguna forma de contactar a tu antiguo empleador? ¿El Artífice dijiste que era? Sé que fue hace años —Dan se sentó en el banco junto a Oliver y apoyó los codos sobre sus rodillas. Había recuperado la foto de sus padres de manos de Jordan y la alisó con cuidado.

Oliver pensó por un momento.

—He intentado llamar al número que usábamos —explicó—. Pero ha estado fuera de servicio por mucho tiempo. Si hay algo en Internet u otro teléfono, yo no sé nada al respecto. Micah fue quien arregló todo.

—Pero había un lugar de entrega —aclaró Sabrina. Sus ojos verdes pardos se

agrandaron y reflejaron el sol cuando agregó con entusiasmo—: Un buzón, ¿no? Me dijiste que usaban un buzón en el medio de la nada para comunicarse.

—No nos *comunicábamos* en realidad. Recibíamos nuestros encargos allí cuando empezamos, y siempre traían instrucciones acerca de dónde dejar lo que encontrábamos. Supongo que eso es algo —dijo Oliver. No compartió el entusiasmo de su novia—. Es una posibilidad muy remota, a mi parecer.

—Es mejor que nada —Dan se encogió de hombros y se puso de pie, mientras veía a Jordan beber de un trago el resto de su café—. Entonces, ¿cómo hacemos esto? ¿Dónde está ese buzón?

—Es en la calle Roman, pero es lejos. Tendremos que ir en mi auto.

—Está bien. Vamos —respondió Dan.

—No podemos, no ahora. Tengo que volver a la tienda antes de perder un día completo de trabajo. Pero podemos ir luego del cierre. Si no hay mucha gente, cerraré temprano.

—Por supuesto que tiene que ser en la maldita noche —Jordan puso los ojos en blanco—. ¿Por qué no nos dan la dirección y nosotros vamos ahora? Ya saben, para agilizar un poco el proceso.

Sabrina se echó a reír, mientras negaba con la cabeza.

—Sí, claro. No. Ustedes tres no deberían ni acercarse al Noveno Distrito solos. Son turistas. Solo confíen en mí, no les iría bien.

—¿Y ustedes, qué, van a ser nuestros guardaespaldas? —replicó Jordan en tono defensivo.

—Miren, no es el Barrio Francés. Es mejor si Ollie está ahí. Echamos un vistazo rápido y nos vamos.

Por un instante, Dan creyó que Jordan iba a insistir con la idea de ir sin su ayuda. No le hacía gracia pensar en explorar el viejo territorio de un saqueador de tumbas sin tener cerca un medio de escape. Y, por alguna razón, no creía que el tío Steve estuviera dispuesto a acompañarlos.

—Están aquí de vacaciones, para divertirse —dijo Oliver suavemente, suplicando—. Vayan a divertirse. Olvídense de todo esto por unas horas y disfruten la ciudad. Nos veremos más tarde.

Lograron seguir el consejo de Oliver en parte, al menos. Abby y Jordan parecían más que felices de olvidar todo acerca de Oliver y Micah, y visitar nuevamente el mercado para comprar souvenirs.

Hicieron una pasada rápida por la casa del tío Steve para que Abby buscara su cámara y luego los arrastró a todas las áreas históricas que quería fotografiar.

Dan permaneció a miles de kilómetros de distancia. O quizás solo a dieciocho años de distancia, cuando sus padres habían descubierto la corrupción y la red de contrabando de Trax Corp. y habían muerto por ello. ¿En verdad valía la pena que Dan arriesgara las vidas de todos de la misma forma para descubrir lo que estaba sucediendo? Sabía que al menos debía contarles a Jordan y a Abby acerca de la conexión que había encontrado entre Trax Corp. y Brookline, para que supieran el verdadero alcance de todo eso. Pero al igual que con la foto de sus padres, se sentía celoso de esa información y la tenía guardada como una posesión muy preciada.

Además, aunque Abby tomara fotos y Jordan hiciera un tour inventado y sin sentido en todos los lugares a los que iban, Dan presentía que estaban incómodos. No entre ellos, sino con él. Esa tarde, nadie habló acerca de lo que había pasado con Maisie Moore ni de la foto de sus padres. Era como si estuviesen resueltos a fingir que nada de eso estaba sucediendo.

Regresaron a lo del tío Steve justo antes de la hora de cenar. La puerta del edificio estaba abierta y un hombre y una chica se encontraban de pie en la escalinata de la entrada, conversando con Steve. El tío de Jordan estaba apoyado contra la puerta para mantenerla abierta y tenía un cigarrillo a medio fumar detrás de una oreja.

Dan, Jordan y Abby se detuvieron al pie de la escalera e intercambiaron una mirada mientras intentaban escuchar disimuladamente la conversación.

–¿Amigos de tu tío? –preguntó Dan.

–Nunca antes los había visto, pero este no parece ser un buen momento para hacer nuevos amigos –respondió Jordan. Había comprado una cantidad enorme de juegos de mesa en una librería que encontraron y ahora se estaba hundiendo por el peso de las bolsas.

–Se ven elegantes –agregó Abby, susurrando. Sus ojos oscuros se posaron en la chica–. *Necesito* ese vestido.

–Bueno, sabes que cuento absolutamente con tu voto este año –decía el hombre. Era alto y como había notado Abby, estaba bien vestido. Dan no sabía nada sobre ropa de diseño, pero hasta él se daba cuenta de que el traje del tipo probablemente valía una fortuna. Se veían bien juntos, él con su traje gris claro veraniego y ella con su vestido sin mangas color durazno.

Jordan comenzó a subir hacia la puerta y los demás lo siguieron.

–Lo que pasa en la cabina de votación se queda en la cabina de votación –respondió el tío Steve, pero guiñó un ojo.

El otro hombre rio, extendió la mano y tomó la de Steve, dándole un fuerte apretón. A Dan no solían gustarle los políticos, pero la energía de ese hombre era contagiosa y

tenía una risa cálida y resonante.

–Usted es un pilar de la comunidad, señor Lipcott, y contar con su voto es un verdadero honor.

–¿Un pilar de la comunidad? –repitió Jordan en voz baja. Con un bufido, apoyó las pesadas bolsas sobre las escaleras de cemento–. Qué sarta de...

–¡Ah! ¿Y quiénes son estos jóvenes brillantes? ¿Tienen edad para votar? –el hombre abrió los brazos como si fuera a abrazarlos a los tres juntos. La mujer también se dio vuelta. A Dan le costó no quedarse mirándola: era deslumbrantemente bonita, tenía piel morena y brillante y ojos pardos como los de Abby. Llevaba los labios pintados de rojo y parecía que le habían cortado el cabello con una navaja muy afilada.

Llevaba una tabla sujetapapeles abrazada contra el pecho y los miró de arriba abajo con una sonrisa apretada.

Dan apartó la mirada. Los ojos de la chica lo hacían sentir que se estaba marchitando.

–Este es mi sobrino, Jordan –explicó el tío Steve mientras avanzaba unos pasos más hacia la escalera, arrastrando los pies–. Sus amigos solo están de visita por las vacaciones de verano y lo están ayudando a instalarse. Se va a mudar aquí por un tiempo. Han estado correteando por toda la ciudad y se han hecho amigos de la gente de Berkley e Hijas. Chicos, él es Connor Finnoway, perdón, el *concejal* Connor Finnoway. Se está postulando para la reelección y está intentando descaradamente conseguir mi voto. Pero toca el saxofón como los dioses, así que no me molesta mucho.

El concejal lanzó otra risotada y se volvió para golpear en broma al tío Steve en el brazo.

–Descaradamente, sí y no me avergüenza admitirlo –sus ojos verdes brillaban tras una gran nariz patricia. Tenía poco cabello y estaba casi calvo en la parte superior de la cabeza, pero eso no empañaba la energía juvenil y positiva que emanaba.

Algunas personas nacían para ser políticos.

–Tomaron una excelente decisión al visitar nuestra ciudad. ¿Confío en que lo han pasado bien hasta ahora? Oh, y tienen una fotografía también –se acomodó la corbata y bajó un escalón hacia ellos, señalando la cámara que Abby tenía colgada alrededor del cuello. De pronto, a Dan ya no le agradaban su entusiasmo ni su sonrisa compradora.

–Sí, estoy realizando un proyecto fotográfico acerca de algunos de los antiguos contrabandistas de ron que operaban en el sur. Es una historia fascinante –dijo Abby.

–Cualquier aficionado a la historia que se precie visita la tienda de Madame A mientras está en la ciudad. La de Berkley es linda, pero no está a la altura del

establecimiento de Madame A –dijo el señor Finnoway y miró primero a su asistente y luego a Steve para que confirmaran lo que estaba diciendo. Ambos asintieron con entusiasmo. Entonces, dirigió su mirada hacia Dan y lo observó por un momento—. No es lejos, en realidad. Mira, te mostraré.

Su asistente le entregó su teléfono. Buscó hábilmente un mapa de las calles del barrio y marcó el camino con el dedo para que Abby lo viera.

–Está a poca distancia a pie. Es un verdadero tesoro escondido para historiadores hambrientos de información –agregó mientras reía entre dientes—. Yo mismo la visito a menudo.

–¿Es historiador? –preguntó Abby, mientras estudiaba el mapa con el ceño fruncido.

–¡Oh! No –respondió y rio inclinando hacia atrás la cabeza—. Soy dentista de profesión, pero puede ser un poco desalentador observar bocas todo el día. Todos necesitamos pasatiempos, ¿no? Y uno tendría que estar muerto por dentro para no amar la historia viviendo en un lugar así.

–Es una pena que no puedas acompañarlos para enseñarles la tienda –dijo Steve, sonriendo—. Ese lugar puede ser abrumador la primera vez que lo visitas.

El señor Finnoway se detuvo a considerarlo.

–Dime, Tamsin, ¿cómo está mi agenda mañana por la tarde?

–Ocupada, señor. Pero la señora Canterbury canceló su cita del mediodía.

–Fantástico –el concejal aplaudió y luego volvió a abrir sus enormes manos—. ¿Por qué no los acompaño durante mi hora de almuerzo y les muestro *la configuración del terreno*?

–Tómalo con calma, Connor, no viven en este estado. Difícilmente sean futuros votantes para que les andes dorando la píldora –dijo el tío Steve con un bufido. Era el mismo bufido que lanzaba Jordan tan a menudo.

Pero Abby ya estaba asintiendo mientras abrazaba su cámara.

–¿Lo haría? Eso sería increíble.

–Mañana al mediodía entonces –confirmó Finnoway. Bajó la escalera y su asistente lo siguió, dejando una intensa y persistente ola de perfume tras de sí.

Dan no entendía cómo alguien podía oler *francés*, pero así olía ella. Era increíble.

–Lárgate de aquí, bribón –le gritó el tío Steve, mientras saludaba con la mano a Finnoway y a la mujer, que ya le estaban dando la espalda.

Con un último arranque de energía, Jordan recogió todas sus bolsas y subió el resto de las escaleras.

–¿Compraste toda la tienda? –preguntó Steve y levantó una de las bolsas para ayudarlo.

–Tomar decisiones es demasiado deprimente...

Dan y Abby se quedaron atrás y no oyeron el resto de la conversación.

–Será divertido ver esa tienda mañana –dijo ella–. Sé que tienes otras cosas en la cabeza, pero deberíamos intentar relajarnos un poco también.

Dan asintió, pero relajarse no era una opción para él.

–Comamos algo. Oliver llamará pronto.

Capítulo 23

Dan apoyó la nariz contra la ventanilla y contempló la extensión sombría y desnuda del barrio del norte. Fue inmediata y terriblemente obvio por qué Sabrina se había rehusado a dejarlos ir solos. En ese lugar, las casas eran pocas y dispersas; había lotes completos que habían quedado vacíos y que nadie había vuelto a reclamar tras el paso del huracán.

La devastación se propagaba visiblemente por todo el vecindario. Cuanto más avanzaban, peor se volvía. La destrucción era de un nivel que Dan nunca había visto antes, y lo más aterrador era el hecho de que se encontraban a solo unos kilómetros del vibrante Barrio Francés. La carretera en realidad no tenía bordes y su superficie estaba tan llena de agujeros que apenas podían ir a más de veinticinco kilómetros por hora.

El triste silencio que había caído sobre el auto fue interrumpido por el sonido del celular de Dan. Por razones obvias, todos se pusieron tensos, pero solo era un mensaje de texto de Sandy. Quería saber cómo le había ido en su segundo día completo en Nueva Orleans. El pequeño cuadro vacío que había para escribir la respuesta al mensaje parecía diminuto e inadecuado para responder esa pregunta.

Nos estamos divirtiendo mucho, disculpa que no te haya escrito antes.

¿Qué souvenirs les gustaría que les lleve?

Volvió a mirar por la ventana, pasando de un pensamiento triste a otro.

–Hay personas valientes aquí –dijo Sabrina desde el asiento del acompañante, sin dirigirse a nadie en particular–. Y no quieren su lástima.

–No es lástima –se defendió Dan. No sabía *qué* era–. Es solo... no esperaba que se viera así.

Abby había traído su cámara, pero no la había alzado ni una sola vez desde que habían comenzado a transitar por las calles deterioradas.

–No fuiste tan tonto como para decirle a tu familia adónde ibas, ¿no? –preguntó Sabrina.

–No –respondió Jordan–. El tío Steve quería llevarnos a un paseo en barcaza. Le dije que ustedes nos habían invitado a un concierto.

Se volvieron a quedar en silencio por unas cuadas y luego Oliver disminuyó la velocidad y condujo el viejo Challenger hacia el costado de la carretera. Se encendió una luz en la casa que estaba a dos lotes y Dan se puso tenso. Un perro ladró y fue como un largo y solitario lamento.

Las calles no estaban totalmente vacías y cada conductor que pasaba junto a ellos se quedaba observando su auto con detenimiento.

–Démonos prisa –murmuró Oliver mientras abría su puerta de una patada.

Le dijo a Sabrina que esperara en el auto y dejó el motor encendido. Abby y Jordan decidieron esperar en el auto también, pero estaba bien. Cuantos menos fueran, menos atención atraerían. No se veía mucho, pero Oliver y Dan usaron sus teléfonos para iluminar mínimamente el camino.

–Esta es un área realmente difícil –dijo Oliver–. No sé si fue por eso que la eligió el Artífice, pero así es.

Se dirigió rápidamente hacia un buzón que estaba al borde de un terreno enlodado. Unas pocas hierbas perezosas sobresalían entre lo que había sido una acera. El buzón estaba torcido y doblado de tal manera que parecía estar observándolos con escepticismo.

Alguien arrojó una bolsa de basura a una calle más o menos y el sonido de botellas al romperse le provocó a Dan un escalofrío.

–Sostén esto –pidió Oliver y le dio su teléfono. Tiró de la tapa del buzón hasta que se abrió con un chirrido. Con la escasa luz proveniente del celular, a Dan le pareció que no había nada adentro, pero de todas formas Oliver metió la mano y tanteó el interior–. Rayos, voy a necesitar la antitética después de esto.

Sacó la mano y tenía un pedacito de cartulina empapado y roto entre dos dedos.

–¿Eso es un nuevo encargo? –preguntó Dan.

–Sí y ahora nos largamos de aquí.

Hicieron un intercambio, Dan tomó lo que Oliver había encontrado y le devolvió su teléfono. El perro aulló nuevamente, más cerca, y Dan casi se arrojó sobre el asiento trasero. Oliver arrancó, hizo una desprolija vuelta en U y luego aceleró.

–¿Encontraron algo? –preguntó Abby.

–Sí –respondió Dan, levantando el trozo de cartulina para que ella lo viera. Se recostó sobre el asiento y, alumbrando con su celular, examinó lo que habían descubierto–. Podría ser una postal, quizás.

La iluminó y luego se la acercó más a la cara. Había algo descolorido escrito y el bolígrafo se había hundido tanto sobre el papel que podían verse las marcas debajo de la tinta.

–Esperen –dijo Dan mientras leía–. No creo que esto sea un encargo. Es un poema y lo he visto antes.

–¿Qué? ¿Cómo? –soltó abruptamente Sabrina.

–Escuchen –levantó la mano y respiró, estremeciéndose antes de leer las familiares líneas. Era más largo de lo que recordaba. Esta vez, sonaba completo–. *No seas*

demasiado feliz ni demasiado arrogante, cuídate de tu suerte y no alardees muy fuerte; el Artista de Huesos roba y se va: el Artista de Huesos, el Hechicero, el Príncipe de los Ladrones de Cuerpos.

Capítulo 24

El auto avanzaba a un ritmo constante, sacudiéndose de vez en cuando, pero esos saltos rítmicos solo le daban más sueño. Dan se esforzó por mantener los ojos abiertos. Se sentía como si estuviese drogado, como si hubiese estado despierto durante días y solo se estuviera manteniendo erguido a pura fuerza de voluntad. Era una sensación repentina y abrumadora; sentía cansados hasta los *dedos de los pies*.

No parecía algo natural, y eso lo hacía pensar que se le pasaría. Estaba empezando a ponerse nervioso y se metió la mano en el bolsillo para buscar sus medicinas antes de darse cuenta de que las había dejado en la casa del tío Steve. Se inclinó para poder ver el parabrisas por entre los dos asientos delanteros. Comenzaron a acelerar tan repentinamente que sintió náuseas. Intentó enfocar la vista mientras veía que la carretera se torcía y se enderezaba... y luego desaparecía. No había nada frente a ellos, solo espacio vacío y lo que parecía ser una distante hilera de árboles.

Dan gritó. No sabía qué había dicho finalmente, pero lo que había querido decir fue: —¡Nos vamos a caer!

El conductor y el acompañante se volvieron para mirarlo. No eran Oliver y Sabrina. ¿No deberían haber sido Oliver y Sabrina? Dan se hundió contra su asiento, temblando.

No tenían rostros. Por Dios, no había nada ahí. Solo eran espacios en blanco con cuerpos y cabello, sus cabezas eran como óvalos blancos lisos, como huevos con las puntas hacia abajo. Estos rostros sin expresión flotaban frente al paisaje desolado, que se iba acercando hacia ellos mientras el auto se salía de la carretera y comenzaba a caer por el precipicio. Lo observaban en silencio.

¿Cómo podían observarlo sin ojos? Dan podía sentir todo el peso de su atención.

Por un segundo, sintió que flotaba dentro de su miedo, elevándose mientras el auto caía en picada hacia una mancha azul y de espuma blanca. Un río. Golpearían el agua en cualquier momento. Cerró los ojos y se preparó, esperando el fuerte crujido final del impacto.

Pero en lugar de eso, se despertó de golpe en su cama, con un grito ahogado tan fuerte y desesperado que inmediatamente sintió la garganta irritada.

Por un minuto completo no pudo recordar qué había pasado: el recorrido en auto, la postal con el poema, ¿y después...? Cuando lo pensó bien, los recuerdos comenzaron a volver, como si fueran de un año atrás y no de la noche anterior. Oliver no había sabido qué se suponía que era el poema, no se parecía a los encargos que solía recibir,

pero Jordan también lo recordaba, de la biblioteca de Shreveport. Todos habían estado de acuerdo en reencontrarse esa noche en la tienda de Oliver después de que cerrara.

Dan se limpió el sudor del rostro con la sábana. No quería volver a cerrar los ojos por miedo a ver los rostros blancos.

La luz del sol de la mañana ya iluminaba la habitación, y aunque no sentía que hubiera descansado, un vistazo a su teléfono le confirmó que había dormido toda la noche. En cualquier momento, Abby golpearía la puerta para asegurarse de que estuvieran despiertos.

Se levantó y se puso una camiseta descolorida. Tras oír el golpe en la puerta, Dan se sorprendió al descubrir que Abby no solo se había duchado y vestido, sino que traía tres cafés y una bolsa de galletas.

—¿Saliste? —preguntó Dan con voz ronca y abrió del todo la puerta para que pasara. Ella entró a sus anchas y dejó las bebidas sobre la mesa donde estaba la computadora.

Jordan refunfuñó y se acurrucó bajo las sábanas, fingiendo sollozar cuando Abby abrió las cortinas.

—Sí, no pude dormir hasta tarde.

—Yo siempre puedo dormir hasta tarde —dijo Jordan gimoteando y todavía escondido.

—Además, Steve también estaba despierto, así que hicimos yoga juntos y después salimos a buscar el desayuno para todos.

—Por supuesto —Dan le sonrió lánguidamente, deseando que las mañanas le gustaran aunque fuera un poco de lo que le gustaban a Abby.

—Estuve pensando —dijo ella mientras se daba vuelta y se sentaba frente a la computadora de Jordan—. ¿Y si el poema es como una especie de himno de la gente para la que trabajaba Micah? Piénsenlo, definitivamente manejan huesos, ¿no? ¿*Los Artistas de Huesos*? Tiene sentido.

—¿Podrías hablar más despacio? Mi cerebro todavía se está encendiendo —balbuceó Jordan, mientras salía a gatas, finalmente, de su capullo de mantas. Era la primera vez que Dan veía su cabello en verdad desaliñado en lugar de despeinado a la moda.

Abby continuó a toda velocidad, gesticulando con media galleta en la mano.

—Creo que deberíamos preguntarle a ese concejal al respecto, cuando lo veamos hoy —agregó.

—No —la respuesta fue automática. Tanto Jordan como Abby se quedaron mirándolo. Dan se encogió de hombros—. Solo creo que es demasiado amigable, ¿saben? Nadie debería ser tan amigable.

—Eso es lo más deprimente que jamás has dicho —contestó Jordan y se acostó sobre su espalda. Golpeó algunos cojines para darles forma y se los puso bajo la cabeza—. Aunque el tío Steve dice que nunca debes confiar en alguien que tenga un traje que

cueste más que un auto.

–El tío Steve es un hippie avejentado –argumentó Abby.

Eso era un poco cruel. Jordan echó saliva, sorprendido.

–¿Qué? Eso no lo hace menos adorable, pero es verdad.

–Solo creo que sería mejor que todo esto quedara entre nosotros –dijo Dan, reencauzando la conversación–. Este asunto de los huesos es escalofriante.

–Entre nosotros y Oliver y Sabrina, quieres decir.

–Abby... Bueno, sí, entre nosotros cinco entonces.

Jordan extendió su brazo, abriendo y cerrando su mano vacía hasta que una galleta aterrizó allí, gracias a Abby.

–Rebobinemos un minuto. ¿Qué *sabemos* en realidad del poema? ¿Dónde apareció antes?

–En el recorte que tú y Dan *tomaron prestado* de la biblioteca de Shreveport –dijo Abby con impaciencia–. No es que me esté quejando, supongo. Sé que lo tomaron para mí.

–Un recorte acerca de un mafioso que estás investigando –agregó Dan, contemplándola serenamente por encima de su café–. Que es, supongo, la razón por la que estás tan interesada en todo el asunto hoy.

Abby se tomó la acusación con calma, mientras se limpiaba el azúcar glass de las manos.

–Está bien, sí, parece haber algún vínculo entre los antiguos empleadores de Micah y Jimmy Orsini. ¿Puedes culparme por querer saber más? He estado pensando en este proyecto todo el verano, así que discúlpame si quiero investigar esta conexión.

–*Me alegro*, Abby. Es agradable no sentirme como el Llanero Solitario en esto –respondió Dan–. Y creo que tienes razón. A esta altura, no deberíamos descartar nada como coincidencia.

–Entonces estamos de acuerdo –dijo Abby y levantó el mentón–. Hoy le preguntaremos al concejal al respecto.

–Yo no dije eso...

–Por Dios, es demasiado temprano para discutir –interrumpió Jordan, haciéndolos callar–. Lanzaremos una moneda antes de ir a la tienda. Listo. ¿Ven? Ahora que alguien me pase un café antes de que me ponga gruñón en serio.

Capítulo 25

La tienda de Madame A, con su fachada inclinada color malva, no estaba en ninguna calle que Dan pudiera discernir; estaba apiñada entre la acera y un callejón, con un único farol sucio y un cartel que insinuaban su presencia.

Un fuerte hedor a basura llegó hasta ellos desde el oscuro patio que estaba al final del callejón. La familiar melodía disonante de unos músicos de jazz que se preparaban para tocar –violín, trompeta y saxofón chocando uno con otro– flotaba justo por encima de la pestilencia, que era tan densa que parecía tener su propio sabor amargo.

–Qué aroma más interesante hemos descubierto –murmuró Jordan con ironía. Permaneció cerca de sus amigos, metido justo entre medio de los dos.

Las ventanas de la tienda estaban oscurecidas con pintura o manchadas con grasa. Un gato salió a recibirlos; era tricolor, tuerto y tenía tres cuartos de cola. Los observó con su pequeño mentón crespo levantado hacia un lado con arrogancia. La puerta de la tienda estaba entreabierta y podía verse una cortina absolutamente inmóvil en la calma fétida del callejón.

–Después de ti –dijo Dan, haciendo un ademán para que Abby pasara–. Ya que esto fue tu idea.

–Solo esperemos que adentro huela mejor –susurró ella, mientras tomaba una vacilante bocanada de aire antes de precipitarse a través de la cortina.

La atmósfera en el interior de la tienda de antigüedades no era precisamente agradable, pero al menos estaba bien iluminada y el olor a basura había sido reemplazado por un penetrante aroma a incienso de jazmín. A Dan le hacía acordar un poco al depósito de la tienda de Oliver, pero este lugar estaba aún más abarrotado de cosas y mucho menos organizado. El techo estaba lleno de móviles, algunos hechos con cuentas y cristales, y otros con huesos y plumas. Un enorme exhibidor con velas, botellas, banderas y diminutos recipientes de tintura ocupaba la pared del fondo. Encima, había un letrero torcido que decía: VELAS – ACEITES – DRAPOS – LOCIONES DE MANOS PARA CONJUROS.

Dan se dirigió hacia allí para investigar, esquivando vitrinas abiertas llenas de folletos, libros y alhajas. Después de la conversación acerca de los saqueos de tumbas, no podía ver objetos de valor como esos sin imaginar a quién habrían pertenecido y cuándo los habrían perdido. Entonces, otra ráfaga de aire con olor a jazmín circuló por la tienda y el humo hizo que el lugar pareciera pequeño y con una atmósfera de ensueño.

–*Les Morts* –susurró, inspeccionando la etiqueta de una de las velas.

–Es para practicantes del Voudon.

Dan dejó la vela mientras giraba rápidamente la cabeza. Ya no estaba solo junto al exhibidor, pero no había oído llegar a Connor Finnoway. El concejal, que era más alto que Dan por una cabeza, estiró el brazo por encima del hombro del chico y tomó la misma vela, haciéndola girar lentamente en su mano.

–Es una religión malinterpretada –agregó el concejal con una sonrisa–. La mayoría de estas velas son para la suerte, la salud, el amor. No tienen nada de siniestro.

Dan asintió, pero no estaba tan seguro. Su francés no era muy bueno, pero no entendía cómo algo llamado *Les Morts* podía ser para la suerte, la salud o el amor.

El concejal había cambiado de traje, pero el que llevaba ahora era tan elegante como el anterior. También tenía un reloj con diamantes brillantes en la muñeca izquierda.

–¿Señor Finnoway? –Abby se les unió–. Gracias por venir. Tengo algunas preguntas para hacerle.

–¡Ah! Directo al grano –dijo mientras reía. Se volvió hacia Dan pero señaló a Abby–. Muy concisa. Me gusta eso.

A Dan no le importaba qué le gustaba al tipo. No le agradaba la idea de preguntarle a Finnoway acerca del poema que habían encontrado, pero Abby había ganado cuando lanzaron la moneda. Al otro lado de la tienda, Jordan estaba ocupado conversando con una mujer alta y esbelta, con piel morena radiante y ojos oscuros y brillantes. Era imposible saber su edad; sus rasgos eran delicados, eternos. La forma en que parecía dominar la tienda sin levantar un dedo ni decir una palabra hizo pensar a Dan que debía tratarse de la epónima Madame A.

–Hay un poema –ya estaba diciendo Abby y le ofreció al concejal una hoja de papel donde lo había copiado–. Ya lo hemos visto dos veces: una en Shreveport y otra aquí, en Nueva Orleans. Nos preguntábamos si significa algo para los lugareños.

Finnoway echó un vistazo al papel y levantó una ceja con interés.

–¿Y qué dijo Steve Lipcott al respecto?

–No le pregunté. Él no creció aquí –respondió Abby sonrojada.

–Es muy inteligente de tu parte consultar a un nativo –el concejal sonrió y le devolvió el poema a Abby–. Lo he escuchado antes, pero no desde que era un niño. Es una especie de canción infantil, nuestra versión del cuco o el viejo del costal. Ya sabes, come tu brócoli y di tus oraciones, o los Artistas de Huesos vendrán y te quitarán los dedos de los pies.

Dan le lanzó una mirada a Abby, pero al parecer ella había pensado lo mismo que él y lo vocalizó primero.

–Parece demasiado cruel. Quiero decir, ¿realmente le dicen a los niños que alguien va

a llevarse sus huesos?

–A Hansel y Gretel la bruja los engordaba para comérselos. Las historias para niños siempre se han inclinado hacia lo macabro

–Finnoway sonrió, mostrando sus dientes perfectamente blancos y parejos–. De todas formas, ya no es una historia popular por aquí –señaló con la cabeza el poema que Abby tenía en la mano–. Eso es casi tan antiguo como cualquier cosa de esta tienda.

–Entonces, ¿no existen? –preguntó Dan con frialdad–. ¿Esos Artistas de Huesos? Finnoway rio y volvió a mirar las velas.

–Yo no dije eso, ¿o sí?

Abby puso los ojos en blanco y reorganizó sus papeles.

–Ahora nos está tomando el pelo.

–Mi querida, un cuento admonitorio no sirve si nadie lo cree.

La cortina de la puerta de la tienda se movió y, al volverse, Dan vio que la asistente de Finnoway también estaba allí. Parecía estar buscando al concejal.

No era la intención de Dan quedarse mirándola, pero la chica era cautivadora, tan meticulosamente peinada y vestida que parecía salida del set de una película. Dan oyó que Abby tosía suavemente y luego un poco más fuerte.

Qué idiota. Abby estaba *justo ahí*.

–Discúlpenme un momento –se excusó Finnoway y fue a hablar con su asistente junto a la entrada.

Después de un incómodo silencio, Abby dijo:

–Este viaje no ha sido ni de cerca lo que esperábamos, ¿o sí? Pero todo está bien, ¿no? ¿Tú estás bien?

–Claro, digamos que bien –respondió Dan. Se pasó ambas manos por el pelo y rodeó una vitrina con colgantes para acercarse a la pared. Había una línea de pintura englobada que cruzaba

en forma horizontal el yeso–. Honestamente, no sé cómo me siento, Abby. ¿Triste? ¿Confundido? ¿Enfadado?

Siguió la gruesa línea de pintura con la punta de los dedos y leyó los números escritos encima. Eran una fecha, y Dan se estremeció al darse cuenta de que la línea marcaba hasta dónde había subido el agua allí adentro durante el huracán. Era un milagro que cualquier cosa de la tienda hubiese sobrevivido.

–¿Enfadado? –Abby se detuvo con los dedos sobre un exhibidor giratorio de postales y periódicos plastificados–. ¿Enfadado con quién? ¿Tus padres?

–Un poco, sí. Y con Oliver también. Debería haberme dado la maldita caja. No es que la necesite, pero podría tener algo que explique por qué me abandonaron. Quizás esté buscando algo que no existe. Quizás creyeron que estaban haciendo algo bueno.

Pero simplemente no puedo entender por qué yo iba de un lado a otro de Pennsylvania mientras ellos morían en un accidente automovilístico en Luisiana – suspiró y se apoyó contra la pared–. Lo que quiero decir es que no creo que sea correcto que tenga que negociar por algo que debería ser mío.

Se quedó en silencio al ver que Finnoway caminaba hacia ellos.

–Esperaba poder hablar contigo un momento –dijo el concejal. Aunque Dan suponía que se estaba dirigiendo a Abby, no era así.

–Oh. Espere, ¿conmigo?

–Sí –el concejal señaló con la cabeza un rincón más tranquilo, lejos del mostrador y de sus amigos–. No pude decirte esto ayer, pero cuando Steve mencionó que andaban con el dueño de Berkley e Hijas, bueno...

–¿Oliver? –Dan entrecerró los ojos y se preguntó por qué tenían que hablar en voz baja–. ¿Qué pasa con él?

–No es precisamente un chico muy respetable. Su padre tenía fama de alcohólico. Y eso, en esta ciudad, no es decir poco –se aclaró la garganta y miró a Abby por encima de su hombro. Se quedó observándola por un largo rato, algo que puso incómodo a Dan–. No estoy aquí para ayudar a tu novia a escoger recuerdos de viaje, muchacho. Estoy aquí para darte un consejo.

–¿Por qué le interesa lo que yo haga?

–No me interesa –se metió las manos en los bolsillos y se volvió, quedando de espaldas a los estantes con chucherías. La sonrisa típica de político de ayer había desaparecido y en su lugar había una mueca de rabia–. Oliver Berkley es un grano en el culo de esta ciudad, al igual que lo fueron su padre y el padre de su padre. Steve Lipcott es un viejo amigo y su sobrino va a vivir aquí, no me gustaría que su reputación o la de Steve se vieran mancilladas por... asociaciones desafortunadas.

Dan apretó los dientes mientras miraba directamente a los ojos verdes inescrutables del concejal.

–¿Eso es todo?

–Eso es todo.

Sonriendo, Finnoway se alejó de las estanterías y se metió con naturalidad en la conversación entre Abby y Madame A. Dan abandonó su lugar junto a la pared y se dirigió hacia donde estaba Jordan. Al parecer, Madame A lo había convencido de comprar un gran manojito de velas que se asomaban desde el interior de una bolsa cuando su amigo se acercó a saludarlo.

–Son para Steve –dijo inmediatamente–. Se me ocurrió que podía comprarle algo mientras estábamos aquí.

–Ajá.

Dan observó con detenimiento a Madame A detrás de su mostrador. Se veía suficientemente persuasiva como para lograr que una persona comprase prácticamente cualquier cosa.

—¿Tuvieron suerte con el amigable concejal? —preguntó Jordan.

Había una bandeja de té de cortesía sobre un mostrador que estaba cerca de la puerta, y Jordan se dirigió hacia ahí, directo a los pastelitos espolvoreados con azúcar glass que estaban sobre una fuente de plata.

—En realidad, no. Antes de decirme algunas cosas no tan amables acerca de Oliver, dijo que el poema era solo un tonto cuento de hadas que se usaba para espantar a los niños para que se portaran bien.

Jordan levantó las cejas mientras se metía un pastelito en la boca.

—¿En serio? Eso no fue para nada lo que dijo Madame A.

—¿Oh? ¿Y qué fue lo que dijo Madame A al respecto? —Dan bajó la voz y echó un vistazo por encima de su hombro para asegurarse de que Finnoway y su asistente no los estuvieran escuchando. La asistente estaba hablando por celular, siseando y caminando de un lado al otro.

—Dijo que el asunto de los Artistas de Huesos empezó como una leyenda, sí, pero que tenía algo de verdad —Jordan imitó la voz baja y conspiratoria de Dan. Se inclinó hacia adelante y se sirvió una taza de té verdoso claro—. Allá por la época de la Depresión, la gente estaba tan desesperada por conseguir dinero que comenzaron a saquear tumbas. Al parecer, por esta zona, había un grupo de personas llamadas los Artistas de Huesos, que pagaban dinero por *huesos*. Los huesos, supuestamente, contenían parte de la personalidad del muerto, y los Artistas de Huesos aseguraban que podían convertir esos huesos en talismanes y revenderlos por incluso más dinero. Así que si querías tener suerte, encontrabas el hueso de una persona con suerte y se lo entregabas a ellos, o si querías dinero, buscabas el hueso de una persona rica —Jordan sopló el vapor que salía de su taza de té y mojó en él un segundo pastelito—. Era un gran negocio. Supongo que la gente se pone muy supersticiosa cuando todo se va a la mierda.

Dan se estremeció.

—Dios mío.

—Sí. Suena un poco como el Artífice de Oliver, ¿no?

Sí. Dan volvió a mirar al concejal, quien estaba riendo de una forma absolutamente exasperante junto con Abby acerca de algún artículo que habían encontrado.

—¿Por qué mentiría Finnoway al respecto?

—¿Quién sabe? Tal vez realmente no lo sabía. Es decir, dijo que le gustaba la historia, pero creo que Madame A ha estado aquí desde el principio de los tiempos. Es bastante

impresionante.

–Bueno, anoche, Oliver actuó como si nunca hubiese escuchado acerca de los Artistas de Huesos –señaló Dan–. ¿Y ahora este asunto con Finnoway? Siento que alguno de los dos está ocultando algo.

–O ambos.

Si esos rufianes, los Artistas de Huesos, seguían existiendo, entonces quizás eso era en lo que Micah se había involucrado. Y si era así, a Dan no le agradaba la idea de que tuvieran sus huesos y planearan convertirlos en supuestos talismanes mágicos. Lo que lo llevó a su siguiente pregunta.

–¿Y funcionan?

–¿Qué? –Jordan se atragantó con su té.

–Los talismanes de hueso que hacían. ¿Eran solo superstición o realmente hacían algo?

Jordan dejó su taza vacía mientras mordisqueaba otra vez su piercing.

–Le pregunté, pero Madame A no quiso responder –susurró–. Francamente, creo que eso te dice todo lo que necesitas saber.



Capítulo 26

—¿Podemos hablar acerca del hecho de que ese imbécil de Oliver definitivamente nos está mintiendo?

El tío Steve había preparado sangría para la cena y era posible que Jordan hubiese bebido un poco de más. Iba haciendo zigzags mientras recorrían el familiar camino hacia Berkley e Hijas y gesticulaba exageradamente chocando contra Dan cada pocos pasos.

—Vive aquí, ¿no? Maneja una tienda de antigüedades. ¿Cómo podría no saber acerca de esta leyenda de los tipos de los huesos?

—Estoy seguro de que tiene una explicación —replicó Dan.

—¿Lo estás? —Abby había traído su investigación conjunta: los artículos y fotos que ella había recolectado acerca de Jimmy Orsini y los papeles que Dan había reunido sobre sus padres—. Sé que era amigo de Micah, pero eso no es mucho en qué basarse. Si podemos confiar en él, ¿por qué nos contaría solo la mitad de la historia?

Dan quería desesperadamente responderle, pero no había nada que decir; sus amigos tenían razón. Oliver y Sabrina les debían respuestas y más que eso, le debían a Dan esa caja y lo que fuera que hubiese dentro.

Berkley e Hijas estaba a oscuras y con las contraventanas cerradas, pero los estaban esperando. Dan se acercó resueltamente a la puerta y entró sin golpear, decidido a mostrarle a Oliver que iba a irse con esa caja, como fuera.

¿Y luego qué?

La pregunta le retumbó en la cabeza al entrar a la tienda iluminada con velas.

—¿En serio? ¿Otra sesión de espiritismo? —masculló Abby. Suspiró y rodeó a Dan; luego caminó con paso enérgico hacia el mostrador, donde Sabrina y Oliver estaban contando el dinero de la caja registradora para guardarlo en una pequeña caja fuerte.

—Tenemos que hablar —dijo Dan, mientras seguía a Abby.

Oliver lo hizo callar.

—Después.

—No, *ahora*.

—Estamos un poco ocupados en este momento —susurró Sabrina irritada—. Puedes esperar quince minutos, Crawford, no te vas a morir.

—¿Intentando conversar con tu querido abuelo otra vez? —preguntó Jordan, arrastrando las palabras y sin molestarse en bajar la voz. Dan hizo una mueca,

avergonzado.

–Eso es muy sensible de tu parte. Y no, para tu información, no estamos haciendo eso –pero Oliver se movió, visiblemente nervioso; era difícil verlo con la escasa luz, pero era posible que se hubiera sonrojado–. Estamos intentado contactar a Micah.

–¿Intentaste mandarle un mensaje de texto? –replicó Jordan.

–¿Podrías detenerte un poco? Sé que puede parecerte tonto, pero hay energías en este mundo, energías reales y tangibles a las que se puede acceder –Oliver fue al depósito a guardar el dinero del día. Cuando regresó, le entregó a Dan un cuenco. Tenía un fuerte aroma a flores.

»Es solo agua de rosas –dijo Oliver en respuesta a la expresión perpleja de Dan–. Moja tus manos, sécatelas y luego ven a la mesa.

–No vinimos para eso. Tenemos preguntas para hacerte –replicó Abby–. Queremos la caja de Dan y queremos saber por qué fingiste no saber qué son los Artistas de Huesos.

–Mira –respondió Oliver con un suspiro–, puedes llevarte la maldita caja, ¿ok? Pero Micah también estaba intentando comunicarse contigo, Dan. Quiero que participes de esto conmigo.

Era una pérdida de tiempo, pero si tenía que seguirle la corriente por quince minutos para obtener la caja, entonces eso haría. Metió las manos en el agua de rosas y luego se las secó en su camiseta. Abby y Jordan se quedaron junto al mostrador, observando, mientras Sabrina y Oliver escoltaban a Dan hasta la mesa redonda que estaba en el rincón.

Dan se sentó en una de las sillas vacías, entre Sabrina y Oliver, y se quedó mirando el mantel blanco y limpio y el extraño símbolo que tenía dibujado. Había un puñado de runas grabadas desparramadas encima de la mesa, y en el medio un pequeño cesto con chucherías: un trozo de tela, las llaves de un auto, un cinturón de lona enrollado y una foto de Micah y Oliver juntos cuando eran adolescentes. Dan apartó la mirada de la foto. Los dos chicos se veían tan felices, tan inocentes, abrazados y posando para la cámara frente al auto de Oliver. Probablemente había sido el día que lo obtuvo, un día colosal en la vida de cualquier chico.

Le tomaron las manos y las apoyaron sobre la mesa.

–¿Qué tengo que hacer? –susurró.

Las otras personas que estaban sentadas alrededor de la mesa lo contemplaron solemnemente. Con Dan, sumaban siete. Una de las dos chicas que estaban a su derecha podría haber sido hermana de Sabrina. A los demás los reconoció de la sesión que habían visto en su visita anterior, incluyendo a la mujer pelirroja. Dan se estremeció.

–Solo cierra tus ojos y concéntrate en recuerdos de Micah. Si siento su presencia, le preguntaré dónde están guardados sus huesos –le indicó Oliver. Tenía la mano tibia y un poco sudada, pero la de Sabrina estaba fría.

Como última medida antes de empezar, Oliver colocó su celular boca arriba sobre la mesa. Quizás pensó que en lugar de sacudir cortinas y tumbar sillas como era habitual, Micah preferiría un método de comunicación más moderno.

Dan respiró profundamente y se preparó para simplemente quedarse sentado y soportar hasta que terminara. Durante tanto tiempo se había esforzado por *no* pensar en Micah o en lo que había sucedido el otoño pasado; cuanto más lejos de su mente estuviera todo eso, más fácil le resultaba seguir adelante. El director, los *Scarlets*, la profesora Reyes, Brookline... Casi había llegado al punto en el que podía vivir con los recuerdos, y ahora le estaban pidiendo que reviviera todo.

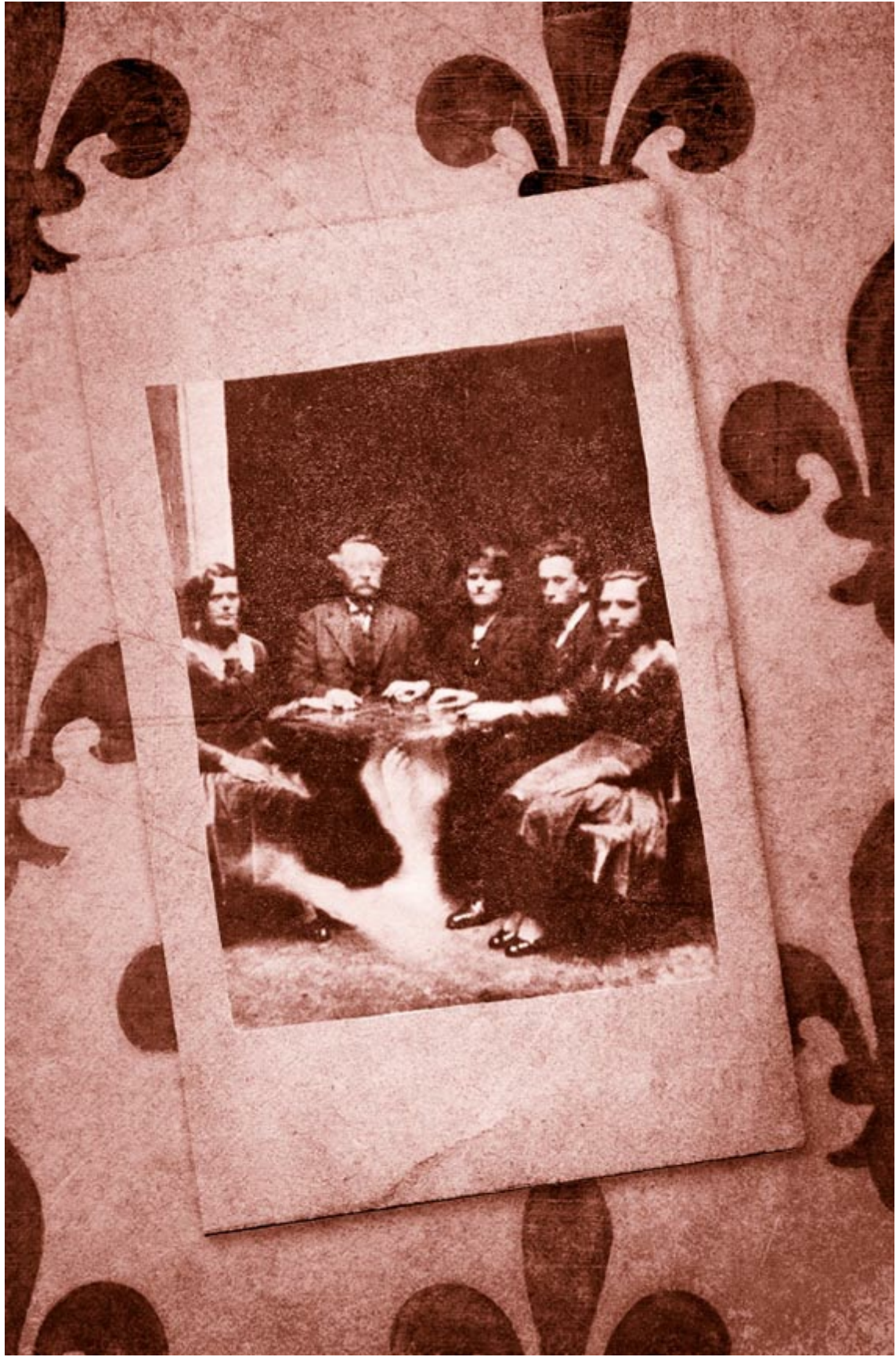
Pero los recuerdos de Micah aparecieron inmediatamente. Por un segundo, sintió como si la voz rítmica y susurrante de Oliver que le pedía a Micah su ayuda estuviera funcionando como un hechizo que evocaba imágenes de la universidad y los últimos segundos de la vida de Micah: el castigo que había recibido por ayudar a Dan a escapar. A pesar de la gran cantidad de velas, Dan sintió frío. El aire de la habitación se enrareció, como si estuviera siendo succionado por un vacío. Dan sintió que algo le rozaba la nuca y soltó un grito ahogado. Se sacudió y abrió los ojos por puro instinto.

Su visión regresó justo a tiempo para ver algo plateado que atravesaba la mesa a toda velocidad hacia él. Frío y definitivo, se estrelló contra su ojo y lo hizo caer al suelo. Se desplomó sobre el desvencijado respaldo de la silla con un grito.

–¡Dan!

Abby y Jordan estaban allí, arrodillados junto a él mientras se pasaba frenéticamente las manos por la cara. No había nada. No tenía ninguna estaca clavada en el ojo, ni ninguna herida. Nada.

–Sentí... Dios mío, podría jurar...



Rodó fuera de la silla y se puso de rodillas. Levantó la cabeza y se encontró con las miradas estupefactas de Oliver y Sabrina.

–Tú también lo sentiste –dijo Oliver asintiendo–. Él estuvo aquí.

–*Algo* estuvo aquí –intentó recuperar el aliento, inclinó la cabeza hacia atrás y la dejó caer sobre su cuello. Pero algo en la ventana le llamó la atención. Las cortinas estaban casi completamente cerradas, pero en una pequeña abertura vio un rostro blanco que le heló la sangre.

Ya lo había visto antes, no en sus pesadillas, sino en fotografías, en los archivos, en la casa del tío Steve...

–*Algo está* aquí.

Oliver abrió las cortinas y dejó al descubierto a un hombre cuyo rostro estaba escondido tras una burda máscara de conejo. La luz de las velas junto a la ventana se reflejó sobre algo plateado que el hombre-conejo tenía en su mano. Era una sierra para cortar huesos con decenas de dientes afilados.

Dan se puso de pie, tambaleándose y gritando, pero era demasiado tarde. El hombre ya estaba alejándose a toda velocidad de la ventana, corriendo en dirección a la puerta.



Capítulo 27

—¡La puerta! —gritó Oliver—. ¡Sostengan la puerta!

Dan y Jordan se abalanzaron sobre la puerta justo cuando el pomo comenzó a sacudirse y girar. El peso de un adulto, luego dos, luego tres, los empujó desde el otro lado. Sabrina corrió a la ventana para mirar hacia la calle.

—¡Maldición, son demasiados!

—¿Cuántos? —preguntó Oliver gritando. Había desaparecido detrás del mostrador y ahora le estaba lanzando primero un rifle de caza y luego un bate de béisbol a Abby.

—Seis, creo —respondió Sabrina.

—No podemos detenerlos —gruñó Jordan. Tanto él como Dan gritaron cuando un martillo atravesó la madera de la puerta y los cubrió de astillas—. ¡De verdad no podemos frenarlos!

—¡Ciérrrenla con llave y corran! —Oliver saltó el mostrador y tomó el rifle que tenía Abby, dejándola con el bate—. ¡Váyanse! Yo los detendré mientras ustedes salen por atrás.

Dan no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Ya había puesto la traba, pero la empujó nuevamente y giró el cerrojo más pequeño que estaba en el pomo. Entonces tomó a Jordan y lo alejó de la puerta de un tirón.

—¡Vete! —Oliver tomó a Sabrina del brazo, la hizo girar y la empujó en dirección a la puerta trasera. Ella vaciló, pero Abby la arrastró a través de la cortina hacia el depósito. Dan buscó torpemente su celular y logró marcar 911 con los dedos temblorosos. Su pulgar presionó el botón de llamada justo en el momento en que se oyó el primer disparo del rifle.

—¿Quiénes son esos? —gritó Jordan, mientras seguía a Sabrina, que iba corriendo adelante para guiarlos de manera segura hacia la puerta de servicio. Corría encorvada hacia abajo y los demás hicieron lo mismo, encogiéndose cada vez que se oía otro disparo.

—No lo sé —respondió Sabrina—. Los ladrones no son tan estúpidos como para venir tan temprano.

—Sí, quiero denunciar un robo —vociferó Dan—. En curso. ¿La dirección? Es, eh... —le tocó el hombro a Sabrina y le entregó el celular—. Diles dónde estamos.

En el instante en que el teléfono dejó sus manos, Dan sintió que su valentía se extinguía. ¿Y si lograban salir solo para que los atacaran afuera? A la policía le iba a tomar un rato llegar, tiempo más que suficiente para que Oliver se quedara sin balas.

El sonido de los disparos era demasiado fuerte, demasiado discordante, atravesaba su cuerpo y le hacía castañetear los dientes.

Sabrina se detuvo al llegar a la puerta. Terminó la llamada y le devolvió el teléfono a Dan.

–Silencio. Déjenme ver si es seguro.

Dan oyó que, más atrás, una de las chicas de la sesión de espiritismo estaba llorando. Estaba demasiado oscuro y no podía ver de dónde provenían los sollozos apagados. Podía sentir a Jordan detrás suyo y a Abby adelante, que se estremecía cada pocos segundos mientras esperaban la señal de Sabrina.

Entonces salieron, y aunque el aire libre resultaba menos claustrofóbico, también lo hizo sentirse más vulnerable.

–¿Cuántas balas tiene ese rifle? –preguntó Dan mientras se dirigía a la esquina del edificio arrastrando los pies. Se asomó al callejón y respiró aliviado cuando vio que estaba vacío–. Tenemos que volver a ayudarlo.

–No, de ninguna manera –susurró Jordan desesperado–. Yo voto por correr como locos.

–Jordan tiene razón. ¿Qué vamos a hacer con un maldito bate de béisbol?

–¡No podemos dejarlo!

Por Dios, era como estar reviviendo la muerte de Micah. Oliver no iba a salir vivo de eso y Dan iba a pasar el resto de su vida culpándose por su muerte. ¿Por qué seguía repitiéndose la historia?

Quizás los demás correrían, pero Dan estaba harto de sentir que lo estaban cazando. Salió disparado por el callejón sin saber –y sin que le importara– si sus amigos lo estaban siguiendo. No tenía un plan, no todavía, pero algo se le ocurriría cuando viera lo que quedaba de la tienda. Se oyeron sirenas que se iban acercando por la calle que estaba a la derecha. Afortunadamente, la policía había llegado más rápido de lo que esperaba. Pegado a la pared de ladrillos, Dan oyó que los disparos de rifle cesaban y enseguida escuchó fuertes pisadas.

Entonces los vio: seis figuras enmascaradas que cruzaban la avenida a toda velocidad hacia el otro lado y luego se metían en un estrecho callejón.

Al diablo con el plan.

Manteniendo su distancia, Dan los siguió.

Capítulo 28

Recién cuando entró corriendo al callejón de enfrente, oyó pasos detrás de él. Jordan y Abby. Haciendo un esfuerzo, se apresuró a seguir a los atacantes enmascarados antes de que pudieran perderse en la penumbra de una de las atestadas calles principales. Estaban al menos a cuatro cuadras de la tienda de Oliver, y Dan los seguía tan de cerca como se atrevía. Esperó detrás de un contenedor de basura hasta estar seguro de que estaban demasiado lejos para verlo. Fue entonces que Abby y Jordan lo alcanzaron.

–¿Estás loco? No puedes enfrentarte a esa gente –Jordan intentó sujetarlo de la manga, pero Dan lo esquivó.

–No estoy buscando pelear con ellos, Jordan. No soy un idiota. Solo quiero ver adónde van.

–¿Por qué? ¿Para poder regresar más tarde y hacer que te maten entonces?

–No, para descubrir quiénes son.

Dan no pensaba discutir, ni tampoco iba a levantar la voz y arriesgarse a que lo vieran. Comenzó a correr otra vez, regulando su velocidad para mantenerse al menos a una calle de distancia de ellos.

Desaparecieron al dar vuelta a una esquina y, cuando Dan llegó hasta ahí y se asomó despacio y con cuidado, se encontró con una bifurcación en el callejón, donde una columna de vapor salía de una antigua rejilla en el empedrado. Maldijo en voz baja y revisó las dos posibles rutas de escape. Eran callejuelas cortas y ya estaban vacías. Oyó algunos pasos que resonaron en la desviación de la derecha, así que se dirigió hacia allí, esperando haber tomado la decisión correcta.

La callejuela desembocó en una calle ancha con dos carriles, bien cuidada y turística. Enfrente había un café iluminado; ya estaba cerrado, pero tenía una hilera de grandes luces de Navidad que titilaban en la ventana. Intentó oír los pasos nuevamente, ignorando el sonido que hacían Jordan y Abby al respirar agitados detrás de él.

Comenzó a rodear la esquina del delgado edificio de dos plantas donde estaba el café, se detuvo y se asomó a un nuevo callejón donde vio a la última de las figuras que se quitaba la máscara y entraba por una puerta lateral. Había un andrajoso toldo de lona que protegía lo que parecía ser una escalera descendente, que llevaba al sótano del edificio.

–Los encontré –murmuró Dan. Se secó el sudor de la frente y se dio cuenta de que tenía la camiseta empapada.

Jordan y Abby lo alcanzaron nuevamente. Dan les indicó que hicieran silencio y señaló la puerta para mostrarles dónde habían entrado los hombres enmascarados.

–Espero que sepas la suerte que tienes –susurró Jordan–. ¿Qué es este lugar?

Dan esperó unos segundos, para asegurarse de que no volverían a salir enseguida. Con algo de suerte, ya estaban fuera de peligro.

–Vamos a averiguarlo –respondió susurrando.

Caminó con lentitud hacia la puerta. La fachada del edificio se veía totalmente fuera de lugar en el horrible callejón, la habían lavado recientemente y estaba pintada de un blanco brillante.

Junto a la escalera que llevaba al sótano, había tres escalones que subían hacia una puerta plateada. Dan sacó su teléfono y tomó una foto, luego ubicó las coordenadas en la aplicación del mapa para guardar la dirección. Junto a la puerta plateada había un letrero medio caído de la Funeraria de la calle Rampart, con una etiqueta que decía “En venta” pegada en la parte inferior.

Era imposible saber cuánto tiempo hacía que esa etiqueta estaba ahí. Obviamente, esa funeraria seguía en actividad.



Capítulo 29

El teléfono de Dan sonó dos veces dentro de su bolsillo y los sacó de la parálisis que los había invadido al aproximarse a la parte más segura de la ciudad, cerca del apartamento del tío Steve. Se sintió aliviado al ver que eran mensajes de texto de Sabrina.

–Funeraria, Dan. Cuerpos, Dan. *Huesos*, Dan.

–Sí, gracias, Jordan, lo sé –respondió él, mirándolo a los ojos.

–No, o sea, en serio. ¿Qué demonios? Dime que no nos están siguiendo unos dementes doctores de huesos.

–Sabrina dice que Oliver está bien, por si te interesa. Solo está conmocionado y puede que se haya dislocado el hombro por disparar tanto el rifle –informó Dan. Todavía le temblaban las manos, pero al menos ninguno de ellos había salido herido.

–Al diablo con ellos. Nos atacaron unos locos enmascarados porque estábamos en esa maldita tienda. ¡Eso no puede ser una coincidencia! –Jordan gesticuló, cortando el aire con una mano, pero Abby permaneció en silencio mientras se aferraba a sus papeles–. ¡Por Dios! ¿Y si siguen el rastro de todo esto hasta nosotros, a través de Oliver y Sabrina? Este asunto se tiene que acabar. Son agradables, pero tóxicos.

–A ellos también los atacaron –se apresuró a señalar Dan–. Y fue la tienda de Oliver la que se llevó la peor parte.

–Sí. Exacto. La tienda de Oliver. ¡Ninguna de estas cosas horribles comenzaron a suceder hasta que conocimos a esos dos! De ahora en más, vamos a mantenernos muy, muy lejos de ellos. El concejal trató de advertírtelo, Dan. Son problemáticos. No sé si es que traen mala suerte o si están metidos en cosas raras o tienen mala energía o qué, pero me cansé.

Después de eso volvieron a quedarse en silencio.

Dan no esperaba que Abby se pusiera de su lado. Ni siquiera sabía si tenía un lado. ¿Era a Oliver a quien buscaban o a él? Eso era quizás lo único que sabía con seguridad: uno de los dos era el blanco. Sudado, abatido y todavía temblando, miró subrepticamente a sus amigos; una vez más los había puesto en peligro. Quizás era hora de seguir el consejo de Jordan y eliminar a Oliver y Sabrina de su vida.

Pero todavía tienen esa caja.

Maldición. ¿Podría un día más realmente marcar alguna diferencia? Podía ir solo a la tienda de Oliver y buscar la caja, despedirse y eso sería todo. Al menos de esa forma, se sentiría menos cobarde por dejar que Oliver lidiara solo con los incesantes mensajes

de Micah, considerando que él había tenido mucho más que ver con su muerte que Oliver.

Dan sintió que el cansancio lo hundía cuando finalmente llegaron a la cuadra del tío Steve. Vieron sirenas de policía que parpadeaban y pitaban, sus luces azules y rojas se reflejaban alternadamente sobre los edificios. Al principio, Dan supuso que eran remanentes del episodio en la tienda de Oliver, pero las luces no estaban yendo a ninguna parte. El trío dio la vuelta para acercarse al edificio desde el otro lado y vieron cómo los autos bloqueaban la calle al intentar maniobrar alrededor de las patrullas aparcadas.

–No –escuchó que Jordan murmuraba–. No, esa no es su casa. No puede ser su casa.

Jordan apartó a Dan y a Abby, y salió corriendo hacia la acera. Había tres patrullas frente a la puerta del tío Steve y, lo que era peor, una ambulancia a pocos metros de ahí. Olvidándose del cansancio, Dan corrió tras su amigo y Abby lo siguió de cerca.

–Dan, si algo le pasó... –Abby tomó su muñeca y la apretó.

–Cielos, lo sé. ¿Qué hacemos?

–Solo seamos fuertes por Jordan. Probablemente sea lo único que podamos hacer.

–¡Ese es mi tío! –gritó Jordan. Uno de los oficiales se interpuso para que no pudiera cruzar la endeble barricada de cinta amarilla–. ¡Déjeme pasar! ¡Ese es mi tío y quiero verlo!

Abby probó una táctica diferente, con calma apoyó, una mano sobre el hombro de Jordan y le sonrió al oficial de policía.

–¿Podría decirnos qué sucedió, oficial? Nos estamos quedando con Steve Lipcott. Nuestras cosas están adentro si necesita verificarlo.

El oficial, un hombre bajo y fornido, con tez amarillenta y ojos pequeños y redondos, se quedó mirándolos un largo rato por debajo de su gorra. Escribió algo en la tabla sujetapapeles que tenía en la mano y luego señaló detrás de él con la cabeza.

–Tendrán que esperar un momento. No puedo dejarlos pasar sin comprobar eso.

–Por supuesto –respondió Abby con el mismo tono calmado–. Entendemos.

–¡No, no entendemos! –gritó Jordan–. ¿Él está bien? ¡Por Dios, solo dígame si mi tío está bien!

–Sí, está bien. Está un poco golpeado, pero vivirá. La ambulancia lo llevará al centro médico Ochsner Baptist. Podemos llevarlos allí después de que respondan algunas preguntas, ¿ok?

Eso fue suficiente para evitar que Jordan atravesara corriendo la cinta de policía. Vieron la camilla que llevaba a Steve inmóvil y cubierto con mantas a la ambulancia.

Abby y Dan abrazaron a su amigo.

–Lo lamento tanto, Jordan –murmuró Dan. Tenía un nudo en el estómago que le decía que esto era su culpa. Era la peor respuesta posible a su pregunta: al parecer, los *dos* eran el blanco, tanto él como Oliver.

–No me hables. No digas ni una palabra, ¿ok? –Jordan se apartó de Dan y él quitó su brazo.

–No puedes culpar a Dan por esto –dijo Abby en voz baja.

–¿En serio? ¿No puedo? Mírame como lo hago.

–Jordan...

–Más vale que esto no tenga nada que ver con tus estúpidos nuevos amigos –agregó Jordan susurrando con agresividad–. O esos Artistas de Huesos no serán nada comparados con lo que yo te haré.

–Dan, no lo dice en serio –Abby se volvió y lo miró con una media sonrisa triste que él no pudo devolverle.

–Sí, lo digo en serio.

Dan puso los ojos en blanco, indignado, y dejó a sus amigos abrazados junto a la cinta de policía, mientras esperaban que el oficial los interrogase. Caminó hasta un espacio vacío en la acera, se sentó y dejó caer la cabeza entre sus rodillas. Se preguntó, y no por primera vez durante su breve e intensa amistad, si sus amigos se le estaban por volver en contra.

Las palabras de Jordan le retumbaban en la cabeza como si fueran disparos.

Quería levantarse e irse, caminar sin rumbo, dejar que Jordan se tranquilizara y esperar que se diera cuenta de que Dan siempre deseaba lo mejor para ellos, aunque terminara ocasionado lo peor. ¿Qué había dicho Jordan de Sabrina y Oliver? ¿Que eran agradables pero tóxicos? ¿Él no era así también?

Suspiró y apoyó el mentón sobre sus manos mientras observaba la calle con la mirada perdida. Las nubes que se cernían sobre la ciudad parecían a punto de explotar, y esa misma tensión se replicaba en su espalda. Su atención dispersa se posó en el edificio que estaba enfrente al del tío Steve, específicamente en una mancha de pintura blanca. Algo le resonó en la memoria, una imagen que casi no podía recordar del cansancio. ¿No había visto un grafiti en esa pared cuando llegaron?

Se puso de pie y miró si sus amigos seguían en el mismo lugar, luego cruzó trotando la calle atestada de autos, para inspeccionar el manchón borroso y blanco que había quedado en los ladrillos. Lo rozó suavemente y un residuo arenoso se le pegó a los dedos. No era pintura, sino algún tipo de gis. Recordó que había una calavera allí y una frase en francés, aunque no podía acordarse de las palabras exactas. Se estremeció al pensar en el rostro blanco de conejo que lo observaba desde la ventana.

–¡Dan! Dan, ¿qué sucede? ¡La policía necesita hablar con nosotros! –Abby le gritó

desde el otro lado de la calle mientras le hacía señas frenéticamente.

Asintió y se alejó lentamente de la pared mientras tomaba su teléfono del bolsillo. Comenzó a escribirle un mensaje a Oliver mientras se le iba haciendo un nudo de ansiedad en la garganta.

Necesito que verifiques algo, escribió. Mira al otro lado de la calle. ¿Qué ves?

–Revolvieron las habitaciones, pero solo se llevaron una laptop. Ni joyas, ni otros aparatos electrónicos, ni siquiera la otra computadora. ¿Quieren decirnos qué había en esa laptop?

Dan hacía rebotar compulsivamente su rodilla sentado en la sala de espera del hospital. Una mano lo tomó del muslo y lo obligó a detenerse; había estado sacudiendo todo el conjunto de sillas. Abby, con su rostro moreno y ojeroso, lo observó parpadeando por un instante mientras él luchaba contra su mano. Entonces, relajó la pierna.

–¿En qué estás pensando? –preguntó Abby en voz baja. Todavía los acompañaba un policía, pero estaba distraído con su celular en un rincón mientras esperaban noticias sobre el estado del tío Steve.

Jordan estaba hecho un desastre, caminaba sin parar de un lado al otro mientras aplastaba una lata de refresco con la mano. Dan podía oír el sonido que hacía el piercing que tenía en el labio mientras lo movía con la lengua. Era un repiqueteo seco que lo atormentaba. *Clac-clac-clac.*

–Ya sabes lo que estoy pensando –Dan apartó su mirada del techo y la posó en el rostro pálido de Abby–. Se llevaron la computadora con los e-mails que Jordan le envió a Maisie.

–No entiendo nada de todo esto –Abby suspiró y se frotó los ojos hasta que se le corrió el maquillaje y parecía que había estado llorando–. Lo importante es que Jordan va a recapacitar. En el fondo, sabe que esto no es tu culpa, pero ahora necesita alguien contra quien descargarse, alguien a quien culpar –apoyó su mano en la espalda de Dan para reconfortarlo y le frotó los hombros–. Dale tiempo.

–Planeo hacerlo –se apoyó contra la mano de Abby y sintió que eso era lo único que evitaba que se volviera completamente loco–. También planeo obtener algunas respuestas.

–No me gusta cómo suena eso –dijo ella–. ¿Qué quieres decir?

–Piénsalo. Maisie Moore me dio esos artículos acerca de mis padres, y luego un auto la atropelló y la mató. A mis padres los arrestaron por meterse en los asuntos secretos de una empresa, y después murieron en otro accidente automovilístico. Y ahora, el tío Steve es atacado la misma noche que los Artistas de Huesos intentaron matarnos en la

tienda de Oliver. No somos los únicos que estamos intentado atar cabos sueltos, Abby. Para esta gente, nosotros *somos* cabos sueltos.

Enderezó la espalda mientras observaba los pies de Jordan ir de un lado al otro sobre el linóleo.

–Dan...

Clac-clac-clac.

–No haré nada imprudente –dijo él.

–Prométemelo y me sentiré mucho mejor.

Dan giró para mirarla a los ojos y sintió que la mano de Abby se quedaba inmóvil sobre su espalda. Realmente le parecía tan hermosa, y sentir que estaba allí a su lado, sufrida y comprensiva, hacía que se le hiciera mucho más difícil pronunciar las dos palabras que dijo a continuación.

–Lo prometo.

Clac-clac-clac.

La puerta de la habitación del tío Steve se abrió y apareció una enfermera con cara de preocupación. Le sonrió cautelosamente a Jordan y señaló la habitación.

–Puedes entrar ahora, pero necesita descansar.

Jordan pasó a toda prisa junto a ella, y Abby se puso de pie.

–¿Vienes? –preguntó ella.

–Después de hacer una llamada rápida. Quiero avisarles a Paul y a Sandy lo que pasó.

Era la segunda mentira que le decía en los últimos dos minutos.

Capítulo 30

El grueso instrumento metálico le raspó los dientes. Resonó ensordecedor dentro de su cabeza, como el chirrido de una lima contra el acero. No podía cerrar la boca ni mover la cabeza; algo le mantenía la boca abierta tan grande que sentía que su mandíbula iba a chasquear y romperse si la empujaban un centímetro más. Indefenso. Atrapado. Se le pusieron los ojos en blanco y la tensión que sentía en la cabeza se propagó al resto de su cuerpo postrado. Entonces vino un tirón, fuerte e insistente, y luego el primer diente se soltó y sintió el dolor y la sangre que brotaba a borbotones, inundando su boca con sabor a cobre.

Un bache en el camino lo despertó. ¿Cómo se había quedado dormido en un viaje en auto tan corto? Debió haber estado más cansado de lo que creía. El dolor persistía y se tocó la mandíbula mientras se pasaba la lengua por los dientes, preocupado. Estaban todos ahí. Sin embargo, eso le causó un segundo de duda.

Entonces se dio cuenta de que el taxista lo estaba mirando fijo.

–Eh, ¿hola? ¿Me vas a decir cómo seguir o esperas que pueda leerle la mente?

Dan sacó el celular y abrió el GPS para buscar su ubicación.

–Claro. Lo siento. Aquí tenemos que doblar a la izquierda y luego son tres cuadras más por Rampart. Debería estar a la derecha.

Había esperado hasta que Jordan y Abby estuviesen completamente dormidos en la habitación de Steve en el hospital. Estaban acurrucados como cachorritos en las sillas bajas que había allí.

Dan se escabulló mientras podía, observando cómo amanecía en la ciudad y el cielo se tornaba naranja y violeta.

El taxi avanzó por la tranquila calle, disminuyendo cada vez más la velocidad hasta que los neumáticos rechinaron cuando se detuvo. Dan se apoyó contra la ventana y otro arrebato de miedo le hizo un nudo en el estómago, haciéndolo reconsiderar su rumbo actual.

Oliver no le había respondido su mensaje de la noche anterior, pero era imposible saber qué había sucedido después de que llegó la policía. Él y Sabrina probablemente estuvieron ocupados intentando limpiar el desorden de la tienda. En cualquier caso, Dan había tomado una decisión. Había algo oculto en esa vieja funeraria y quería saber qué era.

–Gracias –dijo, entregándole al conductor un puñado de dinero–. No es necesario que espere.

Afuera, en la acera, un impulso instintivo final le dijo que debía decirle a alguien, a

quien fuera, adónde había ido.

Hola, le envió a Oliver.

Después de todo, era el que tenía el arma y era una de las pocas personas que no se enfadaría con Dan al recibir el mensaje. Le mandó la dirección de dónde se encontraba y le dijo que estaba casi seguro de quién había destrozado la tienda y que se hallaba en su base de operaciones en ese momento.

Miró a un lado y al otro de la calle, en parte para asegurarse de que no hubiera lunáticos enmascarados esperando para atraparlo y en parte buscando cualquier excusa para no entrar.

No había moros en la costa.

No tenía la habilidad de Jordan para las entradas ilegales, pero al pasar tiempo con él había aprendido algunos trucos. La puerta que estaba al final de la escalera se encontraba cerrada, pero había una ventana un poco más adelante que se veía endeble y parecía dar al

mismo cuarto. Dan fue hasta una pila de cajones de fruta que alguien había dejado en el callejón junto a un montón de basura, y arrancó una tabla de madera para meterla entre la ventana y el marco. Al principio le costó, pero después de algunos empujones logró meter la tabla y, tal como esperaba, el marco estaba podrido y blando en el interior. Con algunos golpes más contra la tabla para hacer palanca, la ventana se soltó y Dan pudo empujarla hasta que estuvo completamente abierta.

Miró una vez más a un lado y al otro del callejón. Un gato lo observaba desde una reja que separaba la parte trasera de ese edificio de los que estaban detrás. Pero ni siquiera al gato parecía interesarle demasiado lo que estaba haciendo. Dan giró y con una fuerte patada metió el mosquitero dentro de la habitación. Pero al hacerlo, perdió el equilibrio, cayó hacia adentro y se tragó

un alarido de pánico al aterrizar en lo que parecía ser un contenedor lleno de grandes toallas viejas.

Se levantó y salió del contenedor rodando torpemente hacia el suelo. Desesperado, se sacudió los brazos y vio cómo volaba polvo en grandes nubes asfixiantes.

La enorme caja dentro de la que había caído estaba llena de viejos paños de terciopelo que parecían caminos de mesa y que seguramente habían servido como decoración para féretros o altares. Eso no era extraño. De hecho, no había nada acerca de la gran habitación despejada en la que había caído que pareciera extraño. Estaba un poco por debajo del nivel de la calle y tenía candelabros de techo con telas de araña y el tipo de molduras y paneles clásicos y sofisticados que evocaban el Viejo Mundo. Dan podía imaginar los cientos, quizás miles, de familias que habían pasado por allí a través de los años, llorando y despidiéndose. Franjas oscuras en el suelo

marcaban dónde habían estado los bancos para los dolientes, y el camino de alfombra que llevaba hasta el ataúd seguía ahí, pero estaba un poco torcido y necesitaba que le pasaran la aspiradora.

Por las ventanas sucias entraba suficiente luz como para que Dan pudiera recorrer los pasillos hacia las otras habitaciones. Fue hacia la derecha por un corredor angosto, en dirección a la parte trasera del edificio. La única otra opción era ir hacia el vestíbulo que estaba en el frente y que parecía ser el camino a la puerta principal. Caminó con paso ligero, temeroso de que las tablas del suelo crujieran. El edificio había estado abandonado durante años, a juzgar por la gran cantidad de polvo que se levantaba del suelo y caía de las paredes cuando Dan pasaba.

Al final del pasillo lo esperaba una puerta abierta.

Se detuvo antes de entrar para asimilar los ficheros de madera, que iban desde el suelo hasta el techo, en lo que parecía ser una oficina.

Un imponente escritorio de madera ocupaba gran parte del suelo y había sillas acolchonadas abandonadas en sus posiciones originales. Ese debía ser el lugar donde los dueños organizaban los funerales y vendían los féretros.

Era extraño que esos muebles siguieran allí. Seguro, el escritorio debía ser pesado, pero probablemente valía la pena moverlo para venderlo a un anticuario.

Sin embargo, ese pensamiento desapareció rápidamente cuando Dan sintió un frío fantasmal detrás de él. No se trataba de un ducto de ventilación que se había encendido al azar, sino de una fría concentración de energía. Se volvió mientras sentía que su corazón se contraía con un espasmo, se detenía y luego volvía a latir. Se quedó boquiabierto al encontrarse una vez más cara a cara con su padre.

Pero Marcus no lo vio. Pasó a través de él como un suspiro y entró en la oficina dando pasos largos y rápidos. Dan se dio vuelta y observó, atónito, cómo el fantasma de su padre se lanzaba sobre las gavetas, una a una. Las gavetas de la actualidad no reaccionaron, pero era obvio que Marcus había estado buscando algo.

—¿Estás segura de que está aquí, Evie? —su voz profunda de barítono tenía un dejo de una extraña reverberación. Las palabras resonaban dentro de sí mismas, de alguna manera, como si tuvieran que hacer un gran esfuerzo para viajar por el tiempo hasta Dan—. ¡Solo ayúdame a buscar, maldición! No tenemos tiempo.

Entonces se detuvo, se levantó de donde había estado arrodillado para inspeccionar el fichero, y se volvió hacia algo o hacia alguien. Marcus abrazó lo que debió haber sido otro cuerpo, pero era solo aire.

—No fue mi intención gritarte. Eso fue... Todo este lío me tiene muy nervioso. Prométeme que podemos irnos. Prométeme que podemos largarnos de la ciudad una

vez que estés satisfecha.

Su padre se inclinó hacia adelante para besar a alguien con una sonrisa triste y volvió a revisar las gavetas. Dan se acercó lentamente, quería ver a su padre de cerca, quería confirmar que estaba viéndolo de verdad. Ninguna irregularidad momentánea de la mente podía provocar eso. Era tan nítida, más nítida y definida que cualquier otra visión con la que se hubiese encontrado antes. Quizás se debía a que era más reciente que el momento que había visto en la Escuela Arlington, o quizás a que la conexión era mucho más fuerte ahí. No lo entendía, pero se quedó mirando, con el pecho apretado por la pérdida.

–¿Lo encontraste? Oh, gracias a Dios. Muéstrame... –Marcus giró rápidamente y cruzó la oficina. Dan vio cómo su padre se dirigía a una fila específica de ficheros y tiraba de la manija—. Alguien arrancó la etiqueta, pero tiene que ser este. Espera. ¿Qué fue eso? ¿Escuchaste eso? Evie, tenemos que irnos. Solo... ¡Maldición, Evie! ¡Déjalo! ¡No tenemos tiempo!

Y Dan podría haber jurado que su padre –que no era más corpóreo que una voluta de humo pero que, de todas maneras, era su padre– se había vuelto y lo había mirado directamente a los ojos.

–Tenemos que irnos. ¡No hay tiempo!

Al igual que antes, desapareció tan repentinamente como había aparecido. Dan se estremeció; lo asustaba pensar que podía evocar esos recuerdos por el simple hecho de estar en el lugar y en el momento correctos. Pero la última vez su padre le había mostrado algo, quizás esta vez también.

Le temblaba la mano cuando abrió el último fichero que Marcus había tocado. Adentro había carpetas etiquetadas en orden alfabético, viejas pero legibles. Se agitaron levemente cuando Dan pasó su mano por encima de ellas. Hojeó las etiquetas y se detuvo en *ARMAINE-ASPEN*.

Una de las carpetas sobresalía en ángulo, nunca la habían vuelto a meter del todo en el fichero después de que su madre intentara tomarla. Tal como su padre había dicho, no tenía etiqueta, su única identificación era un garabato que alguien había dibujado en la tapa con bolígrafo. Parecía una carita feliz estrujada.

Dan se asomó a la puerta para ver el pasillo. Todavía estaba solo. Sacó rápidamente la carpeta, intentando decidir si debía llevársela o leerla allí mismo. Le ganó la curiosidad y la abrió. Eran preparativos para funerales, todos para diferentes personas de apellido Ash. Los primeros eran de personas que habían nacido durante los años sesenta, lo que podía perfectamente significar que eran miembros del núcleo familiar de su madre. Quizás hermanas, algún primo... Por Dios, todos muertos, la mayoría con pocos años de diferencia, entre 1990 y 1995. El director de la funeraria había

hecho notas acerca de los difuntos: *accidente automovilístico, accidente automovilístico, ahogamiento accidental, sobredosis...*

Aunque era sugerente, no explicaba nada con seguridad. No *probaba* nada. Tenía que haber algo que se le estaba escapando. Dan continuó buscando más atrás en los registros de la familia Ash, intentando encontrar anomalías. Cuando eso no funcionó, intentó encontrar similitudes.

Fue entonces cuando lo vio.

En las muertes más recientes, el director de la funeraria había organizado que se buscaran los restos y se los trasladara al edificio. El conductor enviado a las diferentes ubicaciones siempre había sido el mismo.

Stanton Finnoway.

¿Un hermano? ¿Un primo? No importaba.

—Lo sabía —susurró Dan. Tomó los papeles y los dobló sin mucho cuidado—. Ese desgraciado.

Entonces oyó el crujido de una pisada en el pasillo.

Capítulo 3-1

—¿Insultos? ¿De verdad?

¿Por qué había creído que tenía más tiempo? ¿No le había advertido su padre que debía irse? La pisada que había oído fue la de Tamsin. Finnoway ya estaba ahí, detrás de él. Dan se encontraba acorralado, eran dos contra uno y estaba razonablemente seguro de que el concejal podía ganarle en una pelea.

Retrocedió hasta chocar con el fichero y lo empujó hasta cerrarlo.

—¿Hay alguna razón por la que estés invadiendo mi propiedad? —preguntó el concejal y su mirada fue directamente hacia los papeles que Dan tenía doblados en las manos—. ¿O solo saliste a dar un paseo?

—No hay forma de disimular esto, ¿no? —Dan trató de evaluar sus posibilidades de correr hacia la puerta para escapar. Tamsin no era particularmente fornida, pero parecía la clase de chica que portaba un arma.

—No, realmente no la hay —Finnoway señaló con su cabeza las manos de Dan, donde estaban los viejos registros—. Supongo que crees que encontraste algo importante. Qué conmovedor. Estoy emocionado en este momento. ¿Sabes por qué?

—Me importa un bledo —respondió Dan entre dientes. Podía intentar dar la vuelta a la habitación lentamente, pero eso tomaría demasiado tiempo. Quizás Oliver vendría a buscarlo, pero esa parecía ser una posibilidad remota. No podía contar con nadie más que consigo mismo en esa ciudad olvidada de Dios.

—Estoy emocionado porque estabas a punto de encontrar algo —explicó Finnoway, haciéndole señas a Tamsin de que se aproximara. El concejal llevaba un abrigo largo de un color claro que parecía poder esconder una gran variedad de armas pequeñas. Sonriendo, chasqueó los dedos. Dan notó que llevaba guantes de cuero negro y lustroso—. Tan cerca. ¿Tengo razón? Tenías una expresión tan peculiar cuando te diste vuelta hace un momento. Primero de asombro y luego, así como así, de *terror*. Allí es donde están los verdaderos descubrimientos.

Dan se puso pálido y sintió que un sudor frío le recorría todo el rostro.

—Tamsin, si eres tan amable.

La chica era más rápida de lo que Dan podría haber anticipado. Lo atacó como una serpiente enroscada, arremetiendo contra él por encima del hombro de Finnoway con una diminuta aguja brillante. Antes de que Dan pudiera reaccionar, sintió un suave pinchazo en el cuello.

Tuvo suficiente tiempo para girar y ver los labios rojo sangre de la asistente

formando una sonrisa. Entonces sintió cómo el suelo le golpeaba la espalda y el mentón, como un puñetazo con todo el cuerpo. No podía dejar de mirar los zapatos de la asistente. Eran tan, tan, puntiagudos...

–No es un mal hallazgo –oyó decir a Finnoway y su voz retumbaba. De pronto, la oscuridad se volvió tan intensa que le provocó náuseas, era espesa como brea y lo estaba ahogando–. Pero no es suficiente para limpiar la deuda del chico.

Capítulo 32

Recobró el conocimiento fugazmente en dos ocasiones. La primera vez fue cuando comenzó el primer alboroto, una puerta que se abrió de golpe y lo sobresaltó lo suficiente como para abrir los ojos y ver, brevemente, imágenes borrosas de una pared blanca y un rostro sin rostro, iluminado desde atrás con una fuerte luz blanca. El aire tenía un penetrante olor a antiséptico y, por debajo de eso, a menta, lo cual le despertaba recuerdos de temores infantiles.

—No puedo creer que se me haya pasado esto. Otro Ash. Esto debería haber sido resuelto hace años. Pero nunca es demasiado tarde para atar cabos sueltos.

Entonces apareció otro rostro, más grande y más resplandeciente que los demás. Mirarlo era como quedarse viendo fijamente un vacío —no, una esfera negra y brillante, como un cielo estrellado— y entonces el rostro se convirtió en una persona, y la persona estaba respirando con dificultad, cargándolo... Sonidos como de las profundidades del mar lo envolvieron y luego una voz profunda y masculina lo hizo sentir como si se estuviese marchitando por dentro.

—¿Qué demonios es esto? ¿Quién es usted? ¡Deténganlo!

Unas náuseas incontenibles lo hicieron perder nuevamente el conocimiento.

La segunda vez que despertó, había dos rostros familiares frente a sus ojos. Le tomó un tiempo alarmantemente largo poder distinguir más que eso, y su cabeza se mecía hacia adelante y hacia atrás mientras intentaba concentrarse.

—Creo que está despertando —era Oliver, y la familiaridad de su voz hizo que Dan quisiera romper en llanto. Estaba a salvo. Gracias a Dios, estaba a salvo. La mano le dolía una barbaridad, pero al menos ya no estaba en las garras de Finnoway.

Los ojos oscuros y familiares de Oliver se fueron haciendo nítidos; estaba arrodillado junto al colchón en que Dan estaba acostado. Oliver le apoyó una mano sobre el hombro y lo sacudió con cuidado. Tenía los ojos muy abiertos y estaba escudriñando su rostro.

—Sé que todavía estás débil, pero necesito que trates de recordar.

—¿Recordar qué? —refunfuñó Dan. Uff. Sentía como si le hubieran frotado la garganta con rocas—. ¿Dónde estoy?

—Estás en mi apartamento, a salvo. Todo va a estar bien, solo necesito que hagas memoria. Él debe haber dicho algo. Tuvo que decirlo. ¿Está saldada nuestra deuda? ¿Está saldada *mi* deuda?

La cabeza le daba vueltas mientras intentaba entender la pregunta. Tenía la memoria alterada, y por el momento lo único que pudo hacer fue quedarse mirando a Oliver mientras parpadeaba.

–No entiendo... Oliver, tú me salvaste. Tú... No sé qué me hubiera hecho ese maldito hijo de puta. Me drogó y después... no recuerdo mucho. No recuerdo *nada*.

–¿No? –Oliver se inclinó hacia atrás y se sentó sobre sus talones, entonces se puso de pie de un salto y comenzó a caminar de un lado al otro–. No, eso no está bien. *Tuvo* que decirlo. Esto debería haber sido suficiente. Tú deberías haber sido suficiente.

¿*Suficiente*? Dan lo observó, parpadeando con la vista nublada. Su camiseta tenía un extraño olor a menta, como si hubiese visitado al dentista. Tratar de seguir a Oliver con la mirada lo estaba mareando nuevamente.

–Oliver... ¿de qué estás hablando?

El chico se detuvo de golpe y se volvió para mirarlo mientras se retorció las manos. Entonces se aproximó a él y volvió a ponerse de rodillas.

–Dan, arruiné todo.

Y ahí comenzó a recordar destellos de esa mañana. Imágenes en orden inverso. Sintió el calor de la aguja al pincharle el cuello y luego el escalofrío cuando el fantasma de su padre pasó a través de él. El nombre de un miembro de la familia Finnoway en los documentos de la funeraria. Documentos que estaba seguro que ya habían desaparecido.

No es un mal hallazgo. Pero no es suficiente para limpiar la deuda del chico, había dicho el concejal.

–No lo entiendo. Tú me salvaste –murmuró Dan mientras se acurrucaba en la cama.

–Desearía que eso fuera cierto –pero estaba claro que no lo era. Dan se alejó, ya no confiaba en que estuviera a salvo, como le había dicho Oliver. ¿Había salido de un infierno para meterse en otro?–. Pero no me di cuenta de lo tonto que fui hasta que apareciste inconsciente en mi puerta. Y estaba agradecido de que estuvieras vivo. No, eso es mentira. Estaba asustado. Pero ahora estoy agradecido.

Todavía le parecía que Oliver estaba hablando en otro idioma y seguía demasiado embotado como para entender lo que estaba diciendo.

–Espera... ¿*Aparecí*?

–Sí, algún buen samaritano tuvo la amabilidad de dejarte en la escalera de entrada. Desmayado y vendado. No era exactamente una entrega que estuviera esperando – Oliver se pasó ambas manos por la cara y se restregó la frente.

–Pero ¿quién? –murmuró Dan–. ¿Quién me rescataría y luego se iría así como así?

–No lo sé, pero definitivamente estás en deuda con quien lo haya hecho –dijo Oliver–. La mayoría de las personas, si se meten con Finnoway, no salen vivas.

–¿Cómo sabes eso? –preguntó Dan bruscamente. Todavía estaba intentando comprender lo de “desmayado y vendado”, pero estaba empezando a tener la clara impresión de que, después de todo, sus amigos habían tenido razón acerca de Oliver. Vendado –susurró, sintiéndose inestable sobre los cojines.

–Sí –dijo Oliver en voz baja. Tomó con cuidado la mano de Dan y la levantó para que pudiera verla. Estaba firmemente envuelta con un abultado vendaje, limpio y blanco, sujetado con un clip de metal sobre la palma. Sus dedos rosados asomaban por entre las vendas, todos excepto uno.

Donde debería haber estado su meñique solo había un vacío. Dan se quedó boquiabierto mirando ese espacio y sintió que el dolor de antes regresaba y se extendía como un ardor que le llegaba hasta el codo.

Tienen mis huesos.

Capítulo 33

—Se lo llevó.

Oliver no respondió, y si Dan hubiese tenido más fuerza en ese momento, habría saltado de la cama para golpearlo.

La habitación que estaba encima de la tienda, donde al parecer vivía Oliver, era estrecha y tenía el techo bajo y una única ventana que daba al callejón. Las paredes estaban cubiertas de bibliotecas repletas hasta rebosar. Afuera había comenzado a llover, y el golpeteo de las gotas contra la ventana sonaba como un reconfortante *crescendo* a medida que se iba levantando el viento y las empujaba con más fuerza contra el edificio. Algunos focos desnudos colgaban del techo y en las paredes había fotos en blanco y negro de personas que Dan no reconoció. Tal vez se trataba de la familia de Oliver. Algunas de las imágenes se veían suficientemente antiguas como para ser de los comienzos de la tienda.

—Escucha, Dan. Voy a decirte algunas cosas que no te van a gustar... Solo necesito que me escuches y me odies después, ¿está bien?

Dan temblaba bajo las mantas. No quería escucharlo. Tenía que hacerlo, pero no quería. No podía procesar lo que veía en su mano, y las palabras de Oliver, al menos, lo distraían del hecho de que en algún momento tendría que enfrentarlo.

—Aquí está la caja que querías —dijo Oliver mientras se sentaba en una desvencijada silla de madera junto a la cama—. Pero no es del todo lo que te había dicho que era.

Oliver se aclaró la garganta y se sentó más erguido. A sus pies, había una caja rota, manchada y vacía.

Cuando Oliver le ofreció una taza de té que estaba sobre la mesita de noche, Dan se negó a aceptarla. No quería nada de Oliver en ese momento. Había querido la caja, seguro, pero ahora estaba claro que eso solo había sido alguna clase de truco.

—No tiene nada —respondió Dan, arrastrando su mirada desde la caja hasta Oliver—. ¿Es una broma?

—Había una caja, Dan, pero tienes que dejarme explicarte.

—¿Ah, sí? —soltó una carcajada sarcástica y llena de ironía y puso los ojos en blanco—. Supongo que sí, ya que no estoy seguro de que mis piernas funcionen en este momento. Pero todavía las tengo, ¿no?

—Solo se llevó el dedo.

—¿Por qué? ¿Por qué solo eso?

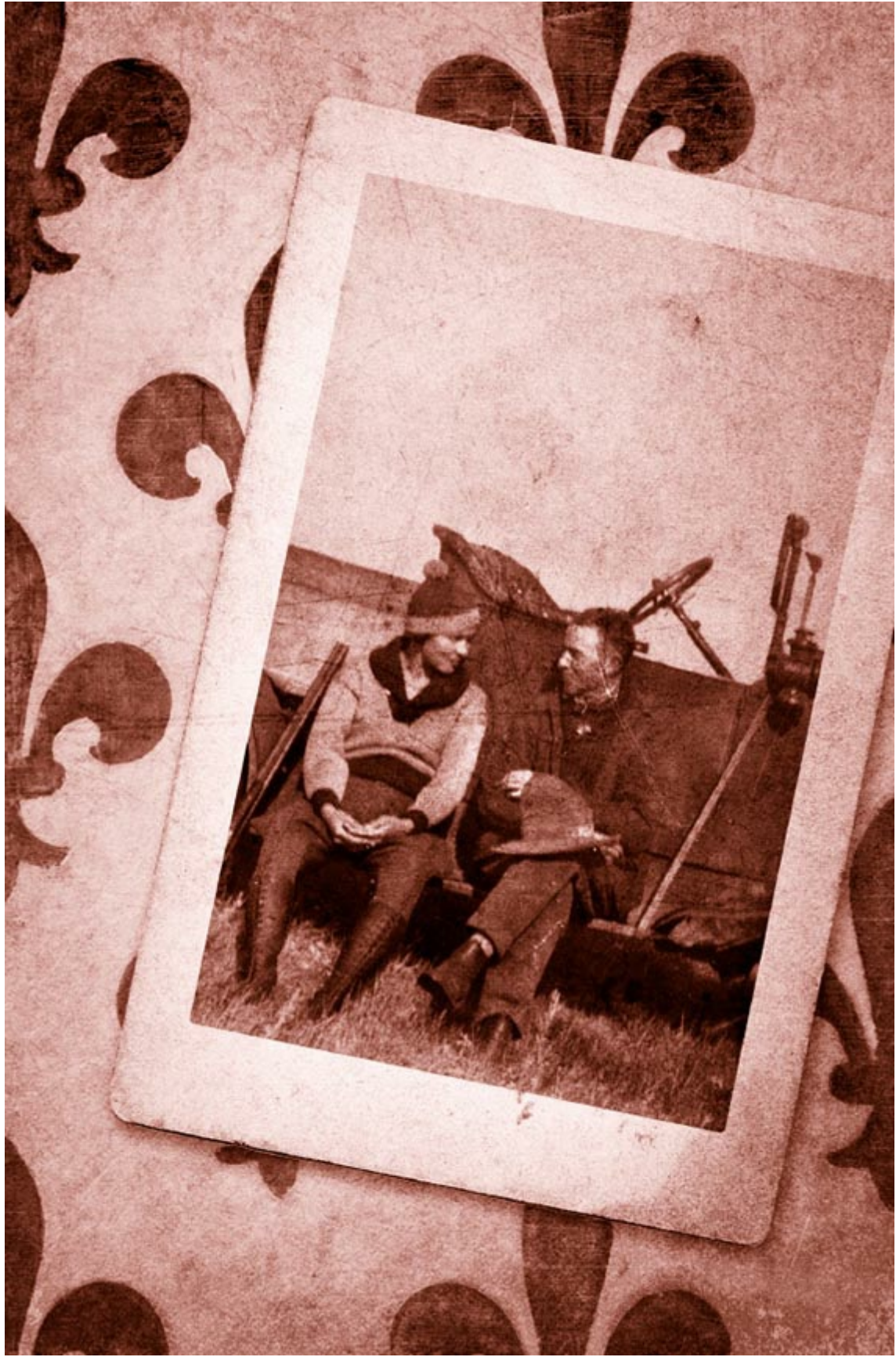
Oliver lo observó con calma y se mojó los labios antes de responder.

—Porque eso es todo lo que necesita. Depende... A veces nos llevamos mucho más que un dedo, pero siempre hay una razón. Nosotros generalmente no sabemos cuál es, pero Finnoway sí.

—¿Nosotros?

—Sí, *nosotros*, Dan. Eso es parte de lo que estoy tratando de decirte. Me engañaron como a un tonto al hacerme trabajar para los Artistas de Huesos, tal como te dije. Pero nunca dejé de trabajar para ellos, no en realidad. La historia que te conté... tenía algunas mentiras.

Dan se acercó las rodillas al pecho, ayudándose con el brazo izquierdo. Tendría que acostumbrarse a evitar usar su mano derecha por un tiempo. De solo mirarla se le revolvió el estómago y, a medida que la sensibilidad de sus extremidades comenzó a volver, el dolor se fue haciendo cada vez más intenso.



–Estoy demasiado sedado como para golpearte, así que, por favor, sigue aprovechándote de eso.

–No es necesario que me golpees –dijo Oliver y levantó las manos en señal de derrota–. No puedes hacerme sentir peor de lo que ya me siento. Aunque eso no te sirva de mucho ahora.

–Jordan me dijo que no confiara en ti. Cielos, te tenía fichado desde el primer día.

–Todavía no entiendes. Esto no se trata de mí. O solo de mí. Esto empezó con nuestras familias. Mi abuelo, tus padres. A todos los buscaban por meterse con los Artistas de Huesos, y los Artistas de Huesos no olvidan su rencor hasta que la deuda está saldada. Intenté eliminar mi deuda con los trabajos insignificantes que hacía con Micah, y cuando me pidieron que empezara a robar huesos, realmente intenté renunciar. Pero Finnoway no me lo permitió.

Dan permaneció en silencio con la esperanza de que si esperaba lo suficiente, la pesadilla terminaría y estaría de regreso en la casa del tío Steve, a salvo, en una cama tibia, con un plato de buñuelos y sus diez dedos.

–¿Cuál era tu deuda exactamente?

Oliver señaló con la cabeza una de las fotos que estaban colgadas detrás de Dan.

–¿Ves esa estatua? Está en un parque a unas seis cuadras de aquí. Es mi abuelo, Edmund Berkley. Era empleado en una tienda, luego fue abogado y después fue uno de los jueces más justos que hayas visto. Las personas de esta ciudad lo adoraban y lo quisieron aún más cuando finalmente los libró de Jimmy Orsini y sus banda de contrabandistas, ladrones y malvivientes.

Ese nombre hizo que Dan se espabilara un poco. Se sentó más derecho.

–Mi abuelo estaba del lado correcto de la ley durante esa pelea. Jimmy no pasó sus últimos días en la cárcel como se suponía. Murió en un tiroteo después de que lo rescataran, y a la mayoría de las personas decentes de por aquí eso les pareció bien.

–Ya conocía esa historia –respondió Dan, y Oliver levantó las cejas sorprendido–. Abby ha estado recopilando información sobre Orsini como parte de su proyecto fotográfico. Incluso encontramos un viejo artículo acerca de él en Shreveport, que tenía ese espeluznante poema sobre los Artistas de Huesos escrito encima.

Oliver suspiró y se rascó el mentón, luego señaló nuevamente la foto con la estatua de su abuelo.

–No sé si alguna vez sospeché qué tan profundo iba el asunto con Jimmy. Orsini ya era un hombre mayor para cuando mi abuelo lo encerró, pero era uno de los originales. Rayos, es posible que haya sido el *verdadero* Príncipe de los Ladrones de Cuerpos del maldito poema. A lo que voy es a que no contrabandeaba solo ron y drogas, traficaba huesos humanos también. Creía que eran mágicos.

Dan asintió lentamente.

–Eso fue lo que Madame A le dijo a Jordan. Sospecho que tú sabes mucho más acerca de los Artistas de Huesos que ella.

–Mucho más. Mucho más de lo que querría.

–Entonces, ¿qué? ¿Tu abuelo metió a Orsini en la cárcel y el resto de los Artistas de Huesos fueron tras él? –preguntó Dan–. ¿Y eso qué diablos tiene que ver con mis padres?



—Los Artistas de Huesos son como la mafia, un negocio familiar. Traficaban alcohol y drogas en esta zona y lo harán siempre. Ya no son una banda de *gangsters*, están organizados y, como dije, no olvidan las ofensas —Oliver sacó una botella de ron medio vacía de abajo de su silla. Bebió un trago y luego se limpió la boca con la parte de atrás de la mano—. Van a terminar de aniquilar a mi familia por lo que hizo mi abuelo, y ahora van a aniquilar a la tuya por lo que hizo tu madre.

—¿Lo que hizo mi...? —Dan se quedó callado. *Por supuesto.* ¿Cómo había llamado Maisie a Trax Corp. en su artículo? ¿Una red de contrabando moderna? La madre de Dan había descubierto que la empresa había estado traficando medicinas no probadas desde el sur hacia Nueva Inglaterra durante años. Hacia Brookline, en la época en que el director lo manejaba. Pero no había hecho enojar simplemente a una corporación corrupta. Había hecho enojar a un poderoso culto secreto.

Dan no pudo hablar por un momento; tenía los cables demasiado cruzados. Durante un año, había creído que su sangre era veneno, que el contaminado legado Crawford que había heredado del director lo había condenado de por vida. Ahora se daba cuenta de que lo mismo era cierto acerca del lado Ash de la familia.

—Entonces, ¿tu papá... cuando Sabrina dijo que lo había matado un conductor ebrio...? —preguntó Dan, mientras analizaba de cerca a Oliver.

—No entiendo cómo una persona ebria puede conducir sin problemas a través de todo el puente y luego, de repente, *pum*, decide girar bruscamente hacia el carril de al lado. Pero el conductor se dio a la fuga tras el accidente. Es difícil encontrar a quién culpar, ¿entiendes? Lo mismo pasa con una pareja de fugitivos que decide arrojar de cabeza por un precipicio en el auto familiar —dijo con la mirada sombría y fija en Dan.

Mis padres fueron asesinados.

Aunque parte de él ya lo sospechaba, asimilar esa horrible verdad era un asunto completamente diferente. Era como aceptar el hecho de que había perdido un dedo.

Pero la ira reemplazó rápidamente a la desesperanza.

—¿Tú *sabías* todo esto? ¿Y yo qué fui, la carnada? —levantó su mano vendada y la empujó contra el rostro de Oliver—. ¡Esto sucedió por tu culpa!

Mientras negaba despacio con la cabeza, Oliver apartó la mano de Dan.

—Al principio, cuando Micah me dijo que podías ayudarme, pensé que quizás tenías información que podía usar para saldar mi deuda. O al menos subir de categoría, como lo hizo él. Encontré tu tienda justo donde Micah dijo que estaría, pero tuve dudas acerca de involucrarte en todo esto. Y luego viniste al negocio la primera noche y dijiste que te llamabas Dan Crawford. Y tu nombre me sonó. Justo había visto una caja en el depósito que decía *CRAWFORD Y ASH*. Esa noche, me entró la

curiosidad.

Oliver se levantó, tomó la botella de ron y la giró hacia un lado y hacia el otro para estudiar la etiqueta gastada que se estaba despegando del vidrio.

–Todos sabemos qué familias están en la lista, qué deudas todavía quieren cobrarse los Artistas de Huesos. Ash es una de esas familias. Y, lo siento, pero acababas de decirme que Micah estaba muerto y que no tenías nada que pudiera ayudarme. Una vez que me di cuenta de que eras el hijo de Evelyn Ash y que, además, mi papá tenía una caja con cosas de ella, bueno... Eras mi última esperanza para escapar. Ahora se acabó todo para mí.

Dan quería saltar de la cama. Golpearlo. Matarlo. Apenas podía moverse, paralizado por el hecho de saber que todo eso –la muerte de Maisie Moore, el ataque a Steve, *el dedo de Dan*– se debía a que Oliver lo había entregado.

–¿Te das cuenta de lo egoísta y *cruel* que eres?

Oliver lo contempló con los ojos muy abiertos y la mirada atormentada. Miró el suelo y luego la mano vendada de Dan.

–Ahora lo entiendo. Creí que un extraño era un precio justo a cambio de recuperar mi vida. Pero ya no eres un extraño

–los ojos de Oliver se llenaron de lágrimas, pero luego las reprimió hasta que su mirada quedó vacía–. De todas formas, incluso después de entregarte, Finnoway no liquidó mi deuda y nunca lo hará. Lo siento *tanto*, de verdad, Dan. Traicioné a Micah, traicioné la confianza de mi padre y te traicioné a ti. No puedo hacer nada más que prometer que intentaré remediar esto.

–¿Remediarlo? –Dan no podía recobrar el aliento. Oliver había planeado canjearlo... ¡como moneda de cambio! ¿Y ahora pretendía simplemente disculparse?

Dan se acostó boca arriba y se quedó mirando el techo sin expresión. *¿Y no hubieses hecho tú lo mismo el año pasado, si eso hubiese significado librarte del legado del director? Incluso ahora, ¿si pudieses intercambiar a una persona para escapar de las pesadillas: Brookline, los Scarlets y los Artistas de Huesos?*

Lo haría. Sabía que lo haría. Aunque Dan nunca pudiese estar de acuerdo, la decisión de Oliver comenzaba a tener algo de horroroso sentido. No era justo ni correcto, pero ¿considerar el valor de un extraño sobre su propia familia? Era una situación imposible.

–Es gracioso. Finnoway también me advirtió que no me juntara contigo –tenía la voz quebrada, pero tenía que decirlo.

–Es probable que te lo haya dicho en serio. El tipo es un monstruo, pero un monstruo con códigos –Oliver también sonaba exhausto–. Él no tenía idea de quién o de qué eras hasta que yo se lo dije. Y luego esta mañana, cuando me mandaste un

mensaje diciendo que te dirigías a la funeraria, le dije exactamente dónde estabas.

–Bueno, salí vivo de esa. Eso es algo. Eso me sirve.

–Hay algo más.

Se le vinieron a la mente las palabras proféticas de Jordan. *Siempre hay algo más.*

–¿Pregunto? –Dan no estaba seguro de cuánto más podía soportar. Oliver ya le había dicho bastante.

–Tenemos que recuperar tu dedo –una sombra oscura se cruzó por el rostro de Oliver. Sus facciones de niño se endurecieron, y un tendón se contrajo en su mandíbula–. Si no termina como un talismán, terminará como algo más. Finnoway es demasiado listo. Hay una razón para que se lo haya llevado.

No había forma de detener la carcajada indignada de Dan.

–¿Recuperarlo? ¿Cómo supones que haremos eso? Además, el daño ya está hecho. A esta altura los médicos ya no podrían cosérmelo.

–Piensa, Dan. Piensa en Micah.

–¿Qué, crees que están usando el esqueleto de Micah para mandarnos mensajes? ¿Y ahora van a usar los huesos de mi dedo para, qué sé yo, espantar a un guante? Ese asunto de los talismanes es solo una leyenda. Un cuento de miedo para niños. Hasta Finnoway lo dijo.

–Finnoway te vendió una mentira, igual que yo. Es lo que hacemos –Oliver rio con amargura y bebió más ron–. Estas personas te atacarán como sea. No tienen solamente tus huesos, tienen tu huella digital, tu sangre, tu ADN... Incluso si todo lo demás son leyendas, tu carne y tu sangre no lo son. Nunca he visto cómo hacen un talismán, no soy tan importante, pero *sí* los hacen y *sí* funcionan. Eso lo sé.

Dan suspiró y pensó en la profesora Reyes y su obsesión con el cristal del collar de Maudire. *Existen cosas más extrañas*, reflexionó con ironía.

–Supongo que tengo que creerte, aunque de verdad, *de verdad* no quiera –apoyó la frente sobre la palma de su mano izquierda–. Entonces, ¿cómo lo recupero?

–No lo sé exactamente –murmuró Oliver y apartó la mirada–. Pero hay que hacerlo lo antes posible.

–Estoy de acuerdo. Pero antes, sé que hay dos personas que deben estar muy preocupadas por mí en este momento.

Capítulo 34

—Tenemos que contárselo a la policía.

Lo bueno era que Jordan había vuelto a hablarle, pero Dan sospechaba que eso tenía mucho que ver con el dedo que le faltaba. Antes de marcharse de la casa de Oliver, se había quitado la venda y había descubierto que, aunque se le revolvió el estómago de solo mirar la herida, estaba cosida y limpia, como si lo hubiese hecho un profesional. Sin saber qué más hacer, volvió a vendarse la mano, se tomó algunas aspirinas para el dolor y trató de no pensar demasiado acerca de lo que había perdido. En cuanto Jordan vio la mano mutilada de Dan, se le esfumaron las ganas de pelear con él.

Al tío Steve le había ido un poco mejor, y saldría del hospital tan pronto como alguien fuese a sacarle la vía endovenosa. Le habían dado el alta con la orden de descansar y tomar sus analgésicos. La policía le había dicho a Jordan que su tío tuvo suerte y solo había sufrido algunos rasguños y un golpe fuerte en la nuca. Dan se preguntaba si eso se debía a los códigos que Oliver había mencionado que Finnoway tenía.

—¿Contarle a la policía qué exactamente? —preguntó Dan. Las voces de las enfermeras que llamaban a los médicos por los altoparlantes interrumpían por momentos su conversación. Dan arrojó sobre la silla de al lado la barra de chocolate que había comprado en la máquina expendedora de la sala de espera y suspiró—. Te garantizo que Finnoway es suficientemente inteligente como para haberse deshecho de cualquier evidencia de que yo haya estado en esa funeraria. A menos que él salga a la calle blandiendo mi dedo, creo que estamos jodidos.

Todavía no les había contado que tenía que recuperar su dedo, en parte porque le resultaba tan disparatado que le costaba decirlo, y en parte porque solo haría que su situación pareciera más desesperada.

Abby lo observaba en silencio desde el asiento de enfrente. Era obvio que había pasado la noche durmiendo en una silla del hospital, como todos. No importaba. Solo se veían tan dementes como se sentían.

—Es posible que no podamos probar nada, pero hablar con la policía al menos lo retrasaría —dijo finalmente Abby. Jordan se apoyó sobre el respaldo de su silla mientras daba golpecitos en el suelo con la punta del pie—. Y, ¿quién sabe? Quizás tenga una condena anterior de la que no estamos enterados.

—Es candidato a concejal, Abby. Apuesto a que todos sus muertos están escondidos

en lugares más seguros que un armario –respondió Dan.

–Bueno, ¿no podemos irnos! –Jordan golpeó el respaldo de la silla y sobresaltó a Abby–. Este es mi hogar ahora, Dan. De ninguna manera volveré a vivir con mis padres –su amigo se dio cuenta de lo que estaba diciendo y bajó la voz–. Y tampoco nos iremos de aquí sin ti.

Dan sabía que su intención era inspirarle confianza, pero lo que dijo solo lo llenó de terror al recordarle hasta qué punto estaba atrapado.

–¿Y si pudiéramos encontrar pruebas de que Finnoway fue quien te lastimó, o que está vinculado con esos criminales...?

–Los Artistas de Huesos –agregó Dan. La mano le latió, le dolió y él se estremeció.

–Sí. ¿Y si pudiéramos probarlo? –preguntó Abby.

Dan esquivó su mirada suplicante, tomó su chocolate y comenzó a jugar con el envoltorio roto.

–Esto viene sucediendo hace años, Abby. Generaciones. Si logramos que metan a Finnoway a la cárcel, simplemente aparecerá otra persona para tomar su lugar.

–Esa no es una actitud derrotista ni nada –murmuró Jordan.

–Pero es la verdad.

Frustrados, se quedaron sentados escuchando los llamados por los altoparlantes y a la enfermera que bromeaba en una habitación cercana con el tío Steve, que todavía estaba un poco confundido por las medicinas. Oliver y Sabrina habían sugerido esperar, intentar que Finnoway mordiera el anzuelo, pero juntos esta vez, con Dan al tanto. No sabía si podía confiar tanto en ellos, o siquiera un poco. Ese era el asunto cuando alguien te mentía, que era casi imposible volver a creerle. Dan observó a Abby y a Jordan, y se preguntó cómo lograban tener la amistad que tenían, incluso a pesar de todos los secretos y las mentiras que habían existido entre ellos durante el último año. Viéndolo así, quizás confiar en Oliver y Sabrina era lo más lógico.

Y además, no podía darse el lujo de ser aprensivo. Tenía que apresurarse.

–Muy bien, podemos intentar recolectar evidencia –dijo Dan en voz baja mientras cerraba los ojos y los apretaba muy fuerte–. ¿Por dónde empezamos?

Capítulo 35

No era exactamente su hogar, pero después de la terrible experiencia del día anterior, Dan se sentía increíblemente afortunado de estar de vuelta en la pequeña habitación que compartía con Jordan, en el apartamento del tío Steve. El dueño de casa estaba demasiado atontado por los calmantes como para darse cuenta de la forma en que Dan se retorció para ocultar su mano derecha. El tío de Jordan se había instalado en la sala de estar con la Xbox, acurrucado dentro de una bata y con pantuflas peludas. Habían pasado la noche anterior pendientes de él, buscándole jugo y comida y asegurándose de que estuviera cómodo en general.

La luz de la mañana se deslizaba lentamente por la alfombra, formando grandes cuadrados. Abby y Jordan estaban sentados en el suelo del cuarto de invitados, con cuadernos abiertos y listos para tomar nota mientras Dan revisaba todos los archivos que Maisie Moore le había dado. Esta vez, no omitió la conexión entre Trax Corp. y Brookline, y sus amigos se horrorizaron tanto como él suponía que lo harían. Al menos, podía sentirse orgulloso de que esa parte de las operaciones de los Artistas de Huesos ya no estaba en funcionamiento gracias al trabajo de toda la vida de sus padres.

Pero ellos habían sido mejores investigadores de lo que eran Dan y sus amigos. La información que tenían frente a ellos estaba tan enredada y era tan circunstancial. Sentía que los superaban en número y lo que era peor, en inteligencia. Odiaba el tiempo que les estaba llevando eso y, mientras tanto, Finnoway estaba en algún lugar con su dedo, haciendo planes para arruinarlo, sin duda.

Dan cerró y apretó los ojos. *Te has quedado muy callado, Micah, justo cuando realmente me vendría bien tu ayuda. Se llevaron tu cuerpo, ¿no es así? ¿Qué hago? ¿Cómo lo recupero?*

—¿Y si investigamos los antecedentes de Finnoway? Estoy convencida de que hay algo allí —dijo Abby—. Podríamos hacerlo desde la computadora del tío Steve. O podría hacerlo desde mi teléfono.

—¡No! —Dan se bajó del futón y casi le tiró el celular de las manos de un golpe. En lugar de eso, se lo quitó torpemente con la mano izquierda—. ¿No lo entiendes? No perdonan ni olvidan. Si descubren que has estado husmeando en su pasado, eso solo empeorará la situación, no la mejorará.

—Cielos, ni siquiera lo había pensado —dijo Jordan, observándolos con los ojos muy abiertos—. No quiero sonar terriblemente egoísta, pero en verdad no deseo tener un blanco en mi espalda. Ni en la de mi familia.

Dan permaneció en silencio y no señaló el hecho de que probablemente ya era demasiado tarde para eso. No tenía idea de qué tan exigentes eran los Artistas de Huesos. Ya habían atacado al tío Steve una vez. ¿Los habrían agregado a él, a Abby y a Jordan a su lista de personas a erradicar?

¿Y si atacaban a su mamá y a su papá? ¿A los padres que lo habían recibido después de que familia tras familia del programa de adopción lo rechazara? Dan no podía permitir que eso sucediera. Paul y Sandy habían sido tan buenos con él. No les había importado su pasado. Lo habían tratado como a un chico sin antecedentes.

–Precisamente a eso me refería –murmuró Dan.

Abby intentó mirarlo a los ojos, pero él esquivó su mirada, se puso de pie y se volvió hacia la ventana.

–¿A qué te referías precisamente, Dan?

–Los Artistas de Huesos me persiguen a *mí* por lo que hicieron *mis* padres biológicos. Ustedes dos no son parte de esto y no tienen que serlo. Pueden conservar sus fichas en blanco. Jordan necesitará eso si continuará viviendo aquí –Dan sentía que ya había dado ese discurso antes, pero no podía recordar con exactitud cuándo. Por Dios, eso lo hizo darse cuenta... Fue hasta donde estaba su mochila y sacó sus medicinas. Al menos los malditos no se habían robado eso también.

Se metió una de las píldoras en la boca y la tragó en seco. Luego salió airado del dormitorio sin que le importara lo malhumorado que eso lo hacía ver. Se detuvo en el descanso de la escalera y dejó caer su mano derecha por encima del pasamanos mientras intentaba, sin éxito, dejar atrás los pensamientos que luchaban por dominar su mente. Rozó la barandilla con la mano y sintió una punzada en la herida. Maldijo, se tomó la mano y la sostuvo contra su pecho.

Oyó una pisada en el suelo del descanso y luego la puerta del cuarto de invitados se cerró. Sintió, más que escuchó, la presencia de Abby detrás de él. Entonces ella le rozó el hombro con la mano, y Dan no pudo evitar estremecerse. Se sentía inexplicablemente *viejo* de una forma cruel. Y eso no era justo, reflexionó. Todavía era un niño en tantos sentidos. En la *mayoría* de los sentidos.

–¿En serio piensas que nos buscarían a mí y a Jordan?

Dan inhaló con dificultad.

–Sí.

Ella lo aferró más fuerte del hombro y, finalmente, algo que no era miedo pasó a primer plano en su mente. No quería renunciar a Abby, no en ese momento, ni el año siguiente. En todo caso, quería más de ella.

–Pero necesitas nuestra ayuda, ¿no? –preguntó la chica.

–Honestamente, no lo sé –Dan suspiró y sintió que Abby alejaba un poco su mano–. Agradezco que estés intentando apoyarme en todo esto, pero estoy preocupado... Si algo les pasara a ti o a Jordan, cargaría con eso el resto de mi vida.

Y eso me acabaría. De por sí, ya sentía que pendía de un hilo muy fino, que ya lo habían hecho sobrepasar los límites del agotamiento y la tensión.

–Mis padres solo estaban intentando hacer lo correcto –agregó Dan susurrando–. Y mira lo que les pasó a ellos.

Abby se inclinó hacia él, poco a poco, y lo abrazó desde atrás. Él no se atrevió a moverse, por miedo a sobresaltarla y arruinar el momento. Valía la pena proteger eso, pensó, sin importar lo que eso significara a fin de cuentas.

–¿No sería genial si pudiéramos pasarle todo este maldito asunto a otra persona para variar? –preguntó él.

De pronto, ella lo abrazó más fuerte.

–Dan... –Abby lo soltó y él se dio vuelta a regañadientes para mirarla–. ¿Y si pudiéramos?

–¿Cómo? Es decir, es tan inverosímil... ¿Un concejal respetable que supervisa a una banda de misteriosos rufianes? ¿Quién nos creería? –dejó caer su cabeza y la sacudió, luego se apoyó contra el pasamanos.

Abby le sujetó el brazo y lo apretó.

–No, eso no importa. No tenemos que decir las partes increíbles. Sabemos dónde trabaja, sí, pero vimos que esas personas enmascaradas entraban por la puerta lateral de su edificio. ¿Y si guardan allí todos los huesos robados? Podemos, no sé, hacer una denuncia anónima a la policía de un incendio o disparos o algo, cualquier cosa para que *entren* y revisen. No debemos acercarnos al concejal, y si no funciona, no habrá forma de saber que fuimos nosotros.

No era el plan más elegante que hubiera escuchado en su vida, pero era mejor que buscar pruebas en los archivos, que no les había servido para nada hasta ese momento. Puso su mano sobre el hombro de Abby con el brazo estirado y la mantuvo a distancia mientras repasaba una y otra vez su idea.

–Dan, si realmente piensas que va a seguir atacándote, entonces creo que la mejor opción es intentar que lo arresten. Tiene que tener los huesos que saquean de las tumbas guardados en algún lugar, ¿no?

–¿Y si no hay nada? –preguntó Dan–. ¿O si la policía ni siquiera entra? Entonces, ¿qué?

–Entonces nos marchamos. Sí, inclusive Jordan –dijo ella en respuesta a la pregunta que él no había formulado. La desesperación de su voz era definitivamente convincente–. Finnoway nunca te había molestado hasta que viniste a esta ciudad.

Quizás se olvide del asunto.

Dan rio sin ganas.

–Abby, antes ni siquiera sabía que yo existía. ¿Por qué crees que mis padres me dejaron el apellido Crawford? No querían que me relacionaran con los Ash de ninguna manera. Aunque ser un Crawford no me mantuvo a salvo tampoco.

Era demasiado irónico como para no reírse. Su madre había tratado de salvarlo de que lo persiguieran, pero no había importado. Los padres no pueden protegerte de nada.

Pero él podía proteger a Abby. Dan tomó su mano, sintiéndose torpe por tener que depender tanto de su lado menos utilizado.

–No lo sé, Dan. No sé qué otra cosa sugerir.

–Abby, intentaré cualquier cosa que creas que puede funcionar –dijo con honestidad–. Solo digo que, si esto no funciona, tú y Jordan tienen que olvidar este asunto. Olvidarme a *mí*. Es a mí a quien quiere Finnoway, y no voy a permitir que ustedes dos terminen involucrados.

–Si solo tuviésemos un plan de emergencia –respondió Abby; se volvió y se apoyó contra la barandilla–. A *alguien* tiene que interesarle todo lo que encontramos, incluso si los lugareños nunca pudiesen ver más allá del encanto y la influencia del concejal. Me pregunto...

Se quedó callada y Dan vio cómo movía los labios mientras ideaba algo.

–Si sembramos la idea de que la muerte de Maisie Moore no fue un accidente, entonces quizás podríamos lograr que a *alguien* le importara –dijo ella–. Como a sus colegas periodistas del *Metairie Daily*.

Dan continuó, casi tropezando con sus propias palabras debido al entusiasmo:

–Colegas periodistas cuyo trabajo es ver conexiones como estas.

–Compañeros de trabajo –terminó Abby–, a quienes les interesa la verdad.

Dan quería abrazarla y levantarla en el aire, pero Abby ya estaba corriendo por el pasillo hacia el cuarto de invitados.

–¡Haré la llamada!

Fue entonces cuando oyeron el golpe en la puerta de entrada.

Capítulo 36

A hay diferentes tipos de golpes en la puerta y Dan sabía que el que había oído en la del tío Steve no era uno feliz. Un puño golpeó una vez, dos veces y luego una voz llegó hasta él a través del vestíbulo y las escaleras.

–Departamento de policía de Nueva Orleans, abran la puerta.

–Probablemente solo estén aquí para hacer un seguimiento tras el robo –dijo Abby sin darle importancia al asunto, mientras bajaba la escalera para abrir. Dan todavía podía oír al tío Steve jugando con la Xbox en la sala de estar de abajo.

Jordan apareció en el pasillo poniéndose una sudadera.

–¿Qué es ese ruido?

–La policía está aquí –gritó Abby por encima de su hombro al llegar a la puerta–. Quizás encontraron tu computadora. Crucemos los dedos, ¿no?

–No abras –Dan se sujetó del pasamanos con su mano sana–. Solo... no lo hagas.

Se le revolvió el estómago, que solo contenía algunos mordiscos de chocolate, pero además de náuseas, sentía que algo estaba mal.

–Es la policía, Dan, tengo que abrir –dijo Abby con el ceño fruncido. Ya estaba girando el pomo y Dan instintivamente supo que debía prepararse.

El policía que estaba detrás de la puerta la empujó con el hombro para terminar de abrirla y golpeó a Abby. Masculló una disculpa poco sentida mientras ella se tambaleaba hacia atrás.

–Disculpe –murmuró Abby, tomándose de la pared para no perder el equilibrio–. ¿Puedo ayudarlo oficial? ¿Está aquí por el robo?

–Sí –respondió con frialdad. Sus ojos recorrieron el vestíbulo y luego la escalera hacia arriba. Cuando vio a Dan, esbozó una sonrisa superficial–. Sí, así es. ¿Tú eres Daniel Crawford?

A Dan se le pusieron de punta los pelos de la nuca. Entonces Oliver tenía razón. Su sangre, su huella digital, su ADN... Había logrado escapar de Finnoway una vez, pero ahora el concejal iba a asegurarse de que eso no volviera a suceder. Echó un vistazo por encima de su hombro, pero la única salida aparte de la puerta principal era una desvencijada escalera de incendios que terminaba en una caída de más de dos metros al suelo. Y si huía, se estaría resistiendo a ser detenido y no tenía idea de qué tendría permitido hacerle el oficial en esa situación.

¿No sería ese el final perfecto y prolijo que Finnoway probablemente quería?

–Soy Dan Crawford –respondió y sintió que todo su cuerpo se entumecía. Se volvió

y bajó la escalera como un robot. Cooperar parecía ser su única opción. Tenía que haber alguna forma de salir de esto al estilo CSI; si habían puesto su sangre en algún lugar para incriminarlo, ¿no podían los investigadores forenses darse cuenta de que la habían rociado con una jeringa o lo que fuera?

–Gracias por hacerlo fácil –continuó el oficial. Era alto y fornido, no se parecía en nada al estereotipo del policía fofo y fuera de estado. Su corto cabello pelirrojo comenzaba a rizarse alrededor de los bordes de su gorra. La pequeña placa de identificación que tenía en su chaqueta decía *Conlen, James*.

»Siempre es mejor cuando lo hacen fácil –el oficial le hizo señas a Dan de que se apresurara.

–¿Qué demonios? ¿Qué está haciendo? –gritó Jordan mientras corría hacia la escalera–. ¿De qué se lo acusa? No puede simplemente llevárselo.

–Daniel Crawford, estás arrestado por el homicidio de Tamsin Pelicie. Tienes derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que digas puede ser usada en tu contra en un tribunal de justicia –el oficial James le dio todo el discurso, pero Dan no lo estaba escuchando. Todo su cuerpo se había puesto frío cuando comenzó a decirle sus derechos y ningún sonido penetró su cráneo durante un minuto completo. Sentía que estaba yendo a la deriva, que caía.

¿Homicidio? ¿Él? No era posible... Ni siquiera Finnoway intentaría culparlo de algo tan nefasto.

Pero así te encerrarían para siempre. Por supuesto que lo haría.

–¿Homicidio? –gritó Abby con voz aguda y sin aliento. Se paró en la puerta para intentar detener al oficial, pero él la apartó con facilidad–. ¿Cómo? ¡Ha estado con nosotros todo el tiempo! ¡Tiene una coartada!

Dan se desmoronó. Abby estaba equivocada. Había un lapso del cual nadie más que él podía dar cuenta. Ni siquiera Oliver y Sabrina sabían cómo había terminado en su tienda. No tenía ningún tipo de coartada para todo el período de la mañana después de que había dejado a sus amigos de modo sospechoso en el hospital.

–Eso no es lo que dice la evidencia.

–Eso fue rápido –espetó Dan con ironía, pero no se detuvo mientras caminaba hacia la puerta–. Es sangre, ¿no es así? ¿Mi sangre? Por lo general, ¿no lleva su tiempo procesar la sangre de la escena de un crimen?

CSI no me falles ahora.

–No siempre –dijo el oficial James con los dientes apretados. Tomó a Dan del hombro, lo giró y lo condujo bruscamente hacia la puerta–. Verás, nos tomamos el homicidio muy en serio en esta ciudad.

–¿Como delito o como pasatiempo? –fue estúpido decirlo, pero el oficial simplemente bufó y lo empujó por el hombro, fuerte, clavándole el nudillo.

–No me pasaría de listo si fuera tú.

Jordan los siguió de cerca y provocó una mueca de desagrado del oficial. Sus dos amigos permanecieron a su lado mientras lo llevaban hasta la puerta y lo hacían bajar la escalinata.

–¿Adónde lo lleva? –preguntó Jordan–. Dan, hablaré con el tío Steve, te conseguiremos un abogado. ¡Vamos a pensar en algo!

Jordan y Abby se veían desesperados mientras intentaban estirar el cuello para ver a Dan por encima del hombro del oficial. La mitad de la patrulla estaba aparcada sobre el borde de la acera y sus luces giraban en silencio bañando el edificio con destellos rojos y azules.

–Espero que tus amiguitos no se entrometan –dijo el oficial–. No querría tener que llevármelos también a ellos.

Le ardieron los ojos al llenársele de lágrimas calientes. Era demasiado pronto. Necesitaba más tiempo. Tenía que haber una salida, una forma de probar su inocencia.

Estaba tan abrumado que ni siquiera lo desconcertó que la motocicleta negra estuviese allí; quien la conducía vestía cuero negro y lo observaba desde atrás de su casco. Hubiera sido más extraño que *no* estuviese ahí, dado que él o ella sin duda era uno de los secuaces de Finnoway, que observaba y vigilaba. Dan sonrió con amargura.

–Toma una foto –dijo–. Durará más.

Entonces el miedo, que había tardado en llegar, lo golpeó. Si solo hubiese un video, quizás de una cámara de seguridad, eso podría exonerarlo. Pero Finnoway se habría encargado de destruir eso también. *Si solo, si solo, si solo*. Forcejeó, intentando sacarse de encima al policía que lo tenía aferrado cruelmente del brazo.

–¿No puede tomar una muestra o algo así? ¿No sería suficiente con eso? La ofreceré voluntariamente.

Eso era estúpido, lo sabía. Debería pedir ver una orden judicial, luchar contra esto, hacer algo...

Tienen mis huesos.

–¡O una huella digital! ¿No puedo hacer eso aquí de alguna manera? –su voz se volvió tan aguda como la de un niño aterrorizado y sus palabras se quebraban por el pánico.

–No.

El oficial James abrió la puerta de la patrulla para que Dan entrara. Rancios olores humanos salieron flotando del asiento trasero: cigarrillos, orina y sudor. Sintió que le

tomaban con fuerza la cabeza y lo obligaban a inclinarse. Era como un calabozo, lo sabía, uno del que nunca escaparía. Su única esperanza era que alguien en la estación de policía lo escuchara, pero ¿quién creería su loca historia?

–¡No digas nada, Dan! ¡Solo guarda silencio! ¡Haremos algo! ¡Te conseguiremos ayuda! –gritaba Jordan. Su amigo corrió hacia la ventanilla justo después de que el oficial cerrara la puerta de un golpe. Al policía no parecía importarle que sus amigos estuviesen arañando la ventana, golpeándola, saludándolo, simplemente intentando establecer alguna pequeña conexión a través del vidrio.

–¡Haré la llamada! –gritó Abby mientras golpeaba la ventanilla–. ¡La haré!

Dan los observó, temblando, con las manos congeladas a cada lado de su cuerpo. Su voz iba a sonar apagada, lo sabía, cuando les dijo una única frase desde el interior del auto:

–Díganle a Oliver que me tienen.



Capítulo 37

Dan nunca antes había sido arrestado. La última vez que la policía lo había interrogado, al menos había tenido la ventaja de que sus padres estuvieran con él. Ahora estaba solo, esperando en un cuarto diminuto con paredes llenas de agujeros reparados. Era casi gracioso que fuera tan perfectamente *policial*: tenía uno de esos cristales que funcionan como espejo de un lado y como ventana del otro y una sobria mesa de metal. El aire acondicionado estaba tan fuerte que Dan podía sentir el frío de la silla a través de sus jeans.

Se preguntó si Finnoway estaría del otro lado del cristal espejado. ¿Llegaba tan lejos su influencia? ¿O era suficiente con simular un robo y colocar el ADN de Dan en un trozo de vidrio roto o sobre una alfombra? Era ingenioso en realidad, una vez que tenían parte de su cuerpo, lo tenían a él.

Imaginó a Abby y a Jordan en el apartamento, frenéticos, intentando en vano ayudarlo a salir de una situación que no tenía un final feliz.

Debería haberles contado acerca de las sospechas de Oliver de que no usarían su dedo para viejos y retorcidos hechizos, sino para sabotearlo. Pero ¿qué podrían *hacer* sus amigos en realidad? En todo caso, Oliver y su rifle parecían ser una mejor opción.

La policía le había confiscado el celular y el tarjetero, privándolo completamente de su conexión con el mundo exterior y de su identidad. Pronto lo dejarían hacer un llamado telefónico y, más adelante, le conseguirían un abogado, pero por alguna razón no creía que el abogado fuese a estar dispuesto a creerle.

No, si esto llegaba a juicio, tenía la horrible sensación de que lo meterían en prisión por homicidio.

Las luces del diminuto cuarto se apagaron repentinamente. Dan se estremeció en el frío penetrante mientras miraba hacia arriba y alrededor, e intentaba distinguir las sombras que lo oprimían desde todos lados. Era una tortura. Ni siquiera iban a tratarlo como a un ser humano.

La herida le molestaba, el efecto de la aspirina ya se le había pasado hacía rato.

La puerta se abrió y se cerró en un instante, la luz que provenía de afuera se extinguió tan rápido que Dan no tuvo tiempo de darse vuelta para ver quién había entrado, antes de quedar envuelto nuevamente en total oscuridad.

Una ráfaga de frío hizo que se le pusieran todos los pelos de punta y luego, al otro lado de la mesa, apareció un rostro que iba brotando de la oscuridad como una flor pálida y cadavérica. Nunca había notado cuánto se parecía la cabeza de Finnoway a

una calavera, con su escaso cabello, su mandíbula cuadrada y sus pómulos salientes.

–Usted –dijo Dan débilmente.

–En carne y hueso –Finnoway le sonrió, relajado. Las luces titilaron y volvieron a encenderse, pero solo iluminaron el cuarto lo suficiente como para que Dan pudiera verse las manos–. Hablando de carne y hueso, me he enterado de que te falta un poco de eso.

–Gracias a usted.

Finnoway se sentó en el borde de la mesa rectangular. Llevaba un traje negro que se confundía con la tenebrosa oscuridad. Tenía su maletín bajo el brazo. Comenzó a sacudir su dedo señalando a Dan, mientras chasqueaba la lengua.

–Bueno, bueno, ten cuidado con esas acusaciones infundadas, hijo. Cuidado.

–No me llame así –gruñó Dan.

–Pero eso es lo que eres –respondió Finnoway con aire despreocupado mientras abría el maletín, manteniéndolo en equilibrio sobre una de sus piernas–. Tú eres lo que yo diga que eres. Tú eres *quien* yo diga que eres. Mi hijo, mi sobrino, mi repartidor de periódicos... –arrojó sobre la mesa una hoja de papel que giró y quedó boca abajo. Dan se estiró para alcanzarla y dobló el borde para leer lo que decía. Era un acta de nacimiento. La suya.

–¿De dónde sacó esto? –preguntó tartamudeando y retiró la mano como si se hubiese quemado.

–Esto te va a resultar muy educativo –Finnoway hurgó en el maletín nuevamente y esta vez sacó una pila de fotografías. Las colocó sobre la mesa una a una–. Hay un bote de basura bajo la mesa si lo necesitas.

Dan comprendió por qué. Las fotos, que avanzaban en orden cronológico, hicieron que su estómago se contrajera del horror.

–Micah era un chico bueno. Un chico *fiel*. Oliver intenta serlo, pero era de esperar que fuese un fracaso, ya que proviene de una familia de imbéciles. Sabes, cuando Oliver te entregó, pensé que eras solo un golpe de suerte. Aquí viene Danny Ash –dijo burlón, casi riendo–, el último cabito suelto que hay que cortar. Pero es peor que eso, ¿no es así? Micah era uno de los nuestros y tú lo viste morir. No hiciste nada mientras lo *asesinaban*.

A Dan se le secó la garganta. No podía hablar ni quitar la vista de las fotos que iban formando una fila frente a él.

–Y ahora asesinaste a mi asistente, Daniel. Eso fue muy malo de tu parte –la sonrisa de Finnoway perduraba, así como su tono cantarín–. Ves, aquí es donde la tiraste al suelo. Tamsin era fuerte, pero tú eres más fuerte, ¿no es así? Y esta es donde le tumbaste algunos dientes de un puñetazo. Cuando eso no te conformó, seguiste con

las pinzas. La boca humana tiene muchísimos dientes, más de los que esperarías. Lleva un largo, largo, *dolorosamente* largo tiempo arrancar los treinta y dos.

Dan se sacudió y finalmente apartó la mirada. La última foto fue demasiado, era solo una boca abierta, vacía. Podía sentir cómo el pequeño trozo del chocolate del hospital flotaba por su estómago provocándole náuseas. La sonrisa de Tamsin había sido bonita y perfecta, y ahora no quedaba nada de ella.

Un suave crujido le llamó la atención y lo hizo mirar, aunque se negara a seguir viendo las horrorosas fotografías. Finnoway sacó una pequeña bolsa de terciopelo negro del maletín y la dio vuelta. Una catarata de brillantes dientes blancos se derramaron sobre la mesa, dispersándose, rodando y cayendo al suelo como cuentas resplandecientes.

–Sin embargo, ella se defendió, ¿no? Era una fiera... Y llegó incluso a arrancarte el meñique de un mordisco.

Finnoway sonrió lentamente y con tranquilidad. La forma en que enfatizaba deliberadamente cada palabra hacía que Dan se aferrara a su silla. No era posible, ¿o sí? Pero solo había visto su herida una vez que estuvo cosida. No sabía cómo se la había hecho, ni con qué...

Se dobló en dos y buscó el tacho de basura, donde vomitó todo el contenido de su estómago.

–Puedes hacer que una persona haga cualquier cosa, siempre y cuando le des la motivación correcta –susurró Finnoway mientras apartaba con un movimiento rápido de sus dedos uno de los dientes que había caído demasiado cerca de sus costosos pantalones.

Dan se limpió el sabor agrio de la boca y se sintió aliviado cuando Finnoway recogió las fotos como si fueran cartas desplegadas de una baraja y las volvió a guardar en su maletín.



–Entonces, ¿qué quiere que haga? –preguntó Dan con la voz ronca–. ¿Cuál es mi motivación?

–Quiero que te pudras en la cárcel por el resto de tu vida sin sentido, porque eres un *Ash* y, al igual que tu madre, pareces no poder evitar entrometerte de manera irritante en mi camino –le respondió Finnoway con una sonrisa distante–. Y lo harás. Pudrirte en la cárcel, quiero decir. Tomas medicinas, ¿no? ¿Trastorno disociativo leve? Tienes lapsus de memoria ocasionalmente, ¿no? Minutos, incluso horas... Tiempo más que suficiente para asesinar a una chica inocente y huir del lugar.

Dan negó con la cabeza ferozmente. No, no, eso no estaba bien. No podía ser tan fácil. No podía estar tan indefenso.

–No he tenido un episodio en mucho tiempo.

–¿Estás seguro?

Dan pensó en la noche que fueron al Noveno Distrito y cómo había olvidado lo que había sucedido en el camino de vuelta y había tenido que recordarlo en partes. También pensó en esa mañana, cuando se quedó dormido en el taxi y se preguntó cómo pudo haber sucedido tan rápido. No había perdido el conocimiento, ¿o sí?

–Ya ves –dijo Finnoway, sin perder el tiempo–. Los has tenido... Toda tu vida los has tenido. Y eso es todo lo que un jurado necesitará oír al respecto. Tu meñique metido en la garganta de una chica muerta solo será el toque final.

Dan se sentía débil. Derrotado. Se apoyó pesadamente contra el respaldo de la silla, paralizado por las oleadas de náuseas y terror que parecían golpearlo una tras otra. Sabía lo que quería preguntar, así que lo hizo, aunque ya no importara a esa altura. Sería catalogado como un asesino; en todos los libros de historia, en archivos y fotos, este sería su legado. Su vida.

–Usted mató a mis padres –dijo en voz baja, triste.

–Cayeron por un acantilado escarpado en un Cadillac –respondió el Artífice, encogiéndose de hombros–. No es algo a lo que mucha gente pueda sobrevivir.

–Pero *usted* lo hizo –susurró Dan, temblando de rabia. Si no se controlaba, iba a lanzarse por encima de la mesa y a estrangular a Finnoway como él decía que Dan había estrangulado a Tamsin. Así al menos se ganaría su condena–. Usted los condujo a eso.

–Y nunca podrías probarlo.

Se sentía tentado de jugar sus cartas, de contarle a Finnoway acerca de la llamada que iba a hacer Abby a los colegas de Maisie, con la esperanza de obtener cierta ventaja. Pero eso sería un error. No quería que sus amigos estuvieran en el radar de Finnoway. Necesitaba tiempo para que Abby y Jordan consiguieran ayuda antes de que alguno de los secuaces de Finnoway los atrapara primero.

Dan contempló los dientes desparramados sobre la mesa y cerró los ojos. Todavía tenía algo de ventaja. Una última esperanza de subir de categoría.

–¿Qué vale más para usted, yo pudriéndome en la cárcel o un talismán poderoso? La sangre de una persona significa algo para ustedes, ¿no? ¿Y su legado determina el talismán? La suerte se convierte en suerte, el poder se convierte en poder. Es decir, si es que esas cosas siquiera funcionan.

–Por supuesto que funcionan –respondió Finnoway con desprecio y observó a Dan con los ojos entrecerrados por encima de su nariz de pico–. ¿Qué sabes tú de eso?

–No sé nada de eso –mintió Dan–. Pero conozco mi árbol familiar y no tiene solo el lado Ash, también tiene el lado Crawford. Adelante, búsquelo. Busque al director Daniel Crawford. El tipo hizo toda clase de experimentos. Sabía mucho acerca de transmitir un legado. Apuesto a que sus huesos serían un talismán de primera. Yo podría decirle dónde están.

–Este es un juego entretenido, pero no me interesa.

Dan se encogió de hombros, esperando verse más confiado de lo que se sentía. Su estómago se contrajo, presagiando una nueva ola de vómitos.

–Usted se lo pierde.

El Artífice lo rodeó, observándolo en silencio como un buitre. Luego se detuvo detrás de la silla de Dan, que en la tenue luz pudo ver el brillo de un celular que se reflejaba sobre la mesa de metal. Finnoway estaba leyendo.

–Mmm –una pausa helada–. Interesante. Más interesante que un Ash, eso es seguro.

–¿Qué quiere decir eso? –preguntó Dan–. ¿Todavía quiere que me pudra en la cárcel?

La risa siniestra de Finnoway resonó contra las paredes del cuarto y dentro de su cabeza.

–Oh, igual te vas a pudrir, Daniel, pero ahora que sé lo poderosa que es tu sangre, vas a pudrirte en pedazos.

Capítulo 38

—¿Su esposa sabe que está completamente desquiciado?

—preguntó Dan, meciéndose ligeramente en el asiento del acompañante del auto de Finnoway.

Lo habían esposado y con la ayuda del oficial James, quien no parecía haber necesitado demasiada evidencia para detener a Dan, lo llevaron en secreto por un largo y estrecho pasillo para salir por la puerta trasera de la estación de policía. Lo hicieron atravesar apresuradamente el estacionamiento, quizás porque les preocupaba llamar la atención. Eso al menos le daba esperanzas. Se sintió tentado de gritar para pedir ayuda, pero el oficial James tenía un arma y también estaban las dos nuevas asistentes de Finnoway, que los estaban esperando. Eran dos chicas tan elegantes y pulcras como Tamsin lo había sido una vez, pero Dan notó una protuberancia debajo de la chaqueta de cada una de ellas. Sería difícil escapar de tres captores armados.

Ahora esas dos mujeres estaban sentadas en el asiento trasero del Rolls-Royce en silencio, atentas a Dan y Finnoway, que iban adelante. Pero a Dan le interesó el anillo de bodas que tenía Finnoway. Estaba intentando imaginar a la mujer que se casaría con él.

Finnoway tenía la muñeca apoyada perezosamente sobre el volante mientras conducía y rio con ironía ante la pregunta de Dan. Sus gemelos brillaron con la luz del sol de la tarde: eran pequeñas muelas plateadas.

—Me sorprendes, Dan. Pensé que tu generación era tan progresista. ¿Crees que solo porque es mujer y madre es una especie de víctima inocente?

—Se casó contigo —respondió Dan con desagrado—. Así que supongo que eso significa que ella también es toda una pesadilla.

—Si tuviera que elegir, diría que Briony es la más sádica de los dos —respondió Finnoway. Fue una observación calmada, que hizo con una sonrisa distante y afectuosa. Uff. Dan no quería saber qué clase de momento estaba recordando—. Lamento decir que probablemente no vas a conocerla. Casi nunca está en la Catacumba a esta hora. La pequeña Jessy tiene Taekwondo.

Por Dios. Hacían que los sangrientos Bender parecieran la tribu Brady.

—No es motociclista, ¿o sí? —preguntó Dan con amargura. Sería simplemente tan apropiado que su sombra en motocicleta fuese la chiflada esposa de Finnoway.

—No que yo sepa. ¿Por qué?

Dan se apoyó contra la ventanilla, se sentía débil por el hambre y por una sensación

más apremiante y persistente que lo hacía sentir dolorido y frágil.

–Solo preguntaba.

Le dolía la mano, pero no quería darle a Finnoway la satisfacción de verlo sufrir. Apretó los dientes, intentando ignorar el persistente dolor pulsante y el ardor.

El camino desde la estación de policía se fue volviendo familiar poco a poco: Dan ya había recorrido esas mismas calles dos veces, la primera cuando siguió a los vándalos enmascarados y la segunda cuando regresó a la funeraria. No necesitaba que le dijeran por dónde ir; sin embargo, las asistentes del Artífice lo ayudaron. Se dirigían a la puerta que llevaba al sótano, Dan lo sabía. Notó que estaban caminando por encima de la huella profunda de un único neumático en el pavimento, mientras lo llevaban hacia la acera.

La puerta plateada de la planta baja tenía una x formada con cinta de la policía por encima, que se agitaba en el espacio vacío. Ahí debía ser donde Finnoway había montado la supuesta escena del crimen. Dan se encogió y apartó la mirada al recordar esas horribles fotografías. Ni se molestó en desear que Finnoway no le hubiese causado dolor a Tamsin. No quería saber cómo había sucedido en realidad. La versión de Finnoway era la única que importaba ahora, de todas maneras.

Dan sintió que la mano le latía, como por solidaridad. No anhelaba el día en que se quitara la venda y tuviera que ver el daño de manera regular.

Por favor, Dios, no dejes que haya marcas de dientes cuando la mire de cerca.

Justo antes de que lo hicieran entrar, Dan vio la familiar motocicleta negra aparcada a cierta distancia, después de la cinta de la policía. Detrás de ella, la parte de atrás del edificio de oficinas que estaba cruzando la calle estaba llena de grafitis hechos con el mismo gis blanco que Dan había visto frente al apartamento de Steve. Sin embargo, en lugar de una frase en francés, había símbolos que no reconoció.

–¿Qué significan? –preguntó distraídamente. A Finnoway no parecía interesarle callarse nada ahora que tenía a Dan atrapado en todos los sentidos.

El ostentoso reloj del concejal brilló cuando movió su mano para señalar un signo circular con una raya que lo atravesaba.

–Ese significa que nos estamos quedando sin papel sanitario.

–¿Qué? ¿En serio? –Dan trastabilló un poco sobre el suelo irregular. Entonces entraron y comenzó a caminar más despacio para tratar de ganar algo de tiempo.

–No, en realidad, no. Sigue caminando, me estás aburriendo.

En lugar de ir hacia donde había ido Dan la última vez que estuvo allí, Finnoway los llevó hacia la izquierda por el pasillo. Pasaron por una sucesión de habitaciones ordinarias antes de detenerse finalmente frente a una puerta pesada y con aspecto de ser muy antigua, que estaba bajo un portal abovedado. Finnoway golpeó tres veces

esa puerta y Dan oyó una llave que giraba desde el interior, raspando el metal ruidosamente, luego el chirrido de la cerradura y las bisagras, y finalmente la puerta se abrió. Los recibió una ráfaga de aire rancio de las alcantarillas, húmedo y sofocante.

–Supongo que nunca han oído hablar del aromatizante ambiental, ¿no?

Empujaron bruscamente a Dan a través del portal hacia un pasillo frío y húmedo. Allí los esperaba una figura con una máscara de perro; era imposible saber si la persona detrás de aquella máscara estaba sorprendida de ver a Dan o no.

–Me alegro de que hayas superado tu ánimo taciturno –dijo Finnoway mientras caminaba junto a él. Como era más alto, tenía que inclinar la cabeza para navegar el túnel de forma segura–. Pero no me vas a sacar de quicio, Daniel, aunque tus intentos insinúan una *joie de vivre* que no hubiese esperado de ti. Tus padres fueron patéticamente fáciles de eliminar. Me alegro de que estés interesado en hacer las cosas más divertidas.

La puerta se cerró de un golpe a sus espaldas y los dejó momentáneamente a oscuras. Cuando la vista de Dan se adaptó, pudo ver un túnel de ladrillo ordinario. No tenía nada de siniestro, aunque la presencia de Finnoway a su lado mantenía a Dan en un constante estado de vigilante intranquilidad.

Finalmente, el pasaje se ensanchó a su alrededor. Aun así, Dan encogió los hombros, acercándolos a su cuerpo, al ver que a ambos lados los observaban Artistas de Huesos con sus burdas y arrugadas máscaras de animales.

–¿Por qué usan esas cosas? –preguntó, y apartó la mirada de quienes los estaban mirando y giraban lentamente sus cabezas para seguir sus pasos.

–Mardi Gras siempre fue la mejor época del año para hacer nuestro trabajo con más facilidad –explicó Finnoway con seriedad–. La tradición se mantuvo.

Siguieron caminando sin detenerse. El aire se iba poniendo cada vez más tibio y maloliente, pero al mismo tiempo, el ambiente se volvía más frío y el olor a lodo mojado y lombrices le hacía cosquillas en la nariz. No tenía idea de cómo podía ubicarse Finnoway en esa oscuridad, pero tenía sujetado tan firmemente a Dan que comenzó a acostumbrarse a medir cada paso antes de dar el siguiente.

Finalmente, llegaron al final del túnel, donde había otra puerta. Estaba iluminada a cada lado por antorchas con llamas que oscilaban sobre paredes rocosas e irregulares. Dan deseó que se apagaran. Con esa nueva luz pudo ver que a su alrededor, cementadas en las paredes y el techo, había cientos y cientos de blancas y sonrientes calaveras.



Capítulo 39

Solo estaban ellos dos en el corredor de huesos pero, de todas formas, Dan no luchó. ¿Adónde iría? Tropezaría y regresaría tambaleándose por el túnel, solo para encontrarse con más de treinta agresores deseosos de caerle encima.

Dan nunca debió haberle contado a Finnoway acerca el director. Con gusto se arriesgaría a un juicio o a pasar el resto de su vida en la cárcel en lugar de esto. ¿Cuántas veces tenía que aprender que las cosas siempre podían empeorar?

Sus pasos se hicieron más lentos. Sentía que todo estaba perdido. Solo poner un pie delante del otro le parecía demasiado esfuerzo.

–Estás débil. Te conseguiremos algo de comida y agua –dijo Finnoway mientras empujaba a Dan por el pasillo.

–No quiero nada de usted.

–Comerás lo que te demos.

Dan negó con la cabeza y se inclinó hacia adelante sobre sus pasos pesados.

–Sé lo que les pasa a las personas que comen en el inframundo. No pueden irse.

Finnoway le lanzó una sonrisa amenazante.

–Yo seguía pensando en Hansel y Gretel, pero eso me gusta. Lo usaré.

Del otro lado de la puerta, había un enorme espacio abovedado con reflectores y andamios. El túnel debía conectar con otro edificio. Parecía una excavación arqueológica, con estantes contra las paredes externas y gavetas dispersas por el suelo y sobre algunos de los andamios. De ciertas gavetas sobresalía paja, y de otras, esas bolitas de espuma de poliestireno para embalaje. Dan podía oler y saborear el polvo arenoso en el aire.

Una enorme bandera de tela colgaba del centro del techo; era de color blanco viejo con letras negras.

ESTAS ERAN LAS REGLAS COMO SE ESTABLECIERON ORIGINALMENTE:

Primera: el Artista debe escoger un Objeto muy preciado para el difunto.

Segunda: el Artista no debe sentir culpa ni remordimiento por tomarlo.

Tercera, y la más importante: el Objeto no debe tener poder hasta no ser bautizado con sangre; y cuanto más inocente sea la sangre utilizada, más poderoso será el resultado.

Dan se preguntó si eso sería un código de conducta real o solo más tonterías legendarias para mantener asustada a la plebe con la mera *posibilidad* de que los Artistas de Huesos existieran. Pero ya estaban más allá de las posibilidades y, a juzgar por el número de cráneos que Dan había visto en el camino, esta gente no hacía amenazas vanas.

Los estantes que estaban contra las paredes estaban repletos de profundos recipientes de plástico, cada uno marcado con un nombre escrito en enormes letras mayúsculas de imprenta negras. Dan echó un vistazo a los nombres. No conocía la mayoría, pero reconoció algunos.

CRAWFORD, M.

BERKLEY, E.

BERKLEY, R.

BONHEUR, M.

No podía apartar los ojos del que tenía el nombre de su padre. Se sintió hueco, como si lo hubiesen vaciado por dentro. Su voluntad y su ánimo para luchar habían desaparecido.

Un contenedor que decía *BERKLEY, O.* todavía estaba en el suelo, abierto y vacío. Se le ocurrió que debería advertirle a Oliver que irían tras él, pero eso era ridículo.

Nunca saldría vivo de allí.

Y ahora Dan tendría su propio contenedor y partes de su cuerpo serían transformadas y vendidas, y sus dos desafortunados linajes podrían arruinarle la vida a otra persona.

Quizás podía advertirle a Oliver como fantasma, de la misma forma que Micah había intentado advertirle a él.

Pero todavía no era un fantasma, le recordó amablemente su mano con una punzada. Aquí también había más o menos una docena de Artistas de Huesos, que deambulaban por la bóveda, con las máscaras sujetas a sus cinturas. Dan no podía detectar uniformidad entre ellos. Algunos eran jóvenes, otros viejos; había representantes de todas las razas y géneros.

–Tráele algo de comer –decía Finnoway, mientras le chasqueaba los dedos a un hombre que asintió y salió corriendo, siguiendo una pared adyacente. Había algunos pasajes abovedados más bajos que conducían en diferentes direcciones, pero no había forma de saber adónde llevaban.

–Entonces, ¿aquí es donde hacen los talismanes o solo donde organizan todo para ser despachado? –preguntó Dan mientras contemplaba la enorme expansión de la bóveda. Finnoway no intentó evitar que deambulara hacia la pared externa. Se veía casi complacido al notar la expresión de admiración en el rostro de Dan.

–Preferiría no darte una extensa explicación del proceso –respondió–. Sería una pérdida de tiempo, considerando que muy pronto estarás muerto.

Dan tragó saliva.

–¿Y si tuviera algo más valioso para ofrecerle?

–Eso no funciona dos veces –dijo Finnoway–. Ya hiciste un intercambio para subir de categoría. El truco va perdiendo su efecto cuanto más lo utilizas.

Dan se detuvo junto a una de las desordenadas mesas donde había varias cajas de cartón abiertas, con etiquetas en orden alfabético. Dentro de las cajas había cientos y cientos de carpetas, como las que había encontrado en la funeraria. De hecho, esas

podían ser las mismas, trasladadas en pilas. Dan vio lo que parecía ser la carpeta de *Ash*; estaba justo encima con su absurdo garabato en la tapa.

Con la sensación de que ya no tenía nada que perder, sacó la carpeta con su mano izquierda y la abrió.



Capítulo 40

Instantáneamente, oyó el sonido de los pasos de Finnoway que se acercaba, pero el concejal no hizo nada para impedir o interrumpir lo que Dan estaba haciendo.

La carpeta tenía mucho más en su interior aparte de los preparativos para funerales que Dan había encontrado antes. Había notas y mapas, y Dan descubrió copias de los artículos que Maisie Moore le había dado. Incluso había una transcripción de las declaraciones de lo que parecía ser el juicio que finalmente hizo cerrar a Trax Corp. en 1995. El alegato del abogado defensor decía:

Estas acusaciones son absurdas. Trax Corp. y Jacob Finnoway son inocentes. Estos son solo los desvaríos de un fanático ambientalista, un fanático que en la actualidad está evadiendo ser detenido por invasión de la propiedad ajena, y por lo tanto se niega a comparecer ante nosotros para declarar. Simplemente no hay pruebas irrefutables y convincentes de que esta red de narcotráfico "secreta" haya existido alguna vez. Todo lo que tenemos son estas denuncias de conspiración de una periodista que ni siquiera quiere revelar sus fuentes.

Había algo extraño acerca del alegato, pero Dan no lograba descubrir qué era. Algo en el fondo de su mente no cuadraba.

—¿Quién es Jacob? ¿Uno de tus alias?

—Mi hermano —respondió Finnoway sin darle importancia—. La bruja de tu madre le arruinó la vida.

Dan dejó caer los papeles que tenía en la mano, sin que le importara que cayeran revueltos y desordenados. Había docenas y docenas de fotos de sus padres que, obviamente, habían sido tomadas de lejos, con un teleobjetivo espía, sin que se dieran cuenta.

—Desearía poder decir que lo siento.

Su madre se había topado con el vínculo que existía entre Trax Corp. y Brookline, aunque hubiese llegado muchos años tarde para detener los experimentos del director. Si solo hubiese sabido que la propia Trax Corp. era una fachada, tal vez seguiría viva. Por supuesto, pensó sombríamente, él también había decidido investigar a fondo la historia y, aunque estaba pagando el precio por no aprender de sus errores, lo consolaba saber que había una parte de su legado de la que estaba *orgulloso*. La parte a la que le importaba descubrir la verdad.

—¿Algo te parece gracioso? —preguntó Finnoway, acercándose más.

—No lo entendería —murmuró. Dan estudió al Artífice. Se veía tan absolutamente seguro de su victoria que eso solo hacía que quisiera aún más encontrar alguna forma

de ser más astuto que él.

Suspiró, derrotado, y volvió a centrar su atención en la carpeta. Levantó una foto de sus padres abrazados bajo un paraguas. La ciudad que estaba detrás de ellos era un manchón gris y café oscuro. Era imposible saber dónde se encontraban, pero sus rostros estaban enfocados. Evelyn estaba apoyada contra su padre, con la cabeza debajo del mentón de Marcus.

Finnoway había comenzado a parlotear otra vez, hablaba con el Artista de Huesos que había regresado con la comida, pero Dan no estaba prestando atención. Estaba distraído observando un diminuto escudo brillante en la chaqueta de su madre, rojo y blanco, como un minúsculo faro.

DUCATI.

El corazón le saltó hasta la garganta. Caminó deprisa hacia el otro extremo de la bóveda, haciendo caso omiso del emparedado y el refresco que le habían dejado sobre una pequeña mesa plegable en el centro del salón. Finnoway lo observó con los brazos cruzados y sonrió un poco cuando Dan pasó junto a él, adivinando exactamente hacia dónde se dirigía.

—¿Quieres que te lo baje? Puedes despedirte de tu padre en persona.

Dan hizo todo lo posible por ignorar el dolor que le había causado ese comentario cruel.

—Mi padre... Solo mi padre. ¿Por qué no está aquí el contenedor de mi madre?

La sonrisa serena y encantadora de Finnoway flaqueó. Fue un instante y trató de disimularlo, pero Dan lo vio. El concejal descruzó los brazos y se metió las manos en los bolsillos.

—Su auto cayó a un río. La corriente arrastró su cuerpo.

—Entonces no lo tiene —afirmó Dan para provocarlo.

Regresó hacia la mesa, se sentó en el banco que le habían provisto y se obligó a darle un mordisco al bocado. Podría haber un momento, pronto, en el que necesitara su fuerza. Mientras masticaba, tragaba y abría el refresco, cruzó las piernas y jugó la única carta que le quedaba.

—No tiene el contenedor de mi madre —dijo con firmeza—, porque todavía está viva.



Capítulo 4-1

Dan esperó hasta que la risa incrédula de Finnoway se apagara, antes de agregar en voz baja:

–Quiero hacer un intercambio para subir de categoría. Otra vez.

–¿Con qué? ¿Qué podrías tener que yo pueda querer?

Los Artistas de Huesos que deambulaban por la bóveda poco a poco dejaron lo que estaban haciendo y volcaron su atención hacia Finnoway y Dan. Uno de ellos dejó sobre su mesa un pequeño taladro y sacudió el polvo de los huesos de sus manos enguantadas antes de volverse para escuchar.

Dan le dio otro mordisco al emparedado y lo acompañó con un trago de refresco.

–Todavía está viva –repitió–, y yo sé dónde encontrarla.

Se había dado cuenta de qué era lo que no cuadraba acerca de las declaraciones del juicio. Maisie Moore le había dicho que sus padres habían muerto apenas una semana después del juicio que hizo que cerraran Trax Corp. Fue el mismo año que quebró el *Whistle*, 1995. Pero Dan no había nacido hasta 1996.

Y esa motocicleta. La chaqueta Ducati. La persona que los había estado siguiendo por todo el país no estaba tomando fotografías para Finnoway. Era Evie y ahora Dan lo sabía. Pero no tenía forma de probarle a Finnoway que la había visto. Y si pudiese probarlo –si jugase esa carta e intercambiara su deuda por la de ella– significaría que su madre, que había evadido a los Artistas de Huesos durante tantos años, podría finalmente ser capturada.

Tenía que correr ese riesgo. Ella lo había abandonado todos esos años. En realidad, estaba pagando dos deudas en una. Dudó en usar la palabra *merecer* en este caso, pero tal vez ella realmente mereciera algún tipo de escarmiento por abandonarlo al destino que fuera que lo esperaba con las familias del sistema de adopción. Claro que Dan había tenido suerte con Sandy y Paul, pero solo después de años de que lo hicieran sentir que nadie lo quería. Y si Paul y Sandy no lo hubiesen acogido, bueno, ella podría haberlo condenado a una vida mucho más difícil y solitaria. Además, parecía ser capaz de cuidarse sola. Podía ser que Finnoway no la atrapara, dado el talento de su madre para la evasión.

Para el abandono...

–Nos ha estado siguiendo a mí y a mis amigos durante días. La he visto al menos cuatro veces hasta ahora. Incluso la vi hoy.

Eso borró del todo la sonrisa del rostro de Finnoway. Dio tres amenazadores pasos

hacia Dan y se inclinó sobre él con su altura y su rostro frío y cincelado.

–¿Y qué clase de intercambio sería ese?

Tragar le resultó todo un desafío, en especial porque detestaba lo que iba a decir a continuación. Él iba a correr el riesgo y ella también.

–Si le muestro dónde encontrarla, aceptará dejar de perseguirme. Me libraré de esa acusación falsa de homicidio y también dejaré en paz a mis amigos.

Podía ver que el Artífice estaba considerando sus opciones mientras se mordía el interior de la mejilla y sus ojos verdes y brillantes escudriñaban el rostro de Dan en busca de la verdad.

–Estás tratando de engañarme –dijo finalmente Finnoway.

–Si estuviera muerta, la tendría aquí –respondió Dan–. Ha estado intentando ponerse en contacto conmigo. Solo que no me había dado cuenta hasta ahora.

La atmósfera se volvió helada. Nadie se movió ni habló. La mano de Dan ardía de dolor. Podía oír el suave goteo de un grifo distante que contaba uno por uno los segundos hasta que Finnoway tomara una decisión.

–¿Dónde está?

Dan terminó el emparedado e inhaló con dificultad. Había acertado: su madre era un premio mayor que la sangre del director. Claro que Dan era su hijo, pero él no había arruinado el negocio familiar ni la vida de Jacob Finnoway y, al parecer, la fuerza del rencor se antepone al valor del ADN de Dan.

–¡Dímelo ahora mismo! –rugió Finnoway en la cara de Dan. Su fachada se desmoronó por un instante, pero enseguida se recompuso, y se inclinó hacia atrás mientras se estiraba la corbata–. Muy bien, Daniel, estamos negociando. Entonces, ofrece.

Tiempo. Había ganado tiempo. No estaba muy seguro del precio, pero podía preocuparse por eso después. Si seguía vivo.

No sabía si confiaba en que Oliver, sus amigos o su madre teóricamente viva lo salvaran. Pero estaba desesperado y sus probabilidades afuera eran mejores que ahí abajo. *Sí* confiaba en el plan de Abby. Al menos, aunque no sobreviviera, un nuevo plantel de periodistas se alzaría para tratar de erradicar a los Artistas de Huesos.

–Lléveme arriba. Quiero ver a mis amigos y decirles que estoy bien, luego lo llevaré con ella. No necesita quitarme las esposas. No escaparé.

Finnoway le gruñó en la cara.

–Quizás te subestimé. ¿Serías capaz de vender a tu propia madre?

Dan asintió, despacio, intentando que no le temblara el mentón.

–Ella me abandonó. Desapareció todo este tiempo y yo no sabía si estaba muerta o si simplemente no me quería. Pero ahora ya no importa. Elijo a mis nuevos padres y

elijo a mis amigos. Elijo la familia que formé. Me elijo a mí.

Capítulo 42

Dan nunca se había sentido tan aliviado de ver el sol en toda su vida. Ahí estaba, solo unos rayos que se asomaban por debajo de la última puerta hacia la libertad y lo llenaban de esperanza. Incluso si sobrevivía, quedaba el pequeño, pequeñísimo asunto de que enfrentaba una acusación por homicidio con toda la evidencia en su contra.

Pero, por el momento, estaba vivo. Y después de todo, en el fondo confiaba en que sus amigos no lo abandonarían a su suerte.

El callejón, húmedo y maloliente, era un bienvenido alivio tras el ambiente sofocante de la Catacumba de los Artistas de Huesos. Dan miró hacia la calle Rampart y vio que el Rolls-Royce de Finnoway ya estaba ahí, en marcha, esperándolos. Miró con desesperación en la dirección opuesta pero la motocicleta ya no estaba. Pasaría a la siguiente etapa de su desesperada improvisación.

Las dos asistentes estaban junto al auto, listas para interceptar a Dan y evitar que pudiera intentar huir.

—Si estás mintiendo —le susurró Finnoway al oído mientras se aferraba con fuerza a su espalda—, te mantendré despierto mientras te extraigo los huesos, uno por uno, comenzando con el resto de tus dedos.

Dan se encogió.

Finnoway rio entre dientes y arreó a Dan hacia el asiento trasero del auto.

—Quizás deje que Briony se encargue.

El auto bloqueaba la entrada al callejón y si Dan no entraba pronto, las asistentes probablemente lo meterían por la fuerza. No creía que esas señoritas dudaran en usar las armas cuyos contornos Dan podía ver delineados bajo sus chaquetas. Echó un vistazo hacia la acera que estaba del otro lado del auto y a la cafetería que había visto la otra noche, con la esperanza de que alguien lo observara y notara que algo extraño estaba sucediendo.

Vamos, por favor... Que haya alguien, por favor.

Pero no había nadie. Se quedó sin fuerzas mientras luchaba por pensar cómo saldría de esa.

—¡Dan!

Se le detuvo el corazón y clavó los talones en el pavimento. Giró rápidamente la cabeza y vio a Abby y a Jordan que corrían hacia el Rolls-Royce desde el otro lado de la calle. Sonó un claxon y ambos se tambalearon hacia atrás, esquivando por poco un

camión que pasó a gran velocidad. Dan notó que Finnoway soltaba las esposas y luego sintió que le clavaba el cañón duro y redondo de un arma en la parte baja de la espalda.

–Diles que se den vuelta y se vayan, o dispararé. Tiene silenciador y tu cuerpo estará dentro del auto y lejos de aquí antes de que nadie lo note –le advirtió Finnoway con una mano apoyada sobre el hombro de Dan y la otra clavándole el arma en la espalda.

Dan abrió la boca para gritarles a sus amigos, pero un estallido y un estruendo cortaron el aire, tan fuertes que resonaron por encima de los ruidos de la ciudad. Una bala se enterró en los ladrillos del edificio que estaba a su izquierda. Dan intentó seguir el sonido y levantó la mirada de donde estaban Abby y Jordan hacia el techo del edificio, donde estaba la cafetería. La silueta de un joven resplandecía contra las pálidas nubes de la tarde. Oliver y su rifle. Así que estaba decidido a cumplir su promesa. Todos sus amigos habían venido a buscarlo.

Dan no veía a Sabrina, pero tenía el presentimiento de que estaba en algún lado, escondida, y esperaba que estuviera armada con algo más que el bate de béisbol.

Todos iremos a la cárcel, pensó enloquecido, entusiasmado, mientras imaginaba las patrullas que llegarían en cualquier momento en respuesta al disparo. La funeraria ya estaba en el radar de la policía por el supuesto robo. Dan sacudió la cabeza para darle la señal a Oliver de que se detuviera antes de que Finnoway acabara con él.

–¡Solo dense la vuelta! –les gritó a sus amigos y se quedó inmóvil cuando oyó que Finnoway amartillaba el arma que estaba presionada contra su espalda. ¡No se acerquen más! ¡Díganle a Oliver que no dispare!

Una multitud comenzó a reunirse en la cafetería que estaba al otro lado de la calle. Dan podía ver los rostros asustados que se apoyaban contra la ventana, algunos de los clientes estaban hablando por celular o abrazándose.

Jordan y Abby vacilaron en la mitad de la calle, entonces parecieron notar la desesperación de Dan y retrocedieron con cuidado hacia la acera. Solo los separaba una calle, pero no podrían haber estado más alejados. Dan se quedó inmóvil, indefenso. Si la policía no llegaba *en ese preciso momento*, no sabía cómo podrían salir todos vivos de eso.

Pero si alguno de ellos iba a morir, debería ser *él*. Había hablado en serio en la Catacumba. Jordan y Abby realmente eran como su familia, pero el vínculo era más profundo, porque eran la familia que él había elegido. Y si moría en ese momento, todas esas personas de la cafetería verían a Finnoway perder los estribos y sería un desastre demasiado grande y demasiado complicado como para encubrirlo.

–Entra al auto –vociferó Finnoway y le clavó el arma con más fuerza en la espalda.

Dan se movió lentamente mientras veía aparecer en el techo junto a Oliver una

sombra que luego tomó forma. Incluso desde donde estaba, Dan pudo divisar el contorno espantoso de una máscara de conejo.

–¡No! –gritó Dan–. ¡Oliver! –se volvió para enfrentar a Finnoway como pudo–. ¡Usted dijo que nadie saldría herido! ¡Le dije que dejara en paz a mis amigos!

El rostro del Artífice comenzó a sudar visiblemente y su apariencia serena se hizo añicos. Soltó una risa ronca y empujó nuevamente a Dan.

–Mentí.

Capítulo 43

Dan nunca había visto a nadie caer de esa forma: lentamente al principio pero luego, de repente, cobró velocidad y descendió tan rápido hacia el suelo que casi no había habido tiempo para parpadear entre la caída y el impacto.

Alguien gritó, una mujer, y Dan dejó de sentir los brazos y la espalda. Sabía que el arma estaba ahí, lista para ser disparada, y sabía que Oliver acababa de caer tres pisos hasta el pavimento. Oyó el grito y el crujido seco que hizo su cuerpo al chocar contra el suelo, pero ninguna otra cosa parecía real ni importante en ese momento.

Dan empujó a Finnoway con todo su cuerpo, inclinando la cabeza para golpearlo en el esternón. Algo se rompió bajo su cráneo, no sus huesos sino los de Finnoway, y oyó el *clac-clac* del arma al rozar los adoquines. Alguien estaba gritando otra vez y Dan sintió el sudor de Finnoway que se deslizaba sobre su piel mientras empujaba y empujaba.

Sintió una explosión de dolor en la espalda, una y otra vez. Pero hizo caso omiso y se levantó para abalanzarse nuevamente contra el Artífice. Estaba ciego, loco, pero quizás eso era lo que necesitaba en ese momento.

Dan se desplomó junto con Finnoway, primero contra el capó del auto y luego sobre la calle. Los golpes en su espalda se detuvieron, pero ahora sentía que lo empezaba a invadir el dolor. Estaba de rodillas, medio enredado con Finnoway, que le arañaba la espalda para quitárselo de encima. Dan no se sentía fuerte, pero estaba desesperado y los gritos constantes y la sangre que corría con fuerza en sus oídos intensificaban esa sensación. Trató de golpear a Finnoway contra el pavimento. Ya no tenía un plan, ni una razón, solo unas terribles ansias de ver cómo el cráneo de ese desgraciado se abría contra el suelo. Logró clavarle la rodilla en el estómago, y Finnoway resopló sorprendido al mismo tiempo que la voz de Abby atravesó el estruendo en los oídos de Dan.

Oyó el sonido furioso y metálico de un motor a la distancia.

—¡Dan! ¡Dan, cuidado! ¡*Muévete!*

Levantó la mirada de la camisa arrugada y sucia de Finnoway y vio la luz brillante de una motocicleta que se dirigía a toda velocidad hacia ellos. El resto de la motocicleta era negra. Esa única luz se acercaba velozmente hacia ellos sobre una ráfaga de acero negro.

Finnoway aprovechó la oportunidad para arrojar a Dan contra el suelo y sujetarlo con fuerza. Sacó un cuchillo y su rostro se veía como una máscara terrible de muchos

años de ira acumulada.

Intentó clavárselo, pero Dan rodó con fuerza a la izquierda, hacia la acera donde estaban Abby y Jordan. Todavía lo arrastraba ese impulso cuando oyó el rápido *pop-pop* que hicieron los neumáticos de la motocicleta al chocar contra un cuerpo, y el grito ahogado, agudo y colectivo de todas las personas que estaban en la calle.

No quería darse vuelta para ver lo que quedaba de Finnoway. Eso no era algo que quisiera llevar en su memoria. El dolor aumentó en serio ahora y todo su cuerpo se contrajo con un espasmo por los golpes que había recibido. Abby y Jordan lo levantaron de la alcantarilla y lo sostuvieron de rodillas en el aire lo suficiente como para que Dan le sonriera débilmente a quien conducía la motocicleta, que desapareció tras una explosión de humo del motor.

—¿Dan? ¿Puedes oírme? ¿Dan? —Abby lo sacudió bruscamente, pero él se estaba desvaneciendo.

»¿Dan? Llamen a una ambulancia. ¡Dan! Por favor, alguien que nos ayude...

Capítulo 44

Una mano pequeña y suave sujetaba la suya y la apretaba para devolverle la vida. Dan parpadeó una vez, dos veces, y dejó que la neblina blanco azulada de la habitación de hospital se fuese volviendo cada vez más nítida. Su cabeza cayó con suavidad hacia la derecha, sostenida por una almohada celestialmente suave, y allí encontró a Abby, acurrucada contra la cama, sosteniendo su mano. Su mano derecha. Tragó saliva al ver que le habían quitado parte de las vendas y que eso hacía que el contorno del dedo que le faltaba fuera más visible.

—¿Voy a ir a la cárcel? —preguntó casi sin voz.

Eso provocó una risa aliviada del trío que estaba alrededor de su cama. El tío Steve se encontraba a sus pies, ya sin la bata y las pantuflas, y se veía saludable a excepción de algunos magullones descoloridos.

—Finnoway estaba agitando un arma en medio de la calle como un lunático mientras uno de sus secuaces arrojaba a un adolescente del techo. Eso no es algo que se pueda encubrir con un par de sobornos —dijo Steve, guiñando un ojo—. Pero creo que tú ya sabías eso, ¿no?

—Tenía un buen presentimiento —susurró Dan—. Pero lo de la motocicleta fue un buen detalle.

—Fue un caso de atropello y fuga —explicó Jordan mientras negaba con la cabeza, incrédulo—. No sé si existen los casos *afortunados* de atropello y fuga, pero bienvenido sea.

—¿Cómo supieron dónde encontrarme? —preguntó Dan—. Creí que todos estarían en la estación de policía.

—Fue gracias al *Metairie Daily* —aclaró Abby—, aunque parezca mentira. Cuando los llamé presa del pánico, creyeron que estaba loca. Pero poco después, recibieron una llamada anónima de una “fuente confiable” que les dijo que nos llamaran y que te habían llevado al sótano de la vieja funeraria. Fuimos lo más rápido que pudimos.

Gracias, mamá.

—La policía llevó a cabo una redada en el edificio —le contó Abby mientras le acariciaba suavemente la mano—. No sé si los Artistas de Huesos desaparecieron para siempre, pero estoy segura de que la historia aparecerá pronto en los periódicos. Apuesto a que los compañeros de trabajo de Maisie están ansiosos por llevar un poco de paz a su memoria. Y el propio Finnoway está muerto.

—¿Y Oliver? —Dan se preparó para la respuesta. Ni sabía si era siquiera posible

sobrevivir a una caída así.

–No están seguros de si volverá a caminar –explicó Jordan, apoyándose contra la cama detrás de Abby–. Una vez más, no sé si lo llamaría suerte, pero...

–Creo que me alegro de que esté vivo –Dan asintió y se dio cuenta de que la sensación de ingravidez que sentía en todo el cuerpo era producto de la vía endovenosa colocada en su brazo. Tenía el presentimiento de que cuando ya no la tuviera, la espalda iba a dolerle durante semanas y semanas–. ¿En serio no voy a ir a la cárcel?

Había una parte de él que no podía creerlo. No *creía* que fuera capaz de cometer un homicidio, pero la trampa que Finnoway había preparado era tan incuestionable –y la mente de Dan había estado tan dispersa últimamente– que hubo un momento en que incluso él mismo creyó que había asesinado a Tamsin.

–Algunos de sus *empleados* estaban ansiosos por delatarlo y evitar que los acusaran de ser cómplices de sus crímenes –dijo el tío Steve apoyado contra el marco metálico de la cama–. Ya veremos cuánto tiempo le lleva a la policía descubrir hasta dónde llegaba la influencia de Finnoway, pero al parecer ya había hecho este tipo de cosas antes.

Dan se estremeció al recordar el horrible frío de esa oscura sala de interrogatorios y el sonido de los dientes al caer sobre la mesa metálica.

–Lamento haberles arruinado el viaje y... espero no haberte complicado demasiado las cosas aquí, Jordan –murmuró Dan mientras intentaba apretarle la mano a Abby. Los fármacos que corrían por sus venas le daban la sensación de que sus extremidades estaban desconectadas de su cuerpo, pero vio que sus dedos se cerraban alrededor de los de ella. Sus amigos parecían no haber dormido durante días, tenían ojeras que oscurecían la piel debajo de sus ojos.

Aun así, Jordan logró sonreír con los brazos apoyados sobre el colchón y su cabeza descansando sobre ellos.

–Todavía les quedan algunos días. Una vez que puedas levantarte, probablemente podamos aprovechar un par de horas de diversión. Y todavía necesito ayuda para armar mi habitación. Y hay como mil videojuegos de Xbox con los que te tienes que poner al día.

Dan negó lentamente con la cabeza y observó primero a Jordan, luego a Abby y finalmente bajó la mirada hacia su mano vendada.

–No, creo que necesito regresar a casa lo antes posible. Les debo explicaciones a Paul y a Sandy... acerca de muchas cosas –hizo una pausa para disfrutar de la sensación de liviandad que mantenía el dolor a raya. Por un momento, todo estaba bastante bien y quería recordar ese sentimiento–. Gracias por volver a buscarme –

agregó.

–No sé qué hubiésemos hecho sin esa “fuente confiable”, Dan –continuó Abby, entrelazando sus dedos con los de él–, pero hubiésemos hecho *algo*.

–Lo sé –susurró mientras se hundía contra las almohadas y sentía que comenzaba a alejarse–. Gracias.

Epílogo

La universidad era como un fragmento de historia y encanto del Viejo Mundo. El campus y el vecindario que lo rodeaban daban la impresión de ser de un tiempo pasado; pero a solo treinta minutos en tren se encontraba el bullicio de Chicago, rápido y sucio, para arrancarlo de la burbuja académica. A Dan le agradaba mucho la sensación de que, aunque el campus fuese antiguo, algo nuevo siempre se encontraba a tiro de piedra.

No tenía nada que ver con la universidad de New Hampshire, escondida en esa pequeña ciudad en la cima de una colina, aislada y solitaria. Aquí podía ver cómo cambiaban los colores con las estaciones, caminar bajo antiguos arcos de piedra y conseguir la mejor sopa de fideos que un chico pudiera desear.

Y eso estaba haciendo, quizás demasiado. Pero aumentar un poco de peso ayudaría mucho a que Paul y Sandy no se preocupasen tanto. Había considerado inscribirse en un gimnasio, pensando que podría impresionar a Abby si cuando fuese a visitarla se viera más como un futbolista que como un mondadientes.

Había adoptado la costumbre de llevar una manta y su mochila al jardín, para estudiar. Estar al aire libre rodeado del follaje y los árboles que iban cambiando de verdes a dorados le recordaba las mejores partes del CPNH. A veces, deseaba que Abby y Jordan estuviesen allí con él, y caminaran juntos a clase como lo habían hecho alguna vez, mientras Jordan se burlaba de él por su ropa irremediabilmente fea y Abby intentaba evitar que se pelearan en serio.

Al menos pronto podría mostrarle a Abby un poco de su vida en Chicago. Ya era el preferido de su clase de Historia, algo de lo que no quería presumir, pero que sabía que Abby había captado durante sus conversaciones por Skype. Un amigo de la familia la había invitado a unirse a una comunidad artística en Minnesota durante un semestre, lo cual encajaba muy bien con su idea de tomarse un año para dedicarse a catalogar sus aventuras en un ensayo fotográfico que sería exhibido en una pequeña galería durante la primavera. Quería que Dan fuese a Nueva York a visitarla durante las vacaciones de invierno, pero lograr que Paul y Sandy estuviesen de acuerdo con eso resultaría, cuando menos, muy difícil.

Ya sabían todo ahora. Para bien o para mal, sabían todo. A la larga, eso había facilitado un poco las cosas y, después de las lágrimas y la confusión y las prolongadas charlas hasta muy entrada la noche, Dan sentía que se había quitado un peso de encima. Ya sabían y no tenía que mentirles acerca de su dedo o acerca de quiénes

habían sido sus padres biológicos o acerca de lo que había visto en la universidad de New Hampshire... Había sido la última prueba de su amor por él y todavía lo asombraba que la hubiesen superado con honores.

El teléfono de Dan sonó sobre la manta a cuadros. Lo tomó y se hundió más en su bufanda para protegerse del viento gélido que provenía del lago Michigan.

Hola, ñoño, ¿vas a MSP por el receso de otoño? Deberías. Voy a visitar a Abs y después me voy a NYC. Cal quiere obligarme a ir a una estúpida obra. Es de lo peor. Ven a visitarme, te extraño.

Sonrió al leer el mensaje y lamentó no poder ir a ver a Cal y Jordan en acción. Al parecer, estaban intentando tener una relación a larga distancia (generalmente a través de videojuegos) y les estaba yendo muy bien.

Oliver y Sabrina siguieron en contacto, pero solo ocasionalmente. A los tres los alegró descubrir que una vez que los restos de Micah fueron recuperados de la funeraria y enterrados adecuadamente, los mensajes habían dejado de llegar. Seguían sin poder ponerse de acuerdo acerca de si había sido el fantasma de Micah o alguna clase de hacker omnisciente pero, en definitiva, Dan decidió que no importaba. Le habían llevado paz a su espíritu.

Dan dormía mejor. Soñaba mejor. Aunque de vez en cuando alguna imagen del último año regresaba para atormentarlo, pero para eso servía la terapia. Mucha, mucha, mucha terapia.

Le envió sus disculpas a Jordan y prometió visitarlo pronto, aunque no sabía exactamente cuándo.

El viento volvió a cruzar el parque, haciendo que quienes habían salido a pasear a sus perros se asustaran por el frío y regresaran a sus casas. Dan miró hacia el lago por un instante y luego comenzó a guardar sus cosas. Prefería terminar de estudiar adentro, en un lugar cálido. Metió sus libros dentro de la mochila de lona y se puso de pie; dobló la manta y también la metió en la mochila. El celular se le cayó de las manos y rebotó contra el césped.

–Aquí tienes.

Casi se golpeó la cabeza con la de una mujer. El viento hacía volar su cabello pelirrojo, tapándole la cara. Tomó el celular con una mano cubierta por un guante de lana blanco, se levantó y se quedó mirando el rostro de Dan con una expresión extraña. Él sintió que un temblor le recorría todo el cuerpo, desde la nariz hasta los dedos de los pies. Conocía el rostro de esa mujer y se le entumeció la mano cuando la abrió para tomar el celular.

–Hola, Daniel –dijo ella en voz baja, con timidez. Se quitó el cabello encendido del rostro y lo metió detrás de sus orejas enrojecidas por el frío. Sus ojos eran de un azul muy pálido y tenía un casco negro de motocicleta bajo un brazo.

–*Mamá* –probó decir la palabra. Sonaba diferente cuando se la decía a ella, vacilante pero también aliviado–. Tú...

Dan abrazó la mochila contra su pecho, sintiéndose pequeño y aterrado.

–Sabes por qué tuve que mantenerme alejada, ¿no? Entiendes... –la voz de Evelyn Ash se fue apagando y apretó los labios con fuerza–. No estoy aquí para interferir con tu vida. Has hecho un extraordinario trabajo por tu cuenta hasta ahora. No gracias a mí.

–No estaba por mi cuenta –dijo en tono defensivo, pero no podía mantener ese tono distante. Quería hacerle tantas preguntas, preguntar y preguntar hasta despojarse de todas las dudas que había acumulado durante dieciocho años.

Se preguntó si quizás le debía alguna clase de disculpa por utilizarla para negociar con Finnoway. Pero había tenido razón, ¿no? Ella podía cuidarse sola y lo hizo, eliminando para siempre al Artífice.

Eso era algo por lo que podía estar agradecido, aunque parte de él quisiera gritarle, castigarla de alguna forma por abandonarlo como lo hizo.

–No, por supuesto que no. Y, bueno, si quieres que me vaya y nunca regrese, lo haré –una lágrima se le escapó de uno de sus ojos y ella la limpió con impaciencia–. Sabe Dios que lo he hecho antes. Pero no quería hacerlo, Daniel.

–Generalmente, prefiero que me digan Dan –murmuró.

–Dan –respondió su madre lentamente, como probando el nombre–. ¿Crees que podría caminar contigo? ¿Solo un ratito? Me iré si me lo pides.

–¡No! –exclamó Dan demasiado rápido. Ahora que la tenía frente a él, bien, los deseos de gritarle no eran tan fuertes como sus ganas de conocerla. De quererla. Había tomado decisiones difíciles, pero ¿no lo había hecho también él? Por sus amigos, por sí mismo–. Es decir, sí, caminemos. Por aquí –Dan señaló el sendero que llevaba a su residencia–. Sabía que eras tú –dijo después de un rato–. ¿*La fuente confiable?* ¿*La motocicleta?* No estaba seguro de si seguirías ahí cuando salimos a la calle, pero sabía que eras tú.

–No me sorprende. Se nota que eres muy inteligente. ¿Cómo te diste cuenta?

Caminaban lentamente. Dan no estaba ansioso por llegar demasiado rápido. Esa bien podía ser la primera y la última vez que se vieran, pensó; siempre existía la posibilidad de que desapareciera nuevamente.

–Había una foto tuya con papá en el sótano de Finnoway. Llevabas puesta una chaqueta de motociclista. Y reconocí el escudo.

–Todos los días deseaba poder ponerme en contacto contigo –susurró Evelyn, con un suspiro tembloroso–. No podía arriesgarme. Pero cuando me enteré de que ibas a ir a Nueva Orleans, a *su* dominio...

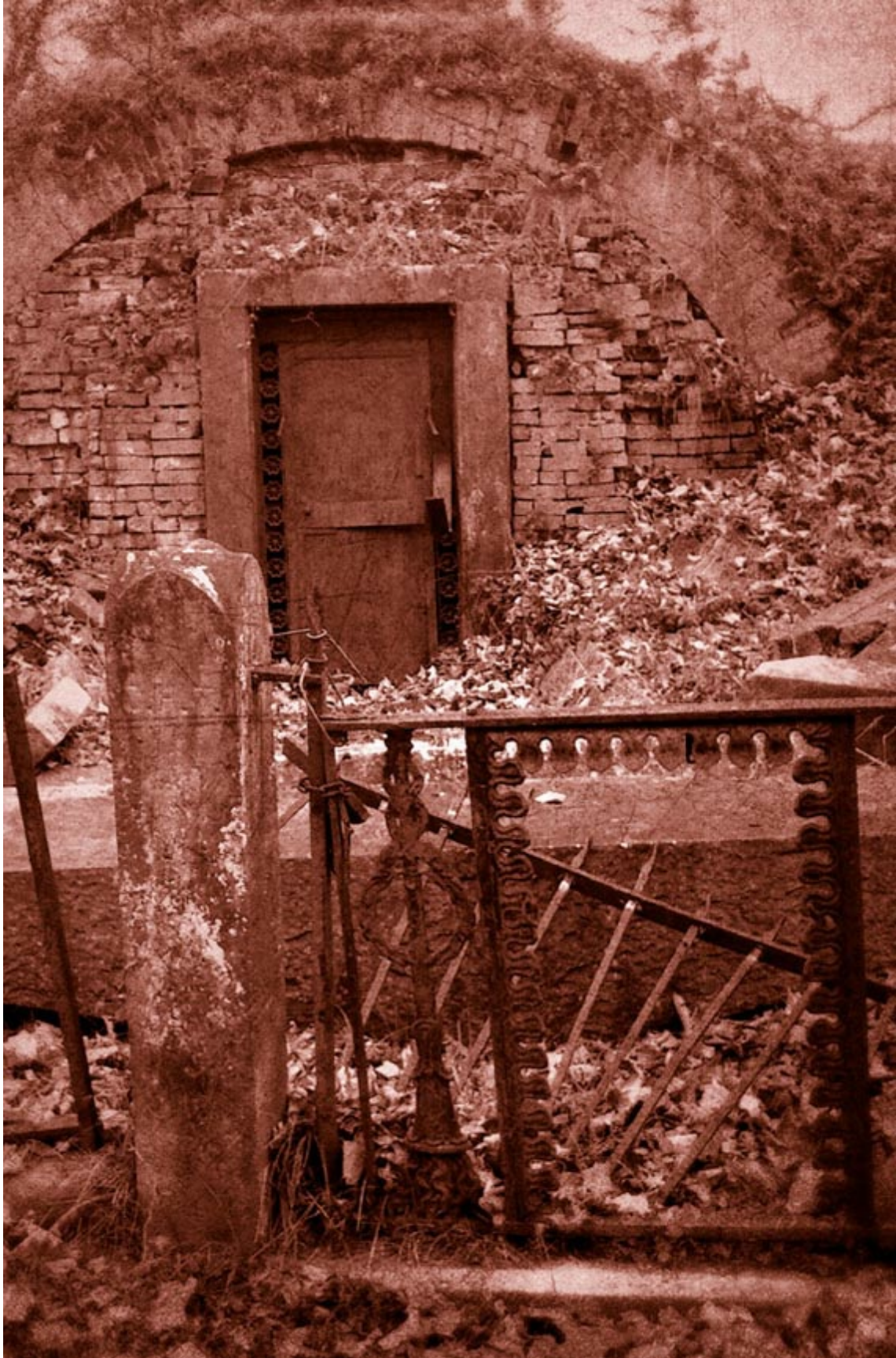
–Tú fuiste quien me sacó de la clínica de Finnoway también, ¿no es así? La buena samaritana –agregó Dan–. Él no sabía que eras tú porque te dejaste puesto el casco.

–Como dije, inteligente –sonrió, pero luego fijó la vista en la mano de Dan y su sonrisa se esfumó.

–Apuesto a que se sintió bien atropellar a ese idiota –murmuró Dan.

–No tienes *ni* idea.

–Sí –respondió él con una risa irónica y echó un vistazo a su mano–. Un poco sí.



Llegaron a la residencia demasiado pronto y se detuvieron bajo uno de los arcos amarillentos que tenía ondas ornamentadas talladas.

—Esta es mi residencia —explicó Dan mientras hundía la punta de su zapato en el suelo y buscaba algo profundo que decir—. ¿Podemos... podemos hacer esto otra vez quizás? No sé si te estás quedando en la ciudad o qué, pero... me gustaría verte otra vez. Conocerte. Saber de papá.

—Claro, sí, a Marcus... Cielos. Eres tan parecido a él —dijo ella dulcemente y estiró el brazo para acariciarle el pelo. Entonces Evelyn se volvió e inclinó un poco la cabeza mientras se metía un mechón de cabello rojo detrás de la oreja. Lo saludó con la mano y empezó a caminar de vuelta por el sendero—. Cuídate, Dan. Nos veremos muy pronto.

Agradecimientos

En primer lugar, debo agradecer al sacrificado Andrew Harwell, mi editor, que siempre está dispuesto a escucharme pacientemente mientras analizo ideas locas de argumentos y posibilidades disparatadas. Él hace que lo que escribo sea mejor, más claro y más aterrador, y por eso voy a estarle eternamente agradecida. También quiero agradecer el gran aporte de Kate McKean, que es la agente más paciente, comprensiva y realista que se puede tener. El equipo de Harper siempre se supera con el hermoso diseño y las fotos, y son responsables en gran medida de la atmósfera de estos libros.

A mi familia y amigos, que escuchan mis quejas, mis gemidos y mis miedos, gracias por creer en mí y darme su apoyo. Soy sumamente afortunada de tener el respaldo de un equipo tan increíble. Mamá, Pops, Nick, Tristan, Julie, Gwen y Dom, no puedo darles las gracias con la frecuencia ni la intensidad suficientes por confiar en mí y en lo que escribo. A Michelle, gracias por ser una influencia tan extraordinaria y mi mentora: hiciste que algunas de las partes más horribles de este año fueran tolerables. A Steve, Kai y Katie, gracias por sacarme de casa y por asegurarse de que no muriera de hambre ni me volviera demasiado loca por el encierro.

Y por último, debo agradecer a los lectores y fans que han hecho un éxito de *Asylum*. Sus demostraciones de amor e interés me llenan de humildad constantemente y tengo que pellizcarme todos los días para lograr que algo de esto tenga sentido.

Las imágenes de este libro son ilustraciones fotográficas creadas especialmente por Faceout Studio y presentan fotografías reales encontradas de Nueva Orleans.

PÁGINA	TÍTULO	DE LA COLECCIÓN DE
1, 5	Chica fantasma	Eva van Oosten / Trevillion Images
3	Máscara sobre reja de hierro	TravisPhotoWorks / Thinkstock.com
10	Cerca y árboles en la neblina	Jens_Lambert_Phography / istockphoto.com
11	Casa con grafiti	tyalexanderphotography / Thinkstock.com
12	Reja de cementerio	bttoro / istockphoto.com
24	Mujer conduciendo un vehículo	Tana Teel / Stocksy.com
33	Hombre con auto antiguo	Jupiterimages / Thinkstock.com
40	Propietario en su tienda	Jupiterimages / Thinkstock.com
46, 55	Escuela Arlington	John Morse / Bham Wiki
75	Árbol en cementerio	Kefca / Shutterstock.com
77	Rostro gritando	Heartland Arts / Shutterstock.com
78	Huesos en tierra	spxChrome / istockphoto.com
81	Personas alrededor de una mesa	Brand X Pictures / Thinkstock.com
88	Hombres sentados afuera de una tienda	Photos.com / Shutterstock.com
91, 217	Máscara de zorro	Stokkete / Shutterstock.com

91, 217	Máscara de cerdo	Christopher Oates / Shutterstock.com
91, 217	Máscara de conejo	Celiafoto / Shutterstock.com
91, 217	Hombres de pie frente a una pared de ladrillos	shironosov/Thinkstock.com
92	Máscaras de gato	Photography / Veer.com
93	Soldados de la Guerra Civil sentados	Everett Historical / Shutterstock.com
	Soldados de la Guerra Civil afuera de una tienda	Thinkstock.com
	Marco en una pared	LiuSol / Thinkstock.com
95	Papel rasgado	STILLFX / Shutterstock.com
116	Máscaras con picos largos	VanessaGF / Thinkstock.com
118	Álbum de fotos	bgwalker / istockphoto.com
122	Cabezas de caimán embalsamadas	WMI Photography / Veer.com
124	Máscaras de Mardi Gras	jojobob / Thinkstock.com
134	Hombre frente a la vidriera de una tienda	Brand X Pictures / Thinkstock.com
135	Cabezas de maniquí	huseyintuncer / istockphoto.com
136	Chucherías extrañas	MURAT SENEL / Thinkstock.com
147	Hombre enmascarado en una puerta	Dimitris Kolyris / Thinkstock.com

167	Pareja en foto	Zurijeta / Shutterstock.com
179	Montón de cráneos	Marco Klahold / Stocksy.com
209	Conjunto de hombres con martillos	Jupiterimages / Thinkstock.com
215	Una sesión de espiritismo	National Media Museum / Wikimedia Commons
226	Pila de cráneos	Micky Wiswedel / Stocksy.com
254	Pareja sentada junto a vehículo antiguo	CaseyHillPhoto / istockphoto.com
257	Estatua en exterior	jbd30 / Shutterstock.com
279	Máscara dimensional	Ablestock.com / Thinkstock.com
285	Dientes ensangrentados	Rpsycho / istockphoto.com kilukilu / Shutterstock.com
295	Cráneos apilados	waggers33 / istockphoto.com
301	Máscara de Mardi Gras ornamentada	Jean Orrico / Shutterstock.com
306	Pareja bajo un paraguas	wrangler / Shutterstock.com
331	Cementerio	Madeleine Roux
33, 40, 46, 81, 91, 92, 122, 124, 135, 167, 215, 217, 226, 254, 257, 306	Papel fotográfico gastado	val lawless / Shutterstock.com
6, 8, 18, 26, 35, 41, 46, 51, 59, 63, 69, 82, 96, 103, 111, 119, 126, 129, 141, 150, 160, 164, 170, 180, 189, 194, 200, 210, 218, 222, 227, 235, 243, 246, 251, 262, 266, 273, 280, 289, 296, 302, 307, 311, 316, 320, 325, 333	Postal antigua	Karin Hildebrand Lau / Shutterstock.com
6, 8, 18, 26, 33, 35, 40, 41, 46, 51, 55, 59, 63, 69, 81, 82, 91, 92, 95, 96, 103, 111, 119, 122, 124, 126, 129, 135, 141, 150, 160, 164, 167, 170, 180, 189, 194, 200, 210, 215, 217, 218,	Diseño de flor de lis	Hadrian / Shutterstock.com

222, 226, 227, 235, 243, 246, 251, 254, 257, 262, 266, 273,
280, 289, 296, 302, 306, 307, 311, 316, 320, 325, 333

3, 5, 6, 8, 10, 11, 12, 18, 24, 26, 33, 35, 40, 41, 46, 51, 55,
59, 63, 69, 75, 77, 78, 81, 82, 88, 91, 92, 93, 95, 96, 103,
111, 116, 118, 119, 122, 124, 126, 129, 134, 135, 136, 141,
147, 150, 160, 164, 167, 170, 179, 180, 189, 194, 200, 209,
210, 215, 217, 218, 222, 226, 227, 235, 243, 246, 251, 254,
257, 262, 266, 273, 279, 280, 285, 289, 295, 296, 301, 302,
306, 307, 311, 316, 320, 325, 331, 333

Textura antigua Eky Studio /
Shutterstock.com



MADELEINE ROUX

es la autora de *Asylum*, best-seller de *The New York Times*, una novela que ha sido vendida a nueve países en todo el mundo y que *Publishers Weekly* describió como “un gran debut para jóvenes lectores”.

Scarlets, *Sanctum*, *Los Artistas de Huesos* y *Catacomb* forman parte de la serie acerca de Dan, Abby y Jordan.

Madeleine también es la autora de *Allison Hewitt Is Trapped* y *Sadie Walker Is Stranded*. Tiene un máster en Bellas Artes del Beloit College y, en la actualidad, vive en California del Sur.

PARA CONOCER MÁS SOBRE LA AUTORA, PUEDES VISITAR SU SITIO WEB:
www.madeleine-roux.com

¡Tu opinión es importante!

Escribenos un e-mail a
miopinion@vreditoras.com
con el título de este libro en el “Asunto”.

CONÓCENOS MEJOR EN:

www.vreditoras.com

MÁS INFORMACIÓN EN:

 facebook.com/SagaAsylum



Título original: *Catacomb*

Traducción: María Nazareth Ferreira Alves

Edición: Erika Wrede

Corrección y revisión: Erika Wrede

Armado y adaptación de diseño: Tomás Caramella

Las imágenes que aparecen en este libro fueron creadas a medida por Faceout Studio.

Catacomb

©2015 HarperCollins Publishers

©2016 V&R Editoras

www.vreditoras.com

Publicado en virtud de un acuerdo con HarperCollins Children's Books, una división de HarperCollins Publishers.

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

Argentina: San Martín 969 10⁰ (C1004AAS) Buenos Aires

Tel./Fax: (54-11) 5352-9444 y rotativas

e-mail: editorial@vreditoras.com

México: Dakota 274, Colonia Nápoles

CP 03810 - Del. Benito Juárez, México D. F.

Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621

e-mail: editoras@vergarariba.com.mx

ISBN: 978-987-747-108-3

Impreso en Argentina por Leva Impresores S.A. • Printed in Argentina

Marzo de 2016

Roux, Madeleine

Catacomb / Madeleine Roux. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2016.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

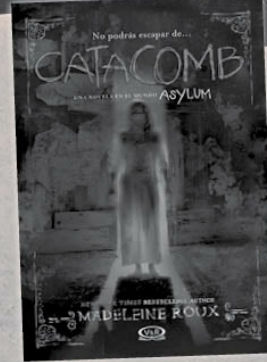
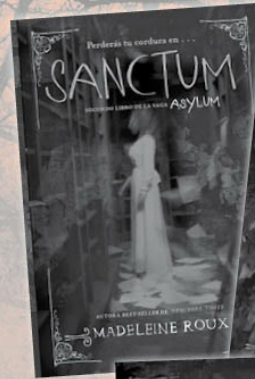
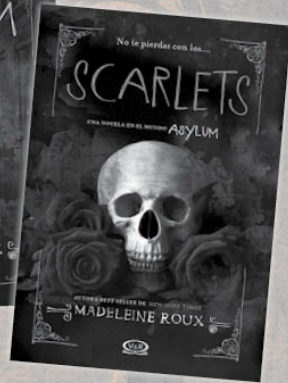
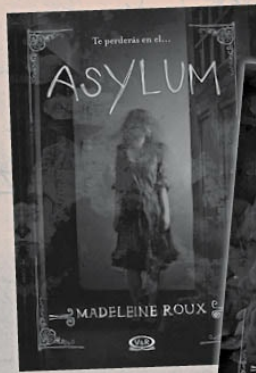
Traducción de: María Nazareth Ferreira Alves.

ISBN 978-987-747-108-3

1. Literatura Juvenil Estadounidense. 2. Novelas de Terror. I. Ferreira Alves, María Nazareth, trad. II. Título.

CDD 813.9283

INGRESA A
ASYLUM



Una experiencia de lectura alucinante que
desdibuja los límites entre la genialidad y la locura

AUTORA BEST-SELLER DE **THE NEW YORK TIMES**

MADELEINE ROUX

 [SagaAsylum](#)